

V. V. STRUVE

Historia de la antigua Grecia (I)



V. V.
Struve

Historia de la antigua Grecia (I)

BIBLIOTECA
DE LA HISTORIA

sarpe

Título original: Istoria Greck.
Traducción: M. Caplan y Equipo Editorial.
© Akal Editor, 1981.
© Por la presente edición: SARPE, 1985.
Pedro Teixeira, 8. 28020 Madrid.
Traducción cedida por Akal Editor.

Depósito legal: M. 11317-1986
ISBN: 84-7291-976-5 (tomo 68.º).
ISBN: 84-7291-736-6 (obra completa).
Impreso en España - Printed in Spain.
Imprime: Gráficas FUTURA, Sdad. Coop. Lta.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Pol. Ind. Cobo Calleja FUENLABRADA (Madrid).

En portada: *La Acrópolis de Atenas, vista desde el oeste.*

V. V. Struve

El profesor V. V. Struve constituye un caso muy específico dentro del grupo de estudiosos y tratadistas de temas clásicos. Su origen ruso le aparta de las escuelas europeas tradicionales, la británica y la alemana sobre todo. En efecto, Struve se mantiene muy alejado de los planteamientos que han informado a ambas escuelas de estudios clásicos, que encontraban en la interpretación de restos arqueológicos o en la transcripción de documentos hallados la clave de sus conclusiones acerca de los períodos tratados.

El autor de la obra que a continuación se incluye en este volumen presta, por el contrario, gran atención a otras claves que desde su punto de vista ofrecen posibilidades de interpretación más amplias y, sobre todo, más acordes con el interés manifestado hacia la civilización denominada *griega*. La aplicación de los principios marxistas de interpretación histórica ofrece en la obra de Struve una rica gama de posibilidades de observación de un fenómeno del calibre alcanzado por la que se generó en las orillas del mar Egeo. De ahí la importancia de este texto, que ofrece aportaciones novedosas acerca de una cuestión tratada en demasía mediante prismas en muchas ocasiones erróneos.

«Historia de la antigua Grecia»

La visión que Struve aporta de la Grecia antigua en las páginas que siguen a esta introducción está determinada por el concepto interpretativo del materialismo histórico. Según éste, la Historia debe ser considerada como efecto de la tensión producida por el permanente enfrentamiento entre clases sociales que configuran el espectro humano de la agrupación humana en cuestión.

Ello incide de forma definitiva en un apartamiento de planteamientos de signo tradicional que situaban sobre otros elementos presentes en este proceso las claves de desarrollo del mismo. Elementos situados en los ámbitos de lo irracional, tales como las creencias religiosas, la personalidad de políticos o héroes militares, la presencia de creadores de valía sorprendente en relación con el medio en que se desenvolvían, etc.

La organización económica, social y política de los griegos de la Antigüedad es considerada aquí como estructura fundamental de todo ulterior tratamiento de la cuestión, lo que ha elevado el texto que sigue en manual de imprescindible estudio y consulta a niveles universitarios en muchos países, entre ellos España a partir del momento de su traducción a la lengua castellana. Este valor didáctico resulta de especial interés para toda persona interesada en realizar una aproximación válida al conocimiento de la que ha sido denominada Grecia clásica.

El mismo carácter de la obra, manual en las facultades de Historia, lo convierte en útil instrumento dotado de valores didácticos que clarifican de forma especialmente efectiva los aspectos de base de la organización de una civilización que todavía sigue constituyendo obligada referencia dentro del mundo actual. La obra de Struve rehuye toda posibilidad de mitificación y alejamiento de la realidad que el mismo objeto de estudio indudablemente fomenta por su misma naturaleza. Es precisamente este carácter neutro el que le proporciona todo su valor didáctico por una parte e informativo por otra.

La antigua Grecia

Los Antecedentes

La peripecia vital desarrollada por la antigua Grecia presenta unas características no igualadas por ninguna otra civilización a lo largo de la Historia. Todos los elementos que actúan en este proceso parecen haber sido dispuestos para ofrecer un panorama armónico y completo del nacimiento, evolución, auge, decadencia y muerte de la organización de una sociedad dotada de muy específicas señas de identidad.

A partir del asentamiento de pueblos procedentes de centroeuropa y del Medio Oriente, el espacio griego habría de adquirir progresivamente rasgos muy singulares en medio de un ámbito definido, ante todo por la confusión y mezcla de poderes, poblaciones e intereses. La cuenca del Egeo servirá como indispensable plataforma para la aparición, desarrollo y, finalmente, decadencia de esta civilización a lo largo de los diferentes y consecutivos períodos que la conforman.

Este mar sirve como espacio central de asentamiento de los pueblos que de forma sucesiva contribuyen a formar los estratos necesarios para la obtención del resultado final básico: la civilización griega. Este ámbito es ante todo un centro de intercambio de influencias y corrientes de pensamiento, así como correa de transmisión de conocimientos y experiencias adquiridas por civilizaciones precedentes, sobre todo la egipcia y la mesopotámica. Egipto, Babilonia y Fenicia, sobre todo, aportarán a la naciente civilización griega algunos de sus elementos fundamentales, desde aplicaciones prácticas en materia económica hasta referencias de orden sobrenatural o conocimientos científicos.

Está fuera de toda duda la determinante influencia que en la organización primitiva de las poblaciones situadas sobre el territorio de la Grecia clásica tuvo la vecindad egipcia. El país del Nilo, situado en medio de un marco de decadencia que conocía periódicas recuperaciones temporales, actuaría sobre las islas y el espacio continental que se situaban frente a sus costas. Así, Grecia partiría inicialmente de unas bases dotadas de un alto valor, que el Egipto faraónico le prestaba por medio de una expansión poco interesada en la colonización, según la actual idea que tenemos de este concepto.

La Grecia arcaica se vería de esta forma determinada por sus ámbitos geográficos más meridionales, situados en las islas y sobre todo en Creta, que habría de desarrollar una perfeccionada civilización y serviría como punto de partida de la posterior evolución conjunta del territorio griego. En aquellos primeros momentos, es característica la falta de unidad entre las diversas entidades políticas de carácter marcadamente rudimentario que se reparten el suelo del país. A esta primera presión ejercida sobre el espacio griego a partir del sur seguirá la oleada de penetraciones procedentes del noroeste, que conseguirán estabilizar la presencia de nuevas poblaciones y ordenar los fundamentos que harán posible la aparición de unidades políticas que ya configuran el aspecto general de la Grecia propiamente clásica.

Los Hechos

A partir de la acción de estas dos corrientes centrípetas, que tendrían en Atenas su mejor plasmación práctica, debe efectuarse toda observación de la evolución histórica de la Grecia clásica. La Atenas de Pericles centra con toda justicia este prolongado período, y lo hace debido a una serie de motivaciones específicas de las que carecían los demás ordenamientos socioeconómicos existentes hasta entonces. Todos los historiadores están de acuerdo en que la existencia de una Atenas ordenada en función de principios que entonces se manifestaban como

verdaderamente revolucionarios sería capaz de transformar a fondo la historia del mundo occidental. El clasicismo griego en todas sus manifestaciones, sociales y políticas, literarias y plásticas, vendría determinado por un interés enfocado hacia la sencillez. Grecia ofrecería al mundo muestras de las posibilidades de aplicación de este practicismo sobre todos los ámbitos de la vida, tanto los de carácter personal como aquellos que trascendían de éste para convertirse en directo reflejo de necesidades de índole comunitaria. La mentalidad burguesa que constitúa la base ideológica de Atenas en sus etapas de esplendor determinaría la implantación del pragmatismo en todas sus manifestaciones posibles.

Al lado de esta realidad —que tampoco debe ser elevada a los niveles de mitificación que de forma tradicional han sido utilizados para su consideración— la Grecia antigua ofrece toda una amplia gama de presencias en el orden de la organización social y política. Así, del modélico ejemplo de Estado policial que presentaba Esparta puede pasarse hasta el propuesto por una Macedonia en trance de pasar de ser un reducido espacio marginal hasta convertirse en la primera potencia mundial del momento. Mejor que cualquier manual actual de comportamientos públicos, una aproximación a la gran aventura colectiva que fue el desarrollo y decadencia de la Grecia clásica aporta al lector de hoy informaciones dotadas de una validez y vigencia que incluso pueden alcanzar niveles sorpresivos.

El practicismo que centra toda consideración de la Atenas clásica es la obligada clave de referencia del prolongado período tratado en un estudio de la cuestión. Los aspectos intelectuales de la vida eran para los atenienses posibilidades concretas de realización de actos encaminados a la consecución de finalidades de orden práctico. La filosofía y la poesía, la retórica y el teatro eran de esta forma instrumentos de utilización directa, y no meros elementos de distracción ofrecidos a la población. Existen muestras de la escasa tolerancia que en la Atenas de Pericles existía hacia cualquier clase de enseñanza filosófica que no se encontrase encaminada a la aplicación práctica.

El florecimiento de los estudios físicos y matemáticos, de forma paralela con los ya citados de creación puramente intelectual, definiría ya por sí misma el ambiente reinante en el Ática durante su siglo de oro. Con todo, también deben efectuarse las necesarias salvedades ante toda posible mitificación del mismo, que contó con sus ámbitos oscuros y negativos del que el proceso y muerte de Sócrates puede servir, como ejemplo, más ilustrativo. Sin embargo, el contraste ofrecido por la Atenas de Pericles y el resto de las organizaciones estatales del momento no puede resultar más llamativo.

Pero el equilibrio establecido entre este sistema y el de los que lo rodeaban por completo carecía de posibilidades de mantenimiento efectivo. Así, resulta posible acercarse el declive material —demostrado mediante los sucesivos fracasos bélicos— de una Atenas incapaz de enfrentarse con la fuerza de sus oponentes, organizados en primer término hacia un fortalecimiento de tipo material. En primer lugar serían los persas, más tarde Esparta, luego Macedonia y finalmente Roma quienes decidirían el marco vital del espacio griego. Persia y Roma constituían poderes exteriores a esta realidad, pero Macedonia y Esparta formaban parte de aquella Grecia varia en sus expresiones y absolutamente opuesta al espíritu que emanaba de Atenas en multitud de conceptos esenciales.

Las Consecuencias

Si la actuación del fortalecido Imperio romano convirtió a la totalidad del territorio griego en un conjunto de provincias de segundo orden dentro del entramado común mediterráneo, el prestigio de Atenas seguiría manteniéndose a pesar de las adversas circunstancias dominantes. De ello provendría la atención aplicada —en forma muy moderada, es cierto— por algunos gobernantes del Imperio sobre el espacio del que provenían sus principios inspiradores más valiosos. Pero Grecia ya se había convertido de hecho en un espacio deprimido e incapaz de competir con las demás zonas integrantes del conglomerado mundial.

La implantación del cristianismo como religión oficial del Imperio por Constantino en el año 313, o la prohibición de la celebración de los juegos olímpicos por Teodosio en el 394, serían algunos de los hechos más relevantes en el desarrollo histórico de Grecia tras su sumisión a los poderes situados al otro lado del mar Adriático. La partición del Imperio en dos fracciones tampoco habría de aportar a Grecia consecuencias de interés práctico, ya que el traslado de todos los centros de decisión a Bizancio la privaría de toda posibilidad de actuación en defensa y cuidado de los mismos.

La presencia bizantina en Grecia constituiría el elemento determinante de su posterior evolución, ya que la Iglesia griega habría de constituirse en depositaria de los valores y esencias que la fragmentación del cristianismo otorgaría a su mitad oriental de actuación. El año 1054 significaría la fecha clave para la escisión definitiva de estas dos posiciones, y la denominada Iglesia ortodoxa griega se erige como intérprete exclusivo de las creencias oficiales en el Imperio bizantino, que se encuentra sometido a la creciente presión ejercida desde el este por los turcos. Grecia conocería posteriormente episodios definidos por la fundamental movilidad de los hechos acaecidos durante los mismos; de entre éstos resulta preciso mencionar siquiera someramente la prolongada presencia catalana en su territorio, período durante el cual Atenas volvió a alcanzar la consideración —siquiera en el plano teórico— que merecía debido a su esplendoroso pasado. En el año 1456 los turcos ocupan la que fuera centro de civilización universal durante siglos; a partir de entonces una Grecia convertida, de igual forma que bajo la dominación romana, en provincia de segundo orden vegeta bajo el dominio de sus tradicionales enemigos.

La rebelión en contra del ocupante, iniciada en el año 1821, supondría el comienzo de la liberación del país y la recuperación de su soberanía nacional, que es alcanzada ocho años más tarde. La Grecia de nuevo independiente se vería afectada a partir de entonces en todos sus niveles de desarrollo, tanto en el plano exterior como en el interno. Situada en una zona permanentemente conflictiva dentro del continente europeo, la Grecia moderna no dejaría en ningún momento de erigirse como disminuida sucesora de los fastos intelectuales que habían definido a su edad dorada. Precaria descendiente de una grandeza pasada, Grecia tendría que admitir que los valores que habían informado a sus sociedades en los momentos de esplendor habían trascendido ampliamente su propio espacio físico, para convertirse en elementos de imprescindible referencia para toda consideración civilizada del hombre y de todo el mundo occidental a partir del momento en que fueron expresados.

Fechas clave

- 2100** a.d.C. En el espacio ocupado por la actual Grecia —continente e islas— se desarrollan varias manifestaciones de vida y cultura muy importantes, destacando de entre ellas la micénica y la minoica.
- 2000** Los Pueblos más adelante denominados *griegos* se asientan definitivamente sobre el suelo de la península.
- 1700** La ciudad de Cnosos, centro de la cultura minoica de la isla de Creta, es destruida por un movimiento sísmico, con lo que inicia de forma irreparable su decadencia, que culminará en el año 1400 con la invasión del pueblo micénico.
- 1184** Estallido de la guerra denominada «de Troya», primer enfrentamiento significativo de las fuerzas que intentan repartirse el espacio egeo.
- 1150** La región denominada hoy Tesalia conoce la estabilización de la presencia de sus pobladores definitivos, operación similar a la que unas dos décadas más tarde tendrá lugar en la de Beocia.
- 1100** Las invasiones dorias ocupan las regiones centrales de la península y llegan hasta el mismo Peloponeso. Este hecho supone la culminación de la civilización doria y la desaparición de la micénica.
- 1068** Con la desaparición de Codro, el postrer monarca legendario de Atenas, se cumple el primer período de aparición histórica de esta ciudad.
- 1000** Alrededor de esta fecha puede centrarse el comienzo de las operaciones de colonización griega sobre la costa de Asia Menor, donde se habrán de situar algunos de los puntos neurálgicos de su proceso cultural.
- 850** Licurgo elabora la Constitución espartana de legendaria existencia. Alrededor de esta misma fecha se sitúa la redacción de la *Ilíada*, poema épico en el que el poeta Homero relata los hechos acaecidos en la batalla «de Troya».
- 814** Los colonizadores fenicios, procedentes del extremo oriental del Mediterráneo, fundan en el norte de África la ciudad de Cartago, de tan alta significación posterior.
- 775** Celebración de los primeros Juegos Olímpicos, que coinciden con los inicios del período denominado *helénico*. Esta fecha servirá a los griegos durante más de siete siglos para contar los años de su propia cronología.
- 753** La ciudad de Roma es fundada por los hermanos Rómulo y Remo, según las tradiciones posteriormente aceptadas por la civilización latina.
- 750** El poeta Hesiodo elabora su obra *Los trabajos y los días*, poema didáctico-moral.

- 738 El legendario rey Midas gobierna sobre la región de Frigia, en la región central del Asia Menor.
- 734 Los colonizadores corintios fundan en Sicilia la ciudad de Siracusa.
- 721 Inicios de una etapa colonizadora, que crea importantes ciudades, como Sibaris y Crotona.
- 700 Unificación de los reinos integrantes de la región del Atica, cuya capital es Atenas.
- 683 La creación de la institución del arcontado, que sustituía a la monarquía, da comienzo a la estabilización de la ordenación propia de la ciudad de Atenas.
- 660 La colonización de Asia Menor se extiende hasta el mar Negro; fundación de Bizancio y de Neápolis.
- 621 Primeras reformas llevadas a efecto en base al célebre código de Dracón.
- 612 Destrucción de la ciudad de Nínive y del poderío de Asiria. Nacimiento de la poetisa Safo, que vivirá hasta 568.
- 600 Obra filosófica y científica de Tales de Mileto, el más ilustre de los llamados siete sabios de Grecia.
- 594 Arcontado de Solón en Atenas. Era descendiente del rey Codro y primo de Pisístrato.
- 582 Nacimiento del matemático Pitágoras, uno de los fundadores de la Geometría.
- 561 Pisístrato se erige en tirano de Atenas. Esparta constituye ya la potencia determinante en Arcadia, región central del antiguo Peloponeso.
- 550 Nacimiento, en Efeso, del filósofo Heráclito, llamado *el Físico*, que vivirá hasta 480.
- 525 Nacimiento del gran dramaturgo griego Esquilo, autor de la trilogía *La Orestíada*.
- 508 Las reformas políticas emprendidas por Clístenes en Atenas establecen las bases para la instauración del sistema democrático.
- 500 Nacimiento de Anaxágoras y del escultor Fidias que dirigió las obras del Partenón.
- 495 Nacimiento del dramaturgo Sófocles, uno de los más grandes artistas de la literatura universal.
- 490 Los persas son derrotados por los atenienses en la batalla de Maratón; Milcíades dirige el bando vencedor. Nacimiento de Pericles.
- 483 Nacimiento del geógrafo Herodoto y del dramaturgo Eurípides, rival de Sófocles.

- 480** Batalla de las Termopilas y combate naval de Salamina en el que Tenístodes luchó contra los persas.
- 470** Prosiguen los triunfos griegos sobre los persas en Micala y Platea.
- 478** Fundación de la Confederación de Delos, liga militar contra los persas.
- 471** Nacimiento de Tucídides, seguido en 470 por el de Demócrito y en 469 por el del filósofo Sócrates.
- 460** Pericles se alza hasta el poder supremo en Atenas; con ello inicia la era que llevará su nombre y que significará la etapa más brillante en la historia de Grecia. La capital del Ática se convierte en centro de la más avanzada civilización hasta entonces conocida.
- 447** Inicio de las tareas de construcción del Partenón, templo de Palas Atenea, sobre la colina ateniense de la Acrópolis. En el exterior, los hechos de armas producidos no se manifiestan favorables a los atenienses, que, sin embargo, continúan su política colonizadora.
- 434** Nacimiento del general, historiador y filósofo griego Jenofonte.
- 431** Episodios iniciales de la guerra del Peloponeso, que habrá de extenderse a lo largo del siguiente decenio. Un año más tarde se declara la peste en Atenas mientras Herodoto se encuentra elaborando su obra básica.
- 429** Nacimiento del filósofo Platón, continuador de la obra de Sócrates. Un año más tarde muere Péneles.
- 415** Continúan los fracasos atenienses en el exterior a lo largo de los siguientes años.
- 404** Finalización de la guerra del Peloponeso e instauración en Atenas del gobierno de los Treinta Tiranos; la época de la democracia ha concluido. Un año más tarde, los tiranos son expulsados y los usos democráticos son reinstaurados.
- 399** Proceso y muerte del filósofo Sócrates. Acusado por Melite, fue condenado a beber cicuta.
- 394** Inicios de la recuperación de Atenas con el hundimiento del poderío de la rival Esparta.
- 387** Platón crea la institución pedagógica denominada *Academia*. Tres años más tarde nacen el futuro filósofo Aristóteles y el político Demóstenes.
- 382** Nace Filipo de Macedonia, padre del gran Alejandro. Tres décadas más tarde comenzará a ejecutar sus acciones de ocupación sobre la península griega.
- 356** Nacimiento de Alejandro *el Grande*, que habrá de continuar la política expansiva de su padre, Filipo. Su educación corrió a cargo de Aristóteles.

- 351** Primera *Filípica* de Demóstenes, a la que seguirán las emitidas en los años 344 y 341.
- 336** Asesinato de Filipo y ascenso al trono de Alejandro, que al año siguiente destruye la ciudad de Tebas.
- 335** Aristóteles funda su institución pedagógica llamada *Liceo*, por encontrarse cerca de este edificio.
- 334** Alejandro Magno penetra en Persia y dos años más tarde se extiende su poder sobre Egipto. Fundación en 331 de Alejandría.
- 323** Alejandro muere tras haber conquistado un inmenso imperio que alcanza hasta la India por el Oriente y en el que se mezcla la cultura helenística y las autóctonas.
- 322** Muertes de Aristóteles y de Demóstenes el más famoso de los oradores griegos.
- 310** Zenón comienza su actividad pedagógica en Atenas, seguido cuatro años más tarde en la misma línea por Epicuro, que fundó una escuela filosófica propia.
- 287** Nacimiento del físico Arquímedes. Entre sus inventos se citan la rueda dentada y el tornillo sin fin.
- 286** Comienzan las expediciones de Pirro, rey de Epiro, sobre Italia.
- 270** Grecia es invadida por los galos celtas. Atenas conoce una nueva etapa de decadencia en todos los órdenes.
- 249** Creación del reino de Partia, mientras el de Esparta conoce un período de estabilidad, base de futuras reformas.
- 217** Se establece la paz de Neupactos entre los diferentes reinos de Grecia.
- 216** Con la victoria de Cannas, el cartaginés Aníbal se presenta como el más peligroso enemigo para el poder que ejercía Roma sobre las colonias del Imperio.
- 210** Roma conquista la totalidad de las colonias griegas establecidas en Sicilia.
- 207** La monarquía espartana desaparece a manos de Nabí, que accede al poder absoluto.
- 197** Macedonia es derrotada por Roma; el cónsul Flaminio concede la *libertad* a las ciudades de Grecia.
- 170** Perseo sube al trono de Macedonia. Dos años más tarde será derrotado por los romanos en la batalla de Pidna. Ello significa la desaparición del reino de Macedonia, cuyo territorio se convierte en colonia romana.
- 168** El Poder de Roma actúa sobre Rodas, que ve hundirse su organización económica.

- 148 El territorio del antiguo reino de Macedonia es convertido en provincia dentro del Imperio romano.
- 146 Roma consigue destruir el poderío de Cartago. Sobre el espacio griego, disuelve la liga Aquea y procede a saquear y a destruir la ciudad de Corinto.
- 87 Mitríades es derrotado en el campo de batalla por Sila. Como consecuencia de este hecho, la ciudad de Atenas es sometida al saqueo.
- 44 Julio César es asesinado en Roma por sus oponentes políticos. Comienza la era de triunfos para Marco Antonio, hasta que en el año 31 es derrotado por Octavio, que a continuación se proclama emperador.
- 27 Grecia es convertida en una de tantas provincias del Imperio romano.

Bibliografía

De Struve

Historia de la antigua Grecia, Madrid, Akal, 1981.

Sobre la antigua Grecia

- ALSINA, I., *Comprender la Grecia clásica*. Barcelona, Editorial Teide, 1983.
- ASIMOV, I., *Las palabras y los mitos*. Barcelona, Laia, 1974.
- ASIMOV, I., *Los griegos*. Madrid, Alianza, 1982.
- BERMEJO, I., *Introducción a la sociología del mito griego*. Madrid, Akal, 1979.
- BERMEJO, I., *Mito y parentesco en la Grecia arcaica*. Madrid, Akal, 1980.
- CHADWICK, J., *El mundo micénico*. Madrid, Alianza, 1985.
Diccionario de la civilización griega. Barcelona, Destino, 1972.
- DODDS, E. R., *Los griegos y lo irracional*. Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- FINLEY, M. I. (editor), *El legado de Grecia*. Barcelona, Ediciones Crítica, 1983.
- FINLEY, M. I., *El mundo de Odiseo*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- FINLEY, M. I., *La Grecia antigua*. Barcelona, Crítica, 1984.
- FINLEY, M. I., *La Grecia primitiva*. Barcelona, Crítica, 1983.
- FINLEY, M. I., *Los griegos de la Antigüedad*. Barcelona, Editorial Labor, 1979.
- GRIMBERG, C., *Grecia*. Barcelona, Daimon, 1983.
- HEURTLEY, W. A., *Breve historia de Grecia*. Madrid, Espasa-Calpe, 1969.
- KNAUSS, B., *La polis. Individuo y Estado en la Grecia antigua*. Madrid, Aguilar, 1979.
- LLOYD JONES, H. (editor), *Los griegos*. Madrid, Gredos, 1974.
- MARTIN, R. y METZGER, H., *La religión griega*. Madrid, Editorial Edaf, 1977.
- MONTANELLI, I., *Historia de los griegos*. Barcelona, Plaza y Janés, 1974.
- MOSSE, C., y otros, *Clases y conflictos de clases en la Grecia antigua*. Madrid, Akal, 1979.
- NIETZSCHE, F., *El nacimiento de la tragedia*. Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- PETRIE, A., *Introducción al estudio de Grecia*. Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *La democracia ateniense*. Madrid, Alianza, 1983.
- SIMON, B., *Razón y locura en la antigua Grecia*. Madrid, Ediciones Akal, 1984.
- STOLL, H. A., *El sueño de Troya*. Barcelona, Editorial Plaza y Janés, 1978.
- VERMEULE, E., *Grecia en la edad del bronce*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964.
- VERNANT, J. P., *Mito y sociedad en la Grecia antigua*. Madrid, Siglo XXI, 1982.
- VIDAL-NAGUET, P., *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego*.
Barcelona, Península, 1983.

Historia de la antigua Grecia (I)

CAPÍTULO I

EL MEDIO GRIEGO

La antigua Grecia se extendía ocupando diversos territorios del Mediterráneo oriental, que marcharon juntos en un proceso histórico unidos por una serie de vínculos comunes, pese a la diversidad geográfica y características propias que poseía. Este conjunto de territorios constituyó la llamada Hélade, donde se desarrolló la civilización griega. Dos grandes regiones, la una continental y la otra insular, fueron la base geográfica de la aludida diversidad, si bien ésta se veía también matizada por la necesaria división de la región continental en otras dos: la europea y la asiática. Estos tres territorios, distintos en su localización y particularismos, tuvieron entre sí, sin embargo, una continuidad de relaciones y dependencias, que obligan a estudiar su trayectoria histórica en una visión común a todos ellos, si bien cabría señalar la importancia que presentaron las regiones central y meridional frente al norte, denominado bárbaro y que, sin embargo, sería en definitiva el territorio que pudo aglutinar de manera clara todo el contexto helénico, pese a los intentos ineficaces, que partiendo de las zonas menos «bárbaras» no pudieron unir en un sistema político común a toda Grecia.

En su misma historia desarrollaron hacia otros territorios, ya cercanos o incluso alejados, como el Mediterráneo occidental, sus influencias de maneras distintas y motivado por causas también diversas, para así extender sus formas de vida y facilitarlas al mismo tiempo.

La primera de las tres regiones, la denominada Grecia continental europea, plantea por sí misma una serie de características fundamentalmente orográficas, que obliga a subdividirla en tres partes, las cuales poseen unos elementos geográficos unitarios.

La Grecia septentrional constituye el territorio más cercano al continente y, por lo tanto, el que mayores contactos tuvo con la Europa oriental. El relieve tabular junto a las llanuras esteparias son sus grandes características, así como su clima continental, que unidos configuran sus aspectos geográficos más significativos. En esta región estuvieron comprendidas las antiguas Tesalia, Etolia, Acarnania y Epiro. La Grecia central, separada de la anterior por los estrechos pasos, cuyo ejemplo más significativo es el de Termópilas, constituyó uno de los puntos en la ruta terrestre entre estas dos regiones de Grecia. Tiene un relieve de macizos y plataformas interrumpidos por llanuras que junto a su clima mediterráneo la caracterizan, si bien las tres regiones que la componen: Fócida, Beocia y Ática, difieren en clima y otras particularidades que más adelante señalaremos.

La Grecia meridional o Península del Peloponeso queda unida a la central por el estrecho istmo de Corinto, presentando un relieve de macizos calizos separados por fosas orientadas de norte a sur. Comprende las regiones denominadas Acaya, Arcadia, Argólida, Elida, Laconia y Mesenia.

Grecia insular constituye una región básica en la historia de la Hélade. Estas unidades insulares, pertenecientes en su mayoría a restos de plegamientos continentales (separadas entre ellas por cuencas y mesetas marinas), representan los puntos de contacto entre todo el mundo griego y facilitan de manera explícita las comunicaciones y el comercio. Pueden dividirse en cinco unidades menores por presentar sus características una homogeneidad: Cícladas, Dodecaneso, Eubea y Las Esporadas, Egeo oriental y Creta.

La denominada Grecia asiática sólo ocupó una estrecha faja litoral, sin extenderse nunca sus territorios hacia el interior. Surgió como producto del desarrollo colonizador que imprimieron distintos núcleos urbanos de la Grecia europea desde la época arcaica. Desde el estrecho del Bósforo hasta el sur del macizo de Caria estuvieron ubicados la mayoría de los asentamientos griegos, que constituyeron, a grandes rasgos, tres grandes zonas homogéneas, si bien dos de ellas, Eólica y Dórida, fueron perdiendo su autonomía en el desarrollo asimilador que llevó Jonia con respecto a ellas.

La antigua Eólida ocupó el conjunto de los estrechos, limitando por el norte con las costas del mar Negro, formadas por cadenas de antiguos macizos paralelos, y por el sur llegaría a la desembocadura del río Hermos. Es una zona de transición entre el mar Negro y el Egeo, en la que se intercambian corrientes de agua dulce y salada, surcando los estrechos constituidos sobre antiguos valles fluviales. Las alineaciones de montañas atravesadas por depresiones configuran una costa abrupta y con escasos abrigos, si exceptuamos la gran hendidura en tierra firme que forma el golfo frente a la isla de Lesbos.

Los vientos cargados de humedad que vienen del norte, en contacto con los bordes montañosos, descargan gran cantidad de lluvia, fundamentalmente en otoño e invierno, transcurriendo así unos veranos secos típicamente mediterráneos. Sin embargo, esta mayor cantidad pluviométrica y la misma constitución del suelo, rico y fértil, posibilitan una gran riqueza forestal en pinos y cedros, básica para la construcción naval, al mismo tiempo que cultivos de cereales y viñedos, fácilmente exportables debido a las necesidades cerealísticas del Ática.

El territorio más meridional, que ocupaba en toda su extensión el litoral egeo, fue poblado desde sus comienzos por los jonios, constituyendo por sus más favorecidas condiciones la región más próspera y hegemónica entre los griegos del Asia Menor. Llegando a aglutinar en la denominación de Jonia otras dos regiones anteriormente autónomas. Presentaba su relieve un conjunto de valles excavados en los pliegues del macizo del Tauro, dispuestos perpendicularmente a la costa mediterránea, lo que condicionó la formación de cabos y gulfos alternativamente, configurando un litoral accidentado, más acentuado si cabe por sus cercanas islas, último exponente de los plegamientos elevados.

El conjunto de depresiones venía favorecido por el circular de ríos, que se encontraban bien provistos de agua, recogida en las altiplanicies de Asia, rica en pluviosidad. Los ríos con sus arrastres aluviales llegaron a colmar algunos gulfos, tal es el caso de las ciudades de Mileto y Efeso, que a causa de los ríos Meandro y Caistro fueron separándose del litoral, desapareciendo posteriormente.

Las condiciones orográficas, la influencia del clima benigno y los cauces de agua favorecieron los cultivos agrícolas, no ya sólo de cereal, sino olivo, vid y hortalizas, que encontraron un suelo y una climatología idóneas para su producción intensiva y de renombrada calidad. Pero no sólo constituyó la región un lugar de nuevos asentamientos, sino que aprovechando los valles se establecieron contactos comerciales con los reinos interiores, que necesitaban su salida al mar, intercambiando materias primas para su transformación y cereal para la exportación al continente griego. Estas rutas vinieron a significar el contacto directo con los antiguos Estados orientales, de gran desarrollo comercial, del que Jonia incluso llegó a aprender el uso de moneda y sus propios sistemas de pesas y medidas.

La más meridional de las regiones greco-asiáticas estuvo constituida por la Dórida, cuyo núcleo urbano más importante fue Halicarnaso. Ocupó la faja costera de un macizo de difícil acceso, donde estaba situada Caria, presentando, por tanto, la región una costa abrupta y un suelo pobre, con clima caluroso y seco, que dificultaba enormemente la producción agrícola, si bien su posición geográfica fue de escala en las comunicaciones con Oriente; de ahí su desarrollo comercial, aunque no agrícola.

Macedonia, Calcídica y Tracia

Sus límites occidentales están señalados por la cadena del Pindo, que la separa del Epiro; por el sur, el macizo de Olimpo sirve como frontera con Tesalia; por el este, en unos límites inciertos, se une a Tracia, y el norte, constituido por altas montañas, queda separado de las grandes influencias europeas.

La baja Macedonia, regada por los ríos Axio y Haliacmón, se extiende desde las montañas hasta el golfo Termaico (actualmente Salónico), formando una rica llanura, dedicada fundamentalmente a la agricultura junto a una fuerte ganadería caballar, que tiene abundantes

pastos beneficiados por las lluvias y el curso de los ríos. A la productiva llanura se oponen las montañas, divididas en tres regiones: la Lincestida, al norte; la Orestida, que ocupa el centro, y la Elimiotida, en los límites con Tesalia, donde la vegetación crece abundante, formando extensos bosques ricos en caza y madera, dejando los valles abiertos por los ríos posibilidades para la ganadería y las rutas de comunicación.

La costa macedónica era baja y pantanosa, motivado fundamentalmente por los arrastres aluviales de los ríos, que llenaron gran parte de sus desembocaduras haciéndolas casi inutilizables para la navegación, poco desarrollada por estas causas.

La Calcídica es un conjunto montañoso que bordea la parte oriental del golfo de Salónica y que proyecta tres grandes apéndices separados en el mar Egeo. El situado más al este es el denominado Athos.

Territorio junto a Macedonia, poseía unas características distintas, siendo colonizado por eubeos y corintios, que desarrollaron unos cultivos similares a los griegos por las condiciones climáticas que en ella se dan. También la Calcídica fue centro importante en la extracción del mineral de cobre para su posterior transformación en centros griegos.

Por último, Tracia, país montañoso que se extendía por el norte hasta el Danubio y al este limitaba con el mar Negro, no formó parte del contexto helénico, pero estuvo en íntima relación con las colonizaciones griegas, estableciendo un intenso tráfico comercial de esclavos, metales, cereales y madera, necesarios para Grecia. Las minas del Pangeos, ricas en oro, fueron uno de los motivos de dicho intercambio, llegando incluso a desarrollarse enfrentamientos bélicos para conseguir su posesión.

Thasos, isla cercana a la costa de Tracia, rica en explotaciones mineras de oro y plata, contrasta con el resto de las islas del Egeo por la abundancia de aguas corrientes y su densa vegetación, que motivaron la colonización de los habitantes de Paros en el siglo VII a. C. Su contacto con Tracia le permitió proveerse de esclavos e incluso ser centro comercial en la venta de esclavos hacia otros lugares, así como exportadora de su producción vinícola y su riqueza en madera.

Tesalia

Constituye otro de los territorios enmarcados en el contexto griego, pese a sus diferencias geográficas, que la hacen estar en estrecho contacto con el continente europeo, y sus particulares características, que la mantienen un tanto al margen de dicho mundo griego. Presenta en conjunto una gran llanura recorrida por el río Pinios, que descendiendo desde los montes Pindos sirve de limitación occidental con Epiro, hasta desembocar por el Oriente después de atravesar el valle del Tempe. Al norte, un conjunto de cadenas montañosas, donde sobresale el sagrado Olimpo, sirve de separación con Macedonia. El este está separado del mar y sus influencias templadas por las cadenas del Pelión y Ossa, si bien sus laderas orientales permiten cultivos templados típicamente mediterráneos, excepcionales en el conjunto tesaliota estepario, y cerealístico, condicionado por el clima continental que imponen las barreras orográficas. El límite meridional con Fócida está constituido por el macizo Othris y al sudeste se abre al golfo Pagasético, única salida al mar para la exportación del cereal excedente.

Esta región presenta en su geografía dos grandes características: grandes posibilidades agropecuarias y zona de tránsito entre el mundo griego y macedónico. La primera permite el cultivo intensivo de cereales en ricos suelos calizos ayudado por las corrientes de agua que surcan el paisaje tabular, aunque el extremado clima continental obligue al monocultivo, no permitiendo la ovicultura y otros que sólo se centran en pequeños núcleos. Este sistema agrario permite al mismo tiempo en las laderas montañosas una intensa actividad ganadera fundamentalmente caballar, que pasta en las llanuras después de la cosecha y constituye una de las bases fundamentales en la economía de la región. Los bosques y las exportaciones son en conjunto el resto de las líneas económicas tesaliotas.

Por su aislacionismo orográfico y su desarrollo histórico significó una de las zonas de contacto y freno a los pueblos limítrofes de Grecia, así como ser una región de gran autonomía dentro del contexto general helénico por su independencia y características propias de desarrollo.

Epiro

Para los antiguos griegos no llegaba a constituir claramente parte del territorio helénico; sin embargo, las similitudes y las características comunes, pese a ser la más septentrional de las regiones, nos obliga a señalar sus rasgos distintivos.

Limita al este con Tesalia y Macedonia, al sur con Etolia y Acarnania, al oeste con el mar Jónico y al norte con Iliria. Está recorrida por cadenas calizas, enmarcadas en depresiones donde las aguas corrientes favorecen su fertilidad. Las zonas montañosas esteparias y secas sólo permiten el desarrollo de una pobre ganadería, aunque en las depresiones favorecidas por la circulación de aguas subterráneas pueden desarrollarse todo tipo de cultivos agrícolas, como cereal, olivo, vid, etcétera. Las llanuras costeras, beneficiadas por la suavidad climática de la influencia marítima, permiten otros tipos de plantas más perecederas a los fríos: cítricos, horticultura, favorecido por la introducción de ciertas formas de irrigación.

Su límite oriental con Tesalia lo forma la cordillera del Pindo, donde la riqueza forestal es grande, constituyendo de esta forma la tercera gran unidad geográfico-económica de ésta región.

No podemos olvidar la ubicación de la isla de Corcira frente a las costas del Epiro, separada por estrecho canal. Isla montañosa, fue una de las bases en la ruta hacia Occidente, tan importante para las colonizaciones griegas. Amplia planicie excavada por depresiones favorables para los cultivos agrarios, recibe la fuerte influencia marítima con más lluvias que en el continente, haciendo rica su vegetación. Por último, las costas abruptas son desfavorables para la navegación, si exceptuamos sólo la ciudad de Corcira.

Etolia

La prolongación de la cordillera del Pindo forma una cadena que sirve de límite oriental con la Fócida, donde la abundante vegetación arborescente favorece la recogida de las lluvias e impide una fuerte erosión destructiva, con lo que las fuentes de agua son abundantes y forman verdaderos ríos, como el Aquelao, que incluso llegó a ser navegable en su curso bajo, hecho excepcional éste de la navegabilidad de los ríos griegos, ya que no fueron usuales estos sistemas de comunicación en el contexto helénico.

Los grandes plegamientos que recorren en la mayor parte esta región configuran un paisaje abrupto propicio para el desarrollo ganadero y, por lo tanto, escasamente poblado en núcleos dispersos dedicados a estos sistemas de vida.

Como contraposición, la llanura abierta al mar y a su influencia climática, recorrida asimismo por el río Aquelao, permite los cultivos agrarios típicos del Mediterráneo, si bien hay algunas zonas pantanosas en el delta del río que, junto a la existencia de algunos lagos, como el Trichoris, caracterizan conjuntamente esta unidad de Etolia.

La llanura configura las posibilidades de crear núcleos urbanos, que, aunque no muy desarrollados, son los únicos exponentes de la región. Nos referimos a Estratos y Terma como los dos centros más importantes, el primero en el curso del Aquelao, el segundo centro religioso cercano al lago Trichoris y en la ruta hacia Naupacta.

Acarnania

Situada al sur del Epiro en la costa oeste de la Grecia septentrional, su amplia costa mira al mar Jónico, estando cerca de ella las islas de Leucas y Cefalonia. Ocupa una estrecha faja de

terreno costero entre el golfo de Ambracia, al norte, y el río Aquelao, que sirve de límite meridional. Esta pequeña región montañosa está recorrida por cadenas calizas cubiertas de bosques y atravesada por una serie de lagos, como su vecino Trichoris, de Etolia. Presenta una climatología mediterránea, pero con mayor influencia marítima y, por lo tanto, mayor pluviosidad, lo que unido a su relieve calcáreo permitió la existencia de pequeñas depresiones donde las aguas filtradas y los escasos suelos agrícolas formaron su base económica.

El núcleo urbano de Tyrrheion, al norte, ocupó una colina rodeada de estas pequeñas depresiones. El sur, pantanoso y aluvial, está formado por la desembocadura del Aquelao, sirviendo de unión entre los extremos del territorio una cadena de plegamientos que hace abrupta y escarpada la costa, dejando mínimas posibilidades agrícolas en el interior montañoso. Región pobre y de escasas posibilidades económicas, fue uno de los primeros puntos de Grecia en que Roma comenzó a interesarse.

Fócida

Unimos a la descripción de esta región dos unidades menores que forman junto a ésta un territorio conjunto, aunque con matices geográficos particulares cada una de ellas. La más septentrional es la llamada Dórida, que por el norte está separada por el macizo Othris, de Tesalia, estando ocupada por un gran conjunto morfológico que sirve de separación entre la Grecia central y septentrional. Sólo los estrechos pasos que cortan este conjunto sirven como rutas de comunicación, sobresaliendo entre ellos el de Termópilas, tan conocido en la historia de Grecia.

La Lócrida está formada por un conjunto de macizos al norte de Fócida, que forman la costa escarpada bañada por el canal marino que separa el continente de la isla de Eubea. Constituye en su accidentado relieve un paisaje dedicado fundamentalmente a la ganadería, que en los pastos y monte bajo característicos de su vegetación encuentra su base fundamental. También se incluye en esta denominación regional el territorio bañado por el golfo de Corinto, que con su ciudad más importante en Amphissa limitaba con Etolia, hacia donde se dirigía la ruta terrestre que, pasando por Naupacta, otro núcleo importante, comunicaba el Santuario de Delfos con la zona oeste de la Grecia septentrional.

La región que sirve como denominación genérica posee, sin embargo, un territorio propio y constituye al mismo tiempo una unidad menor, pese a que con su nombre señale todo el conjunto. Está situada entre Lócrida y Dórida, por el este y oeste la primera y por el norte la última, siendo su límite meridional Beocia. La importancia de Fócida fundamentalmente estuvo acentuada por estar situado el Santuario de Delfos en su territorio. Delfos ocupó el macizo del Parnaso, una de las unidades más altas del relieve griego, significando su culto no sólo un aglutinante religioso de la Hélade, sino que incluso tuvo sus influencias fuera de este contexto. Así, pues, la Fócida tuvo su importancia fundamental en el Santuario, ya que los bosques y pastos no permitieron otras actividades más que las ganaderas, siendo en materia agrícola una zona pobre y escasamente desarrollada.

Fócida tuvo dos grandes unidades: la montañosa, con su centro en Delfos, y la llanura de Elatea, que sirvió de ruta de comunicación entre la Tebas beocia y la vía costera que llegaba al paso de las Termópilas. Esta llanura sí tuvo posibilidades para el desarrollo agrario, aunque su importancia en un contexto general helénico fue escasa.

En conjunto, la llamada Fócida fue zona de transición entre la Grecia septentrional y la central, si bien la hemos incluido en la última por respetar unos límites generalizados, como pueden ser el paso de las Termópilas o los límites con Etolia.

Beocia

El monte Parnaso, en su vertiente meridional, cortada por bruscos desniveles, constituye el límite que separa esta región con la Fócida. El Helicón y el Citerón continúan el sistema

orográfico, que sirve para enmarcar las llanuras centrales de Grecia y al mismo tiempo limita el último con el Ática.

La continentalidad que le prestan las barreras de relieve a este territorio dejan, sin embargo, tres grandes unidades llanas, que constituyen las características fundamentales de Beocia.

La hoya de Queronea queda separada del curso superior del río Cefiso y de la Fócida por el estrecho desfiladero excavado en el Parnaso, que comunica el curso alto con el medio. Este recorre tierras limosas y aluviales, permitiendo el cultivo cerealístico en condiciones muy favorables hasta las márgenes del gran lago Copais, rico en aves acuáticas y pesca abundante, estando en la actualidad desecado.

El país de Tebas constituye en el centro la gran llanura por excelencia, donde ganadería y agricultura se desarrollan al unísono, sobresaliendo los caballos y los trigos blandos de gran productividad.

Representaba la ruta de contacto entre Atenas y Calcis, así como las comunicaciones hacia la Grecia septentrional.

Por último, la hoya de Tanagra, abierta al contacto con Eubea, es la única región de Beocia que posee facilidad en su salida al mar. Por estas razones constituye la vía natural para el contacto marítimo y los intercambios comerciales, imprescindibles para la civilización helénica. Los suelos ricos potencian el desarrollo agrícola, acrecentado por la fertilidad que proporciona el río Asopus al atravesarla, y en conjunto la importancia económica de la hoya es debida a encontrarse en ella el puerto de Oropos, centralizador de exportaciones e importaciones, motivo por el que fue continuamente disputado entre áticos y beocios.

El control sobre la ruta costera a la Grecia septentrional, que le proporciona su posición geográfica, llevó consigo el ser camino usual de ejércitos en el afán de frenar posibles invasiones por el estrecho paso de las Termópilas, que servía de puerta a la mencionada ruta. También sus llanuras fueron pasos obligados de migraciones o invasiones que incidieron en el Ática o en el Peloponeso, utilizando los pasos abiertos en el monte Citerón; de ahí la defensa continua que de ellos hizo el Ática y, por tanto, el influjo en los núcleos urbanos beocios cercanos, que tuvieron en momentos distintos mayores vínculos hacia Ática que con Beocia; ejemplo: Platea.

No podemos olvidar la costa sudeste, abrupta y de escasas posibilidades para la navegación, pero que fue usada como salida al golfo de Corinto, y con ello se abría para sus habitantes la posibilidad de unirse a las rutas occidentales de las colonizaciones.

El clima continental y la excesiva humedad influyeron decididamente en la vegetación, que en las altas laderas de sus montañas cubiertas de nieves fue de especies forestales resistentes a las inclemencias, dejando las zonas más bajas cubrirse de olivos y matorrales, estos últimos necesarios para el desarrollo ganadero, que tuvo también su importancia.

Ática

Limita al noroeste con Beocia, de la que la separa el Citerón y el Parnés, aunque este último, con las anexiones de la llanura de Drymos y sus pretensiones sobre Oropos, pasaría a estar dentro de Ática, extendiéndose ésta en su parte septentrional. Al oeste con el canal de Eubea y al sudeste con el golfo Sarónico.

Ocupa la zona meridional de la denominada Grecia central, en una orientación de noroeste a sudeste, estando ocupada en más de la tercera parte de su superficie total por un relieve montañoso, continuación de los plegamientos septentrionales, presentando de este modo una serie de llanuras aisladas por conjuntos calizos que la rodean.

Las cuatro llanuras quedan abiertas a las costas bajas y arenosas favorables para la antigua navegación, de manera que constituyen los centros agrícolas y comerciales por excelencia, así como las zonas de hábitat más pobladas.

La denominada llanura aluvial triásica, con su núcleo más importante en Eleusis, es la más occidental, encontrándose recorrida por el río Cefiso, típicamente mediterráneo, de intensa sequía estival y escaso cauce invernal. Está rodeada por el monte Citerón, que sirve de límite con Beocia, y en su extensión hacia el sur hace de frontera en el istmo con el Peloponeso, y por el Aigialeos, que junto al Parnés, Pentélico e Himeto sirven como delimitación de la llanura ateniense recorrida por el río Cefiso ático y abierta al golfo Sarónico, que es ocupado por las islas de Salamina y Egina. Las dos restantes llanuras ocupan terrenos arcillosos y aluviales respectivamente, siendo la Mesogeia la más meridional, encuadrada entre el Pentélico e Himeto por el norte y el Laurión en el sur; la última, rodeada por el Parnés y el Pentélico, ocupa la menor extensión de todas, pero también constituye una de las bases agrícolas áticas.

Sin embargo, tres grandes unidades geográficas tuvieron los antiguos áticos para distinguir actividades características en cada una de ellas. La Diacria o zona montañosa, donde son aprovechados los bosques por su madera y el matorral para la ganadería o la apicultura en el monte Himeto. La extracción de mármol en el Pentélico provee la demanda de los grandes artistas griegos y la construcción, así como otros materiales más pobres, pero no menos necesarios, entre los que sobresalen las arcillas finísimas del cabo Kolías para la producción cerámistica. Pero la fuente de riqueza del subsuelo ático será la explotación minera fundamental de plomo argentífero y calamina en el Laurión, que tan importante fue para la economía ateniense.

La Paralia o costa no posee una unidad, pero, sin embargo, pese a algunas zonas abruptas, la generalidad baja y arenosa es favorable a la navegación comercial y la pesca, presentando sus bahías y ensenadas lugares idóneos para refugio marino. Constituye la base geográfica imprescindible en el desarrollo ateniense, por su extensión y su situación favorable al contacto con las islas. La extracción salinera en las costas áticas fue otra de las actividades necesarias y satisfechas por los antiguos griegos.

Por último, la Pediea o llanura, llamada por excelencia la Ateniense, constituye la base de la actividad ática: la agricultura. El clima mediterráneo característico de esta región y su falta de lluvias, así como de ríos con caudal suficiente, obligó al desarrollo de una agricultura cerealística con introducción del olivo y vid, pero pobre en productividad, aunque también de manera menos intensa se cultivaron hortalizas en pequeños huertos cercanos a los núcleos urbanos.

Megara, Corinto y Sición

Por la importancia que tuvieron en su desarrollo histórico, así como por las características particulares de autonomía e independencia que condicionaron sus relaciones con el resto helénico, debemos delimitar el territorio, por separado de cada una de ellas y sus fuentes básicas de riqueza.

Megara comenzará a adquirir importancia a partir del siglo VIII a. C. Habiendo ocupado hasta entonces una situación atrasada respecto al resto de Grecia, su situación geográfica, dominando la entrada al istmo que comunica la Grecia central con la península del Peloponeso, le permitió participar activamente en el desarrollo comercial y mercantil, que tanta incidencia tuvo en la etapa arcaica griega. Su territorio quedaba abierto al golfo Sarónico, aunque su cercanía al de Corinto también sirvió para constituirse los dos en salidas naturales de los megarienses para sus actividades comerciales.

La cercana isla de Salamina constituyó un punto de litigio entre Megara y Atenas, aunque el desarrollo ático obligó a Megara a prescindir de sus argumentos en pro de su dominio sobre ella quedando dependiente de Atenas. También el límite septentrional de su territorio con el Ática, y especialmente con la ciudad de Eleusis, fue motivo de enfrentamientos y luchas durante la historia de estas regiones.

Por su escaso territorio, el sistema básico de vida entre sus habitantes estuvo condicionado a sus salidas hacia el exterior; de ahí que fuese uno de los núcleos colonizadores más importantes

de Grecia. Jugó un papel fundamental en este proceso, no sólo fundó colonias en el Mediterráneo occidental (Selinonte, Megara), sino que llegó incluso hasta el mar Negro (Bizancio, Astaco, Calcedonia), participando de esta forma en el desarrollo colonizador griego de una manera intensa y hacia todas direcciones.

Otra de las ciudades situadas en el istmo fue Corinto, que ocupó la región más cercana al Peloponeso. Aunque estrecho y de escasa extensión, el territorio de la ciudad estuvo constituido por una fértil llanura donde el olivo y la vid tuvieron un fuerte desarrollo. Pese a estas fuentes de riqueza, el desarrollo de Corinto, fundamentalmente a partir de la época arcaica, estuvo condicionado a su actividad comercial. Situada la ciudad en una colina que domina su salida marítima al golfo de Corinto, ocupó también una de las etapas obligadas en la ruta que unía el Peloponeso y la Grecia central. Su situación privilegiada, así como la posibilidad de abrir otra salida al mar Egeo por la estrechez del istmo, le permitieron participar en el desarrollo helénico, constituyéndose en potente núcleo comercial y centro importador de primera importancia, especializándose en cerámica, llegando a monopolizar en algunos momentos este sector productivo.

Estas condiciones favorecieron también su participación directísima en las colonizaciones griegas. Hacia occidente fundó Siracusa y Apolonia, y hacia el Helesponto, Potidea, entre los núcleos que más desarrollo posterior tuvieron, manteniéndose todos ellos unidos a la metrópoli por distintos vínculos.

Por último, Sición, aunque situada dentro de la península del Peloponeso, mantuvo un territorio anejo en condiciones de independencia y autonomía con el resto de Grecia, lo que motiva su estudio por separado.

Situada en la costa norte del Peloponeso, ocupa una pequeña pero fértil llanura donde se encuentra su puerto abierto al golfo de Corinto, como pieza clave en el control comercial y con una participación intensa en las actividades que se desarrollaron en él, teniendo importancia decisiva la potente flota, que en el golfo tuvo una actividad intensa en todas las rutas existentes. Sición, por otra parte, fue punto de partida para la ruta terrestre que, pasando por la meseta de Arcadia, unía Laconia y el golfo de Corinto, participando decisivamente en el control de dicha ruta, como lo atestiguan los hallazgos de monedas en ciudades interiores del Peloponeso por donde atravesaba; por ejemplo, Mantinea y Tegea.

La etapa tiránica como forma política en Sición fue uno de los momentos de mayor auge y desarrollo, fundamentalmente con Clístenes a principios del siglo VI a. C. Posteriormente mantendría su independencia, pero llegarían los momentos en que la hegemonía espartana incidiera en esta ciudad, que pasó a ocupar un lugar secundario y dependiente de Laconia.

Acaya

Ocupa el territorio septentrional del Peloponeso, limitando al oeste con la Elida, al sur con los macizos que elevan a la Arcadia, al este con el territorio de la ciudad de Sición y al norte queda bañada por el golfo de Corinto.

Pertenece al grupo denominado países de colinas. Sin gran desarrollo agrícola, fue un régión de escasa importancia en el contexto general, recibiendo su nombre por las migraciones aqueas y su emplazamiento en ella. Se mantuvo siempre como régión poco importante y con una civilización escasamente desarrollada.

En la antigüedad, su posición privilegiada en un ámbito climático suave y con lluvias suficientes le posibilitó un desarrollo económico fuerte, sin embargo dominada por la importancia de Sición y Corinto, que controlaron la ruta del golfo de Corinto monopolizando las condiciones de la región. En la actualidad, Patras, antigua ciudad de Acaya, situada en la zona en que el golfo de Corinto se abre completamente al mar, es lugar privilegiado para las rutas hacia Occidente.

Arcadia

Alta llanura rodeada de montañas que encierra en esta región una extensa meseta donde la circulación hidrográfica es deficiente para las necesidades agrícolas, si bien poseía algunos lagos y regiones pantanosas. El clima continental que la caracteriza obligó a un sistema de subsistencia basado esencialmente en la pobre agricultura de cereal duro y una ganadería extensiva no muy desarrollada. Pese a esta situación de aislamiento, el territorio arcadio tuvo en su suelo ubicadas las grandes rutas de contacto entre las diversas poblaciones peloponesías. Los núcleos urbanos más significativos de su historia: Orcomeno en el norte, Tegea por el sur, Mantinea al este, o los intentos de urbanización en Megalópolis, tuvieron siempre como localización clásicas rutas con las regiones limítrofes y zonas de características más propicias para la agricultura.

Por su posición geográfica, fue lugar idóneo como refugio en las sucesivas invasiones al Peloponeso por pueblos exteriores, así como centro de conflictos bélicos entre potencias enemigas, atestiguado por el desarrollo de importantes conflictos bélicos. En Mantinea, escala de la ruta interior Argos-Esparta, se desarrollaron importantes batallas: en el 418 a. C. los espartanos vencen a atenienses y argivos, en el 362 a. C. el tebano Epaminondas vence a Esparta entre otras menos importantes.

El resto de los núcleos urbanos significativos de Arcadia fueron centros de pequeñas llanuras donde se desarrollaba la agricultura, y las condiciones para crear puntos de concentración de la población eran mayores. Tegea, en el centro de una pequeña planicie, estaba en las rutas Esparta-Argos y fue sometida en la primera mitad del siglo VI a. C. por Laconia, de la que pasó a depender perdiendo su economía. Orcomeno, al norte de Mantinea, fue un centro agrícola importante. Por último, Megalópolis, fundada en el 371 a. C. por Epaminondas para consolidar un centro urbano que se desarrollase en oposición a la decadente Esparta y significase al mismo tiempo el núcleo representativo del resurgir peloponesiaco, perdida la hegemonía espartana.

Argólida

Ocupa la parte oriental del Peloponeso, constituyendo su relieve la continuación de los grandes macizos de la Grecia central y septentrional, aunque su orografía está formada fundamentalmente por una gran llanura recorrida por escasas vías de agua y abierta a las influencias marítimas en los golfo Sarónico y Argólico.

Es la región más septentrional de la península; de ahí que sus contactos con el istmo y la Grecia central hayan sido más continuados, bien en función de alianza o de enfrentamiento.

Su llanura de terreno legamoso permite los cultivos típicamente mediterráneos de cereales, olivo y vid; esta última ocupa las bajas vertientes de las montañas, idóneo lugar para su producción. El benigno clima mediterráneo de suaves temperaturas permitió unas condiciones propicias al desarrollo de antiguas civilizaciones y su continuidad: recordemos que los centros de Micenas y Tirinto estuvieron ubicados en esta región y posteriormente en ellas se formaron los núcleos urbanos de Argos, abierto al golfo Argólico, y otros que lucharon contra su hegemonía, incluso adquiriendo plena autonomía, como Sición, situado en el golfo de Corinto.

La historia de la Argólida señala perfectamente sus etapas de mayor florecimiento. La civilización aquea está representada por Micenas y Tirinto como sus más importantes núcleos urbanos. La invasión doria destruye estos antiguos asentamientos y crea un nuevo centro: Argos, que luchará contra Esparta para consolidar la hegemonía en el Peloponeso sin que las primeras victorias puedan unir la península, que permanecerá dividida, pero ocupando Laconia el centro de una poderosa liga, con carácter de dirección hegémónica.

Aunque la isla montañosa de Egina no estuvo plenamente enmarcada en el contexto argóllico, hacemos mención de ella por la proximidad en el golfo Sarónico a sus costas y sus fuertes contactos históricos. El núcleo urbano insular del mismo nombre sobresalió siempre con fuerza,

mediante la actividad comercial y su desarrollo mercantil, siendo el centro transmisor de la moneda hacia el Ática, como intermediaria de Argos, verdadero núcleo difusor.

Elida

Situada el noroeste de la península del Peloponeso y abierta por sus costas a la influencia marítima, constituye una serie de llanuras aluviales alternadas de pequeñas colinas onduladas del terciario, que atravesadas por los cauces del Alfeo y Peneo presentan una zona de amplias posibilidades agrarias.

Dos núcleos urbanos sobresalieron en esta región fundamentalmente rural y dispersa. Elis, en las márgenes del Peneo, y que sirvió de centro para las comunidades rurales de su llanura, y el santuario panhelénico de Olimpia, a orillas del Alfeo, que tanta importancia tuvo entre los centro representativos del sistema religioso griego.

Presenta por su distribución una diferencia básica con la Arcadia central mesetaria, pero aunque constituye con el resto del Peloponeso las denominadas regiones periféricas y costeras, pertenece a la transición entre la llanura y la meseta, por su formación ondulada de colinas y las actividades características de dicha transición, fundamentalmente pastoril y en núcleos escasos agrícola.

Hacia el 1200 a. C. sufrió, junto a Epiro, Etolia y Acarnania, la invasión doria en su camino occidental, igual a las otras regiones orientales que también vieron modificadas sus formas de vida por los grandes movimientos de pueblos que ocurrieron en este siglo.

La importancia del santuario de Olimpia en el contexto religioso griego, como centro de los juegos deportivos Panhelénicos, hizo que continuamente estuviese dominado por potencias extranjeras su territorio y así el control pasó de manos argólidas a los laconios, en el cambio que ocurrió con la consolidación de la hegemonía espartana en el Peloponeso después de la derrota de Argos.

Mesenia

El golfo de Mesenia baña la mayor parte de la costa, abrupta y rocosa, de esta región que ocupa todo el suroeste de la península. Recorrida por una cadena litoral de plegamientos, sólo permite abrir puertos marítimos al pie de las cadenas montañosas en refugios de fondo rocoso, ya que las desembocaduras de los ríos con sus aluviones impiden la navegación por la abundancia de dunas y los cordones litorales que se forman.

Limita al este con Laconia, separada por el alto macizo de Taigeto, lo que configura dos grandes llanuras meridionales en el Peloponeso, siendo la más occidental Mesenia. La planicie recorrida por el río Pamisos recoge durante todo el año las lluvias acumuladas de las grandes mesetas centrales y proporciona un caudal abundante para el beneficio agrícola, así como para el progresivo traslado de su desembocadura por el transporte aluvial que realiza. La llanura queda también beneficiada por estar su costa occidental más abierta a la influencia marítima, y por lo tanto recibe mayor pluviosidad, dado que la altura de las cadenas litorales es menor que en el este. Estas condiciones permiten una riqueza agraria muy desarrollada, que la hizo estar en constante lucha con la población guerrera de Laconia.

Pilos fue uno de los más antiguos núcleos urbanos que se constituyeron en esta región; la prosperidad durante la época micénica ha sido ampliamente reconocida con la excavación del palacio de su anciano rey Néstor y el resto de datos aportados por la arqueología. Sin embargo, Mesenia estuvo constantemente en una lucha abierta con Laconia, la cual estableció en su región vecina el sistema de los ilotas con la población conquistada, desarrollando éstos continuados intentos por alcanzar la independencia y romper el sistema de dominio que había impuesto Esparta.

Sería después de la batalla de Leuctra cuando adquirieron su autonomía, siendo fundada entonces la nueva ciudad de Mesenia por Epaminondas.

Laconia

Situada entre altas montañas, el Taigeto, al oeste, y el Parnón, al este, forman una estrecha y fértil llanura recorrida por el río Eurotas. Ocupa la zona sudoriental de la península del Peloponeso, formando las prolongaciones de los macizos que la limitan dos entrantes anchos y profundos separados por el golfo Lacónico. El accidentado relieve que recorre sus costas hace que ellas no posean ninguna característica idónea para la navegación y la práctica de una economía marítima, excepción hecha del puerto de Gythium. Incluso contribuyen al aislamiento geográfico que tuvo la región. La parte septentrional de su territorio limitaba con las altas mesetas de Arcadia, pobre y atrasada.

La estrecha llanura recorrida por el Eurotas es la base de los asentamientos humanos, ya que en ella los terrenos aluviales formados por el río y las condiciones climáticas perfilan unas condiciones favorables para el desarrollo de una rica producción agraria fundamentalmente basada en la trilogía mediterránea del olivo, vid y cereales.

El curso alto del Eurotas recoge todas las lluvias de la meseta, con lo que su curso es constante y abundante, manteniendo con el deshielo parecidas características, sin que llegue a dar nunca la sequía estival completa. Recorre toda la llanura formando meandros, hasta desembocar en el golfo Lacónico, donde a través de los siglos los aluviones acumulados han hecho avanzar su costa en la actualidad.

En la antigüedad las laderas de los sistemas montañosos estaban cubiertas de bosques coníferos y alternando los pastizales y el monte bajo, que eran aprovechados, fundamentalmente en verano, para el pastoreo, existiendo también gran abundancia de animales salvajes que poblaban estos lugares. El clima, aislado a las fuertes influencias marítimas de Occidente, era típicamente mediterráneo, seco con unos veranos largos y calurosos e inviernos suaves y sin excesiva humedad.

El escaso aprovechamiento que permitieron las costas de Laconia, excepción hecha de la pesca por pequeñas comunidades aisladas, se basó fundamentalmente en la extracción de púrpuras, de la que Grecia tuvo su centro más importante de abastecimientos en estas costas.

Las rutas de comunicación, teniendo como centro a Esparta, en las orillas del Eurotas, utilizaban fundamentalmente el valle del río hacia el norte; recorriendo su curso alto se ponía en contacto con Megalópolis y con ellos toda la Arcadia. Hacia el sur, siguiendo también el valle del río, se comunica con el núcleo urbano de Gythiun, único puerto lacedemonio fundamentalmente dedicado a arsenal militar. El resto de la costa no permitió más establecimientos. Otro camino, partiendo de Esparta y atravesando los pasos del Parnón, pondría en comunicación con la Argólida, aunque las rutas que permitieron tener contacto con Laconia no eran numerosas, fundamentalmente el exterior vivió aislado del resto del Peloponeso. El sistema orográfico de Laconia, que tenía su fin continental en el cabo Malea, continuaba en la isla de Citera, cercana a la costa, en forma de plegamientos que a través de Creta y Rodas prolongaba las cadenas montañosas hasta Asia.

La explotación de mineral de hierro en los yacimientos del Taigeto y Parnón no fue muy utilizada en la época clásica, así como tampoco el mármol y el pórfido, que sólo tuvieron importancia por su extracción después de la conquista romana.

Eubea y Las Esporadas

Constituye la primera una de las mayores islas griegas y de las que participaron en el proceso histórico general con más intensidad. Está situada paralelamente a las costas orientales de Beocia y Ática, separada por un estrecho canal marino, que permite una comunicación segura y rápida con el continente.

Morfológicamente forma parte de la prolongación de la Grecia central, sobre todo el macizo de Othris, al sur de Tesalia, configurando este relieve una primera unidad orográfica en el septentrión de la isla. Esta zona estrecha está formada por colinas onduladas de fértil suelo, que permiten los cultivos agrícolas en las partes más bajas y una vegetación arbustiva en las más elevadas. De ahí que las dos zonas de vegetación formen, ayudadas por el clima benigno mediterráneo, de gran influencia marítima, un paisaje basado en la agricultura y en la ganadería principalmente.

En el centro, los macizos calizos que la forman hacen aumentar su anchura y distinguen dos tipos de regiones. La montañosa y la rica llanura aluvial, que permitirá una agricultura intensiva de olivos y viñedos, sirviendo también como centro de consolidación de los núcleos urbanos más extensos, por ejemplo, Calcis, que cohesiona el hábitat de la llanura y es el centro político fundamental de la isla, si bien cercana a ella se desarrollaría Eretria, de fuerte actividad y poder comercial en la generalidad helénica.

Esta llanura tuvo también un fuerte desarrollo por el trabajo metalúrgico del cobre, cuyo centro fundamental fue Calcis, siendo la isla uno de los centros más importantes de extracción, resaltando también el de los minerales de hierro.

Por último, el apéndice que se va estrechando en la zona meridional está compuesto de un macizo calizo de mayor antigüedad, que condiciona el paisaje montañoso, de vegetación arbustiva, sólo dedicado a una ganadería extensiva con hábitat muy disperso. Por su orografía, las costas son abruptas y con escasas posibilidades para la navegación u otras tareas típicamente marítimas, como la pesca.

Las Esporadas del norte son un conjunto de pequeñas islas donde sobresale Skiros, fértil y de posibilidades marítimas junto a otras menores más pobres y con relieve accidentado, que forman al este de Eubea la prolongación del Pelión tesaliota, en un arco desde el sudoeste en dirección noreste.

Las Cícladas

Las prolongaciones de Eubea y Ática forman en el mar Egeo un conjunto de características plenamente griegas, que con su centro en la pequeña Delos, pero de importancia fundamental por ser centro religioso, forman un círculo alrededor. Difieren en sus formas de relieve; mientras unas son volcánicas, otras son suelos fértiles que permiten ricos cultivos de cítricos y vid, e incluso algunas fueron básicas para la explotación de su subsuelo en materiales para la construcción, como los mármoles de Paros.

En conjunto, la gran meseta en que se apoyan las Cícladas es un punto más del camino seguido por los griegos en sus contactos con el mundo oriental, al mismo tiempo que constituye parte compacta con el continente por estar basado el sistema de intercambio fundamentalmente en las rutas navales.

Entre las restantes islas podríamos destacar Sifnos, importante centro de producción de plata en la época arcaica. La de Naxos, rica en agricultura, y otras mayores, como: Andros, Tenos, Siros, etc.

Dodecaneso

Forma el conjunto de islas situadas en la costa sudoeste de Anatolia. Samos, Icaria, Patmos, Leros y Calymnos son el grupo más septentrional, que como fragmentos del continente surgen frente a él con un relieve de plegamientos calcáreos. Samos presenta altas montañas orientada de Este a Oeste que dejan pequeñas depresiones entre ellas, pobladas y cultivadas por sus habitantes. Separada por un estrecho de doce kilómetros de Asia Menor, frente al cabo Micala, posee un paisaje de vegetación rica por sus abundantes lluvias y una agricultura mediterránea donde el olivo y la vid crecen en las laderas y el cereal es abundante en las pequeñas llanuras. Icaria está situada como prolongación de Samos y posee unas características similares a ésta

aunque de menor extensión. Patmos y Leros constituyen la continuación del relieve en dirección sudeste, que en la isla de Calymnos modifica su constitución por macizos calcáreos.

Al sur, las islas de Cos y Rodas, como apéndices del Tauro, forman el comienzo de las rutas a Egipto y Oriente, pasando por Creta hacia el Peloponeso. Cos fue significativa, pese a su escasa extensión, debido al santuario de Asclepios y su importancia durante el siglo IV a. C.

Rodas está formada por bloques montañosos que, sin embargo, permiten la instalación de los grandes puertos comerciales, el de Lindos y el de Rodas, perfectamente defendidos del mar y escala obligada de rutas comerciales. Sería fundamentalmente su posición la que le dio importancia comercial, al margen de su riqueza natural que también poseía. El clima húmedo posibilitó en todas las islas una riqueza intensa, más abundante que en las Cicladas, y donde la ganadería y la agricultura fueron fuentes de riqueza importantes.

Islas del Egeo oriental

La más meridional de todas, Chios, está situada frente a la costa recortada de Anatolia, siendo una continuidad de su relieve, por lo que queda recorrida de norte a sur por una alta cadena de montañas alternadas por ricas depresiones donde se desarrolló la agricultura y una ganadería favorecida por la abundante vegetación que crece en las laderas regadas por una pluviosidad abundante.

Su dependencia continuada de Atenas hizo de esta isla y de sus núcleos urbanos anejo del desarrollo general ateniense.

Lesbos fue una de las islas más extensas y más fértiles del Egeo. Frente a las costas del noroeste asiático constituyó uno de los centros de población eolia que se establecieron desde la antigua edad de hierro en esta zona. Presenta un relieve accidentado con tres alturas importantes en los vértices, que señalan sus puntos más distantes, recorrido por depresiones y estrechas llanuras donde se desarrollaron la agricultura y la ganadería.

Por último, Lemnos, situada en la desembocadura del Helesponto, es la más pequeña, junto a la de Imbros, de las islas de esta región. Su carácter volcánico da una riqueza en toda su extensión oriental para los cultivos y como centro del culto a Hefaistos, dios del fuego. Se encuentra casi partida en dos por los profundos golfo de Pardisos, al norte, y Madros, al sur.

Creta

Por su superficie (260 kilómetros de largo por 60 de ancho), constituye la mayor isla griega, que sirve de límite sur al mar Egeo, formando una barrera con el Mediterráneo; su orografía, formada por el arco que une el Peloponeso con Asia Menor, es accidentada y de formación similar a la de la Grecia meridional. Está recorrida en dirección Oeste-Este por varios sistemas montañosos que hacen su costa meridional abrupta y escarpada, dejando la zona de la isla que mira al Egeo con llanuras propicias a la producción agropecuaria.

Tres grandes regiones podemos distinguir, las llanuras que ocupan toda la zona norte de la isla, donde el clima suave y las lluvias invernales favorecen el desarrollo de la agricultura en sus cultivos más típicos del Mediterráneo: olivo, vid y cereales. La costa, con abundantes bahías, posibilita lugares idóneos para la navegación y un intenso comercio con el resto de Grecia, así como el empleo en la pesca de gran parte de los habitantes que la pueblan, constituyendo otra de las fuentes básicas de su subsistencia.

Más al sur, las montañas se elevan y forman con su clima menos suave otra unidad rica en vegetación y bosque, estos últimos utilizados para la fabricación naval y los matorrales y montes bajos, fuente importante para el desarrollo de una ganadería extensiva, así como una abundante caza, que fue base económica de las civilizaciones neolíticas.

La costa meridional escarpada permite, en algunas regiones, la existencia de centros urbanos, como Faistos y Hagia-Triada, verdaderos núcleos comerciales mirando hacia Oriente y Egipto,

y que mantienen la hegemonía durante sus momentos de esplendor. No obstante, esta parte de la isla, con un clima subdesértico y por la pobreza de su suelo, tuvo un menor desarrollo que el resto de la superficie insular.

En conjunto, Creta representó, por su localización, el centro monopolizador del comercio helénico durante los denominados tiempos minoicos, fundamentalmente apoyadas en el desarrollo del núcleo urbano de Cnosos, situado cerca de la costa septentrional y donde la civilización cretense tuvo uno de los mejores exponentes. Del mismo modo, Malia, situada también en esta costa.

CAPÍTULO II

EL MUNDO EGEO DEL III AL II MILENIO A. C.

Hasta la década del setenta del siglo XIX, la historia de la Grecia antigua comenzaba habitualmente con el llamado período homérico, es decir, el período que halló su reflejo en la *Ilíada* y la *Odisea*. Se consideraba entonces que en ambos poemas se reflejaba el cuadro de la sociedad griega del siglo XI al VIII a. C. Entretanto, entre los mismos griegos se conservaba el recuerdo de un período considerablemente más antiguo de la historia de su país, el que fue grabado en una serie de leyendas y mitos que nos han sido transmitidos por los escritores antiguos de una época posterior. Algunos monumentos de la época antigua que se encuentran en la Grecia balcánica y en las islas, tales como ruinas de construcciones de piedra toscamente tallada, también recordaban el pasado. Acerca de estas ciclópeas construcciones, los mismos griegos antiguos no podían decir nada definido; la tradición las atribuía a los grandes cíclopes monóculos. A estos escasos datos de la tradición, la ciencia burguesa los pasaba por alto, lo que en considerable medida se explica por el predominio de orientaciones hipocríticas entre los científicos especializados de aquel entonces. Los partidarios de esta orientación tuvieron como objetivos fijar límites claros, ya a menudo injustos, entre el material histórico y el no histórico, es decir, el legendario. No se orientaron hacia el análisis del material mitológico con el objeto de encontrar en él reflejada la realidad histórica. En fin, al concepto de los antiguos griegos sobre el pasado remoto de su país casi se lo ignoraba completamente. La crisis en este sentido se produjo entre los años setenta y noventa del siglo pasado, cuando, en directa vinculación con los grandes descubrimientos arqueológicos, se aclaró que el período homérico de la historia de Grecia en la cuenca del mar Egeo fue precedido en muchos siglos por la existencia de una cultura desarrollada cuyos centros principales fueron Creta, la Hélade y la ciudad de Troya. Las investigaciones del siglo XX demostraron así que en el II milenio antes de nuestra era existieron allí civilizaciones casi tan desarrolladas como sus contemporáneas egipcia, babilónica e hitita. El estudio de la historia de las poblaciones que crearon esta cultura colocó frente a la ciencia contemporánea una serie de importantes problemas de principio: el problema de la clasificación en períodos, el problema de la pertenencia étnica de las tribus egeas, lo que en modo estrechísimo se vinculaba con el estudio de la lengua y de la escritura creto-micénica, el problema de las características económico-sociales de la Creta antigua y de las antiguas ciudades del Peloponeso, el problema de la conquista de los reinos aqueos por los dorios, y otros.

El paso esencial para resolver todos estos problemas se esbozó sólo en los últimos años, condicionado tanto por considerables acumulaciones de material de investigaciones arqueológicas como por el trabajo perseverante de una cantidad numerosa de científicos en el dominio de la interpretación de las inscripciones creto-micénicas. En 1953, cuando dos científicos ingleses, Ventris y Chadwick, publicaron sus investigaciones acerca de los nuevos métodos para descifrar las inscripciones micénicas, estos trabajos fructificaron. Aunque ello todavía ni de lejos puede considerarse como concluido y las dificultades en el camino de un estudio más profundo de las inscripciones micénicas son todavía muy grandes, los métodos propuestos por Ventris y Chadwick para descifrarlas conquistan el reconocimiento cada vez mayor de los científicos de todo el mundo. A la luz de una más rigurosa lectura de las inscripciones, se abre una perspectiva completamente nueva y extremadamente amplia en la investigación del período remoto de la historia griega, hasta los tiempos posteriores, conocidos casi exclusivamente por los monumentos de la cultura material.

Las tribus que poblaban la península balcánica, las islas del archipiélago del mar Egeo y las costas del Asia Menor se encontraban desde los tiempos antiguos en estrecho contacto unas con otras, lo que era posibilitado por la vinculación por mar de todos estos países.

Esos íntimos vínculos determinaron no solamente los rasgos generales en el desarrollo de la población que allí habitaba, sino que, comparativamente con los primitivos países de la cuenca del mar Egeo, crearon originales centros culturales que existieron contemporáneamente con otros antiguos focos de la civilización, como la antigua Babilonia, Egipto, India y China.

Gran parte de la población de los países de la cuenca egea pertenecen, de acuerdo con los datos científicos de que se dispone, al comienzo de la época neolítica, es decir, aproximadamente del VII al VI milenio a. C.

Muchos restos de población y tumbas de la época neolítica a lo largo de los países mediterráneos hasta los límites del IV al III milenio a. C. fueron encontrados en las excavaciones de la península balcánica, en el Asia Menor y en las islas del archipiélago del mar Egeo, Creta entre ellas.

El estudio de los monumentos testimonia que en ese tiempo la comunidad primitiva se basaba fundamentalmente en la agricultura de azada y la ganadería. El estudio de estos monumentos arqueológicos de la península balcánica, hacia el sur de Duna, muestra que todos estos territorios eran habitados por tribus que se encontraban casi a igual nivel de desarrollo. La cultura de las poblaciones neolíticas, los futuros tracios, macedonios, tesalios y griegos, no difería de la cultura de las poblaciones de las islas del mar Egeo. Gran cantidad de restos de la época neolítica en Creta autorizan a sostener algunas ideas acerca de la vida de la población de la isla.

Como muestran las excavaciones arqueológicas, los poblados comunales estaban constituidos en aquel entonces por chozas hechas con materiales calcáreos no elaborados, de forma cuadrangular. Para la cerámica cretense son característicos los vasos en forma de torre, decorados con arabescos tallados. El arte primitivo también estaba representado por figuras groseras de pájaros, animales y hombres. La gran mayoría de las estatuillas representan la figura femenina, lo que es el rasgo natural del arte de todos los pueblos en la época del matriarcado.

Desde el III milenio a. C., en las tribus egeas se conocía el uso de los metales. Primero el cobre, luego el bronce. Para la población de la cuenca egea éste fue un gran paso adelante en el desarrollo de las fuerzas productivas.

La ciencia burguesa vincula la aparición de los metales con las migraciones en la cuenca egea de nuevas tribus de Anatolia (Asia Menor). En el fondo de esta opinión de muchos científicos burgueses yace la teoría de los pueblos «elegidos y rectores» que, según ellos, serían la fuerza motriz de la historia. Sin negar la importancia de las migraciones de tribus, nosotros debemos señalar que el comienzo en la utilización de los metales no fue consecuencia obligada de las mismas. De las investigaciones de las últimas décadas se deduce que los metales se emplearon simultáneamente en diferentes lugares de la cuenca egea, así como Chipre, costas del Asia Menor y Macedonia, es decir, en todos aquellos países donde había yacimientos de cobre. Gracias al nivel alcanzado por las tribus egeas en la producción y a la existencia entre ellas de antiguos lazos, el arte de producir herramientas metálicas se difundió relativamente pronto entre las poblaciones de los territorios vecinos. Los más antiguos artículos de cobre datan aproximadamente de finales del IV milenio y comienzos y primera mitad del III a. C.

La unidad cultural de las tribus que habitaban en la cuenca del mar Egeo, en la edad del bronce, autoriza su generalización bajo el nombre de cultura egea.

La clasificación cronológica de la cultura egea fue realizada detalladamente por A. Evans (véase más adelante), quien trazó la cronología de Creta y, de acuerdo con ese modelo, otros científicos elaboraron la cronología griega de la edad del bronce: la antigua cultura griega fue dividida en tres períodos helénicos: antiguo, del año 2600 al 2000; medio, del 2000 al 1600; tardío, del 1600 al 1100 a. C. Del mismo modo, la cultura en las islas Cícladas (período antiguo, 3000 a 2200; medio, 2200 a 1600, y posterior, del 1600 al 1200 a. C.). Esta clasificación es fundamentalmente formal, puesto que no ha sido elaborada teniendo en cuenta las transformaciones de las relaciones de producción entre las tribus egeas. Se basa, en lo esencial, en el desarrollo de la cerámica. No obstante, esta clasificación puede cumplir un papel auxiliar.

1. La Grecia continental desde el siglo XXV hasta el siglo XVII a. C.

Desde la primera mitad del III milenio a. C., la población de la península balcánica comenzó a utilizar artículos de cobre. El territorio de Grecia es comparativamente pobre en minerales de cobre. Aunque ahora se conocen algunas minas, que se utilizaban ya hacia el III milenio a. C., al principio el cobre fue, por lo visto, importado por mar desde Chipre y las islas Cícladas (Siros). En la distribución de los artículos de cobre se encuentra una secuencia conocida. Al principio surge en la parte sur de Grecia, es decir, en el Peloponeso, y sólo paulatinamente penetra en las regiones septentrionales del país. Por lo visto, el conocimiento de estos metales llegó a la población de la Grecia continental de los habitantes de las costas del Asia Menor.

En la época antigua del bronce surgió gran número de poblaciones en las regiones antes despobladas del Peloponeso y la Grecia central. Precisamente en ese tiempo aparece la población de puntos que posteriormente fueron tan conocidos como Tirinto, Micenas, Orcómenos y Delfos. A la vez surge una serie de poblaciones más pequeñas, como Cinuria, Asina, etc. El rasgo característico de estas poblaciones muy antiguas era su distribución en colinas, que garantizaban su capacidad defensiva. La arquitectura de sus viviendas era diversa. Por ejemplo, en Orcómenos (Beocia) fueron descubiertas casas de forma circular, con cimientos de piedra y paredes de adobe. Pero también se conocen otros tipos de casas, de forma oval o rectangular con un lado redondeado. La casa tenía dos cuartos unidos por puertas; en el centro del más grande había un fogón, y en las paredes, muchas vasijas de arcilla en las cuales se guardaban diferentes provisiones domésticas.

A la segunda mitad del III milenio a. C. pertenece la aparición de edificios más grandes, que se diferenciaban netamente de las viviendas de las comunidades, más sencillas. Tales construcciones redondeadas, con un diámetro de alrededor de 28 metros, fueron descubiertas en la acrópolis de Tirinto. Sus paredes de adobe descansaban sobre cimientos de piedra y están cubiertos por un techo de tejas. Protegidos por dos fuertes murallas circulares, estos edificios constituían poderosas ciudadelas. Por supuesto, eran las viviendas de los antiguos amos de Tirinto. En otra población, Lerna (Argólida), fue erigido en ese período un edificio con aspecto y características de palacio, que ha sido descubierto en 1945. Una parte del mismo era de forma rectangular, de más de 25 metros de largo. Sus fuertes paredes de adobe (de aproximadamente 90 cm. de espesor) descansaban sobre cimientos de piedra y estaban cubiertas con dos capas de estucado de arcilla. Algunas escaleras comunicaban el primer piso con el segundo. En el piso bajo fueron descubiertos más de diez locales destinados a diferentes usos: grandes cuartos y pequeñas despensas.

Los habitantes de la Hélade, en el III milenio a. C., se ocupaban de manera principal de la ganadería y la agricultura. Los habitantes de Cinuria, por ejemplo, tenían mucho ganado: vacunos, lanares, caprinos y porcinos. La alfarería no había salido todavía del estado de producción doméstica: las vasijas se hacían a mano. Sus formas eran muy barrocas. El difícil juzgar acerca del significado de las vajillas encontradas. Aunque se preparaban sin contar con la rueda del alfarero, la calidad del trabajo de éste era relativamente elevada. Es de destacar que ya en ese tiempo se hacían en Grecia las tejas que cubrían no sólo las casas de los nobles (en Tirinto y Lerna), sino también las viviendas de las casas medias de la población. Después del siglo XX a. C., el arte de la preparación de tejas se perdió, para renacer sólo en el siglo VII a. C. La metalurgia hasta finales del III milenio se desarrolló débilmente. El cobre se utilizaba sólo para producir algunos objetos, como puñales, alfileres, etc.

Aparecieron ya en esa época sellos e inscripciones en las vajillas. Los dibujos de esos sellos recuerdan un poco las imágenes de los de la misma época en la isla de Creta.

Las tribus de la Hélade, en el III milenio a. C., se encontraban en constante relación con los habitantes de los países vecinos, es decir, Macedonia, Tracia y Asia Menor. Estas relaciones no se limitaban a los simples cambios de artículos y llevaron a influencias culturales mutuas, que se hicieron sentir particularmente en la producción de cerámica. Más estrechas eran las relaciones con las poblaciones de las islas del mar Egeo, ante todo con las Cícladas. De allí los habitantes de la Hélade importaban obsidiana, vajillas de cerámica, figuras de mármol. Las colonias del Peloponeso tenían fuertes vínculos con Creta, separada del continente sólo por 150-160

kilómetros. De allí procedían los sellos de piedra y las vajillas, amuletos de esteatita y cerámica. Sin duda, el contacto entre la Hélade y Egipto se hacía entonces por intermedio de los cretenses.

El problema de la historia social en el período que analizamos es muy complicado. Su principio se remonta al período de predominio de las relaciones matriarcales en el interior de la comunidad tribal, que luego dejan lugar a las relaciones patriarcales. El régimen de la comunidad primitiva en la Hélade de finales del III milenio a. C. se caracterizaba por la aparición de desigualdades económicas en el seno de la comunidad.

Se observa ya el crecimiento de la riqueza de algunos, por ejemplo, de la aristocracia en las tribus de Tirinto y Lerna, lo que atestigua el surgimiento de las condiciones para una futura división en clases de la sociedad.

Alrededor del año 2000 a. C. tuvieron lugar grandes acontecimientos en la Hélade. Hasta Tucídides llega a recordar los grandes desplazamientos de poblaciones en la antigua Hélade. Estos datos de la historiografía antigua se ven confirmados por las recientes excavaciones. Por lo visto, en los límites del III y II milenios a. C., las tribus que habitaban en el norte se pusieron en movimiento hacia el sur, hacia Beocia y el Peloponeso. Según la tradición griega, estas nuevas tribus eran aqueas.

Algunos científicos burgueses, por ejemplo, Glotz y Blieger, consideran que con la llegada de los aqueos a la Hélade se rompió con el pasado, y que la razonable y fuerte asimilación de razas trajo el florecimiento de la cultura de la península. Blieger llama a los aqueos «nuevos elementos raciales». Ninguna de estas características determina el cuadro real de los cambios étnicos que tienen lugar en la Hélade al final del III milenio a. C.

Los aqueos que emigraron a la Grecia septentrional y meridional probablemente eran parientes de las tribus que poblaban en aquel entonces la Hélade. Es conocido que en la cultura de las tribus de la península balcánica, en la segunda mitad del III milenio a. C., se siguen las huellas de los rasgos comunes, lo que explica no sólo la uniformidad del nivel de su desarrollo económico y social, sino también la cercanía étnica de estas tribus. El movimiento de las mismas entre el III y el II a. C. se puede explicar por las transformaciones que se produjeron en la sociedad primitiva, vinculadas al crecimiento demográfico y a la baja productividad general del trabajo, que dieron lugar al desplazamiento de unas tribus por otras como resultado de guerras intertribales. La llegada de las tribus de Tesalia y Macedonia (cuya residencia primitiva todavía no se ha definido con exactitud) a la Hélade fue uno de los episodios de esta lucha intertribal. La invasión de dichas tribus despertó la resistencia enconada de las tribus locales. El país sufrió fuertemente las consecuencias de las largas luchas. Una serie de colonias y ciudades: Cinuria, Tirinto, Asina y otras fueron destruidas; algunas de ellas, como Cinuria, quedaron abandonadas por completo, mientras otras se reconstruyeron, aunque con dimensiones más reducidas.

Los aqueos se asimilaron paulatinamente a las tribus locales. Sin embargo, la cultura de la Hélade en los siguientes siglos (del XX al XVII a. C.) no es uniforme. En las ramas de la arquitectura, por ejemplo, se mantiene y alcanza difusión la planeación absidal de las casas, pero muy a menudo se encuentra la forma rectangular del tipo megarense, con locales centrales y patios interiores. En este último tiempo surgen las fortalezas en los alrededores de algunos puntos poblados, como, por ejemplo, Tirinto, Malfi (Mesenia) y otros lugares.

La producción se hace considerablemente más complicada. Al lado de la ganadería se desarrolla la agricultura: los habitantes de la Grecia continental cultivan ya trigo, cebada, guisantes y habas. Se desarrolla la producción artesanal. Un gran logro de la metalurgia es el arte de elaborar el bronce aleando el cobre con otros metales más duros y que se fundían más fácilmente que él. La técnica de la producción del bronce se difunde rápidamente; muchos de los artículos hallados datan de los siglos XVIII y XVII a. C. La alfarería, gracias a la introducción de la rueda de alfarero, se transforma en oficio independiente.

Las relaciones sociales en esta época sufrieron cambios considerables. El desarrollo de la agricultura y de la ganadería llevó a la concentración de riquezas en manos de algunas familias, a la ulterior separación y fortalecimiento de la propiedad privada como contrapeso en la propiedad comunal.

Es de suponer que la diferencia patrimonial dentro de la comunidad primitiva complicó aún mucho más la desigualdad entre las tribus y poblaciones locales y sus conquistadores aqueos, como mostró Marx: «El régimen tribal, por sí mismo, llevó a la división entre clanes de elevada y baja producción. Estas diferencias se desarrollan todavía más con la fusión de los vencedores con las tribus subyugadas». Entre las tribus aisladas se produjeron choques bélicos, lo que también posibilitó el crecimiento de las desigualdades entre las tribus y en el interior de las mismas, la separación de los jefes militares y sus guerreros en grupos aislados de la aristocracia tribal.

En el primer tercio del II milenio, los lazos externos de las tribus que poblaban la Hélade continuaron ensanchándose. Lo prueban claramente las relaciones directas de la Grecia balcánica con Troya. Los contactos con Creta se desarrollaron de forma irregular. Inmediatamente después de la invasión de los aqueos, estas relaciones, por lo visto, disminuyeron mucho y se restablecieron sólo después de uno o dos siglos. Testimonio de esto son, por ejemplo, las vajillas de la producción de Tirinto, hechas según la manera de la cerámica cretense de los siglos XVIII a XVI a. C. Por ejemplo, los toros en relieve de Micenas son imitación de los relieves cretenses de ese tiempo, y lo mismo ocurre con otros objetos. Se reforzaron los contactos con las islas Cícladas, con la cultura de su población, y las Cícladas, a su vez, experimentaron al mismo tiempo la influencia continental y de la isla de Creta.

El problema de las relaciones con las regiones septentrionales de la península balcánica está todavía insuficientemente investigado. Se ha encontrado en Macedonia la llamada cerámica minoica, la cual estaba distribuida por toda Grecia, y permite suponer un contacto continuo de la población de ambos lados. El desarrollo de la sociedad aquea alcanzó su apogeo en el período comprendido entre el siglo XVI y el XII a. C., y se caracteriza por el avance de Micenas, Pilos y otros centros del Peloponeso.

2. Las islas del mar Egeo en el III y comienzos del II milenio a. C.

El desarrollo histórico del grupo septentrional de las islas del mar Egeo: Lesbos, Lemnos, Imbros y Tasos, se diferencia un poco del desarrollo de las islas del sur, es decir, de las Cícladas.

La cercanía de Lesbos, Lemnos y otras de las islas a las costas del Asia Menor, donde el la mitad del III milenio se observa un potente ascenso de las culturas, condicionó su más temprano desarrollo. Sin embargo, en el estado actual de nuestros conocimientos no es posible todavía trazar un cuadro detallado del desarrollo de las islas del grupo septentrional. Están considerablemente mejor estudiadas las del sur: Andros, Tenos, Paros, Sifnos, Sérifos, Melos y otras, que constitúan el grupo de las islas Cícladas, y la de Quíos. Predominaba en ese tiempo el régimen tribal, en el cual, por lo visto, se conservaban vestigios del matriarcado.

Los habitantes de las Cícladas habían vivido en colonias tribales constituidas por chozas estrechamente unidas entre sí. La planificación de estas colonias demuestra que los medios básicos de producción eran propiedad de toda la comunidad tribal. La separación en familias aisladas dentro de la tribu corresponde a la aparición de la vivienda individual del tipo megarense. Tales poblaciones fueron descubiertas en muchas islas. La más antigua se encontraba en la de Melos y la hoy llamada Filacopi. Aquí han sido descubiertas algunas huellas de poblaciones que se fusionaron con otras. El hallazgo de las capas que pertenecen al III milenio antes de nuestra era muestra que los habitantes de la isla de Filacopi conocían el plomo, pintaban sus vajillas con colores brillantes, las adornaban con dibujos espirales, etcétera. Sin duda, Filacopi fue en esta época un gran centro cultural que conservó su significación posteriormente. Hacia el fin del III milenio, los habitantes de las Cícladas comenzaron a erigir fortalezas alrededor de sus poblaciones, necesarias debido a las guerras intertribales.

Las condiciones naturales de las montañosas islas Cícladas no permitieron el desarrollo de la agricultura y la ganadería como, por ejemplo, en Tesalia. Pero hacia el comienzo del III milenio en las Cícladas ya se conocía el cobre, con cuya utilización se alcanzó un extraordinario desarrollo en la elaboración de la piedra. En las islas fueron descubiertos muchos yacimientos

de mármol, obsidiana y otras rocas duras. Los más antiguos habitantes de las Cícladas proveyeron de obsidiana a todos los países vecinos e hicieron figuras humanas de mármol y otras rocas, que penetraron en casi todos los rincones de la cuenca egea (se encontraron en Grecia, Macedonia, Creta y otros lugares). A pesar de la aún muy primitiva técnica de los maestros de las Cícladas, estas groseras estatuillas son bastante representativas. Por su calidad artística se diferencian absolutamente de las cabezas de mármol de la isla de Amorgos. El conjunto de los monumentos arqueológicos atestigua que la sociedad de las Cícladas, en los límites entre el III y el II milenios antes de nuestra era, alcanzó un desarrollo superior al de las poblaciones de la Grecia continental.

En la vida de los isleños ocupaban un lugar importante la pesca y la navegación. El mar les suministraba pescado y los comunicaba con otros pueblos. Ya en la primera mitad del III milenio a. C., los habitantes de las islas Cícladas hacían con plomo modelos de embarcaciones y dibujaban embarcaciones y peces en sus recipientes. El comercio con los países vecinos posibilitó el desarrollo de la navegación, y también de la piratería, como lo sostiene Tucídides.

Del siglo XVIII al XVII, las Cícladas fueron subyugadas por Creta y, como lo señala Tucídides, en ellas se fundaron colonias cretenses. Desde entonces, la historia de las Cícladas se vincula estrechamente con el destino de Creta.

3. Creta desde el siglo XXX hasta el XII a. C.

El florecimiento del antiguo Estado cretense, en el II milenio anterior a nuestra era, dejó profundas huellas en el recuerdo de las generaciones posteriores. Según las antiguas leyendas, fue el rey Minos el fundador de la potencia marítima cretense. Así quedó grabado en las obras de Herodoto y Tucídides. Los mitos se refieren a Creta como centro cultural, de donde pasaron a Grecia muchos inventos técnicos y ciertos cultos. Son habitualmente poco mencionadas fuentes egipcias que se refieren a Creta; no obstante, tienen gran importancia. Durante mucho tiempo, sin embargo, no se dio la debida significación a estas noticias.

La historia antigua de Creta fue conocida solamente después de las excavaciones de 1893 a 1931, realizadas por Arthur Evans (1851-1941), quien propuso también la división cronológica de la antigua historia de Creta hasta la aparición de los griegos. Evans la dividió en tres períodos, llamándolos minoicos, por el nombre del mítico rey Minos. Los límites cronológicos de estos períodos fueron establecidos por Evans, de acuerdo con los hallazgos hechos en Creta, fechándolos en estrecha correspondencia con los objetos de la Mesopotamia y Egipto.

Con las rectificaciones posteriores, el esquema cronológico de Evans es el siguiente:

Minoico antiguo:

- 1.º De 3000 a 2800 a. C.
- 2.º De 2800 a 2500 a. C.
- 3.º De 2500 a 2200 a. C.

Minoico medio:

- 1.º De 2200 a 1750 a. C. (para toda la isla). En Cnosos y Festos termina alrededor del 2000 a. C.
- 2.º De 2000 a 1750 a. C. (solamente en Cnosos y Festos).
- 3.º De 1750 a 1600 a. C.

Posminoico:

- 1.º De 1600 a 1400 a. C. (su iniciación coincide con el comienzo del nuevo reino de Egipto).
- 2.º De 1450 a 1400 a. C. (solamente en Cnosos).

3.º De 1400 a alrededor de 1250 a. C.

Recientes cambios en la cronología del Antiguo Egipto invitan a la rectificación de la datación absoluta del comienzo del período minoico antiguo, que se fecha actualmente alrededor del 2600 a. C.

Creta en el III milenio a. C.

La sociedad cretense, en el III milenio antes de nuestra era, tenía un nivel más elevado de desarrollo que la sociedad de la Grecia continental y la de las islas del mar Egeo. La explicación de esto hay que buscarla en las condiciones extraordinariamente favorables que existían en Creta para el desarrollo de las fuerzas productivas. Desde muy antiguo era famosa por su fecundidad y riqueza. Los bosques que cubrían el territorio de la Creta antigua retenían la humedad, lo que aumentaba la fecundidad del suelo. Rodeadas por montañas, las mesetas de Creta eran aptas para el desarrollo de la agricultura y la ganadería. En esa época, los habitantes utilizaban primordialmente todo lo que les daba el mar: se ocupaban de la pesca y comerciaban activamente con otros países.

La sociedad cretense del III milenio se caracterizaba por tener rasgos de desarrollo del régimen comunal. Aunque predominaban las relaciones patriarcales, aún existían vestigios del régimen matriarcal. La propiedad privada en algunos miembros trajo consigo la división del patrimonio social. Alrededor del III milenio, en Creta existían ya familias ricas, que eran propietarias no solamente de los medios de producción, sino también de objetos de lujo, como, por ejemplo, adornos de oro. Las tribus más ricas eran las que vivían en la parte oriental de la isla. Probablemente, el desarrollo de la producción fue mayor en la parte oriental que en la occidental.

La población de Creta era bastante numerosa. Particularmente densa por entonces era la de la fértil llanura alrededor de la actual Mesaria, en la costa sur, donde durante muchos siglos existieron colonias tribales. Alrededor de ellas se disponía gran número de tumbas gentilicias de forma circular y cubiertas con un techo cónico de madera y paja. En estas bóvedas redondas se enterraba, en el transcurso de mucho tiempo, a los miembros de un mismo clan. La cantidad de inhumaciones en tumbas de clanes aislados alcanzaba algunos centenares.

La cultura material de la sociedad cretense de ese tiempo se manifiesta en el considerable desarrollo de sus fuerzas productivas. Los cretenses empleaban en sus menesteres, con amplitud, las herramientas de cobre, cuchillos, sierras, etc. La alfarería estaba muy desarrollada. Particularmente notable era la producción de recipientes de piedra que se observa a mediados del III milenio: para ello se utilizaban piedras locales, a veces muy duras; una serie de formas de estos recipientes fue imitada de las de los recipientes de cerámica.

Hacia el final de este período abundaron los sellos de marfil o esteatita coloreada. Su distribución, inicialmente en el sur de la isla, permite suponer la imitación de los sellos egipcios; el mismo uso de los sellos muestra el desarrollo de la propiedad privada dentro de la sociedad cretense.

En la segunda mitad del III milenio, los vínculos de Creta con el exterior eran amplios: en Creta fueron encontrados objetos de Egipto, de las islas Cícladas, y probablemente de Siria. La difusión del bronce en los países que carecían del mismo fue muy ventajosa para la población, ya que Creta era intermediaria en el comercio de cobre y bronce entre Chipre y las islas, y la Grecia continental. Es posible que ya en este tiempo la flor de los cretenses participara en la importación de estaño desde el Asia Menor y, como suponen algunos científicos, desde España. Hacia el final del III milenio, poblaciones procedentes de las islas Moclos, Psira y Palecastros emigraron a Creta, donde fundaron colonias distribuidas en la parte oriental y central de la isla, dando lugar al desarrollo de Malia, Festos, Hagia-Triada y otras ciudades.

Origen y desarrollo del Estado en Creta

Ya a principios del II milenio antes de nuestra era, el proceso de descomposición de la sociedad comunista primitiva mediante la formación de clases alcanzó en Creta un desarrollo considerable. Los palacios reales son testimonio del crecimiento de las diferenciaciones sociales que surgieron en Cnosos, Festos, Malia y otros puntos. La diferencia entre la vida lujosa de los amos de los palacios de Cnosos y Festos y las condiciones de vida de otras poblaciones de Creta muestra que hacia los siglos XXI a. C. ya había terminado el proceso de formación del poder real hereditario. La desigualdad de fortunas en la población de la isla se muestra claramente en el ritual fúnebre. En el II milenio a. C. los cretenses enterraban a las familias por separado y el inventario de lo hallado en las tumbas testimonia acerca de la acumulación de riquezas en manos de los nobles y de la vida modesta de grandes masas de la población. Asimismo aparecen con claridad los contrastes cuando se comparan las viviendas de diferentes capas de la población de Creta. En las placas de loza del siglo XVIII a. C. se conservan las imágenes de las grandes casas de dos y tres pisos construidas con grandes bloques de piedra.

Sobre la parte central de los techos planos se elevaban pequeñas torres. Todos los detalles de estas casas muestran las riquezas de sus moradores. Las viviendas de los pobres eran simples, pequeñas y estrechamente unidas entre sí, en contraposición a las de los ricos, que estaban perfectamente delimitadas unas de otras. El plano de la pequeña población de Gurnia muestra la densidad que imperaba en los barrios de los pobres.

En los siglos XX a XVIII a. C., Creta no era todavía un Estado unificado. En el territorio de la isla existían algunas regiones que se encontraban, por lo visto, bajo el poder de gobernantes independientes. La situación de esos señores, particularmente en los comienzos del período analizado, recordaba probablemente la situación de los basileus homéricos. Acerca de la riqueza de los gobernantes cretenses de esa época, ilustra la colección de lujosas armas de Malia adornadas con oro, marfil y cristales, espadas y puñales de bronce, que fueron probablemente propiedad del basileu, rey y jefe militar.

Las guerras entre los gobiernos de las regiones señalaron la necesidad de construir fortalezas defensivas. Muchas de las poblaciones de Creta estaban rodeadas, en ese tiempo, por fuertes murallas. En los límites entre el III y el II milenarios a. C., los poderosos gobiernos de Creta eran Cnosos y Festos. Menos significativos, en cambio, eran los gobiernos de Malia y otras ciudades.

En el siglo XVIII tuvieron lugar en Creta ciertos acontecimientos, a consecuencia de los cuales los palacios reales y una cantidad de poblaciones resultaron destruidos. Según la opinión de algunos científicos (D. Pendelberg y A. Evans), la causa radicaría en los terremotos, a los cuales Creta estaba muy expuesta. De acuerdo con la opinión de otros (E. Meyer), el abandono de la población fue determinado por circunstancias políticas exteriores: la incursión de los hicsos asiáticos establecidos en el delta del Nilo. La ausencia de huellas de incendio en las ruinas de construcciones de ese tiempo habla contra esta última suposición, a la que se opone también la circunstancia de que el palacio de Festos, que se encontraba en la costa meridional, resultó mucho menos destruido que el de Cnosos. En caso de invasión de los hicsos que venían de Egipto, hubiera sido víctima precisamente la costa meridional.

Los grandes trabajos de reconstrucción, comenzados en Creta a mediados del siglo XVIII, a. C. fueron hechos de acuerdo con la planificación anterior. Esto demuestra que la población de la isla conservaba sus rasgos culturales y sociales después de producida la catástrofe, y desmiente la teoría de la conquista por los hicsos, con las guerras intestinas y el reforzamiento paulatino del reino de Cnosos a expensas de otras regiones. Por lo visto, hacia el principio del siglo XVI a. C., la dinastía de Cnosos unificó a toda Creta bajo su poder.

La completa reconstrucción de todas las poblaciones de Creta tuvo lugar aproximadamente en el siglo XVI, cuando comienza el segundo período del florecimiento de Creta, que continuó durante dos siglos. Ésta fue la época de mayor poderío de Creta, tanto interior como exterior. Se puede suponer que tanto las leyendas griegas como los poemas homéricos reflejaron precisamente este período.

La sociedad cretense, ya en los comienzos del II milenio a. C., alcanzó un nivel considerable de desarrollo económico y social. El desarrollo de las fuerzas productivas dio lugar a la existencia de oficios desligados de la actividad agraria, al desarrollo del cambio y a una gran ampliación del comercio marítimo. Los cambios en la producción se acompañaron de importantes mutaciones en la estructura social: separación de una aristocracia relativamente pequeña que explotaba amplias masas de la población agrícola y artesana libre. Se produjo la división de la sociedad en clases.

Esta fue una antigua sociedad de clases, que conservaba todavía muchos rasgos del régimen de comunidad primitiva. Podemos suponer que el desarrollo de la desigualdad social fue más intensivo en la parte oriental de la isla, donde surgieron muchas ciudades y poblaciones de tipo urbano.

El progresivo desarrollo de las diferencias sociales internas entre los libres corrió parejo a la aparición de la esclavitud. Sin duda, el trabajo de los esclavos, hacia mediados del II milenio a. C., alcanzó una difusión considerablemente mayor que antes, aunque la escala en que se empleó no permite afirmar su predominio en la producción de aquellos tiempos.

Por desgracia, la extraordinaria pobreza de las fuentes impide aclarar las particularidades concretas de las relaciones esclavistas en Creta. Por lo visto, entre los cretenses la inmensa mayoría de los esclavos estaba constituida por gentes tomadas en cautiverio o asignadas en calidad de tributos vivientes. Algunas referencias se conservan en las leyendas de los griegos que se refieren a la época del poder cretense. Las fuentes escritas que hoy se conocen de los cretenses muestran el empleo del trabajo de los esclavos en los palacios de los señores grandes y pequeños. Solamente en un palacio, el Cnosos, para el servicio de las vastas posesiones del rey se utilizaba multitud de esclavos. En los trabajos pesados, como por ejemplo el cuidado y recuento de gran cantidad de productos y artículos de la artesanía en los depósitos reales, se exigía un constante empleo de un elevado número de trabajadores. Sin duda, en estos trabajos se empleaba esclavos.

Es posible que el trabajo de los esclavos se utilizara en algunas actividades junto con el trabajo de los libres, como, por ejemplo, en la erección de palacios, en la construcción de caminos, etc.

Sería incorrecto considerar que el trabajo de los esclavos desplazó en Creta al de los productores libres. La perfección de los artículos cretenses de esta época muestra el predominio, en los oficios, del trabajo de artesanos libres. Las particularidades específicas de la economía agrícola en Creta, entre ellas la ausencia del sistema de riego, que hubiera requerido gran cantidad de esclavos, y las relativamente pequeñas dimensiones de las parcelas de tierra labradora, condicionaron sin duda el predominio del trabajo del pequeño campesino libre. Por lo visto, el trabajo esclavo en la economía campesina se empleaba en pequeña escala, y probablemente no en todas las regiones de Creta. En las zonas más atrasadas de la isla las relaciones comunales conservaban todavía una fuerza considerable y la esclavitud tenía un carácter patriarcal.

De este modo, aunque en la isla de Creta la esclavitud se desarrollaba hacia mediados del II milenio antes de nuestra era, no perdió significación para la producción social el trabajo de los productores libres, artesanos y agricultores vinculados con la comunidad.

Los cambios de la estructura social cretense condujeron al fortalecimiento del Estado, y entre los siglos XVI y XV a. C., la isla constituía una monarquía unida. Esta unidad fue alcanzada por los habitantes de Cnosos. En su relato, Herodoto (I, 173) se refiere a la lucha por el poder real en Creta entre los dos hijos de Zeus y Europa —es decir, entre Minos y Sarpedón—, la que se encuentra reflejada indirectamente en la larga lucha por la primacía entre los gobernantes de Cnosos y de Festos. La formación del Estado unificado con poder real hereditario colocó a Creta en la misma situación de los Estados clasistas más antiguos: los egipcios, hititas y babilonios.

Se debe señalar que la definición de la sociedad cretense como sociedad clasista, que se acerca por su tipo a las sociedades esclavistas primitivas del Oriente, fue defendida por los historiadores soviéticos en lucha contra las teorías modernizadoras de los científicos burgueses, así como contra el erróneo punto de vista de V. L. Bogaevski. A. Evans traspasaba las normas

de la sociedad capitalista a la sociedad cretense del segundo milenio antes de nuestra era y veía en el estado cretense una potente monarquía marítima que había sometido y colonizado toda la costa del mar Mediterráneo hasta España. V. L. Bogaishevski, que había luchado contra las teorías modernizadoras de la ciencia burguesa, no pudo, sin embargo, dar una explicación marxista correcta de la estructura social de la sociedad cretense. Atendiendo exclusivamente al régimen tribal gentilicio de Creta, Bogaishevski definió a la sociedad cretense como una sociedad preclasista, primitiva. Este punto de vista fue rechazado decididamente por la mayoría de los historiadores soviéticos. Documentos cretenses de la mitad del siglo XV a. C., recientemente descifrados, confirman la justeza de la caracterización de Creta como Estado esclavista primitivo.

Entre los siglos XVII y XV a. C., el Gobierno de Creta se fortaleció y desarrolló. Los cortesanos del rey estaban formados por los funcionarios estatales y por los servidores personales del rey. Los escribas reales llevaban anotaciones detalladas; en el palacio de Cnosos y en otros lugares se encontraron muchas inscripciones en tablas de arcilla con listas de objetos y nombres de personas. Si para las necesidades de la dirección estatal eran necesarias las anotaciones, hay que hacer constar que existían, a la par de ellas, leyes y costumbres no escritas. El rey de Creta, el legendario Minos, es presentado en el papel de sabio legislador en las antiguas leyendas griegas. En ellas, el rey Minos aparece en el reino subterráneo, con cetro de oro, juzgando a los muertos.

El Estado cretense se desarrolló a expensas de territorios de ultramar. Sus reyes subyugaron a las islas Cícladas y trasladaron a ellas parte de los habitantes de Creta. Hicieron lo posible por subyugar el Ática, pero, según las leyendas, el ensayo de los cretenses de afirmarse en la Megárida no tuvo éxito. La tradición ática recuerda las malogradas guerras de los cretenses en Sicilia.

La expansión del Estado cretense dejó considerables huellas en la tradición griega posterior, y Herodoto y Tucídides describen al rey Minos como soberano del mar que subyugaba las islas del Egeo. Sin duda, los griegos se basaban en ello para llamar al Estado cretense dominador del mar.

El proceso de formación del Estado cretense se extendió por lo visto durante algunas centurias.

Es difícil determinar el carácter de las relaciones del reino de Creta con pueblos nativos. La tradición griega se refiere a que el rey de Creta conducía la lucha contra los piratas. Por ese medio, evidentemente, tendía a garantizar vínculos sin obstáculos con las regiones que dominaba y libertad de navegación para sus barcos mercantes, y a asegurar la percepción de tributos. A esta circunstancia la considera Tucídides como la causa principal de las luchas contra los piratas. Las rentas reales estaban probablemente constituidas también por tributos pagados en especie. Los enormes depósitos de Cnosos guardaban los tesoros que se recibían en tal concepto. El tributo también se pagaba en seres humanos: algunas tribus suministraban al rey tripulación para sus barcos, y el Ática, que era muy pobre, pagaba tributos en gente (de acuerdo con la leyenda, jóvenes y doncellas), la cual, evidentemente, se transformaba en esclava del rey de Creta.

Las huellas de la permanencia de los cretenses en las islas del mar Egeo son muchísimas; se han encontrado no solamente artículos de la producción de Creta, sino monumentos de las escrituras cretenses (por ejemplo, en las islas de Melos y Tera).

Es difícil juzgar acerca de la organización interna de la potencia cretense a mediados del segundo milenio antes de nuestra era. El testimonio de Tucídides acerca de que Minos nombró a sus hijos gobernantes de las diferentes islas permite suponer que los miembros de la familia real desempeñaron un papel predominante en la administración del Estado, particularmente en las naciones conquistadas. Es posible que Androgeo, legendario hijo de Minos, fuera uno de los gobernantes de Creta que ejerció poder sobre el Ática a mediados del segundo milenio antes de nuestra era.

La presencia de una fuerte flota permitió a Creta establecer su dominio en el mar. Hay que señalar que los cretenses fueron los primeros de todos los pueblos del Mediterráneo en crear una

potente flota, constituida, como muestran los grabados en recipientes, sellos, etc., por barcos a vela y a remo.

La principal fuerza militar en Creta era la infantería, armada con largas lanzas, arcos, puñales y espadas. Las armas de defensa eran yelmos y grandes escudos. Un importante papel en el ejército cretense lo desempeñaban los carros de guerra, en los cuales combatían los reyes y los guerreros nobles. En los depósitos del palacio de Cnosos se conservaron carros de guerra que, por lo visto, constituían una parte importante de los bienes del rey. Las fuerzas militares de Creta a veces incluían también inmigrantes de otros países: en uno de los frescos cretenses se representaba un destacamento de negros.

La base de la economía cretense era la economía rural. Los labradores de la «Creta feraz», como se la llama en los poemas de Hornero, desde muy antiguo, ya a comienzos del II milenio antes de nuestra era, empleaban el arado, lo cual elevó considerablemente la fertilidad del suelo. Cultivaban trigo, cebada, habas, garbanzos y lentejas; conocían además cultivos tales como lino, azafrán, etc., y estaban muy difundidos los cultivos de huerta: olivo, vid, higuera, palma datilera. Igualmente se dedicaban a la ganadería; los cretenses criaban vacunos, lanares, porcinos y variados tipos de aves, como patos, gansos, etc. Por lo visto, había propietarios individuales de grandes rebaños. En los dibujos de los vasos, a principios del II milenio a. C., se encuentran representados rebaños. Sin duda, la mayor importancia se otorgaba a la cría del vacuno, pues no sólo se obtenía de él carne y leche, sino que se le utilizaba para el trabajo, por ejemplo, para el laboreo de la tierra.

Importante papel desempeñó en Creta la pesca, de lo cual dan testimonio las muchas imágenes de peces y otros animales marinos en el arte cretense. La pesca, íntimamente ligada con la navegación, ocupó desde los tiempos antiguos a una parte considerable de los habitantes del litoral de Creta. A mediados del II milenio a. C. surgieron nuevas poblaciones ribereñas, las cuales se ocuparon predominantemente de la pesca.

En este período, en Creta, la artesanía había cobrado ya un alto desarrollo. La separación de los oficios de la economía rural se advertía á fines del III milenio. En el II milenio existían ya muchos oficios. Los artículos cretenses de esa época, especialmente los de piedra, bronce, marfil, arcilla, loza y madera, impresionan por su elegancia. La metalurgia alcanzó en Creta la perfección. En la época del desarrollo del bronce (desde el siglo XX hasta el XII a. C.), los maestros cretenses hacían armas de bronce: láminas de espada, puñales, escudos defensivos, puntas para lanzas y flechas, etcétera, objetos de uso doméstico y herramientas artesanales: hachas, azuelas, sierras, tenazas, martillos, etc. Especialmente delicada era la manufactura de vajilla de bronce (gran número de ollas grandes, diferentes tipos de copas, candelabros, etc.) en formas a menudo imitadas de las de cerámica. La elaboración de todos estos objetos exigía un gran dominio técnico de los procesos de fundición, forja y cincel. Los objetos de lujo para uso de los reyes y aristócratas, y también los que pertenecían al culto, se hacían de oro y plata. Así, entre las hachas dobles depositadas en el santuario de la caverna de Arcalocori, se encuentran estos instrumentos bellamente ornamentados de oro y plata (siglos XVI-XV antes de nuestra era). Al florecimiento de la metalurgia en Creta contribuyó la aparición de sus yacimientos de cobre, que se encuentran cerca de Gurnia. La alfarería ocupó un importante lugar en la producción de los cretenses. Se desarrolló especialmente después de la introducción de la rueda de alfarero, hacia fines del III milenio. La calidad de la arcilla amasada y del arte del alfarero alcanzaron su más alto desarrollo en la manufactura de las tacitas de paredes muy finas llamadas «cáscaras de huevo», difundidas en el primer cuarto del II milenio antes de nuestra era, y en los jarros de estilo «camarares». Las formas de los recipientes es muy variada. Al lado de grandes toneles de dos metros y medio de altura, utilizados para guardar líquidos y como medidas de capacidad para cuerpos áridos, se encuentra gran cantidad de copas, fruterías, recipientes con pico, tazas, etc.

Considerable desarrollo alcanzó la elaboración de madera, que se empleaba, sobre todo en la construcción de barcos, reparación de materiales de construcción, producción de muebles y otros objetos de uso doméstico. Probablemente, los cretenses exportaron también madera a otros países, ya que en la isla abundaban cipreses y otros valiosos árboles.

El tallado de la piedra en Creta alcanzó su florecimiento a mediados del II milenio a. C. Por entonces se utilizaban en gran cantidad los bloques de piedra y columnas.

Entre las actividades artesanales de Creta cabe destacar la textil. Las telas eran teñidas con diferentes colores, lo que está testimoniado por las vestimentas femeninas que aparecen representadas en los frescos. La amplia difusión de la pintura mural, en el período del segundo florecimiento de Creta, requirió sobre todo colores claros y vivos. Los cretenses los extraían de plantas y algas marinas. Las joyas, muy elegantes, eran pendientes de oro, abalorios y amuletos que se hacían de amatistas, ágatas, cornalinas y otras piedras, vinchas doradas, revestimientos de piedra en los recipientes, sellos y anillos. En el oficio de joyero, además del arte del tallado de la piedra se utilizaba el tallado en los artículos hechos de marfil. Los talladores cretenses adornaban los sellos con dibujos artísticos que interesan no solamente como obras de arte, sino que constituyen un material ilustrativo para el estudio de los oficios cretenses, la economía rural, la navegación, la religión, etc.

Los transportes marítimos y terrestres de los cretenses representaron un importante papel en el desarrollo de los oficios y del comercio. Ya a comienzos del II milenio, en Creta fue construido el camino hacia el norte, de Cnosos a Festos, y las carreteras que unían la costa septentrional con la meridional; asimismo, muchas carreteras fueron trazadas en la parte central y oriental de la isla. Los cretenses utilizaban carros de cuatro ruedas. Ya en el comienzo del siglo XVIII a. C. aparecieron carros ligeros de dos ruedas, tirados por caballos.

No cabe duda, sin embargo, de que el papel más importante en el Estado cretense lo desempeñó no la vía terrestre, sino el transporte marítimo; sobre esto se puede juzgar por las muchas representaciones de barcos a remo y vela. La proa, particularmente en los barcos de guerra, estaba hecha de tal manera que pudiera embestir. La dirección se hacía por intermedio del timón. Fue al principio un timón reforzado, más tarde se pasó al sistema de dos remos que hacen la vez de timón. En la cubierta se erigía a veces una vivienda, lo cual demuestra una larga permanencia de los barcos en la ruta. La construcción de barcos y de la flota marítima era una de las manifestaciones del espíritu creador de los cretenses en la rama de la cultura y de la técnica. Es posible que la técnica de la construcción se basara en la construcción naval de los fenicios y de los griegos. El desarrollo de la navegación cretense estaba íntimamente vinculado con el comercio y la piratería.

Dicho comercio, como ya se ha señalado, data de tiempos remotos. Al principio no tenía un gran radio de acción y el volumen de intercambios era pequeño, no yendo más allá de las Cícladas. Gran trascendencia para el desarrollo del comercio cretense tuvo en esta época el establecimiento de la llamada «talasocracia de Cnosos».

Creta estaba vinculada desde muy antiguo con la península balcánica, en cuyas regiones más septentrionales, en la Tesalia, han sido hallados artículos de los artesanos cretenses. Los jefes de las tribus utilizaron gran número de artículos suntuarios de los cretenses: armas artísticas, recipientes, joyas.

Es posible que en el primer cuarto del II milenio a. C., la cultura de Creta ejerciera ya gran influencia en la cultura helénica. Esta influencia se observa en el hábitat de la aristocracia, y en medida considerablemente menor, en las poblaciones de los pequeños centros agrícolas, tales como Cinuria y otros. Evans y Pendelberg consideran que la fuerte influencia de la cultura cretense sobre la aquea en los siglos XVII a XV a. C. fue consecuencia del dominio político de Creta sobre el continente, e identifican a los gobernantes aqueos como vasallos del rey de Creta, es decir, como reyes cretenses que residían en castillos fortificados entre las tribus subyugadas de la Hélade. Sin embargo, la suposición del dominio de Creta sobre el Peloponeso es refutada por una serie de fuentes, en primer lugar por la reciente lectura de las inscripciones micénicas, ninguna de las cuales da base para suponer que el Peloponeso dependiera de Creta. En los estudios más cuidadosos de la cultura de los aqueos del Peloponeso, realizadas en los últimos tiempos, se aclara su gran diferencia con la cultura cretense, a pesar de algunos rasgos de imitación (tinta de los frescos, corte de la vestimenta femenina, etc.).

Los datos de la tradición antigua tampoco dan base para deducir el predominio de los cretenses sobre la península helénica, pues tanto Herodoto como Tucídides hablan sobre la sujeción a Creta sólo de las Cícladas y del Ática.

En las dos últimas décadas, en la ciencia burguesa se difunde cada vez más otro punto de vista: Weiss y otros científicos niegan la dependencia política de la Grecia continental con respecto a Creta entre los siglos XVII y XIII a. C., señalan considerables diferencias entre las culturas micénica y cretense y observan mucha influencia de la misma península en la Creta de esta época. Entre sus argumentos destaca el hecho, ahora ya establecido, de que las mercancías cretenses fueran desplazadas por las micénicas en los países que antes comerciaran activamente con Creta.

Todavía más audaces conclusiones sacaron los científicos burgueses del hecho de que pertenezcan a mediados del II milenio a. C. los monumentos de la escritura griega (se trata de documentos denominados «escritura lineal B», que veremos más adelante) que fueron hallados en Creta solamente en una de las capas de Cnosos y que datan aproximadamente de 1450 a 1400 a. C. Los documentos de la «escritura lineal B» no fueron descubiertos en las restantes ciudades y poblaciones de Creta; los científicos de que hablamos lo explican exclusivamente por el sometimiento de Cnosos a los gobernantes micénicos y transforman de este modo a Cnosos casi en colonia de los aqueos del Peloponeso. En nuestra opinión, tal punto de vista no se justifica.

El encuentro de los documentos de la «escritura lineal B» solamente en Cnosos se puede explicar por la concentración, durante muchas décadas, de todos los vínculos comerciales con el Peloponeso en manos del rey de Cnosos. Si se toma en cuenta cuán fuerte era la centralización de Creta bajo el poder de Cnosos, en los siglos XVI a XV antes de nuestra era, es posible comprender la situación monopolista del palacio de Cnosos en las relaciones con los aqueos a mediados del siglo XV a. C., es difícil suponerlo también, porque las fuentes arqueológicas no constituyen prueba alguna de la conquista del palacio en esa época. El período aqueo en la historia de Grecia comienza, como lo hemos señalado en forma reiterada, solamente a finales del siglo XV a. C., cuando fueron destruidos los palacios de Cnosos y Festos. No es posible considerar los vínculos comerciales intensivos entre los países en general, como prueba del dominio político y de la influencia de una cultura sobre la otra.

Los vínculos de Creta con la Grecia continental no se limitan solamente a la exportación de artículos de lujo. Para los artesanos cretenses era importante recibir algunas variedades de materias primas desde Grecia; así, por ejemplo, importaban excelente basalto de Laconia, que era elaborado por los talladores de piedra de Cnosos. Los comerciantes de Creta comerciaban no solamente su mercancía, sino que actuaban como intermediarios. En sus barcos, posiblemente, llegaban a Grecia gran número de artículos de Egipto y Siria. Los cretenses desempeñaron un gran papel en el comercio de la península helénica con el sudeste del Mediterráneo, sólo hasta el siglo XV, cuando comenzaron a ser desplazados por los aqueos. El comercio de Creta con los países del oeste del Mediterráneo está testimoniado en tiempo relativamente más tardío, a mediados del II milenio a. C. Probablemente los comerciantes cretenses llegaron a España, rica en plata y estaño.

Las excavaciones llevadas a cabo en el Asia Menor y Siria muestran los lejanos vínculos de las poblaciones de estos países con la cuenca egea, con Creta, y más tarde con el Peloponeso. Las relaciones intensivas de Creta y Chipre están probadas por los hallazgos, en Chipre, de gran cantidad de artículos cretenses y micénicos. El comercio se hacía también con el Asia Menor, con Troya, con el imperio hitita y con las otras regiones. Las relaciones más intensas tuvieron lugar en la primera mitad del II milenio a. C.

Son muy interesantes los datos existentes sobre las relaciones de Creta con el reino de Ugarit, que existió al norte de Siria, desde finales del III milenio a. C. hasta mediados del II. En Ugarit fueron encontrados numerosos productos artesanales cretenses, y, por otra parte, la misma producción artesanal de Ugarit en el II milenio a. C. pone de manifiesto la influencia de los motivos artísticos cretenses en las pinturas decorativas, en las formas de los recipientes, etc.

Hasta en la arquitectura de las construcciones funerarias de los siglos XVIII a XVII a. C. se puede encontrar las huellas de la influencia cretense. Tan profunda influencia de la cultura de

Creta no es posible explicarla solamente por vínculos comerciales. Probablemente en Siria y, como se supone, también en Egipto existieron colonias de artesanos y maestros artesanos cretenses, surgidas en la época de mayor florecimiento del comercio con Creta.

Los artículos cretenses penetraron en el interior de los países, alcanzando inclusive el curso medio del Eufrates, como muestran los motivos ornamentales en espiral en las pinturas del palacio en Mari. En la misma Creta fueron encontrados cilindros babilónicos de la época del rey Hamurabi (siglo XVIII a. C.). Estos datos son, sin duda, el resultado de las extensas relaciones de Creta con los países del Asia Menor.

Sin embargo, en el período de decadencia de la potencia de Creta, durante el siglo XVII y primera mitad del XVI, el comercio con Siria se interrumpe.

Un lugar importante en la política exterior de Creta, en el II milenio, debió ocuparlo su potente vecino meridional, Egipto. Los lazos económicos y culturales entre ambos están testimoniados por gran número de fuentes determinadas por el hallazgo de objetos egipcios en Creta y de artículos cretenses en Egipto. Particularmente durante la época de los faraones de la XII dinastía (alrededor del 2000 al 1740 a. C.). En los tiempos de estos faraones, los egipcios importaban gran cantidad de mercancías cretenses, tales como recipientes artísticos de estilo «camares», que fueron encontrados en capas de esa época en un oasis en el Egipto medio: en tiempos de Amenenhat III (1849-1801 a. C.), en el Egipto superior, no lejos de Luxor, fue inhumado un tesoro de objetos cretenses muy valiosos contenido recipientes: uno de oro, 150 de plata (tesoro de Todd).

El fortalecimiento de Creta a mediados del II milenio a. C., se reflejó también en sus relaciones con los egipcios. En los tiempos del faraón Tutmosis o Tutmés III (1503 a 1491 a. C.) los egipcios estaban particularmente orgullosos de sus relaciones pacíficas con los príncipes de Creta. La llegada de los embajadores desde Creta se registraba en los frescos que adornaban la tumba de Regmir, gran funcionario de Tutmosis III, y del mismo Tutmosis III. El himno de victoria en homenaje a su dios Amón expresa: «Creta y Chipre os temen». Por lo visto, los reyes de Creta no siempre se referían amistosamente a Egipto, y el establecimiento de las más pacíficas relaciones era mirado por los egipcios como un considerable triunfo diplomático. Se debe señalar que Tutmosis III no se decide a afirmar nada acerca del subyugamiento de Creta: él señala solamente que ellos «os temen».

Algunos científicos burgueses, basados en estos textos y frescos en tumbas, hablan del subyugamiento político de Creta a Egipto en los comienzos del siglo XV a. C. Pero estos datos son absolutamente insuficientes para tal afirmación. La comparación de la fuerza militar de Egipto con la del Estado marítimo cretense hace esta suposición todavía más inverosímil: Egipto no tenía una considerable flota marítima.

Los prolongados vínculos económicos y políticos de Creta y Egipto condicionaron su mutua influencia cultural. En el arte cretense aparece toda una serie de métodos copiados del arte egipcio. En el valle del Nilo la influencia cretense se manifiesta particularmente clara en algunos monumentos artísticos descubiertos en el lugar de la antigua residencia del faraón Ignatón (1424 a 1388 a. C.) excavados en el lugar de la contemporánea Tel-Amarni.

Sin duda, todas estas relaciones fueron las que condicionaron el interés económico de Creta y Egipto en un activo intercambio. Los cretenses enviaban artículos artesanales y en cambio recibían de Egipto productos rurales y diferentes materias primas: oro, marfil, plumas de aveSTRUZ, huevos, etcétera. Los mercaderes cretenses transportaban de Siria a Egipto cedro del Líbano y probablemente otras mercancías.

A finales del siglo XV a. C. el comercio de Creta con Egipto decayó considerablemente. Los artículos cretenses fueron reemplazados por una gran cantidad de mercancías importadas de la Grecia Continental. En Creta, que no estaba ya incluida en este área de relaciones comerciales, casi no se encuentra este tipo de mercancías.

Tal es el cuadro general del desarrollo del comercio en Creta en la primera mitad del segundo milenio a. C.

La amplia difusión de las relaciones exteriores de los cretenses y el importante volumen de su comercio condujeron a la creación de un sistema de pesas y medidas y a una ulterior unidad monetaria. La mayor unidad del sistema de pesas de Creta era, en medidas actuales, de 29 kilos, hecha con piedra y cobre, de forma plana y piramidal. Sobre la superficie de la pesa de piedra se esculpián a menudo figuras de pulpos, cuyos tentáculos la abarcaban totalmente. Cualquier variación y deterioro del patrón de pesas era en estas condiciones inmediatamente visible. La más pequeña unidad de peso era también de piedra, en forma de disco grueso, y sus bordes redondeados o en forma de tonel. Se han encontrado pesas de bronce en forma de cabeza de toro con plomo fundido en su interior.

El peso de la medida muestra su parentesco con el sistema egipcio y mesopotámico. El talento liviano de los egipcios pesa también 29 kilos, y esto era aproximadamente el peso del talento babilónico. La pequeña unidad cretense pesa de 6 a 6,5 gramos y correspondía a la mitad de la unidad de oro egipcia, cuyo peso era de 13 gramos. Otras unidades de peso de 3,5 gramos correspondían plenamente a la unidad del sistema babilónico. La unidad del sistema de pesas de Creta, Egipto y Babilonia era consecuencia natural de los vínculos comerciales intensivos entre estos países.

Las excavaciones en las ciudades cretenses proporcionan importantes informes para la investigación de la historia de la sociedad clasista de Creta. El estudio de las poblaciones de la época minoica casi se limita a las excavaciones de ciudades medianas y grandes. En cuanto a las aldeas, todavía hoy se conoce poco.

Es interesante señalar que todas las grandes ciudades de Creta estaban situadas no en la orilla del mar, sino algo distantes de él. Tal distribución fue condicionada por la amplia difusión de la piratería en aquella época.

La ciudad más importante de Creta, en el II milenio a. C., fue Cnosos. Al principio, y hasta el siglo XXI a. C., las casas particulares estaban unidas a las paredes del antiguo palacio. A mediados del siglo XVI, la capital de Minos fue construida de tal modo, que las viviendas de la población más pobre estaban desplazadas hacia los suburbios.

En el centro de la ciudad, en las cercanías del palacio y también en parte de su anterior territorio fueron construidas las residencias de la aristocracia y de los funcionarios del palacio.

Actualmente, en Cnosos se descubrieron muchos restos de casas construidas en la primera mitad del II milenio. Su estudio muestra que la aristocracia de Cnosos construía sus casas de varios pisos, a veces con sótano. Algunos edificios tenían espacios libres entre sí. Las ventanas a menudo se distribuían en los pisos altos de la casa, y de vez en cuando en los inferiores.

La casa se construía con grandes y pequeñas piedras con solución de arcilla. En el interior, las paredes estaban recubiertas de estuco coloreado. Fueron encontradas varias de color rojo. Las casas de los pobres eran pequeñas, de un solo piso y de trazado simple.

Otras ciudades cretenses, como Tilisos, Gurnia, Festos, tenían rasgos comunes con Cnosos. También en ellas las casas privadas de los ricos estaban construidas en forma parecida: la entrada se hacía a través de los claros entre casa y casa, en los pisos bajos estaban las salas de recepción y el santuario familiar, en los pisos superiores las habitaciones privadas. Las calles de la ciudad estaban empedradas y sus diferentes niveles estaban a menudo salvados con peldaños. Como en Cnosos, en el centro de otras ciudades de Creta se elevaban edificios que eran probablemente residencia de las autoridades de la ciudad. Al costado se encontraba la plaza de espectáculos, de forma rectangular, con escaleras que llevaban hacia ella. Existían también poblaciones más pequeñas, especialmente en el siglo XV al XIV. A mediados del II milenio, el estado sanitario de las ciudades cretenses era bastante bueno. El sistema de cloacas aseguraba en ellas la limpieza. Por tubos de cerámica, el agua de los depósitos, pozos y fuentes llegaba a las viviendas. Un admirable monumento de la cultura cretense era el palacio de Cnosos, al cual los griegos llamaron «Laberinto».

El plan general de los palacios cretenses recuerda fuertemente a los palacios hititas de Hattusa (actual Bogazköy), que corresponde a la primera mitad del II milenio a. C. Los palacios de los reyes hititas, a semejanza de los palacios cretenses, ocupaban también amplias superficies

y desempeñaban el mismo papel: en ellos había locales para depósitos donde guardaban las provisiones y artículos de artesanía, los tesoros del rey y archivos de tabletas de arcilla.

El palacio de Cnosos se desarrolló como resultado de muchos siglos de actividad arquitectónica de los cretenses. La construcción de los palacios corresponde a las cercanías del siglo XXI. En el transcurso de su larga historia, el de Cnosos más de una vez fue destruido y reconstruido. Después de la destrucción que tuvo lugar en los límites del siglo XV al XIV, ya no se volvió a reconstruir de verdad, y fueron habitados sólo algunos sectores.

En la actualidad permanece intacto únicamente un piso bajo. Es necesario señalar lo relativo de la fidelidad de las reproducciones en la reconstrucción de los monumentos originales, reproducciones que no pueden ser miradas como exactas, por los convencionalismos de todo género, tanto en lo tocante a la arquitectura como a las pinturas del palacio.

El palacio de Cnosos está constituido por estancias de recepción, habitaciones privadas, depósitos de productos domésticos y talleres.

Su planificación, como la de otros palacios descubiertos en Creta, se distingue por su extraordinaria sencillez y, al mismo tiempo, por la abundancia de locales. Por ejemplo, en la parte occidental del palacio de Cnosos existen 18 depósitos situados a lo largo de un corredor, lo cual permitía conservar en un mismo lugar las grandes reservas de artículos de artesanía y productos rurales.

El enorme cuerpo del palacio ocupaba un terreno de alrededor de 16.000 metros cuadrados. Su centro era el patio principal, de forma rectangular, que ocupaba la mitad del cuerpo arquitectónico a lo largo y un tercio a lo ancho. Estaba vinculado al conjunto de grandes y pequeñas habitaciones del palacio y servía para iluminarlas. El mismo papel lo representaban otros patios.

En el palacio de Cnosos predominaban las habitaciones rectangulares, lo cual era, en general, la característica de las construcciones cretenses. En las salas de los palacios de Creta se utilizaban ampliamente pilares en forma de columna que se estrechaban hacia abajo y sostenían los cielos rasos y los descansos de las escaleras. El palacio de Cnosos tenía tres y, según la opinión de algunos científicos, hasta cuatro pisos. En el piso bajo se encontraban los talleres reales y los enormes depósitos con productos destinados al consumo y posiblemente para la venta. Acerca de las medidas de las reservas palaciegas, se puede juzgar por los enormes recipientes de arcilla, que superaban la estatura humana y que se guardaban en gran cantidad en los subterráneos del palacio. Sólo en los depósitos occidentales se podían guardar cerca de 78.000 litros de aceite o de vino. Al lado de los depósitos con los productos había locales de depósitos de armas, carros de guerra y tesoros reales. Locales especiales estaban destinados a la servidumbre palaciega y los artesanos de los talleres reales, así como también dedicados al culto.

Las salas de recepción del palacio estaban distribuidas, preponderantemente, en los pisos superiores, vinculados con los inferiores por todo un sistema de escaleras. De la pequeña sala del trono, que se encontraba en el primer piso, por una escalera ancha se podía ascender a grandes salas, de las cuales, en lo que respecta a la belleza de la ornamentación, hablan los fragmentos de pinturas y cerámicas hallados, revestidos de baldosas adornadas por relieves. La más grande de las salas conservadas es la denominada Sala de la doble hacha, que se encontraba en la mitad oriental del palacio. Era probablemente la gran sala del trono, destinada a las ceremonias oficiales y al culto.

Al lado de la Sala de la doble hacha se encontraban las habitaciones privadas de la reina, la sala de recepciones, la tesorería, etc. Para las necesidades del palacio, como en general en las grandes casas cretenses, había bañeras y cuartos de baño. Para el descenso de las aguas de lluvia y de desagüe existía un sistema de canalización. El agua para los baños, servicios sanitarios y piletas venía por tubería de cerámica desde las fuentes, que se encontraban fuera del palacio.

A su interior conducían algunas entradas en las cuales se encontraban locales para la guardia palaciega. En la época de la dominación de los mares, el palacio no estaba fortificado; el poder de los reyes cretenses era tan grande, que no había necesidad de fortalecer su residencia.

El palacio de Cnosos estaba situado en un lugar hermoso, desde el cual se divisaba un pintoresco panorama sobre el río, los jardines circundantes, los campos y huertas; a lo lejos se veían los montes Ida e Iuktas. A pequeña distancia del palacio principal había otros dos edificios que pertenecían a su cuerpo, los cuales llevaban el nombre de pequeño palacio y villa real.

Estaban unidos con el gran palacio por admirables caminos empedrados. La sala principal de la villa, dividida en tres partes, tenía el cielo raso sostenido por columnas.

La técnica de construcción de los palacios era diferente a la empleada en las casas comunes. A principios del II milenio las paredes de los palacios estaban hechas de bloques de piedra muy bien tallados. Más tarde, en los siglos XVI y XV, las paredes se erigían de trozos de piedra unidos con arcilla y revestidos de baldosas o de estuco. Los pisos altos tenían paredes de adobe.

Además del de Cnosos, en la isla se descubren otros palacios en Festos, Malia y Hagia-Tríada: los dos primeros, en principio, tenían el mismo plano que el palacio de Cnosos.

En 1949, a 15 kilómetros de Cnosos, en Vatipietro, al excavar se encontró otro palacio, por lo visto construido alrededor del 1600 a. C. y que subsistió alrededor de un siglo. En la excavación aparecieron una serie de locales (entre ellos alas con restos de columnas, grandes depósitos con 16 recipientes, que se descubrieron en 1953 y que son el abastecimiento del santuario del palacio) y otros aún no terminados de excavar.

Creta del siglo XIV al XIII a.C.

El desarrollo del Estado cretense bajo el poder de los reyes de la dinastía mítica de Minos (se puede pensar que el nombre de Minos era en Creta tan tradicional como el nombre del faraón Ramsés en Egipto del siglo XIII al XI a. C.) se interrumpió bruscamente alrededor de 1400.

La causa de esto fue buscada en un gran terremoto. Sin embargo, las excavaciones mostraron que en Cnosos, Festos, Hagia-Tríada, Malia, Zacro y Moclos los palacios y poblaciones fueron destruidos y quemados. Esto prueba una cierta agresión del exterior. El problema de quién destruyó la potencia cretense, hasta ahora no ha sido resuelto. Los partidarios de la teoría del auge de Micenas parten de la situación de Creta sometida al yugo de los micenios, en el período 1450 a 1400 a. C., y suponen que la catástrofe se produjo como consecuencia del levantamiento de las poblaciones locales de Creta contra ese poder extranjero. En el actual estado de las fuentes, semejante explicación no es convincente. Más probable es otra reconstrucción de los acontecimientos, de acuerdo con la cual la potencia cretense —a finales del siglo XV— fue aniquilada por los aqueos que vinieron del Peloponeso. El golpe fue inferido, por lo visto, a los más importantes centros de Creta. El problema no se limita a la rapiña de los valores materiales de la isla, sino que parte de su población fue probablemente reducida a esclavitud. La vida se interrumpió en muchos puntos (Palecastro, Niru-Kani, Platis, Tilisos). Es posible que en el mito acerca de la permanencia de los argonautas en Creta en el tiempo en el cual Medea aniquiló al gigante que guardaba la isla, se conserve en recuerdo de la campaña de los aqueos contra Creta.

De la destrucción de las ciudades cretenses se salvaron algunas poblaciones que trataron de reconstituir sus viviendas y los edificios dañados. En el siglo XIV a. C. fue en parte limpiado y poblado el palacio de Cnosos, y se produjeron algunos desplazamientos de poblaciones hacia la mitad occidental de la isla. Es probable que entonces tuviera lugar el desplazamiento de habitantes desde el continente, puesto que en algunos lugares se encuentran casas de tipo megarense, característico para la Grecia del II milenio a. C. En Hagia-Tríada fueron descubiertas típicas tumbas de tipo continental, con túmulos llamados tolos.

Desde mediados del siglo XIII a. C., Creta pierde manifiestamente su independencia y cae en la esfera de influencia de la Grecia continental. La población de este tiempo no era numerosa, y puede creerse que los testimonios homéricos acerca de los 80 barcos cretenses que participaron en el sitio de Troya eran un recuerdo del antiguo poder cretense. El dominio aqueo sobre Creta fue evidentemente aniquilado por los dorios. En lo sucesivo, la población doria predominó en Creta. Sin embargo, y en tiempos históricos, de acuerdo con Herodoto, Creta era habitada por cretenses autóctonos, que no sabían hablar en griego.

La escritura cretense

En muchas ciudades cretenses fueron halladas inscripciones. Su abundancia permite seguir el gradual desarrollo de la cultura en Creta. Ya alrededor del siglo XXII a. C., los cretenses conocían la escritura pictográfica, que transmite a través del dibujo conceptos aislados, es decir, vocablos, como hacían los egipcios por medio de los jeroglíficos. Los diferentes pictogramas (figuras de hombre, árbol, flecha, doble hacha, herramientas de trabajo, etc.) eran tallados por los cretenses en sellos o grabados en recipientes. Se leía de izquierda a derecha; a veces se utilizaban crucecitas para destacar los grupos de signos.

En el siglo XVIII a. C., los cretenses elaboraron una escritura, el sistema llamado lineal, en la que cada signo representaba una sílaba. La cantidad de monumentos disponible de la antigua escritura lineal no es tan grande; son inscripciones en sellos, en objetos, en precintos, etc. La escritura lineal, difundida en toda Creta, estaba constituida por 137 signos. Un tercio de los signos estaba vinculado, en cuanto a su origen, con la antigua escritura pictográfica. Los restantes fueron introducidos por primera vez. Esta escritura, más antigua, silábica, convencionalmente se designa en la ciencia contemporánea con la letra «A». Hasta ahora el problema de en qué lengua está escrito el texto de la «escritura lineal A» no ha quedado resuelto. En el mismo comienzo del corriente siglo, en Cnosos, y luego en las excavaciones de 1939-1952 en Pilos, fueron descubiertos unos archivos de escritura cuneiforme en tabletas de arcilla recubiertas con la escritura lineal del tipo «B», los cuales, según la lectura propuesta por Vendris y Chadwick, resultan escrituras de la variedad arcaica de la lengua griega, muy cercanas al dialecto de Homero (como veremos más adelante).

Además de los monumentos cretenses, una escritura lineal pictográfica fue encontrada en Festos, en ambos lados de un disco de arcilla cocida. Los signos sobre el disco son diferentes de los mencionados anteriormente del sistema de escritura cretense. El llamado disco de Festos queda aún sin descifrar. La única deducción a la cual llegaron los científicos es que el documento es de origen extranjero y fue enviado a Creta desde no se sabe qué región del Asia Menor.

Al par de la escritura, los cretenses tenían nítidamente elaborado el sistema de numeración. Estaba basado en el sistema decimal. No solamente tenía cuatro reglas u operaciones aritméticas (suma, resta, multiplicación y división), sino también quebrados. Los cretenses representaban las cifras de la siguiente manera: unidad, I ; decena, — ; centena, O y millar, x . Los quebrados se representaban con el signo I—. Es importante señalar que, al representar las cifras, los cretenses guardaban siempre un orden en la distribución de los signos. Por ejemplo, la cifra 7 la representaban así: |||| y no ,||| ; 5 solamente ||| ; etc. También las decenas se representaban de acuerdo con un esquema definido; por ejemplo: 40, == ; 70, ==≡ ; etc.

El arte cretense

La época del surgimiento y florecimiento del Estado en Creta fue acompañada por un extraordinario ascenso del arte cretense, representado por gran cantidad de obras arquitectónicas y decorativas.

El arte cretense era peculiar y se diferenciaba del arte contemporáneo de otros pueblos del mundo antiguo.

Los cretenses no construyeron, como los egipcios, grandiosos templos y pirámides. Sus principales creaciones de arquitectura eran palacios y viviendas, que testimonian el carácter más gentil de toda la cultura cretense. No crearon colosales estatuas de muchos dioses y jefes divinizados. Su arte representativo sirvió predominantemente para adornar las viviendas y diferentes, y habitualmente sumptuosos, objetos de uso doméstico. Esto no podía dejar de reflejarse del más favorable modo en el desarrollo de la cultura artística. El arte cretense dependió en mucha menor medida de los cánones religiosos, que ponían freno al arte egipcio, y su fantasía creadora podía expresarse con mayor libertad. Fácil y directamente reflejaba la

naturaleza que lo rodeaba. En la cultura cretense en general no se nota tan acentuada influencia de la casta sacerdotal como en Egipto.

Los artistas de la primera mitad del II milenio crearon no solamente admirables ornamentaciones, sino que representaron escenas de la vida corriente y ceremonias del culto que se distinguen por su forma viva, su aguda observación y el virtuosismo técnico, extraordinario para aquel tiempo.

En los siglos XVI-XV, es decir, en la última época de la potencia cretense (el posminoico del esquema cronológico de Evans), se pueden notar algunos rasgos determinados, por lo visto, por la diferenciación de las capas de la sociedad cretense. Tenemos en cuenta la aparición del, *sui generis*, «arte de palacio».

Su rasgo característico era la estilización, la transición en los motivos ornamentales hacia la consideración de la naturaleza viva.

En el tiempo del florecimiento de su arte, los cretenses prestaron mucha atención a los adornos murales. En los siglos XIX y XVIII las paredes de los palacios y de las casas de los cretenses ricos se adornaron con tablillas de loza con relieves representativos y con relieves coloreados en estuco. Como ejemplo de estos últimos puede servir el conocido relieve del «rey-sacerdote», de Cnosos. Representan un joven esbelto, de talle fino y musculatura bien desarrollada, vestido con un delantal ricamente adornado, que rodea su cadera, y con una toca de vivos colores en su cabeza, que cuelga hacia atrás.

En el siglo XVII la pintura —frescos— desplaza al relieve. Los temas de los frescos tienen carácter ritual y mundano, extraordinariamente diferente. La maestría de los artistas cretenses aparece particularmente en la representación de la naturaleza viva. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, la aguda observación del mundo circundante se debilita, aparecen representaciones artísticas estándar, más abstractas y de carácter decorativo. Esta salida de la realidad hacia lo convencional se siente con fuerza en Cnosos.

Una muestra de fresco de la época del «arte de palacio» es el llamado «fresco de las sillas plegadizas», en las paredes del santuario de Cnosos. El fresco consiste en dos franjas de dibujos, en que se utilizan los tonos azules, amarillos y rojo ladrillo. Las figuras aquí representadas en iguales tipos estilísticos son parejas de jóvenes y doncellas sentadas en sillas y que se sirven mutuamente recipientes. Esto tenía probablemente significación ritual. Parte de esta composición es la muy conocida representación de la doncella («Parisina») con cabellos peinados magistralmente y vestido azul y granate, de cuello plegado.

En los últimos siglos anteriores a la caída de Cnosos, en las paredes del palacio se hicieron muchas nuevas pinturas en las cuales muy a menudo se representaron juegos con toros. Los artistas cretenses grabaron diferentes momentos de este juego, que exigía gran destreza y audacia.

El estilo palaciego del siglo XV aparece principalmente en Cnosos. En todas las ciudades de Creta se conservan viejas tradiciones en el arte representativo de la naturaleza viva. Es interesante observar que los dibujos de las paredes en los centros secundarios de Creta representan sólo animales; no se encuentra en ellos la figura humana. Pueden servir de ejemplo los conocidos frescos del palacio de Hagia-Tríada.

La escultura monumental, al parecer, no jugó un gran papel en el arte cretense. Mayor significación tenía la pequeña escultura. A la época del florecimiento del Estado cretense pertenecen las estatuillas de loza de diosas, con serpientes en las manos, vestidas con suntuosas prendas, que dejan los pechos al desnudo. De loza se hacían también imágenes con relieves de un solo lado, que representaban escenas vivas; por ejemplo, representaciones de vacas y terneros, cabras y cabritos.

Un lugar especial en el arte aplicado lo ocuparon los dibujos en cerámica. En el III milenio a. C., las pinturas de recipientes se limitaban a dibujos geométricos; en el II milenio los dibujos eran múltiples. Se representaban con líneas multicolores, espirales, pétalos y rosetas; habitualmente se hacían diferentes motivos vegetales y animales predominantemente marítimos

(pulpos, moluscos, peces). Los dibujos en cerámica en el período de desarrollo del estilo palaciego presentan las huellas de una exquisita estilización.

Alrededor del 1600 al 1400 a. C., alcanzó significativo desarrollo en Creta la talla artística en piedra, acerca de la cual testimonian muchos grabados, y también recipientes de piedra con representaciones en relieve de diferentes escenas de la vida campesina, en las casas, en el palacio y otras.

Aunque la vida diaria de los nobles se diferencia marcadamente de la existencia del pueblo simple, se puede pensar que en todos sus trabajos los maestros cretenses siguieron las tradiciones populares del arte cretense. Esto llevó a un avance de los oficios artísticos de Creta. Después de la destrucción del Estado cretense y el aniquilamiento de una parte importante de su población, las formas artísticas, creadas en el siglo anterior, en parte cambiaron bruscamente, en parte degeneraron gradualmente y perdieron su contenido inicial.

La religión cretense

La visión religiosa cretense en el período analizado sufrió un cambio extraordinario. En el III milenio la representación religiosa de los habitantes de Creta era muy primitiva. El totemismo (respecto a animales y plantas) y los cultos de la divinidad femenina y de los antepasados, del período anterior a la época del matriarcado, constituyán la base de su religión.

Y en el II milenio el culto de la divinidad femenina era todavía el principal entre los cretenses. La gran diosa (cuyo nombre en la lectura de las inscripciones es aún desconocido) recibía culto de diferentes modos. Ante todo, era diosa de la naturaleza y así se la consagraba en muchos santuarios de cavernas montañosas (en los montes Iuktas, Ida y otros). En algunas cavernas (por ejemplo, en la de Pesixto) servía para el culto local de manera interrumpida en el III, II y I milenios. Los árboles sagrados o las ramas eran atributos de la diosa. Al parecer, en muchos templos campesinos había altares y grupos de árboles sagrados. Los monumentos del arte cretense conservan dibujos que representan plantaciones y riego de estos árboles. Con el culto de los dioses de la naturaleza estaban vinculados los pájaros, sobre todo las palomas. Se inclinaban a representarlas en danzas rituales que tenían carácter orgiástico.

En los santuarios palaciegos y hogareños, a menudo se encuentran representaciones de la divinidad femenina, cuyo principal atributo era la serpiente. Cabe suponer que el culto de la diosa de la serpiente alcanzó particular difusión entre los nobles cretenses en el último siglo de la existencia de su Estado. Admirables figuras de esta divinidad, en loza y en marfil con adornos de oro, encontradas en los palacios, se diferencian agudamente de las toscas y acampanadas figuras de arcilla halladas en los santuarios de las casas de los pobres.

A la gran diosa se la consideraba como la reina de las fieras. Habitualmente se la representaba con esbelta figura, bellas vestimentas y el pecho desnudo; a los pies, dos leones que miran a su soberana. En las gemas de Cnosos ella aparece como cazadora que derrota a los jabalíes, y equivale al arquetipo griego de Artemisa. Era la diosa de la naturaleza y de la tierra; y al parecer la diosa del mundo subterráneo.

Junto a ella, en el panteón cretense, se encuentra un dios masculino, que también era considerado la personificación de la fuerza de la naturaleza. La representación de la doble hacha era el símbolo de este dios del cielo y del trueno, extraordinariamente frecuente en Creta. Ambos dioses eran dibujados en los vasos y grabados en las columnas de los palacios. Gran número de representaciones de metal y piedra fueron encontradas en casas y palacios de Creta. También se los colocaba en las tumbas.

Según parece, hacia mediados del II milenio a. C. adquirió significación en Creta la honra del dios en forma de hombre-toro. Posteriormente, los griegos le llamaron Minotauro. Probablemente en el tiempo de la aparición de la agricultura de arado, el antiguo culto totémico recibió nueva significación y se vinculó con el dios masculino. En el culto del dios-toro se introdujeron juegos con toros, cuya representación fue también muy frecuente en el arte de Creta.

Los cretenses reverenciaban a dioses secundarios, menos significativos, como protectores de diferentes ramas de la producción artesanal. B. L. Bogaievski mostró cómo los puntos de vista religiosos de los alfareros cretenses estaban relacionados con las profesiones de los mismos; existían cultos a dioses particulares protectores del oficio del alfarero.

Los dioses de los cretenses aparecen siempre como antropomórficos. En Creta casi no existían semidioses, semianimales, como en Egipto o en el Asia Menor. Zoomórficos eran sólo los demonios, de esencia inferior comparados con los dioses, y jugaban un papel menor en la religión cretense del II milenio a. C.

El mundo de ultratumba estaba relacionado para los cretenses con la idea de una existencia ultraterrena. A los difuntos se les proveía de armas y utensilios y se les levantaban construcciones fúnebres. En honor de los dioses se sacrificaban animales, toros y cabras; junto con el difunto se ponían figuras de toros. El ritual fúnebre se representaba muy cuidadosamente en los sarcófagos de arcilla de Hagia-Tríada, que pertenecen al siglo XIV o al siglo XIII a. C. Se exponían en ellos escenas de marchas fúnebres, sacrificios y libaciones dedicados a los dioses, conducción del muerto a la tumba. Esta pintura, así como la arquitectura de algunas cámaras fúnebres cretenses (tumba del rey-sacerdote en Camo, tumba del rey en Isopate), muestra algún parecido con el culto de los muertos de los egipcios.

Las ceremonias religiosas de los cretenses, a juzgar por las representaciones que se conservan, se distingúan por su gran diversidad. Se puede suponer que consistían en danzas, canciones, procesiones solemnes semejantes a la marcha de los que recogen el olivo en la escena que aparece en un jarrón de esteatita de Hagia-Tríada, holocaustos en los santuarios públicos y privados. A juzgar por las inscripciones de Cnosos, en algunas fiestas se sacrificaban decenas de animales.

En las ceremonias religiosas de los cretenses, el papel dominante característico lo desempeñaba la mujer, que se ocupaba de las actividades del culto. La representación de los hombres raramente aparece en las escenas del culto, por lo demás sólo en los más tardíos.

Como se señaló antes, se nota en Creta la ausencia de templos monumentales. Solamente en Gurnia se descubrieron pequeños templos. A menudo los santuarios cretenses se encuentran en pequeños cuartos dedicados a un solo culto o dos. En Cnosos, al lado de depósitos, talleres y habitaciones, una serie de cuartos estaban destinados a los cultos rituales. En las casas de las capas medias de la población había, a juzgar por lo hallado en las excavaciones, santuarios domésticos que contenían imágenes divinas y mesas de sacrificio, vajilla sagrada, cuernos sagrados, dobles hachas, etc.

La religión minoica muestra algunos rasgos parecidos con la religión de los hititas de la Mesopotamia y Egipto, lo que se explica por el desarrollo parecido de estos pueblos, así como por los vínculos culturales, desde hacía mucho existentes entre ellos.

La cultura cretense y las representaciones religiosas ejercieron indudable influencia en la cultura de los que posteriormente habitaron Grecia. El recuerdo de la época del florecimiento de Creta encontró su reflejo en muchos mitos griegos, en la época homérica y en las tradiciones históricas. En la cultura de los griegos del I milenio a. C. se encuentra una serie de rasgos heredados de la rica civilización minoica. En la misma Creta, a lo largo del período romano, se veneraron las cavernas que habían servido para el culto local de los dioses minoicos. En la religión de los helenos se utilizaron objetos sagrados, que tenían significación en los cultos cretenses del período anterior, por ejemplo, el hacha y el cuerno sagrado. También se observa el parecido con los cultos campesinos minoicos, reflejados en una serie de leyendas y mitos según los cuales Creta fue el lugar del nacimiento (caverna de Disteica) y la muerte (caverna de Iuctas) de Zeus; en esta isla transcurrió la niñez de Apolo, Dionisos y Heracles. El que haya cierta sucesión no da base, sin embargo, para deducir la mitología griega exclusivamente de las fuentes cretenses. No es posible supervalar la visión religiosa de los cretenses, como lo hizo A. Evans, que consideraba el santuario de Nir-Jano el centro religioso del cual habían surgido los cultos de los dioses minoicos, para penetrar en las más alejadas regiones del Mediterráneo, hasta España. Muchos de los rasgos similares pueden ser explicados no solamente por las

tradiciones conservadas, sino por las representaciones parecidas de las fuerzas de la naturaleza y su influencia en la vida del hombre en las sociedades cretense y griega temprana.

4. Troya

Troya fue un gran foco de cultura del III al II milenio antes de nuestra era. La ciudad de Troya se encontraba en la costa noroeste del Asia Menor, a una distancia de 25 a 30 kilómetros de la desembocadura del Bósforo (Bósforo tracio). La colina (llamada también Ilión) se levanta sobre la planicie del río Escamandro, y está limitada al sur y al este por montañas.

La historia de Troya está íntimamente vinculada a la de los pueblos vecinos del Asia Menor. Aproximadamente en el siglo XII a. C., la floreciente población de los troyanos fue destruida; la tradición griega considera esta destrucción obra de los aqueos: los *basileis* de Micenas y de los otros centros de Grecia en aquel tiempo figuran en las antiguas tradiciones de las campañas troyanas como jefes de los ejércitos que sitiaron Troya. La información acerca de estos acontecimientos está conservada en los poemas homéricos la *Ilíada* y la *Odisea*.

A mediados del siglo XIX, los representantes de la llamada orientación crítica en los estudios de los poemas homéricos expresaban sus dudas sobre la existencia de Troya. Solamente las excavaciones del arqueólogo aficionado Schliemann probaron su existencia. Utilizando datos contenidos en los poemas homéricos, Schliemann comenzó a excavar la colina de Hissarlik, descubriendo el lugar donde había estado Troya. Es verdad que Schliemann se equivocó en la definición de las capas pertenecientes a la Troya homérica, ya que dirigía las excavaciones sin tener en cuenta las exigencias básicas de los métodos arqueológicos. Se rigió por las fechas que se consignan en los poemas de Homero; los objetos que pertenecían a una época fueron confundidos con material de épocas más antiguas, de diferentes poblaciones, y fueron destruidas durante las excavaciones las murallas de la Troya homérica. Las excavaciones siguientes establecieron la presencia de muchas capas urbanas, en número no menor de nueve, pertenecientes a un período que va del III milenio a. C. hasta los primeros siglos de nuestra era.

Antiguas poblaciones en el lugar de Troya

La más antigua colonia de Troya en la colina de Hissarlik corresponde al comienzo del III milenio a. C. Los habitantes de esta población se encontraban todavía en el régimen de la comunidad gentilicia primitiva. Se ocupaban de la agricultura y la ganadería, a lo que contribuyó la fertilidad del territorio circundante. Los instrumentos estaban hechos con piedra pulida. Sólo se puede hablar presuntivamente del uso del cobre. Alrededor del 2000 a. C. aparecen aquí recipientes importados de las islas Cícladas.

En la segunda mitad del III milenio, sobre las ruinas de la primera población, desaparecida según parece a raíz de un incendio, surgió más rica, rodeada de gruesos muros, la población de la segunda Troya. Los habitantes de esta ciudad utilizaron el bronce y los metales preciosos, tales como el oro y la plata. Esta era la época de la descomposición de la comunidad gentilicia primitiva. La riqueza de la aristocracia alcanzó grandes proporciones. De ejemplo pueden servir los considerables depósitos encontrados en Troya, tal como el hallado por Schliemann y llamado «el tesoro de Príamo». Estaba constituido por lingotes de plata, recipientes de cobre, plata y oro, armas de bronce y piedra, ornamentos de oro finamente trabajado (diademas, brazaletes, pendientes, etcétera), vajilla y otros. La cantidad de pequeños objetos de oro sobrepasa el número de 8.000. Particularmente llaman la atención grandes hachas pulidas de jaspe y jade, muy bellas por su forma, adornadas con dibujos de extraordinaria elegancia.

En otros tesoros de esta época fue encontrada gran cantidad de objetos de alto valor artístico, de oro, plata y bronce. La abundancia de tesoros muestra que los oficios vinculados con la elaboración de los metales se separaban como ramas autónomas dentro de la producción. Al rápido desarrollo de la metalurgia contribuían las posibilidades de la riqueza mineral del Asia Menor (ahí se extraían en la antigüedad cobre, estaño, plata, oro). El desarrollo de la producción creaba las condiciones para un activo intercambio. El comercio, a juzgar por los datos que se

poseen, se realizaba no sólo con los vecinos más cercanos, sino con las poblaciones de la parte oriental de la cuenca egea. El hallazgo de aislados objetos troyanos en Creta y Egipto admite suponer la existencia, en ese tiempo, de relaciones entre Troya y otros países. Las excavaciones de las últimas décadas en Tracia, Macedonia y la Grecia continental (en la Argólida) muestran que las relaciones no eran sólo comerciales, sino culturales. Rasgos de similitud han sido descubiertos en la cerámica y en algunos ritos (por ejemplo, en el fúnebre).

Los materiales que atañen a los vínculos exteriores de Troya, en la segunda mitad del III milenio a. C., rechazan de manera decisiva la teoría de Meyer, según la cual a finales del III milenio Troya fue centro de la llamada cultura de bronce, única que se extendió por toda el Asia Menor. Se puede hablar solamente de las culturas afines de las tribus que allí se encontraban en parecidos grados de desarrollo social.

Muchos de los tesoros hallados atestiguan también acerca de los peligros que acechaban a Troya en la segunda mitad del III milenio. La estratificación patrimonial o de bienes y la acumulación de riquezas fueron la causa principal de la intensificación de las luchas intertribales. Para los pueblos que se encuentran en el período de descomposición del régimen gentilicio primitivo, la adquisición de la riqueza, como dice Engels, se presenta ya como uno de los principales objetivos de su vida. El pillaje de las riquezas ajenas les parece más fácil y más agradable que el trabajo tenaz.

En esa época, Troya fue rodeada con gruesos muros, que alcanzaban la altura de tres metros, con algunas torres y puertas. Toda la fortaleza ocupaba relativamente poco espacio (de 175 a 190 metros de diámetro) y era, según parece, residencia del *basileus* y de la aristocracia local. Como atestiguan las excavaciones, los objetos más valiosos se conservaban precisamente en los puntos más defendidos y fortificados de la Tróade.

La población que estamos describiendo pereció al finales del III milenio entre las llamas. Es interesante señalar que el momento de la destrucción de este rico centro coincidió con el fortalecimiento de los aqueos que habitaban en el interior del Asia Menor.

En el período del siglo XXI al XVIII a. C., sobre las ruinas de la fortaleza destruida, consecutivamente surgieron y fueron destruidas por el enemigo tres poblaciones que se reemplazaron una a otra. La más antigua (la tercera Troya) tenía fuertes muros, que alcanzaban 12 metros de ancho. La cuarta desapareció incendiada. La cultura de los habitantes de estas poblaciones era menos brillante que la de los habitantes de la segunda Troya. Sin embargo, los vínculos económicos con los vecinos, en particular con los habitantes de las islas del mar Egeo, continuaron desarrollándose paulatinamente.

La Troya homérica

Desde el siglo XVIII se observa un nuevo ascenso de Troya. En este tiempo surgió en la colina una población de área considerablemente mayor que todas las precedentes: la sexta Troya, que existió hasta mediados del siglo XVI, cuando fue destruida por un terremoto. La reconstrucción de la ciudad de Troya, la séptima, fue algo más pobre. La cultura de ambas poblaciones era casi la misma. Los habitantes de la Troya séptima utilizaron las fortalezas defensivas y otras construcciones de la época precedente. Se puede suponer que ambas poblaciones estaban en la misma antigua Troya, que ocupaba tan importante lugar en las tradiciones griegas.

El desarrollo de las fuerzas productivas y el crecimiento de los recursos económicos permitió a los troyanos elevar alrededor de sus ciudades nuevas y fuertes fortalezas, construidas probablemente en el siglo XVII a. C. La necesidad de tales construcciones y de tan altos muros y torres fue debida, según parece, a ininterrumpidas guerras. Al construirse los muros, el área de la ciudad fue ampliada por medio de terrazas artificiales, distribuidas alrededor de la colina.

Los admirables modos de colocación de los bloques en los muros de las fortalezas y las casas de piedras talladas y los muchos artículos de artesanía, de metal, de arcilla, etc., hablan del alto desarrollo de la economía de la sociedad troyana al mediar el II milenio a. C. Los monumentos de la cultura material testimonian acerca de la considerable estratificación patrimonial de la

población de la Troya de esta época. Responden plenamente al cuadro de la sociedad troyana reflejada en la *Ilíada*: el pueblo que vivía aún en comunidad gobernado por los *basileis* poseía numerosos rebaños. La esclavitud tenía un carácter patriarcal y era la fuente complementaria de la riqueza del *basileus*, constituida también por diferentes y ricos utensilios, armas, piedras preciosas, etcétera.

La población de Troya del siglo XVII al XII a. C. mantenía activas relaciones con los pueblos del mundo egeo. En la capa llamada por los arqueólogos sexta Troya fueron encontrados objetos del Peloponeso y de las islas del mar Egeo. La vajilla utilizada por los troyanos, denominada minoica, fue a menudo hallada en las regiones de difusión de la cultura micénica. El vínculo de Troya con el norte de la península balcánica se extendió hasta muy lejos. Se ha encontrado en Moldavia el Tesoro de Borodín, conteniendo artículos troyanos de la época de la sexta ciudad. Cerca del mismo, en el sur de la URSS, fueron hallados otros artículos que provenían de la sexta Troya.

Un terremoto, hacia mediados del siglo XIV a. C., destruyó esta ciudad. La población de la séptima ciudad, la denominada arqueológicamente Troya VII, tuvo que vérselas con la gran potencia de los hititas.

Es posible que jefes militares troyanos reconocieran el poder del rey hitita (los troyanos participaron en la campaña de los hititas contra Egipto, que terminó con la derrota de los egipcios en Kadesch, en Siria, en 1288 a. C.). En el límite del siglo XIII al XII a. C., Troya ardió. El incendio y la destrucción de la ciudad se produjeron, por lo visto, a consecuencia de una invasión enemiga, de las cuales es tan rica su historia.

Como ya hemos dicho, la tradición antigua considera culpables de esta destrucción a los aqueos. Dadas las fuentes con que contamos, es difícil afirmar si fueron o no los aqueos.

Es posible suponer que las tradiciones griegas acerca de la guerra de los troyanos con los aqueos se basan en acontecimientos reales. La campaña de Peleo contra Laomedonte, rey de Troya, y la siguiente guerra de los hijos de ambos, Aquiles y Príamo, podían ser el recuerdo de las reiteradas expediciones de los aqueos contra el reino de Troya. En nuestro tiempo han aparecido nuevos datos que testimonian acerca de la penetración de los aqueos, en el siglo XV a. C., en las costas del Asia Menor. La población local de Anatolia, en el territorio de lo que luego sería Mileto, presenta vestigios de la cultura micénica. Los aqueos tendieron, probablemente, a poblar también otros lugares de la costa del Asia Menor. Los documentos hititas hablan acerca del ataque de los aqueos en Caria, de las devastaciones que los mismos llevaron a cabo en Chipre, en la segunda mitad del siglo XIII a. C. Es posible que Troya fuera destruida por los aqueos en los tiempos de dichas campañas, en el noroeste de la costa del Asia Menor.

En el período del siglo XI al X a. C. llegó a la Tróade una nueva ola migratoria desde Tracia, testimoniada por los objetos de origen tracio hallados en el área de la Troya de aquel entonces. Acerca de las migraciones de los micenios de la península balcánica al Asia Menor hablan elocuentemente los nombres geográficos (Misia en el Asia Menor, y Mesia en los Balcanes). Estas migraciones de las tribus tracias las menciona también Herodoto (VII, 20), aunque, de acuerdo con su versión, los micenios y los teucros del Asia Menor se trasladaron a través del Bósforo y sometieron a Tracia.

5. Micenas

Uno de los más grandes centros de elevada cultura que se extendió en el territorio de la Grecia continental del siglo XVII al XIII antes de nuestra era fue Micenas. Las tradiciones griegas hablan acerca de su riqueza y poder. Hornero la llamaba «abundante en oro».

Micenas se encontraba en el Peloponeso, en la Argólida. Esta región no casualmente es llamada en la *Ilíada* «Argos la muy sedienta». Está rodeada por cadenas montañosas que se cruzan en algunos lugares con llanuras onduladas, las cuales se consideran las más secas y estériles de todo el Peloponeso. El río más importante de la región es el Inaco, que nace en las

montañas y atraviesa la Argólida de oeste a sudeste; se nutre principalmente por la caída de las lluvias en las montañas, y en el verano se seca por completo. Otras corrientes fluviales son todavía más pobres en agua. En tales condiciones, en la Argólida, salvo puntos aislados que tienen tierras fértiles, sólo en una región es posible ocuparse con cierto éxito de la agricultura. Se trata de la planicie situada en la parte sudeste, que penetra hacia las orillas del golfo de Argólida.

Aquí se encontraban las más antiguas ciudades de la Argólida: Argos, Tirinto y Micenas, distante esta última 18 kilómetros de la costa. Las ruinas de la ciudad de Micenas están situadas en una colina de 278 metros de altura sobre el nivel del mar, entre dos mesetas. La colina está rodeada por profundas barrancas rocosas. Estratégicamente, la ubicación de Micenas era extraordinariamente ventajosa, ya que la colina domina toda la comarca circundante. Al mismo tiempo estaba bien defendida de las invasiones de los enemigos por la misma naturaleza. La situación de Micenas era ventajosa en el sentido de que a través de estos lugares pasaban los antiguos caminos que unían la costa del sur de la Argólida con su parte septentrional y con el istmo.

Antes de las excavaciones eran conocidas las ruinas de la ciudad que se conservaban en la superficie. Las ruinas de las murallas que rodeaban antiguamente la acrópolis micénica sorprendían ya en la antigüedad por su estructura ciclópea. Se encuentra en ese lugar la llamada «puerta de los leones»; dos pilastras colosales que tienen por dintel un grueso bloque sobre el cual hay esculpida una columna que se ensancha en la parte superior y a cuyos lados hay dos leones en postura heráldica. Aún antes de las excavaciones se conoció una construcción en forma de cúpula, denominada Tesoro (depósito de cosas preciosas) del rey Atreo.

El primero en comenzar las excavaciones en Micenas, en 1874, fue Schliemann. Como resultado de estas excavaciones y de las investigaciones arqueológicas realizadas en años posteriores en la Grecia continental, se descubrió una serie de monumentos del mismo tipo que los micénicos, y a toda esta cultura, sólidamente establecida, se la denomina micénica.

Las construcciones funerarias en Micenas

La población de la colina de Micenas surgió, al parecer, a comienzos del II milenio a. C. La cerámica del período más antiguo no fue hallada. Es difícil decir qué es lo que representaba en su principio esta población y si poseía muros de defensa en los primeros siglos de su existencia. La fortaleza, el llamado palacio y otros monumentos más antiguos de la construcción de Micenas se remontan a finales del siglo XV y al siglo XIV a. C.

En la pendiente occidental de la colina, en los límites de las posteriores fortalezas micénicas, pero evidentemente en los extramuros, si es que, en general, existieron, fueron descubiertas por Schliemann seis tumbas que datan de finales del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVI: las llamadas catacumbas. Ellas representan criptas funerarias talladas en la roca, fosas que tenían forma rectangular.

Durante largo tiempo las tumbas fueron consideradas antiguas construcciones de la época micénica. Sin embargo, en 1951-53, en Micenas, en la meseta rodeada por muros ciclópeos (diámetro de los sillares, 28 metros), fueron cubiertas y excavadas otras 24 tumbas que datan igualmente del siglo XVII al XVI. Por su tipo, estas tumbas están muy cerca de las catacumbas descubiertas por Schliemann. Cada una de ellas representa un profundo hueco rectangular en la roca básica del terreno. En la parte superior de los sepulcros fueron descubiertos bloques de piedras, fijados sobre vigas y cubiertos de tierra. En cada nueva inhumación la tumba se abría desde arriba, se hacía descender el cadáver y los restos del anterior se ponían a un lado para dar lugar al nuevo, después de lo cual el sepulcro se cubría nuevamente.

En el terraplén, sobre las tumbas, fueron descubiertas lápidas lisas y cubiertas de ornamentos en espiral y con relieves, cuyo número y situación coinciden con el número y situación de los inhumados. Algunas tumbas contienen un solo esqueleto, otras hasta cuatro. Hay lápidas sobre las tumbas masculinas, en medio de un espacio rodeado de ornamentos espirales en el que se contenía la representación de los mismos muertos con sus armas y sus carros.

Por desgracia, la mayor parte de estas lápidas está muy deteriorada y se conservaron de ellas sólo fragmentos. En una lápida, conservada íntegramente, de las excavaciones de 1952, está la representación de la caza de toros salvajes; en otra, el desarrollo en diversos cuadros, enmarcados por espirales, de un combate de dos leones parados sobre sus patas traseras; es decir, motivos parecidos al relieve de la puerta de los Leones.

En la mayoría de las catacumbas, el inventario fúnebre se distingue por su relativa sencillez. En cambio, otras, por la cantidad de valores que en ellas se descubrió, no pueden ser comparadas con ninguna de las tumbas descubiertas en el territorio de la antigua Grecia. En calidad de ejemplo se puede señalar, aunque se trate de una de las tumbas descubiertas por Schliemann, una donde se encontraron hasta 870 pequeños objetos hechos en gran parte con oro, entre ellos diademas y cadenitas, copas de plata y oro cubiertas con relieves, gruesas placas de baúles ornamentados, espadas y puñales admirablemente trabajados, sortijas, artículos de marfil, de vidrio, de loza, de cristal de roca, vasos de alabastro, muchos pendientes y placas de oro en forma de hojas de árboles, flores, mariposas, esfinges y animales marinos, piedras preciosas, etc. Entre los hallazgos hay gran cantidad de diferentes cerámicas, a menudo recipientes que contenían alimentos para los muertos, lo que testimonia el desarrollo del culto de los muertos.

La gran mayoría de las cosas de metal encontradas son en estilo y técnica muy cercanas a las cretenses. La influencia de Creta en la cultura micénica no puede ofrecer en este caso ninguna duda. Acerca de los muchos recipientes metálicos y gemas, no es posible saber con exactitud si están hechos en la Argólida o importados desde Creta, hasta tal punto son parecidos los de uno y otro lugar. Tales son, por ejemplo, las admirables copas en forma de cabeza de toro con astas doradas, hechas en el mejor estilo de los maestros cretenses en la época del florecimiento del arte de la isla. Parte de estos objetos son, sin duda, importados, en primer lugar los de materiales que no existían en la Argólida, como pueden ser piedras preciosas traídas del norte, un huevo de aveSTRUZ, etc., todos ellos con los nombres grabados de faraones egipcios del Nuevo Imperio.

Entre los muchos objetos que según todos los indicios fueron hechos en las poblaciones micénicas, la mayor parte de la labor local puede reconocerse por el tema representado. A diferencia de Creta, predominan aquí los motivos guerreros y cinegéticos, utilizados incluso en los adornos femeninos. Tales, por ejemplo, los anillos de oro hallados en la cuarta tumba descubierta por Schliemann. En una de las representaciones, un guerrero se bate con dos enemigos que lo atacan; en otra hay una escena de caza: el cazador, en un carro de guerra, tiende el arco para cazar un ciervo. El modo de tratar las vestimentas y el ornamento en estas representaciones es absolutamente no cretense, aunque en el sentido técnico del grabado fueron utilizadas las mejores técnicas cretenses. Todavía más característica es en este sentido la escena del asalto a una fortaleza, representada en un recipiente de plata de la misma época. Creta no conocía en absoluto fortalezas del tipo que allí se muestra. Este tema corresponde a la campaña del rey de Micenas en las costas del Asia Menor, aunque la técnica del trabajo en vasos sea cretense. En otros casos la imitación de la técnica y del estilo es menos lograda; representa el alejamiento consciente de los modelos cretenses. De esto dan testimonio los pequeños adornos de oro con forma de figuras de animales, hechos a la manera cretense, y también los encuentros entre bestias grabados en placas de baúles. De este modo, la originalidad de los micenios no se agota bajo la fuerte presión de la cultura cretense.

Esta originalidad se manifiesta no sólo en la predilección por los temas guerreros y cinegéticos, sino también en la total ausencia de las escenas del culto y de la vida palaciega, tan predilectas de las representaciones cretenses. Son muy originales las armas representadas en gran cantidad en algunos trabajos con ricos ornamentos. La técnica es en este caso también cercana a la cretense, pero las formas de las espadas y los puñales micénicos son otras y las medidas mayores.

Caballos de baja estatura enganchados en carros de guerra, en las representaciones micénicas, tampoco son parecidos a los caballos de los monumentos del tiempo posterior cretense. Con particular claridad resaltan los rasgos originales de la cultura micénica en el grupo de objetos de estilos y técnica locales, ante todo las seis máscaras encontradas en las tumbas masculinas, con rasgos retratistas: los rostros de los muertos hechos de oro y ámbar. Parecida

máscara, pero de trabajo menos delicado, también de ámbar, fue encontrada en 1952 al abrirse en Micenas la llamada «catacumba G». Estos hallazgos deben ser tomados como únicos, por cuanto en Creta, y en general en el mundo egeo, no se ha descubierto hasta ahora nada parecido. La técnica de la preparación de estas máscaras es completamente propia. Diferentes rasgos se destacan en gran cantidad de representaciones en relieves de guerreros armados. La comparación con Creta no es en esto posible, por cuanto no se ha descubierto ni una obra plástica, monumental, ejecutada en piedra. Entre las cerámicas locales encontradas hay un solo recipiente de arcilla realizado en estilo cretense. Todos los demás aparecen como pobre imitación de los modelos cretenses, y en la vajilla de estilo local se advierte que la vieja tradición de la Hélade media se mantuvo aquí firme contra la influencia extranjera y continuó su desarrollo.

De todo esto se deduce que aunque la influencia de la cultura cretense en Micenas durante la primera mitad del siglo XVI fue considerable, no aniquiló las peculiaridades locales. El material arqueológico está representado en toda su plenitud por el inventario de las catacumbas, que en conjunto conservan sin duda su originalidad. No es posible por ello estar de acuerdo con las suposiciones de Evans acerca de la conquista de la Argólida por los reyes de Creta y del aplastamiento total de la población local. Mucho más convincente es la opinión de los contrarios a este punto de vista, los que suponen que la destrucción de los palacios cretenses del siglo XVI, acerca de los cuales habla Evans, así como los tesoros de las catacumbas, fueron el resultado de las conquistas exitosas de los guerreros micenios, en la costa norte, mal defendida, de Creta. Sin embargo, es difícil imaginar cómo tal cantidad de valores pudo concentrarse en manos de los reyes micenios, sepultados en las catacumbas; la hipótesis más atendible sostiene que entre los cautivos tomados en estas incursiones se podía encontrar gente familiarizada con el arte cretense, los cuales fundaron en Micenas su escuela. En apoyo de este punto de vista habla la postura de los guerreros, inherente a todo el inventario fúnebre de las catacumbas. La mayoría de esas pesadas espadas, puñales, lanzas y otras muchas armas, sin duda, no estaban en reposo en vida de sus dueños.

Tampoco era casual, según parece, su inclinación hacia los temas bélicos en las representaciones artísticas. En sus Incursiones, las huestes micenias alcanzaron, por lo visto, la costa del Asia Menor. A tal suposición, en particular, conducen las representaciones del sitio de la fortaleza que no son cretenses, en el vaso de plata de la cuarta tumba, al que ya nos hemos referido. El ulterior estudio de la escritura micénica y cretense está llamado a aclarar este problema; sin embargo, por el estudio de las incursiones sólo se podrá aclarar la cantidad de valores reunidos en un mismo lugar, pero no la calidad del movimiento y desarrollo de la cultura local, tal como aparece con claridad en los objetos materiales de las catacumbas. La original fusión de muchas y exactas imitaciones del estilo cretense con la técnica y la temática locales en el arte representativo, así como la conservación de la originalidad micénica en otras ramas de la cultura material, son prueba de la reelaboración activa de la influencia extranjera. Realmente, si la nueva técnica y estilo no se hubieran impuesto a las exigencias y gusto de cierta parte de la sociedad micénica, el arte de los maestros cretenses no hubiera podido encontrar tan amplia resonancia en los oficios locales.

Todo esto muestra que la sociedad local había alcanzado ya un considerable nivel de desarrollo y había percibido libremente la más elevada cultura de Creta. En tales condiciones, los objetos con los nombres de los faraones egipcios, como las piedras preciosas, es dudoso que se encontraran en las catacumbas solamente en calidad de botín de guerra. Lo mismo puede decirse acerca de los objetos de marfil, los cuales sólo podían conseguirse en Egipto y Siria, donde en aquel entonces aún había elefantes. Como demostración indirecta de que existieron condiciones para las relaciones comerciales pueden servir las excavaciones realizadas de 1950 a 1952, de dos viviendas particulares: las llamadas «casa de comercio de aceite» y «casa de comercio de vino». Ante todo cabe decir que ambas casas, lo que es muy demostrativo, fueron descubiertas en los extramuros micénicos. En el primer lugar fueron encontrados treinta grandes recipientes con tapas de arcilla, ubicados a lo largo de la muralla y, entre otros hallazgos, 39 tabletas de arcilla con signos de la «escritura línea B» (éste es el primer caso de tabletas halladas no en el palacio, sino en una casa particular). En la casa de comercio de vino también fue

descubierto un gran recipiente del tamaño de una persona y cerca de 50 recipientes, algunos deteriorados y otros sanos, en los cuales, al parecer, se guardaba vino. Es difícil imaginar que tales reservas de vino y aceite se destinaran sólo al consumo de los moradores de estas casas y no al comercio. Ambas casas, sin embargo, datan de un tiempo considerablemente posterior a los siglos XIV y XIII a.C. De esta manera, las catacumbas micénicas, en tanto continuaron siendo monumentos únicos —1650-1550 a.C.—, reflejan claramente el comienzo del período de relaciones mutuas del continente con Creta y otros países. Sobre esto se basa concretamente nuestra concepción acerca de la antigua cultura micénica, puesto que nada sabemos acerca de otras tumbas contemporáneas de las catacumbas, de monumentos, de fortalezas y de construcciones simples.

El siguiente grupo de monumentos micénicos pertenece a la segunda mitad del siglo XVI y al siglo XV a.C. Comprende también, ante todo, tumbas, pero ya de otras características. En ellas, la cámara fúnebre tiene forma rectangular, oval o redondeada, y habitualmente se encuentra en roca blanda, pero unida con la superficie de la tierra por un camino especial, largo y estrecho, que se denomina dromos. La presencia del dromos facilitó extraordinariamente la utilización frecuente de la cámara fúnebre. Para colocar un nuevo cadáver era suficiente volcar la lápida que cubría la apertura de entrada al dromos, mientras que para entrar en los sepulcros de las catacumbas en el caso de otra inhumación había que volver a excavar y desarmar el cielorraso del sepulcro para poder, desde arriba, hacer descender el cadáver. El nuevo tipo de tumba conservó en el transcurso de todos los siguientes siglos de existencia de la cultura micénica un aspecto más o menos invariable. La única diferencia entre las más antiguas cámaras fúnebres y las que vinieron después se limitaba al largo del dromos. En las tumbas de los siglos XVI y XV, el largo habitualmente no sobrepasa los 3 ó 4 metros, alcanzando más tarde de 14 a 16 metros. Las más antiguas de las tumbas de este tipo conocidas hasta ahora fueron encontradas cerca de Micenas y de Argos. Ambas pertenecen a mediados del siglo XVI y en el tiempo fueron cercanas a los sepulcros de las catacumbas. La gran mayoría de las otras cámaras fúnebres conocidas, dispersas por toda la Grecia continental y las islas, son considerablemente más recientes que los sepulcros de las catacumbas.

En los casos en los que el suelo en el cual se excavaba la cámara fúnebre resultaba demasiado blando, sus paredes se revestían con piedras. Esto sirvió al principio para el desarrollo de un tipo de tumba en cúpula (tolos) que existió casi paralelamente con las cámaras fúnebres. La particularidad esencial de este tipo de tumba aparecía cuando el revestimiento de las paredes se continuaba en el cielorraso tomando forma de cúpula y se apoyaba sobre bloques de piedra algo combados. Se obtenía así una cúpula revestida de piedra, colmeniforme, con dromos. La puerta del dromos en la cámara fúnebre estaba ausente, pues en cada inhumación se hacía un orificio en la pared, para introducir el cuerpo, que luego se tapiaba con piedra. Las más antiguas tumbas de este tipo, a juzgar por hallazgos aislados, como por ejemplo dos tumbas pequeñas cerca de Micenas y varias tumbas análogas en otros puntos del sur, centro y norte de Grecia, se remontan a una época cercana a la existencia de los sepulcros de las catacumbas.

En lo sucesivo, la construcción y el acabado de las tumbas en cúpula se fueron perfeccionando continuamente. Las paredes de las cámaras fúnebres se revistieron ya no con pequeñas calizas sin trabajar, sino con piedras de formas regulares, y en casos aislados con mármol de Paros. Aparecen también las puertas con dinteles especiales, con grandes vigas transversales que unen un dromos revestido de piedra con la cámara fúnebre. Las paredes y el techo en forma de cúpula se cubrían con adornos en relieve. Se aumentaron la superficie y el volumen de todo el local, que, en conjunto y en algunos sepulcros aislados, ya relativamente posteriores, llegaron a 14,5 metros de diámetro y a 13,4 de altura. Por fin, la cámara lateral del sepulcro llevaba a la superficie de la tierra; sus paredes exteriores se revestían con gruesos bloques de piedra, con el techo y los zócalos adornados con relieves. Así, paulatinamente, fue creciendo y desarrollándose una nueva forma arquitectónica, que iba a expandirse por todo el territorio de la Grecia continental y las islas.

Las tumbas en cúpula fueron descubiertas no sólo en Micenas, donde se encuentran nueve, sino también cerca de Argos, en Tirinto, en Bafia, en Pilos, en el Ática, cerca de Atenas, en Tesalia y en otros lugares. El contenido de estas tumbas fue saqueado hace ya largo tiempo.

Afortunada excepción la constituyen una tumba en cúpula en Bafia, en el territorio de Laconia, cerca de la antigua Amiclea, y otra en Midia, en la parte central de la Argólida. La de Bafia data de principios del siglo XV y representa la tumba de un guerrero de la aristocracia micénica. Allí se conserva un rico acervo fúnebre: considerable cantidad de diferentes clases de adornos, artículos de tocador, armas y recipientes ricamente ornamentados, destinados estos últimos sobre todo al vino. De todas estas cosas merece particular atención un anillo de hierro: se trata del primer hallazgo de hierro de la época creto-micénica. La presencia del anillo hallado en el dedo de un esqueleto, junto con otros dos anillos de oro y bronce, muestran que el hierro comenzaba a usarse, y por su valor se igualaba con los objetos de oro. Entre otros hallazgos se encuentran copas de oro con representaciones de toros, gargantilla de doble cadena adornada con 80 amatistas, brazaletes construidos con gemas. Casi todas estas cosas, particularmente los objetos de tocador y de adorno, son de puro estilo y técnica cretense. El peso específico de las armas en el conjunto de los otros objetos es relativamente pequeño, especialmente si se lo compara con el contenido de los sepulcros de las catacumbas.

La tumba de Midia llegó a nosotros en condiciones considerablemente peores, ya que en la antigüedad fue saqueada. Con todo, en el piso se encontraron pequeños objetos, aunque escasos. La inspección de la sala fúnebre condujo a descubrir las huellas de dos fosos, en los cuales fueron descubiertas intactas tumbas de dos mujeres y de dos hombres. El contenido de estas tumbas resultó estar también construido por adornos y recipientes valiosos. En una copa de oro se representa el mar. En otra, de plata, la caza del ciervo y toros que corren. Las cabezas estilizadas de cinco toros adornan una copa de plata con revestimientos de oro, encontrada junto a un esqueleto femenino. Entre los adornos hay grandes gemas, cuatro anillos de hierro, cobre, plomo y plata, cadenas de oro con 36 rosetas, con gran cantidad de pequeños adornos de marfil, bronce, loza, vidrio, y también cáscaras de huevo de avestruz. Fueron descubiertas armas: cuatro espadas, cuchillos y puntas de lanza, las espadas de tamaño considerablemente menor y más livianas que en las catacumbas. Este nuevo tipo de arma se acerca más al modelo cretense que las armas del siglo XVI. Todos los objetos enumerados datan de la segunda mitad de finales del siglo XV. También se revela la gran influencia de la técnica y del estilo cretense.

La influencia cultural de Creta encontró su reflejo en el arte representativo de aquel tiempo. Los temas guerreros y cinegéticos, tan característicos para la primera mitad del siglo XVI, fueron sustituidos por escenas del culto, juegos de toros, rondas y otras representaciones muy conocidas en los monumentos de Creta. A diferencia del período más antiguo, estas particularidades del arte pueden observarse ahora en toda la Grecia continental y en las islas, por cuanto así lo permite el material arqueológico de que se dispone. Se crea la impresión de una definida unidad estilista cultural, procedente de centros comunes para todo este territorio. La aparición de muchas imitaciones de los recipientes cretenses del estilo «palaciego» demuestra que la cerámica micénica no evitó la influencia de la cultura cretense, aunque ésta se percibe en mucho menor grado. En las formas de los recipientes locales y en el carácter de su fabricación y ornamentación se continúa conservando el tono local. Más aun; la aparición de vasos micénicos en Creta habla de la influencia del estilo micénico sobre la cerámica cretense. Este proceso se puede seguir no solamente en las cerámicas. Los frescos de Cnosos, que datan de la segunda mitad del siglo XV, tienen mayor semejanza con los frescos de Micenas y de Tirinto que Festos y Hagia-Tríada. Lo mismo se puede decir del palacio de Cnosos, que por las alas del trono, por su planificación y medida, adquiere cierta semejanza con los palacios de la Grecia continental. De lo referente a la escritura hablaremos más adelante.

El local principal, que ocupó el lugar central del edificio micénico, y las cámaras fúnebres con el dromos y las tumbas en cúpula, no tenían analogía con Creta. Si tumbas de tal tipo aparecen del siglo XVI al XIII a. C., al compararlas con las tumbas de la Hélade, se descubre con claridad la imitación. De este modo, la segunda mitad del siglo XVI al XV a. C. indica el punto culminante de la influencia cultural de Creta. La influencia mutua entre ésta y la Grecia occidental conserva en cierta medida el carácter bilateral.

Posteriormente, y en directa vinculación con la catástrofe que provocó hacia finales del siglo XV la definitiva destrucción de los palacios y la decadencia de la cultura cretense, el proceso se debilitó. Pero toda la cultura cretense continuó influenciando en el continente. Es interesante

destacar que cuando el arte de Creta entra en el período de su decadencia, en el continente se conservan todavía largo tiempo sus formas jóvenes y sanas, hasta que, al final, el llamado estilo palaciego —la última creación de la cultura cretense (siglos XIV, XIII y XII)— no alcanza un completo predominio. Por otra parte, esto concierne tan sólo a los artículos de metal, marfil y loza, a las piedras talladas y parcialmente a la cerámica. El arte de la construcción continúa desarrollándose en la península balcánica por camino propio. Correspondiente al siglo XIV a. C., la llamada tumba o Tesoro de Atreo es de grandiosa construcción, de técnica extraordinariamente perfecta. Las paredes internas y del dromos están revestidas de loza de forma regular. Los dinteles de las puertas internas están recubiertos por relieves y adornos de bronce. Si se compara estas construcciones colmeniformes con sus semejantes del siglo XVI a. C., resulta claro qué considerables cambios sufrió en su desarrollo esta específica forma arquitectónica micénica.

Arquitectura de fortalezas y palacios

A los siglos XVI y XVIII a. C. corresponden todos los monumentos arquitectónicos que conocemos de palacios y fortalezas. La más interesante de estas construcciones está representada por una fortaleza y un palacio micénicos. La fortaleza es contemporánea y vecina de la tumba en cúpula de Atreo. Puede ser que el mismo basileus micénico que construyó para sí aquel lujoso sepulcro fuese también el que construyó las grandiosas murallas y torres micénicas. El ancho de sus paredes alcanzaba a seis metros y estaban hechas con piedras de tamaño enorme. La altura inicial de estas murallas no se logró establecer, puesto que solamente se conservó la parte inferior, que cabe pensar que guardaba proporción con la parte que ha quedado. La puerta norte de la fortaleza es conocida como la Puerta de los Leones. Este es uno de los más admirables monumentos heráldicos de todos los tiempos, puramente minoico por su técnica, y completamente nada minoico por lo monumental. Las cabezas de ambos leones están rotas. Por lo visto, miraban amenazadoramente hacia abajo a los que entraban a la fortaleza. Debajo de los leones y del bloque transversal se encontraba la gran puerta de dos hojas. Las huellas que se han conservado fuerzan a suponer la existencia de por lo menos dos sistemas sucesivos de cerrojos.

A través de la Puerta de los Leones, un camino conduce a una plataforma rodeada por ruinas de construcciones aisladas. Ahí está el palacio micénico con todos sus locales, viviendas y depósitos, y hacia el centro de este conjunto de construcciones una escalera mal conservada que daba a una terraza tallada en la roca. El ámbito principal es una sala con cuatro columnas y hogar en el medio. Con él lindan cuartos contiguos y el patio, bajo el cual se conserva el dispositivo sanitario. Se logró descubrir también un acueducto subterráneo que conducía desde la fuente de la fortaleza, situada en lo alto, hasta la cisterna secreta, que se encontraba al costado de los muros de la fortaleza. Desde la cisterna, un pasillo, también secreto, conducía hacia el interior de la fortaleza. Desde luego, semejantes medidas de precaución se habían tomado para el caso de sitio. En las partes internas de las paredes que se conservaban existen considerables fragmentos de frescos, cuya técnica se aproxima a la cretense, o bien, como ya se señaló, los frescos cretenses de este período recuerdan a los micénicos.

En los temas de los frescos, lo mismo que en los de ciento cincuenta años antes, predominan los motivos locales. En los frescos se representa predominantemente escenas bélicas: el arma guerrera, la vida de campamento, el enganche de los caballos a los carros de guerra, el encuentro de dos veloces carros uno contra otro, el asalto a la ciudad, con figuras de atacantes y de guerreros que caen de los muros e imágenes de mujeres que observan desde un costado el desarrollo de la batalla, el palacio de varios pisos con mujeres que observan desde las ventanas.

Hacia el norte de estas construcciones hay un grupo de locales con fuertes muros. Se los define como cuarteles, almacenes de abastecimientos y locales destinados a otros menesteres económicos. Cerca de los mismos pasa la muralla septentrional, con una segunda puerta. Su construcción recuerda a la primera, pero el tamaño es más reducido y sin ningún escudo o representación.

A quince kilómetros de distancia de la fortaleza micénica y a muy poca distancia de la orilla del mar, en Tirinto, se encuentra el segundo monumento de este tipo de arquitectura. Esta población está cercada también por fuertes muros hechos con gruesos bloques de piedra sin labrar.

En el centro se encuentra el palacio, cuya parte principal constituye la gran sala (megarón), cuyas paredes estaban estucadas y pintadas al fresco; el centro lo ocupa un fogón redondo alrededor del cual se elevan cuatro columnas, que se ensanchan hacia lo alto como las columnas cretenses. A los lados del fogón, en los pisos superiores e inferiores, se encuentran diferentes locales destinados a los guerreros del rey y a sus parientes, así como para las provisiones. En caso de peligro, semejante palacio era refugio seguro, donde podían protegerse sus habitantes y la población de los alrededores. Todo este conjunto de construcciones, dividido por patios, estaba orgánicamente vinculado con las murallas de defensa. El área ocupada por la fortaleza de Tirinto era algo menor que la de Micenas. En los muros internos de la sala central, de la misma manera que en Micenas, se encontraron fragmentos de los frescos. Están representados guerreros en excursiones con carros, escenas de caza de ciervos y jabalíes con jaurías de perros, mujeres con lujosas vestimentas en los carros.

La gran mayoría de las construcciones de Tirinto y los objetos que se encontraron datan del siglo XIII. A este tiempo corresponde situar el extramuro, que consistía en casas aisladas, mal conservadas y hasta ahora poco investigadas.

El tamaño de las monumentales construcciones de Micenas y de Tirinto obliga a suponer que para erigirlas fue necesario mucho tiempo y trabajo. Es poco probable que construcciones en tal escala, en las condiciones de aquella época, pudieran ser realizadas sin una amplia utilización del trabajo de los esclavos y de la población dependiente. En nuestros días, esta suposición encontró firme apoyo en la investigación de los documentos de la contabilidad y de la economía de Pilos. En una serie de estas inscripciones se mencionan mujeres, niños y hombres. El autor publicó recientemente un trabajo sobre este problema de investigación. Lenznan presentó una serie de convincentes argumentos en favor de la tesis que refiere estos hombres, mujeres y niños a la categoría de población no libre y dependiente. Según las cuentas de Lenznan, en sólo tres subgrupos de las instrucciones ya leídas y revisadas, se mencionan más de 500 de tales mujeres, que estaban junto con sus hijos en el registro de la servidumbre del palacio de Pilos. En las inscripciones de Pilos es frecuente encontrarse con el término doero, que, en opinión de Ventris, corresponde al término doulos, el cual en lengua griega del último período habitualmente designaba al esclavo. Si esto era así en Pilos, no hay ninguna base para pensar que el trabajo de los esclavos y pobladores dependientes era utilizado en menor escala en Micenas y en Tirinto. La existencia de dos fortalezas (en Micenas y Tirinto), la una al lado de la otra, naturalmente plantea la cuestión de sus relaciones mutuas. La idea de una existencia aislada entre una y otra no puede tener validez, pues es imposible imaginarse a Micenas sin acceso al mar. Queda por suponer que Tirinto dependía de Micenas, que en la Argólida antigua existió una unidad territorial con Micenas al frente.

Esta suposición es reforzada por la existencia de una serie de caminos que atraviesan la Argólida en diferentes direcciones y convergen en la colina micénica. Los caminos estaban construidos a la manera ciclópea más que a la manera de fortaleza. Sus pendientes están fortificadas por enormes bloques de piedra y las cloacas estaban hechas con piedras grandes. En algunos lugares, al lado del camino se conservan las ruinas de atalayas ciclópeas.

De este modo, se crea la impresión de que todo este territorio estaba unificado bajo el poder de los gobernantes micenios y colocado bajo el control militar de dos poderosas fortalezas. El carácter militar de toda la cultura micénica de los siglos XIV a XIII a. C. se confirma también por la aparición (después de una interrupción de ciento cincuenta años) de temas bélicos en los monumentos del arte representativo. Todas estas circunstancias, y especialmente la existencia de las fortalezas, aporta otro argumento en pro de que allí existía una unidad de carácter estatal, acaudillada por los reyes micenios. ¿Cómo se puede explicar de otro modo la concentración en manos de estos reyes de tan considerables valores materiales? ¿Cómo comprender la existencia en las poblaciones de poderosas fortalezas construidas por manos esclavas y población dependiente y lujosas salas palaciegas, rodeadas por locales y depósitos?

Pilos

Sobre la base de las últimas excavaciones y de las tradiciones antiguas es posible ratificar hoy que Micenas no fue en el período analizado el único centro político y cultural del sur del Peloponeso. En los antiguos mitos se cuenta que el hijo del dios Poseidón, Neleo, desterrado del antiguo puerto de Iolcos, en Tesalia, desde la cual salieron en largo viaje los argonautas, fundó en la costa oeste del Peloponeso la ciudad de Pilos. Vasto fue el reino de Neleo: en el este limitaba con el reino micénico de los Atridas; en el norte abarcaba parte del territorio situado sobre la orilla opuesta del río Alfeo. Sin embargo, hasta los últimos tiempos la ciencia contemporánea no había logrado aún establecer la ubicación de la antigua Pilos. Este problema se considera uno de los más complicados y enredados en la topografía histórica de la antigua Grecia. En Grecia había varias ciudades con esa denominación. Una se encontraba en Trifilia; otra, de acuerdo con la tradición, en Mesenia. Acerca de esta última nada dice la tradición homérica. Según la descripción de la visita al palacio de Néstor, hecho por Telémaco, hijo de Ulises, posiblemente la tenida en cuenta por Hornero sea la Pilos de Trifilia, aunque la misma tradición conservada en la *Odisea*, como se ha venido a aclarar ahora, se remonta hasta la ciudad mesenia del mismo nombre. Generalmente exacto en sus comunicaciones, Estrabón señala terminantemente a Trifilia como la región donde se encontraba la ciudad capital de Néstor, hijo de Neleo. Al parecer, la invasión doria dio lugar a la devastación de muchas ciudades en la época micénica, y no sólo borró de la faz de la tierra a la ciudad de Pilos, mesenia, sino que hasta desterró su recuerdo. Cuando la expedición arqueológica alemana, en 1907, encontró cerca de la Pilos de Trifilia restos de las fortificaciones del tiempo micénico y tres tollos derruidos, desaparecieron las últimas dudas que se tenían a propósito de la ubicación en ese lugar de la ciudad mencionada en la epopeya homérica. De esta manera, la misma tradición homérica recibía una seria confirmación. Al lado de la homérica existía, sin embargo, otra tradición más. Incluso en la época del Imperio Romano, en Mesenia, cerca de la bahía de Navarino, en una pequeña ciudad, Pilos, fundada después de la expulsión de los espartanos de Mesenia, producida en el siglo IV a. C., se muestran los restos de una casa y del «sepulcro de Néstor». Pausanias, en su conocida *Periegesis o Descripción de la Hélade*, llega aún a recordar a la Pilos de Mesenia como la patria de Néstor. Esta última tradición parecía menos verosímil y hasta 1939 la mayoría de los especialistas consideraba que la «arenosa» Pilos de Homero se encontraba en Trifilia.

En 1919 y 1925 fueron descubiertas en Mesenia dos tollos con cerámica y huellas de otros tollos. Estos hallazgos hicieron tambalear la opinión establecida respecto de la ubicación de la antigua Pilos en Trifilia. Poco después este criterio fue completamente rechazado.

Durante las excavaciones de 1939, en la región de la bahía de Navarino, sobre la colina Epano Englianós, fueron encontrados los muros de una construcción de tipo palaciego, perteneciente a la época micénica, que había sido destruida por un incendio. Por plano y las medidas, por el estilo arquitectónico, el palacio excavado se asemejaba a los palacios de Micenas y Tirinto. Aquí fueron descubiertas las huellas de las murallas, igualmente macizas, de bloques de piedra, pisos empedrados, paredes de habitaciones interiores y pasillos cubiertas de estuco con huellas de pinturas al fresco. En todas partes, huellas del fuego que destruyera el palacio. La cerámica, característica para el final del período micénico, permitió definir que el incendio destruyó el edificio hacia finales del siglo XIII. Los habitantes del palacio huyeron y luego el lugar fue abandonado. De esta manera, los restos del palacio, después del incendio, se conservaron intactos, lo cual permitió a los arqueólogos esperar valiosos hallazgos, esperanzas que se vieron justificadas en ese mismo año.

En la parte suroccidental de la construcción, en un local pequeño, fueron descubiertas 618 tabletas de arcilla, la gran mayoría con la «escritura lineal B». Estas tabletas y el lugar en el cual fueron encontradas recordaron vivamente el archivo de Cnosos. Por lo visto, las tabletas formaban parte del archivo del palacio de Pilos y se conservaban en cajones de madera. Los goznes de bronce de las cajas yacían allí mismo al costado. Por su aspecto, las tabletas databan de un hierro no posterior al siglo XIII a. C.

Durante las excavaciones de 1952 y 1953 fue descubierto el megarón de tipo continental clásico, constituido por una gran sala con vestíbulo y pórtico de dos columnas. Al lado fue descubierta otra sala algo menor, estrecho patio lateral y locales pequeños, al parecer despensas, ya que en ellos fueron encontrados fragmentos de alrededor de 6.000 recipientes de diferentes tipos. De estos recipientes se conservan en su integridad no más de 100. Sobre los depósitos, como se puede juzgar por los restos de los muros, se encontraba todavía un piso más, el cual se derrumbó durante un incendio. Tanto el megarón como el vestíbulo estaban pintados al fresco. En algunos de estos frescos quedaron intactas las representaciones humanas, como, por ejemplo, combates de guerreros, procesiones, otros motivos vegetales semiestilizados y diferentes animales, tanto terrestres como marinos. El piso del megarón estaba revestido de estuco, ornamentado en forma de tablero de ajedrez. En las partes suroeste y noroeste del palacio fueron descubiertos corredores, una escalera de veintiún peldaños que conducía al piso superior, y todavía una serie de locales destinados a la economía doméstica y a la vivienda; en los primeros había recipientes. Más allá de los límites del palacio propiamente dicho, en la ladera suroriental de la colina, fue descubierta la entrada principal, el propileo (es decir, la entrada de columnas) de madera, con canaletas, de las cuales se conservan intactas sólo las bases. Fragmentos de objetos de oro y plata diseminados en el megarón y otros locales restan de las que fueron riquezas de los habitantes del palacio. No lejos del archivo se ha descubierto un cuarto en cuyo piso, en grupos separados, se hallaron aproximadamente 300 tabletas cubiertas con «escritura lineal B». A éstas se debe todavía agregar cerca de 50 tabletas enteras y fragmentadas, que se encontraron en las excavaciones de 1954.

En la misma región del palacio las excavaciones arqueológicas localizaron algunas poblaciones contemporáneas y una serie de tumbas en cúpula, de las cuales se habían excavado completamente por entonces sólo tres. A semejanza del palacio, no tenían nada que envidiar a las micénicas. Lamentablemente, una de ellas, en la cual, al parecer, habían sido inhumanos cerca de doce hombres, resultó muy destruida por haber servido de base a la casa de un campesino, y las otras resultaron saqueadas todavía en la antigüedad. Sin embargo, lo poco que quedó intacto permite formarse un concepto bastante claro acerca de los incalculables tesoros con los cuales a menudo se sepultaba a los reyes y a sus familiares. En las tumbas fueron encontrados fragmentos de adornos de oro, cuentas de ámbar, amatista, oro, pasta de vidrio, toda clase de pendientes, anillos, sellos, etc. Pilos, según todos los indicios, era tan rica en oro como Micenas, y su soberano, al parecer, no cedía en riqueza y poder a los míticos reyes de la Argólida. Toda la comarca colindante de la antigua Pilos era fértil y bien irrigada, y a juzgar por los datos proporcionados por las exploraciones arqueológicas, a mediados del segundo milenio a. C. estaba densamente poblada.

Así, por ejemplo, en la Mesenia anterior, en los alrededores del sitio en que hoy se encuentra la aldea de Basílicos, en alta y empinada colina, se descubrió una gran población que se remonta a principios del segundo milenio a. C. En la época micénica existió allí un palacio rodeado por moradas de artesanos y posiblemente también de agricultores; estos puntos poblados recuerdan por su planificación a las poblaciones de Creta en el período minoico medio.

La tradición griega conserva el recuerdo de las riquezas y el poder de los gobernantes de Pilos, la mítica dinastía de los Neleidas. Hasta el presente, a esta tradición, ahora robustecida por los materiales de las investigaciones arqueológicas, no se le había prestado la debida atención. La mención en la época homérica de la ciudad y casa de Néstor siempre se acompañaba de epítetos tales como «opulenta», «ricamente adornada», etc. Recordemos también que en la *Ilíada* se contienen menciones sobre las exitosas guerras de Néstor con las tribus vecinas de la Arcadia y la Elida: «.... Logramos en aquel campo ricos trofeos que arrebatamos a los eleos. Capturamos cincuenta rebaños de bueyes e igual cantidad de majadas de ovejas, lo mismo de piaras de cerdos e innumeros rebaños de cabras que apacentaban sobre un gran área, y ciento cincuenta yeguas bayas, muchas con sus potrillos. Y esa misma noche arreamos el botín hasta Pilos, la ciudad de Neleo».

Según parece, en la *Ilíada* no es por casualidad que se subraya que de todos los participantes en la campaña de Troya, enumerados en el denominado catálogo de los barcos, los más poderosos eran el rey de la «abundante en oro» Micenas, el cual trajo consigo cien barcos, y el

más anciano y experimentado de todos los reyes que se prepararon para la guerra, el rey de la Pilos «arenosa», Néstor, con el cual «noventa» barcos de empinadas bordas llegaron a Troya. Merece atención también el trecho del Himno homérico a Apolo referente a los lazos comerciales de Pilos con Creta: «... vio él (Apolo) en la lejanía del oscuro punto una velera nave tripulada por muchos varones excelentes, cretenses de Cnosos, la ciudad de Minos... con riquezas y mercancías, ellos, en su velera nave iban hacia la arenosa Pilos, hacia la gente nacida en Pilos».

Al parecer, en el ángulo suroeste del Peloponeso, en el segundo milenio a. C., existió uno de los más importantes centros culturales y políticos. He aquí por qué a los términos científicos habituales, «cultura micénica», «época micénica», hay que considerarlos como convencionales. Son exactos, pero en el sentido de que las excavaciones de la antigua Micenas abren por vez primera a la ciencia aquel período de la historia antigua que fue designada con su nombre.

Escritura en la época micénica

En el curso de casi medio siglo, después del descubrimiento de los monumentos de la cultura micénica, predominó en la ciencia la opinión de que la sociedad de aquella época había carecido de escritura. En muchos trabajos, inclusive especializados, este problema era por lo general pasado en silencio. Casi nadie tuvo noción de la manifiesta falta de correspondencia entre la ausencia aparente de escritura y el comparativamente alto nivel de desarrollo cultural de la sociedad esclavista primitiva de Micenas, que formó un Estado y que por lo mismo necesitaba una contabilidad, por elemental que ella fuera. En la medida en que en las excavaciones arqueológicas aparecieron poblaciones de la época micénica de la Grecia continental, pudieron descubrirse recipientes de arcilla y fragmentos breves con inscripciones dedicatorias con pinturas hechas con instrumentos agudos. Datan del siglo XV al XII a. C. y prueban que en aquella época el arte de la escritura era ya conocida.

En 1939 y 1952 fueron descubiertos un archivo con más de 900 tabletas de arcilla en Pilos y 39 tabletas de arcilla en Micenas, con la «escritura lineal B», que representa un desarrollo posterior de la escritura lineal A» y que, sin duda, surgió de la misma, de lo cual da testimonio la coincidencia de muchos signos. Nuevos hallazgos, ya mencionados, de monumentos y escrituras en casas particulares de Micenas, en 1953, testimonian en forma bastante convincente la amplia difusión de la alfabetización.

Los primeros modelos de esta escritura fueron conocidos por los hallazgos efectuados en Creta, todavía a comienzos del presente siglo, y predominantemente en Cnosos, donde se encontraron cerca de 3.000 tabletas. Esta circunstancia creó la convicción falsa de que la «escritura lineal B», a semejanza de la «A», era cretense. En el transcurso de un tiempo considerable, cerca de cuarenta años después del descubrimiento del archivo de Cnosos, no se logró descubrir en la península balcánica ninguna tableta con escritura lineal. Inmediatamente después de descubiertas las primeras tabletas de Pilos por el filólogo alemán Krechmer, se expuso la suposición, más tarde transmitida por el científico soviético S. I. Lurie, de que estaban escritas en griego, a lo cual, sin embargo, la mayoría de los científicos no prestó la debida atención.

Esto contribuye a explicar por qué Georgiev, que consagró sus trabajos a descifrar la «escritura lineal B» y a proponer un método correcto de lectura de los textos que la emplearon, no pudo con todo lograr un éxito definitivo. Expuso que la «escritura lineal B» tenía letras que no pertenecían a la lengua griega, sino a alguna otra lengua afín o cercana a la misma.

En 1953, como ya se señaló, los sabios ingleses Ventris y Chadwick, siguiendo el método de Georgiev, propusieron otro para descifrar los signos de la «escritura lineal B», que usaba la población de Pilos y Micenas, definiéndola precisamente como escritura que transmite palabras y sonidos de la lengua griega arcaica. Esta lengua la utilizaron los aqueos que estaban en Creta. De esta forma se aclara la presencia en el palacio de Cnosos del archivo de tabletas lineales cubiertas con la «escritura lineal B». Por supuesto, los trabajos de Ventris y Chadwick necesitaban una seria y esmerada verificación. Para esto es necesario, en primer término,

investigar todos los textos, particularmente el sistema de escritura señalado, de modo que tenemos por delante todavía un gran trabajo, lo cual no impide que desde ya y ahora se reconozca y aprecie la importancia de los resultados alcanzados por Ventris y Chadwick en la tarea del desciframiento de la escritura micénica, resultados que ya recibieron el amplio reconocimiento de la ciencia.

Aunque todavía es imposible determinar cuándo y dónde apareció la «escritura linea B», se cree que más bien surgió en la Grecia continental, donde la cretense «escritura lineal A» se adoptaba para la lengua griega en el período del florecimiento de la cultura minoica, es decir, cerca del siglo XVI a. C. Más tarde, con el fortalecimiento de Micenas y algunas otras ciudades del Peloponeso, la «escritura lineal B» fue llevada a Creta. Como ya se ha mencionado, precisamente en Creta, en Cnosos, fueron encontradas las muestras más antiguas de la «escritura lineal B», que pertenece al período del predominio de los aqueos, es decir, hacia mediados y finales del siglo XIII a. C.

Lo que se logró establecer del contenido de las tabletas es bastante limitado. En lo fundamental son notas, listas, cuentas, etc., en una palabra, documentos de la contabilidad. En considerablemente menor cantidad hay textos rituales, sobre todo consagratorios, con enumeración de los sacrificios y presentes ofrendados a los dioses.

Debido al descubrimiento de nuevas tabletas con «escritura lineal B» y al trabajo de desciframiento, adquirió más probabilidades de certeza la suposición enunciada por algunos científicos soviéticos de que Creta se hallaba bajo el poder de los aqueos y que desde finales del siglo XV al XIV a. C. la dinastía de los Minos era griega y no local.

Los portadores de la cultura micénica

El problema relativo a la ubicación étnica de los portadores de la cultura micénica, como problema de la antigüedad de la población de Creta, fue considerado durante largo tiempo uno de los más complicados, y por muchos uno de los no resueltos de la historia antigua, y provocaba entre los científicos divergencias esenciales.

En nuestro tiempo, y en directa relación con el desciframiento de la «escritura lineal B», se ha afirmado la opinión de que los portadores de la cultura micénica fueron aqueos. La lectura de las inscripciones de Pilos fundamentan sólidamente esta opinión. Un lugar destacado en el estudio de este problema lo ocupó también la cuestión de las migraciones, alrededor del siglo XIV, de un considerable grupo de aqueos, de Creta y de las costas del Asia Menor. En tiempos relativamente no lejanos, en las excavaciones de Bogazköy, fueron encontradas tabletas de arcilla que datan del siglo XIV al XIII a. C., en las cuales aparece mencionado el reino de «Ahhiyawa».

Algunos científicos confrontaron de inmediato este nombre con Acaya, el nombre del reino aqueo, y se estableció la suposición de que una considerable cantidad de aqueos había emigrado al Asia Menor y fundado allí su Estado. Esta formación estatal, que resultó de muy corta duración, se situó en la costa sur del Asia Menor, en la región que más tarde recibió el nombre de Panfilia.

Si esta suposición es correcta, el reino aqueo, «reino de los Ahhiyawas», en el siglo XVI mantenía vínculos con el poderoso reino hitita. Desde ese punto de vista, es muy interesante la observación de los lingüistas que por vía del análisis de algunos nombres que se encuentran en los mitos griegos descubrieron en ellos raíces hititas. Después de la caída de los hititas, alrededor del 1200, los recuerdos sobre su potencia se borraron y los últimos autores griegos, por ejemplo, Herodoto, no la mencionan en absoluto, pero en los tiempos en que fueron compuestos los poemas épicos de los griegos, éstos, por lo visto, aún no habían olvidado a su potente vecino oriental. En la *Odissea*, por ejemplo, en la descripción de la hazaña de Neoptólemo, encontramos lo siguiente: «Así a Aurípilo, hijo de Télefo, con el cobre mortífero abatió y alrededor del joven jefe todos los heteos cayeron...».

Homero recuerda de esta manera, en calidad de participantes de las actividades guerreras bajo los muros de Troya, a los heteos o hititas. A esto puede agregarse que el nombre del padre

del glorificado jefe hitita mencionado por Homero, Télefo, según la convincente explicación del académico G. Kapansian, es equivalente al nombre del dios hitita Telefina. Este mismo nombre fue también adoptado por uno de los reyes hititas. Es cierto que la tradición épica atribuía a Télefo procedencia griega, pero en esto se puede ver el resultado de la reelaboración mítica posterior. Es posible, de esta manera, considerar que en la antigua tradición épica se encontraban reflejados los recuerdos que habían subsistido en algún tiempo de las relaciones entre aqueos e hititas.

La identificación del «reino de los Ahhiyawas» con el reino aqueo no es del todo reconocida todavía, y todo lo antes mencionado sobre los vínculos de los aqueos y los hititas se mantiene en un terreno hipotético. En cambio, es poco probable que se pueda dudar acerca de que alrededor del 1400 a. C. los aqueos del Peloponeso conquistaron a Creta. Por ese entonces tuvo lugar la destrucción de los palacios cretenses. La catástrofe que se abatió sobre Creta trajo aparejado el traslado de algunas tribus cretenses a otros lugares. Así, por ejemplo, los licios, que al principio habitaron en Creta, atravesaron el mar hacia el Asia Menor y se radicaron en la región que recibió el nombre de Licia.

Cabe pensar, acerca de Panfilia, que los aqueos penetraron y se radicaron también en la costa norte de la isla de Chipre, la cual, en relación con esto, fue llamada «el litoral aqueo». En este sentido, es muy demostrativo que los dialectos panfilios y chipriotas fueran afines al lenguaje de las poblaciones de la Arcadia, en el Peloponeso, es decir, la lengua aquea.

Se entiende que mientras existió el reino hitita, a los aqueos les fue difícil establecerse sólidamente en la costa occidental del Asia Menor. Pero cuando dicho reino dejó de existir, grupos aislados de aqueos comenzaron a radicarse en ella. Un indicio, por lo menos, es el hecho de que en las excavaciones efectuadas en Mileto fueron encontradas cerámicas del período micénico tardío, del siglo XII. Esto proporciona algunas bases para suponer que en este lugar existía una población aquea. Todavía antes de la consolidación de los aqueos en la costa del Asia Menor, fueron ocupadas por ellos algunas grandes islas, como la de Lesbos. Los aqueos que habitaron en esta isla descendían, al parecer, de los aqueos del norte, de Tesalia. Afirmándose en la costa del Asia Menor, los aqueos emigrantes solamente en raros casos penetraron en el interior del país, que continuó siendo habitado por la población autóctona. La disgregación del Estado hitita abrió de esta manera camino hacia la costa occidental del Asia Menor, simultáneamente, a los aqueos del norte y del sur del Peloponeso. Tanto unos como otros tendían desde hacía mucho tiempo a cruzar el Helesponto y afirmarse en la Tróade.

Existen motivos suficientes para pensar que los acontecimientos vinculados con las incursiones conquistadoras de las huestes aqueas en la Tróade fueron la base histórica para el tema de la *Ilíada*. En la epopeya griega se reflejan de este modo, en su forma específica, los acontecimientos reales que tuvieron lugar en el Asia Menor del siglo XIII al XII a. C.

Esos acontecimientos que dejaron su huella en los poemas épicos, y a los cuales a menudo denominamos la guerra de Troya, fueron por lo visto los últimos grandes acontecimientos en la historia de los micenios. El reflujo de la población aquea, que se intensificó hacia el Oriente y el Asia Menor, y al mismo tiempo el aflujo desde el norte de la península balcánica de nuevas tribus guerreras, fueron según parece una de las importantes causas de la rápida decadencia de la cultura micénica.

Como ya se señaló, la destrucción del palacio de Pilos, el cual no volvió a revivir, puede situarse con bastante exactitud en las últimas décadas del siglo XIII a. C. Es dudoso que pueda considerarse casual la coincidencia de este acontecimiento con la incursión de los dorios en el Peloponeso, ubicada, según la tradición antigua, aproximadamente a finales del siglo XIII y principios del XII. A la luz de las investigaciones arqueológicas ulteriores y no lejanas es difícil menospreciar la fuerza destructora de esta invasión. Tras ella desaparecieron los palacios ciclópeos y las tumbas de la época micénica. Por mucho tiempo, y casi por completo, se interrumpieron los vínculos entre la península balcánica y otros países, descendiendo en general el nivel de la cultura material. Esto es particularmente notable en las ramas de la producción de cerámica, donde se observa en este tiempo el paso del estilo micénico a los más primitivos protogeométrico y geométrico. Todo esto muestra que la sociedad micénica, que ya conocía los

procesos de diferenciación social y de fortuna y la influencia de los mismos, así como las contradicciones del régimen esclavista, no pudo detener la presión de los conquistadores dorios. Se puede estar de acuerdo con la opinión de John Thompson, un sabio progresista inglés que se atiene a posiciones marxistas, quien considera que la victoria de los dorios se explica por la unicidad de la organización tribal y de las gens. El hecho es que la cultura micénica, a juzgar por los datos arqueológicos, estaba difundida entre capas relativamente muy poco numerosas de la población de la Grecia continental, pues la mayor parte continuaba viviendo en condiciones incomparablemente más atrasadas del régimen de la comunidad primitiva. De lo mismo hablan los nuevos datos lingüísticos, en particular algunas observaciones del científico soviético Lurie, el cual señaló que, en las inscripciones micénicas descifradas, al final de las sílabas desaparecen las consonantes v, c, p, con las cuales volvemos a encontrarnos en la lengua griega del período posterior. En relación con esto, Lurie adopta una posición convincente, según la cual la lengua de las inscripciones micénicas era la lengua de un grupo dominante relativamente pequeño. Entre las capas amplias de la población se conservaba la lengua que sobrevivió a la invasión de los dorios y a partir de la cual se desarrollaron los dialectos griegos posteriores. La desaparición de la escritura micénica casi sin dejar huellas es un hecho que indudablemente concuerda con estas suposiciones y las confirma. De esta manera, la falta de interés de las masas populares en la defensa del Estado, que los aplastaba con lo que sabemos, un papel decisivo en el éxito de la conquista doria. Lamentablemente, acerca de todo esto sólo se puede hacer conjeturas, pues no se conservan noticias de fuentes históricas que permitan estudiar el ambiente concreto que acompañó a la caída de Micenas y Pilos. Sea como fuere, del siglo XIII al XII a. C. dejaron de existir los centros principales de la cultura micénica en el Peloponeso, y la antigua Grecia entró en un nuevo período de su desarrollo histórico.

El régimen social de la sociedad micénica. El Estado.

Del conjunto de datos que se poseen se desprende como indudable que la sociedad micénica conocía ya la división en clases y llegó, en su desarrollo, hasta la organización del Estado. Conocemos poco todavía acerca de las particularidades concretas del Estado micénico y no podemos establecer si existieron en la época micénica, en el territorio sur del Peloponeso, formaciones estatales separadas, creyéndose más bien que se trataba de dos formaciones separadas.

De acuerdo con todos los indicios, Micenas estaba dirigida por reyes. De las características del poder de esos reyes sólo podemos formarnos una idea aproximada. En diversos trechos de la epopeya homérica, que, como se sabe, dejó estampada una serie de diferentes estadios del desarrollo de la sociedad antigua con sus particularidades características en lo que se refiere al régimen político, el poder de los reyes, los basileus, es descrito de distintas maneras. Si en algunos casos los basileus aparecen en calidad de jefes de tribus que comparten su poder con el Consejo de Ancianos y el Consejo Popular, en otros, por el contrario, se subraya su poder absoluto.

Los rasgos reales de la estructura estatal de Micenas, indudablemente, se deben buscar en la segunda de esas formas. Es posible que por analogía con la antigua Pilos, acerca de la cual tenemos mayor cantidad de datos, se pueda juzgar sobre el carácter del poder real en Micenas. S. I. Lurie, en una publicación reciente, parte de las interpretaciones de las escrituras de Pilos efectuadas según el método de Ventris y Chadwick, y traza el complicado cuadro que muestra el desarrollo de la vida económico-social de la sociedad de Pilos.

Sobre esta base se llega a la suposición de que en el territorio perteneciente a Pilos existieron grandes latifundios. El rey (Wanax) y el jefe militar (lawagetas) encabezaban el Estado de Pilos, tenían el llamado temenos, es decir, la posesión de fincas, cuya magnitud, de acuerdo con el sistema de Pilos, se definía entre 1.800 y 600 medidas del grano que se obtenía de ellas. Algunos de los funcionarios de Pilos, teretas, también tenían parcelas equivalentes a 600 medidas de grano, es decir, iguales a la parcela del jefe del ejército. Es curioso que en las inscripciones estas tierras aparezcan mencionadas como recibidas «del pueblo». Grandes latifundios eran propiedad de los templos. Considerables cantidades de tierra, tanto «del pueblo»

como de los templos, se daban en arriendo a grandes y pequeños arrendatarios. Entre los grandes se encontraban los sacerdotes. En las inscripciones se menciona a ciertas personas en cuyas manos se ponía el ganado para que lo mantuvieran y cuidaran. La tierra era trabajada por los esclavos y la población dependiente (dependencia cuyo carácter no ha sido aclarado) y por pequeños arrendatarios que tenían parcelas equivalentes a nueve y diez medidas de grano. En las mismas inscripciones se mencionan artesanos: carpinteros, albañiles, alfareros, panaderos, sastres, joyeros y muchos otros. Teniendo en cuenta los monumentos que conocemos de la producción artesanal de aquel tiempo, se puede considerar que en la artesanía micénica la división del trabajo alcanzó un grado de desarrollo considerablemente más elevado que en la época homérica. Un relativamente alto desarrollo del intercambio y los continuos encuentros bélicos contribuyeron al crecimiento dentro de la sociedad micénica de diferencias sociales y de fortuna. Acerca de esto en particular dan testimonio las tumbas, que reflejan los diferentes grados del bienestar económico de que gozaban los allí sepultados: desde las tumbas de los guerreros de fila y los agricultores con escaso inventario, hasta los lujosos tолос de los reyes.

El Estado de Pilos, según todos los datos que se tienen, era una monarquía centralizada con un sistema administrativo desarrollado. La misma ciudad de Pilos y todo el territorio que pertenecía al Estado —en el cual, de acuerdo con la suposición de Lurie, puede ser incluida una parte de la Arcadia— fueron divididos en regiones administrativas, dirigidas por funcionarios especiales. Las inscripciones mencionan una serie de tales funcionarios en el centro y en las administraciones locales, y testimonian que, con la ayuda de estos funcionarios, el Estado cobraba los impuestos a la población sometida, los que eran pagados en especie: trigo, mijo, aceite de oliva, uva y también ganado: determinadas cantidades se mencionan en las inscripciones, aunque no en forma suficientemente clara.

En su conjunto, el régimen político-social de Micenas y de otros Estados aqueos debería ser caracterizado, al parecer, como esclavista primitivo, cercano en su estructura al cretense. Tenía muchos rasgos comunes con los Estados esclavistas primitivos del Antiguo Oriente. Es también posible que la sociedad micénica, por su carácter, según lo expresan algunos científicos, se asemejara en mucho a la sociedad de los hititas, con los cuales guerrearón los aqueos.

La cultura micénica

Las ruinas ciclópeas de murallas y torres, y las tumbas y cementerios de la misma época, fueron descubiertas como resultado de las excavaciones e investigaciones arqueológicas, efectuadas no solamente en la Argólida, Mesenia, Elida y Laconia, sino también en el Ática (en la región de Atenas), Beocia y una serie de otras regiones de la Grecia europea y la Macedonia.

Los siglos XIV y XII a. C. fueron el período de más intensa y amplia difusión por todo el Mediterráneo oriental, no ya de la cultura cretense, sino de la micénica. Recipientes y otros objetos de estilo micénico de esa época se encontraron y se encuentran en las diferentes islas del mar Egeo, en la costa tracia, en la parte occidental del Asia Menor, en Chipre, en Siria, en Egipto, en el sur de Italia y en Sicilia. Con certeza puede considerarse a todos esos países e islas como unidos en el tiempo micénico tardío por firmes vínculos económicos y culturales. En los últimos tiempos, gracias a una más exacta demarcación de los monumentos de las culturas micénica y cretense, especialmente en cuanto a las representaciones existentes que se refieren al comercio micénico y a los vínculos con los otros países, todo esto devino considerablemente más definido. Una serie de objetos que se consideraban antes como enviados a Egipto desde Creta han sido definidos ya como artículos de los artesanos micénicos. Los vínculos comerciales de Micenas con Egipto datan de los comienzos mismos del siglo XVI. Algunos investigadores se inclinan ahora a aceptar el pueblo mencionado en los textos egipcios, el pueblo de Canebú, no como cretense, como se pensaba antes, sino como micénico. Es digna de consideración la hipótesis no probada de acuerdo con la cual los gobernantes micénicos ayudaron al faraón Iajmos (1584-1559 a. C.) en su lucha contra los hicsos. En el tiempo de Ecnatón (1424-1388), en su capital Aquetatón estaba ampliamente difundida la cerámica micénica. En los artículos de los maestros micénicos que se hallaron en Grecia se observa cierta influencia de la cultura egipcia.

En esa época el florecimiento y la amplia difusión de la cultura micénica en la Grecia continental sobrepasó a la influencia cretense. Antes, a finales del siglo XVI y XV a. C., cuando la influencia de Creta en la Grecia continental era más fuerte, las influencias culturales micénicas no representaban la traslación mecánica de una cultura exótica y, por ejemplo, como lo hemos observado ya, en las pinturas al fresco de las paredes de los palacios de Micenas y Tirinto la técnica artística cretense se combinaba con temas locales. En la época a que nos referimos ahora se observa precisamente lo contrario.

Desde finales del siglo XV se descubren en los frescos de Cnosos huellas de la influencia del arte de la Grecia continental. Lo mismo puede decirse sobre la cerámica de Creta, que también experimentó la influencia de las formas y métodos estilísticos micénicos. En lo que se refiere a la arquitectura y construcción de caminos, la Grecia continental sobrepasó a Creta.

A la luz de nuevas investigaciones arqueológicas y del desciframiento de la escritura micénica, es imposible dejar de plantear el problema de la revisión crítica del punto de vista que en su tiempo destacó Evans, quien consideraba a la cultura micénica como una ramificación de la cretense, carente de toda originalidad. Los rasgos de la profunda originalidad inherente a la cultura micénica demuestran que en la Grecia continental existían firmes tradiciones propias, que tenían sus raíces en la remota antigüedad, es decir, su propio camino de desarrollo. La invasión doria retardó este desarrollo durante cierto tiempo, e hizo retroceder a la Grecia continental, pero no lo interrumpió. El período que siguió a la época micénica heredó mucho de ésta. Por ejemplo, instrumentos de trabajo, como el arado, la rueda de alfarero, veleros, algunos tipos de armas, etc. Pero lo principal es que el período que siguió al micénico, llamado período homérico, era ya de la Edad del Hierro.

La religión micénica

Hasta no hace mucho nuestros conceptos sobre la religión micénica se basaban casi enteramente en los materiales de las investigaciones arqueológicas y las excavaciones. Puesto que muchos de los monumentos arqueológicos en mayor o menor medida reflejan las concepciones religiosas micénicas del tiempo correspondiente al período de la mayor influencia de Creta sobre la Grecia continental, muchos científicos llegaron a la conclusión de que había afinidad entre la religión micénica y la cretense. Es dudoso que esta opinión pueda ser hoy admitida sin una revisión crítica, particularmente cuando en las tabletas halladas en Pilos se leen los nombres de los dioses, bien conocidos por nosotros, de la religión posterior de los griegos: Zeus, Hera, Poseidón, Ares, Dionisos. Si estos nombres han sido leídos correctamente, cabe llegar a la conclusión de que el panteón de los dioses del Olimpo comenzó a crearse ya en la época micénica entre la población aquea que sobrevivió a la invasión doria, y fue luego heredado por la sociedad homérica. Todo indica que al lado de estos exponentes religiosos del tiempo micénico subsistían muchas supervivencias del antiguo fetichismo. No cabe duda de que en la sociedad micénica alcanzaron amplia difusión la creencia en la vida de ultratumba y el culto de los muertos, de los cuales son testimonio las tumbas micénicas. A juzgar por algunos hallazgos casuales de restos de cadáveres en estas tumbas, es probable que los antiguos micenios conocieran algunos métodos de embalsamamiento según el sistema egipcio.

CAPÍTULO III

**LAS ANTIGUAS POBLACIONES GRIEGAS
EN LA PENÍNSULA BALCÁNICA
Y EN EL ASIA MENOR**

1. Migraciones de las tribus en el último tercio del II milenio a. C.

Del siglo XIII al XII a. C., en la península balcánica y en el Asia Menor se produjeron grandes migraciones de tribus, en el curso de las cuales fueron sometidos a destrucción los reinos de Micenas y Creta, y destruida Troya, produciéndose grandes cambios económico-sociales y culturales en la cuenca del mar Egeo.

El resultado de estas migraciones tribales se hizo sentir más allá de los límites del mundo creto-micénico. Aceleró la división del reino hitita, minó definitivamente el dominio de los faraones de la XX dinastía en Palestina y Fenicia y determinó, según la suposición de muchos científicos, la migración de los etruscos desde el Asia Menor a la península apenina, migración que tuvo tan importantes consecuencias para la antigua Italia.

En la literatura histórica soviética, la significación de estos grandiosos procesos migratorios no era, hasta hace poco, estimada y a veces incluso se la ignoraba. Esto se debió a la influencia de las concepciones de N. I. Marr, quien rechazaba o minimizaba la significación histórica que tenían las migraciones. Debe dejarse constancia, sin embargo, de que N. I. Marr y sus continuadores no eran originales en estos problemas. Ya a finales del siglo XIX el historiador burgués alemán I. Beloch intentó negar las migraciones dorias y afirmó que las tribus griegas eran autóctonas de los sitios en que se las halla en el primer milenio anterior a nuestra era.

El desplazamiento de las tribus en la cuenca del mar Egeo pasó a realizarse en gran escala en la segunda mitad del segundo milenio a. C. Por ello, se lo analiza como fenómeno regular, condicionado por el desarrollo económico desigual de las diferentes regiones.

De impulso básico a esas migraciones sirvieron los movimientos de las tribus dorias que habitaron originariamente en la periferia septentrional del mundo aqueo y se dirigieron de allí hacia el sur desplazando a los aqueos y a los cretenses. La causa de estos movimientos migratorios fue el desarrollo de las fuerzas productivas, que provocó la primera gran división social del trabajo y, como resultado de ello, la división social, la aparición de la propiedad privada y la tendencia a la conquista de tierras, esclavos, ganado y otros bienes.

De este modo, las migraciones masivas de las tribus dorias se operaron en medio de la descomposición interior del régimen de la comunidad gentilicia primitiva, cuando eran inevitables las guerras de conquista: «La guerra hecha en el pasado únicamente para vengar la usurpación o con el fin de extender un territorio que ha llegado a ser insuficiente, hágese ahora sin más propósito que el saqueo y se convierte en una industria permanente.»

2. La antigua tradición sobre las migraciones de las tribus en el último tercio del II milenio a. C.

De las migraciones dorias dan noticia los autores antiguos, que se valieron principalmente de mitos y leyendas acerca de los héroes y, en parte, de datos topográficos. Es comprensible que debemos utilizar con precaución estas noticias y someterlas a una crítica cuidadosa. No obstante, la dirección general que siguió la migración y sus principales etapas no provocan dudas. En lo que respecta a la fecha de estas migraciones, los autores antiguos la hacen coincidir con el final de la guerra de Troya: «Hasta después de la guerra de Troya —señala Tucídides—,

en la Hélade se operó el desplazamiento de los habitantes y de las nuevas poblaciones, de tal manera que ese país conoció el reposo y por ello no prosperaba.»

La tradición antigua conservó un recuerdo nítido de las migraciones de los tesalios de Epiro a la región que recibió de ellos su nombre. Despues de esto, los beocios por ellos desplazados invadieron a su vez la Cadmea, se apoderaron de ella y a su turno la denominaron Beocia.

Todos estos acontecimientos, tan acordes con los cálculos de Tucídides, tuvieron lugar dentro de los sesenta años que siguieron a la caída de Ilion; esto es, si se toman en cuenta los datos de la tradición de la guerra de Troya (1194-1184 a. C.), ya a finales del siglo XII a. C.

Es entonces cuando, de acuerdo con los datos de la tradición antigua, comienza el más grandioso movimiento migratorio de las tribus dorias. Tucídides sitúa la conquista del Peloponeso por los dorios ochenta años después de la caída de Ilión, es decir, en 1104. Sócrates y Eforo dan una fecha más tardía: 1069. En ambos casos, estos datos tradicionales se deben analizar solamente como jalones cronológicos aproximados. Existen, como ya hemos mencionado, sólidas bases para pensar que la migración doria tuvo lugar a finales del siglo XIII. Por lo visto, esto se vinculó con las migraciones anteriormente mencionadas de los tesalios y beocios.

La tradición antigua explica estas migraciones masivas por las luchas de poderosos héroes, forjadores del derecho hereditario, como si anteriormente les hubiera pertenecido a ellos la tierra. En particular, la tradición acerca de las invasiones dorias en el Peloponeso estaba estrechamente entrelazada con las leyendas sobre la denominada «vuelta de los heráclidas», en las cuales se cuenta cómo Heracles (Hércules) luchó por la posesión del Peloponeso y cómo sus descendientes, los heráclidas, lo hicieron al frente de las tribus griegas y dorias que invadieron dicha región. El fondo social de estos relatos mitológicos es completamente claro. Los basileus de Argos, Esparta y Mesenia tendieron a elevar su autoridad y fundar su derecho en los territorios conquistados, haciendo referencia al derecho divino de sus antepasados. Y he aquí que fue creada una complicada y artificial genealogía que hace remontar la ascendencia real a Heracles, el héroe divinizado sobre cuyas hazañas se elaboraron tantos mitos. Es característica de la tradición antigua trazar una severa distinción entre los dorios y los heráclidas. Heracles se presenta como un héroe aqueo cuya estirpe se emparenta con Perseo; se alia con Egimios, hijo de Doros, fundador de las tribus dorias, y recibe de él la tercera parte del reino. El hijo de Heracles, Hilos, desterrado del Peloponeso, se aleja hacia el norte, hacia los dorios, y comparte del poder con los hijos de Egimios: Pánfilo y Dímano. Los descendientes de Hilos reciben el nombre de híleos, y las otras dos tribus dorias, dímanos y panfilios, son denominadas así en honor de sus ascendientes, los hijos de Egimios.

Por medio de estas genealogías artificiales, los jefes dorios trataron de probar, costara lo que costase, su origen aqueo. Incluso muchos siglos después, cuando las migraciones dorias eran ya cosa de un lejano pasado, el rey de Esparta, Cleómenes I, declara con orgullo a una sacerdotisa de Atenas: «no soy dorio, sino aqueo». Por supuesto, es muy posible que los dorios admitieran en su seno algunas gens aqueas. Incluso el nombre de las tribus de los pánfilos es interpretado por ciertos investigadores como «gentes de todas las tribus», pero es sugestivo que precisamente los basileus tendieran a remontar su origen no hacia los conquistadores, sino hacia las tribus vencidas. En esto puede ser que se hiciera sentir el recuerdo de la más elevada cultura aquea del tiempo micénico.

El mito de los heráclidas que pretendían la herencia de sus ascendientes Heracles y Perseo parecía muy convincente a la mayoría de los autores griegos como explicación de la invasión del Peloponeso por los dorios. Solamente Tucídides tendió a descubrir las causas más profundas y reales de este acontecimiento. Antes de la guerra de Troya y también largo tiempo después de su destrucción, escribe, en la Hélade no hubo sedentariedad. «Por lo visto, el país que hoy se denomina Hélade está poblado desde no hace mucho tiempo. Antiguamente tuvieron lugar en él migraciones y cada pueblo dejaba fácilmente su tierra, siendo desplazado por otros pueblos, cada vez en mayor número». Tucídides explica claramente estos choques entre las tribus, por causas puramente económicas: «la tendencia al lucro condujo a que los débiles llegaran a ser esclavos de los más fuertes, así como las ciudades más poderosas, apoyándose en su riqueza,

subyugaban a las más pequeñas». Sin embargo, Tucídides hace notar otras veces cómo regiones más desarrolladas en el sentido económico fueron sometidas a los ataques de sus vecinos más retrasados. «Si gracias a la feracidad del suelo —escribe— el poder de algunas tribus estaba creciendo, entonces se engendraron desacuerdos internos que las llevaron a la perdición y, al mismo tiempo, provocaban atentados por parte de las tribus exteriores.» De esta manera, Tucídides subraya la desigualdad del desarrollo económico-social de las diferentes partes de Grecia y llama la atención acerca de cómo la lucha social (que él denomina discordias internas) facilitaba en las entrañas de la sociedad más desarrollada la invasión de las tribus más atrasadas.

3. La cuestión de las primeras poblaciones dorias

La cuestión de la patria original de las primeras tribus dorias es muy complicada y confusa. Los autores antiguos dan nombres diferentes de comarcas montañosas de la parte septentrional de Grecia como lugar de su más antigua residencia. Al mismo tiempo, se señala la ausencia en los dorios de una sedentariedad estable.

Así, de acuerdo con Herodoto, ellos ocuparon en tiempos inmemoriales, «en la época del rey Deucalión», mítico contemporáneo del diluvio universal, la Ftiótida, en el sur de Tesalia; después se trasladaron hacia el norte, a la Hestiótida, al pie del Osa y del Olimpo, de donde fueron desplazados por los cadmeos, y se asentaron en el Pindo.

Estas noticias son en parte confirmadas por otros autores. Píndalo, que utilizara fuentes anteriores (por ejemplo, los poemas de Hesíodo), también busca la patria de los dorios en la región de la cordillera del Pindo. Diodoro de Sicilia, mucho más detalladamente que Herodoto, dilucida la permanencia de los dorios en la Ftiótida recurriendo a toda clase de tradiciones.

Sin embargo, todos esos sitios no fueron los emplazamientos primitivos de las tribus que nos interesan y es sintomático que la geografía homérica, en particular la interesante descripción de los participantes en la guerra de Troya, en la segunda canción de la *Ilíada*, ignora por completo todo el ciclo legendario en que se apoyan los autores precitados, aunque el mismo nombre de dorios era ya conocido para los creadores de la época homérica. Por extraño que parezca, las antiguas menciones sobre los dorios se vinculan con la isla de Creta.

En la *Odisea* leemos: «En medio del inquieto mar existe una tierra hermosa y fértil, Creta, rodeada por todas partes de agua, isla abundante en hombres y ciudades, de las que cuenta hasta noventa. En ellas se hablan y escuchan diversidad de lenguas, pues moran allí los aqueos; los magnánimos cretenses, sus naturales; los cidonios, los dorios de cabellos crespos, divididos en tres tribus, y los divinos pelasgos. Entre las ciudades se halla Cnosos...»

De este modo, según la *Odisea*, resulta que ya en la remota antigüedad, cuando en los principales centros de la isla, como Cnosos, estaban todavía establecidos los antecesores de los griegos, los pelasgos, penetraron los dorios, desplazando más tarde a los antiguos habitantes o asimilándose a ellos. Algunos investigadores suponen que los primeros pobladores dorios ocuparon la parte oriental de Creta. Tal se desprende de los datos arqueológicos (hallazgos de espadas del tipo septentrional en esta parte de la isla) y de la nomenclatura geográfica. Las ciudades de Hierapitna y Día en la región señalada corresponden con Di y Pinda, en el sur de la Macedonia meridional. En la vecindad de la Ftiótida debe buscarse el lugar de origen de los dorios.

Partidarios de esa hipótesis (Veid, Dyer y otros) señalan que ello se explica muy bien por la ausencia de menciones de los dorios en el segundo canto de la *Ilíada*. La presencia de tribus que vivían al norte del Olimpo y en el oeste de Tracia no era tomada en cuenta, ya que las mismas no se habían aliado ni con los aqueos ni con los troyanos.

4. Dirección y etapas básicas de las migraciones dorias

La vanguardia de los emigrantes dorios se desplazó hacia el sur, al parecer por vía marítima. El mar Egeo, sembrado de islas, no presentaba mayores obstáculos para sus migraciones, ni aun

tomando en cuenta el primitivismo de las embarcaciones de aquel entonces. Quizá no sea casual que las primeras noticias sobre los dorios en los poemas homéricos aparezcan ligadas precisamente con las islas de Creta y de Rodas.

En el segundo canto de la *Ilíada*, si bien los dorios no son mencionados directamente, hay un interesante relato acerca de su jefe Tlepólemo, hijo de Heracles, que mató a su tío y, temiendo la venganza de los parientes, abandonó la patria con un gran ejército para peregrinar por los mares: «Por fin pudo llegar a Rodas el peregrino que tantas penalidades ha sufrido, y allí se estableció con los suyos, formando tres tribus, y se hicieron querer por Zeus, que reina sobre los dioses y los hombres».

La característica división doria en tres tribus que existían en Rodas y la pertenencia del jefe al clan de los heráclidas confirman este testimonio épico, tanto más cuanto que en tiempos posteriores la población de esta isla fue doria.

De este modo se pueden trazar, claro está que como suposición, las primeras etapas de la migración doria: desde el sur de Macedonia, una de las corrientes se trasladó por mar a las islas de Creta y Rodas y la otra por vía terrestre a Tesalia y Epiro. Habiendo atravesado el desfiladero de las Termópilas, ocuparon la Driópida, cuyo nombre cambiaron por el de Dórida.

Beloch, sometiendo a dura crítica la tradición antigua, afirma que existe una consonancia casual que hace mucho tiempo condujo a la creación de la leyenda sobre el origen septentrional de los dorios del Peloponeso. Señala particularmente la insignificancia de territorio y la pobreza de la Dórida, considerando que allí no podía haber alojamiento y sostén para tribus numerosas. Sin embargo, contra semejante argumentación del investigador alemán fueron formuladas objeciones de mucho peso por el historiador soviético Schmidt. En primer lugar llamó la atención acerca del hecho de que las fronteras de la Dórida no siempre fueron tales como en la época clásica. En la antigüedad esta región podía haber sido mucho más amplia. Por otra parte, la cantidad de los dorios en el siglo XII no es posible imaginarla como particularmente numerosa. La Dórida continuó siendo dólica en los tiempos posteriores, y los espartanos, considerándola su metrópoli, tomaron por deber prestarle ayuda militar en caso de guerra con sus vecinos.

Cabe pensar que es dudoso que la permanencia de las tribus dorias en la Dórida haya sido prolongada. Dicha región era para la mayoría de los inmigrantes tan sólo un sitio de tránsito en la ruta hacia el Peloponeso y únicamente una minoría se establecía allí sólidamente.

Al parecer, de la Dórida los dorios se dirigieron al Peloponeso. De acuerdo con la tradición arcadia, trajeron primero de abrirse camino en la península por tierra, a través del istmo, pero la tentativa fracasó. Muchos siglos después, en la época de la guerra greco-persa, los tegeotas narraban con orgullo la hazaña de su jefe, Equemo, que mató en duelo a Hilos, héroe epónimo de una de las tribus dorias. Según la leyenda, después del primer fracaso, los conquistadores eligieron la vía marítima, medio por el cual obtuvieron esta vez pleno éxito. Con ayuda de los locrios, que traicionaron a los aqueos, navegaron a través del golfo de Corinto, desde Naupacta hasta el promontorio del Riy y penetraron en el interior de la península. Pasaron sin detenerse por Acaya y Arcadia, y ocuparon las regiones más densamente pobladas del Peloponeso: Argólida, Laconia, Mesenia y el istmo.

La conquista siguió gradualmente. La invasión terrestre fue reforzada por embarcaciones que navegaban por el Egeo. La invasión en el istmo de Corinto comenzó con el desembarco en Soligeios, en la orilla del golfo Sarónico. En la conquista de Argos, el punto de apoyo de los dorios fue el punto costero denominado Temenión. Megara fue conquistada en una época considerablemente posterior en relación con Corinto, y la colonizaron inmigrantes dorios (dorización). La Argólida fue asimilada por los dorios también gradualmente. La población local conservó los derechos civiles y formó tribus complementarias que se unieron a las tres tribus dorias. Por vía pacífica fueron asimiladas Flionte, Trecene y Sición; los habitantes de esas ciudades compartieron sus tierras con los forasteros y ulteriormente se fundieron con ellos. En otros casos, los aqueos emigraron de su patria, como, por ejemplo, sucedió en Epidauro. Sea como fuere, después de la conquista de Argos, los dorios no encontraron significativa

resistencia en la parte nororiental del Peloponeso. Mucho más lentamente, y con muchos obstáculos, se produjo la asimilación de la Laconia.

En la parte occidental del Peloponeso, los dorios poblaron la Mesenia, en un proceso acerca de cuyos acontecimientos tenemos pocas noticias, ya que la tradición mesenia está muy desfigurada por las posteriores, que se refieren al tiempo de la guerra con Esparta y al período que siguió al establecimiento de la independencia de Mesenia (370 a. C.). En dicha tradición se menciona la formación en territorio mesenio de una ciudad doria, Esteníclaros, que jugó el mismo papel que Esparta en la Laconia. Es posible que la consolidación de los dorios en Mesenia se produjera sólo después de su conquista por los espartanos (XI a. C.).

Más allá de las fronteras del Peloponeso, los dorios poblaron una serie de islas (Creta, Egina, Tera, Rodas y otras) y al suroeste las costas del Asia Menor (ciudades de Cnido, Halicarnaso y otras). En Creta y Rodas se instalaron desde muy temprano, pero su predominio en esas islas se consolidó solamente después de la colonización del Peloponeso.

Las migraciones dorias determinaron, y en lo fundamental y por un largo tiempo, la ubicación de las tribus griegas. Los aqueos se conservaron como grupo étnico aislado tan sólo en la Arcadia, región montañosa que no tiene salida al mar y por lo mismo el más aislado en la Grecia meridional. Allí se continuó utilizando el dialecto aqueo. La masa fundamental de la población local del Peloponeso fue asimilada completamente por los dorios. Una parte de los aqueos emigró hacia el Ática, las islas de Creta y Chipre, pero solamente en esta última conservaron su dialecto.

Durante la invasión doria se separó definitivamente de las tribus el grupo jonio, que más tarde desempeñaría papel tan importante en la historia de Grecia. Su más antigua residencia es fijada por la tradición en el Ática y en la Acaya. De esta última fueron desplazados por los aqueos, los cuales, a su vez, lo fueron por los dorios. La afluencia de las tribus del Peloponeso aceleró la posesión, por los jónicos, de la parte sur del Ática, donde al principio habían existido en gran número los pelasgos. Más adelante, los jónicos poblaron casi todas las islas del mar Egeo y parte de las costas del Asia Menor.

El cuarto gran grupo de las tribus griegas, los eolios, todavía antes de la emigración de los dorios ocuparon Tesalia y Beocia, y más tarde colonizaron Lesbos y la Eólida. La agrupación de las tribus en el territorio noroeste no cambió esencialmente. Sólo de los lugares cercanos al mar, donde se fundaron las colonias dorias (corintias), fueron desplazados los habitantes locales.

5. Los griegos y los pueblos del Asia Menor

Aún antes de la migración masiva descrita, las tribus aqueas consiguieron radicarse en el Asia Menor, donde al parecer ya entonces fundaron Mileto, que más tarde se convirtió en jónica. En el siglo XIV a. C. los aqueos son mencionados en sus documentos por los hititas como vecinos occidentales de su reino. En los comienzos del siglo XIII, el rey hitita Dudjali condujo una guerra victoriosa contra el aqueo Atarisias.

Los mitos griegos, a su vez, también se refieren a las regiones pobladas por los griegos, a frecuentes migraciones desde Grecia al Asia Menor en una remota antigüedad. Así, el mítico héroe Belerofonce, que emigró de Corinto al Asia Menor, donde gobernó junto con el rey Iobates de Licia, permaneciendo allí hasta el fin de su vida, no obstante lo cual su nieto Glauco recuerda su origen aqueo. El héroe arcadio Télefo también emigró al Asia Menor y se estableció como rey de Misia. Su hijo Eurípilo es mencionado en la *Odisea* en calidad de rey ceteo, seguramente de los hititas. (Reiteramos que es probable que el nombre de Télefo, de acuerdo con la opinión de algunos investigadores, corresponda al nombre hitita Telefina.)

Después de la desintegración de los hititas, las potencias griegas mantuvieron estrechos vínculos con Frigia y Lidia. Según parece, el acervo mitológico griego incluía temas de la epopeya de las tribus del Asia Menor. Existen elementos que permiten suponer que las tribus griegas, conjuntamente con las del Asia Menor, realizaron campañas en Palestina y Egipto. Es sabido, por ejemplo, que alrededor del 1250 a. C., en Egipto irrumpieron los aqueos y los

etruscos (cuya patria era la Lidia, según la afirmación de Herodoto), así como los antepasados de los lidios y otros.

Los ataques contra Egipto de los pueblos del Norte, marítimos, se repiten a comienzos del siglo XII a. C., en tiempos de Ramsés IV. Esta vez, junto a los aqueos encontramos a los pelasgos y carios. Así también estas tribus pangriegas de la cuenca del Egeo, bajo la presión de los dorios, se precipitaron sobre Egipto y Palestina. Una parte se asentó en la costa palestina, pero en el valle del Nilo no lograron éxito. Las inscripciones de Meneftah y Ramsés IV hablan de su completa derrota, de lo cual tenemos referencias indirectas por uno de los relatos de la *Odisea*, que habla de una desafortunada invasión de cretenses a Egipto y con toda franqueza describe el carácter rapaz de esa expedición: «De pronto se encendió en los cretenses el salvaje desenfreno y, enloquecidos, robaron los campos feraces de los habitantes pacíficos de Egipto; se abalanzaron a raptar a las mujeres y niños de corta edad, y a matar bestialmente a los varones. La alarma llegó hasta los habitantes de la ciudad. Por la mañana temprano, un fuerte ejército...», a cuyo frente estaba el faraón, derrotó a los cretenses.

De esta forma, los documentos orientales están completamente de acuerdo con la tradición griega acerca de las migraciones masivas en la mitad oriental del Mediterráneo durante los siglos XIII y XII a. C. La guerra de Troya y la migración doria, la colonización del Asia Menor y la derrota de los «pueblos marítimos» en Egipto y Palestina fueron etapas separadas de estas migraciones masivas. La historia de Grecia en el período analizado no puede ser desprendida de la del Asia Menor.

A la mitología griega se transmitieron muchos temas hititas, lidios y frigios. En el arte griego se advierten no pocos elementos orientales. En particular, la representación de la Esfinge en forma de león alado con rostro de mujer, que se remonta a un prototipo diferente del egipcio. El famoso gorro frigio era un típico tocado hitita. De esta manera, la influencia de la cultura oriental (del Asia Menor, Fenicia y Egipto) dejó ciertas huellas en el desarrollo posterior de la cultura griega.

El momento culminante de las migraciones que describimos más arriba lo constituyeron las migraciones a Italia de los etruscos, los cuales, como fehacientemente lo prueba el investigador búlgaro B. Georgiev, descendían de los troyanos.

CAPÍTULO IV

LA GRECIA HOMÉRICA

Con el período al que corresponden las grandes migraciones de las tribus griegas se halla vinculada también la aparición de notables epopeyas creadas por los antiguos griegos: la *Ilíada* y la *Odisea*.

Los propios griegos, como es sabido, atribuían la aparición de estas dos obras poéticas a la creación de un anciano rapsoda ciego, Homero. La certidumbre en cuanto a la existencia histórica de Homero estaba entre ellos tan arraigada, que varias ciudades griegas, ya en épocas relativamente bien conocidas por nosotros, se disputaban el honor de haber sido su lugar natal. En la ciencia actual, lo concerniente al origen de ambos poemas y a sus particularidades temáticas, históricas y de elaboración, ha engendrado una enorme bibliografía, calculada en miles de volúmenes y otros textos de investigación e información. Pese a su variedad y a su carácter polifacético, todas las opiniones exteriorizadas acerca de la llamada «cuestión homérica» convergen en que ambos poemas fueron componiéndose gradualmente y a lo largo de un lapso bastante prolongado. Probablemente, algunos cantos griegos anidaban aisladamente entre la población de la Grecia europea, incluso durante el período micénico. Aun así, los poemas épicos compuestos sobre la base de tales cantos, a juzgar por su lenguaje —básicamente jonio, pero con el aditamento de algunas formas eólicas y aqueas—, estaban vinculados por su procedencia con el litoral occidental del Asia Menor.

Ambos poemas, compuestos a lo largo de un extenso período, se transmitieron oralmente de generación en generación, y una vez adoptado el alfabeto fueron recopilados por escrito. Como resultado de ello, el contenido de ambos poemas refleja diversas épocas históricas. Episodios separados, de carácter semilegendario, que se exponen en los mismos, estamparon las relaciones y el género de vida característicos de la época micénica, mientras en la mayor parte de otros episodios encontró su reflejo el denominado período homérico, al que por lo general se lo ubica aproximadamente entre los siglos XII y IX a. C. Finalmente, en los poemas halló también cierto reflejo un período bastante posterior, el de los siglos VIII al VI a. C., que precediera inmediatamente e incluso coincidiera con la época de las primeras anotaciones escritas de los mismos.

Los descubrimientos arqueológicos han venido a esclarecer el contenido de los poemas. Los hombres de ciencia que se ocupan de esta cuestión han prestado atención, desde hace mucho ya, al hecho de que los monumentos de la época micénica se encuentran infaliblemente en los lugares mencionados en la epopeya, no hallándose jamás, en cambio, en los lugares desconocidos para la misma. En otros casos, objetos que figuran en los poemas, tales como, por ejemplo, la copa de Néstor mencionada en la *Ilíada* o el yelmo con colmillos de jabalí, son confirmados directamente por los hallazgos en las excavaciones de los monumentos de la época micénica. Ciertamente, no todas las descripciones homéricas, ni mucho menos, se ven confirmadas arqueológicamente, y algunos de esos objetos pertenecen manifiestamente a una época considerablemente posterior, a los siglos VIII al VI a. C., como, por ejemplo, las hebillas, la descripción de los peinados y tocas femeninas, etc., mencionadas en la *Ilíada* y en la *Odisea*. A este respecto, Lorimer, autor de una obra publicada en Londres en 1950, dedicada especialmente a la confrontación del *epos* homérico con el material arqueológico, previene, no sin fundamento, contra el excesivo entusiasmo puesto en la búsqueda de rasgos de la edad del bronce en la epopeya, considerando que de tales rasgos había mucho menos de lo que antes habíase supuesto.

Se puede abrigar la seguridad absoluta de que el desciframiento de la escritura micénica aportará una mayor claridad al conocimiento no sólo de la época micénica, sino también al llamado período homérico. Sin embargo, en tanto el estudio de la «escritura lineal B» siga aún muy distante de la perfección y no todas las dificultades en el camino de su total desciframiento

se hallen superadas, hay que observar al respecto mucho cuidado. Gran parte de las muchas deducciones planteadas se presenta por el momento como algo prematura. Aun cuando toda una serie de denominaciones topónimas y nombres de dioses que aparecen en la epopeya ha coincidido con las inscripciones, las descripciones homéricas de las economías de Alcinoo y de Ulises, en las que muchos ven reminiscencias típicas de la época micénica, apenas si pueden ser reconocidas como plenamente coincidentes con la economía del castillo de Pilos reflejada en sus inscripciones. Por ejemplo: si en el primer caso nos encontramos con un aprovechamiento muy limitado aún del trabajo de los esclavos, cuyo número no supera todavía los 50, o quizá los 100, en el segundo caso, en cambio, tenemos ante nosotros un sistema económico completo y desarrollado, vinculado con la explotación del trabajo de muchos centenares de esclavos, dependientes y artesanos. Y quizá no sea casual que el término *doulos* —esclavo— que, al parecer, corresponde al término que le es cercano fonéticamente, *doe-ro*, de las inscripciones de Pilos, casi desaparezca del lenguaje del período homérico, para renacer posteriormente y recibir nueva difusión en la época de las relaciones esclavistas desarrolladas en la época clásica. La falta de coincidencia del *epos* homérico con las inscripciones, aun en aquellos casos en que contamos con bases para suponer que hay reminiscencias de la época micénica en los poemas, apenas si puede ser reconocida como casual.

No debe perderse de vista que el contenido básico de los poemas, según el punto de vista sólidamente establecido en la ciencia y hasta el momento incólume, se había creado ya en la edad del hierro y que, en lo fundamental, refleja la situación de los siglos XI a IX a. C. En ese entonces, los palacios y castillos micénicos se hallaban en ruinas desde hacía ya largo tiempo, y muchas de las particularidades económico-sociales de la época precedente habían sido barridas por completo por la invasión doria; en la memoria del pueblo se habían conservado de las mismas apenas unas vagas reminiscencias. Por ello, aun cuando ambos poemas están concebidos y mantenidos conscientemente como un relato de tiempos muy remotos, y el poeta invoca a las musas, «hijas del gran crónida», para que le ayuden a revivir en su memoria el pasado lejano, nosotros estamos en el derecho de suponer que no siempre lo lograba y que, intencionadamente o no, interpretaba frecuentemente esos lejanos recuerdos dentro de los conceptos y de las categorías de sus contemporáneos. Se ha podido advertir así, hace mucho ya, que al mencionar en su orden (cuando en el relato se habla de los metales) el bronce, y no el hierro, el poeta no se atiene rigurosamente a la consecutividad histórica en sus imágenes y aforismos; encontramos en sus páginas, por ejemplo, la expresión «alma férrea», o el aforismo «el hierro sólo llama a sí a los varones» (en el sentido de que los empuja a que tomen armas), esto es, expresiones que atestiguan incondicionalmente que en el siglo en que se formó definitivamente el contenido de estos poemas el hierro había penetrado con solidez en la vida del pueblo.

Dadas todas estas condiciones, el *epos* homérico representa una importantísima fuente para el conocimiento de la vida histórica griega no tanto del período micénico como del postmicénico, con el predominio, característico para él, de rasgos del régimen del clan familiar, de la *gens*.

1. Vida económica y régimen social de la sociedad homérica

El desmembramiento de Grecia

En la *Ilíada* y la *Odisea*, si se toma en cuenta no las reminiscencias micénicas, claro está, sino su contenido fundamental, Grecia aparece más desmembrada y aislada que en épocas posteriores. Toda pequeña comunidad, formada por grupos consanguíneos, vive su propia vida, aislada; cada una tiene sus órganos de gobierno y administración, su gobernante (*basileus*), un consejo de ancianos, una asamblea popular; cada una posee su territorio compuesto de campos de labranza, praderas y viñedos, su *polis*, no con la acepción de ciudad-Estado, que tuvo más adelante este término, sino sólo como villorrio, al parecer ni siquiera siempre amurallada. Sólo

de tanto en tanto las comunidades autónomas aúnan sus fuerzas para acometer empresas bélicas conjuntas: tal es el caso que sirvió de base al relato de la *Ilíada*.

Mas también bajo los muros de Troya, los jefes de los destacamentos que integran la milicia unificada continúan guardando celosamente su independencia y autonomía. El poder de Agamenón, quien había recibido el mando sobre todo el ejército aqueo, no se distingue ni por su plenipotencia ni por una especial autoridad. Todas las cuestiones de importancia vinculadas con la conducción de la guerra son resueltas no por él personalmente, sino en reunión de «los rizados hijos aqueos», y esto solamente después de haber consultado con los «nobles ancianos, poseedores de cetros», *basileus* como el mismo Agamenón. Es característico que, en una de esas reuniones, Aquiles considere posible dirigirse a Agamenón, en presencia de los guerreros, de la siguiente manera: «¡Oh, saco de vino, con mirada de perro, pero con alma de cervatillo!» «Oh, rey sin honor, devorador de tu pueblo!» El aislamiento de cada destacamento guerrero repercute en la organización general de la unificada milicia aquea. El botín de guerra se reparte de inmediato entre los jefes de destacamentos, o cae directamente en manos del que los ha arrebatado al enemigo. Entre los guerreros comunes se conservan las subdivisiones tribales. Néstor, que para Homero representa el ejemplo de la sabiduría, le dice a Agamenón: «... separa a los hombres por tribus y por fratrías, para que las fratrías ayuden a las fratrías y las tribus a las tribus ...». De esta manera, incluso en un conflicto bélico común, perdura la autonomía propia de las comunidades en tiempo de paz, y las distintas partes de la milicia aquea no se fusionan para formar una verdadera unidad. Inclusive cuando en la vida social y económica de las comunidades del período homérico comienzan a apuntarse los primeros pasos que llevarían a la formación de uniones territoriales y políticamente más amplias, en dichas uniones «gens, fratrías y tribus siguen conservando por completo su independencia». Así, las fratrías (hermandades), como unión de varias fratrías —ordenamiento del que restan supervivencias en muchas *polis* griegas de tiempos posteriores—, constituyen todavía durante la era de Hornero la subdivisión social fundamental.

El papel de la organización en forma de «gens»

El carácter gentilicio de la sociedad homérica se manifiesta en todos los ámbitos de la vida. Así, por ejemplo, un hombre que, por una u otra causa, había perdido los vínculos con su *gens* y se veía en la necesidad de buscar refugio en una región extraña, era tratado como un *métanastes*, una refugiado errante y sin familia, despreciado por todos. Ofendido por Agamenón, Aquiles le dice: «Se enciende en cólera mi corazón cuando me acuerdo de la manera infame con que me ha tratado ante el pueblo aqueo el rey Agamenón, como si yo fuera un miserable refugiado, un vil advenedizo!»

Por otra parte, la aparición misma de tales refugiados emigrantes, excluidos de la *gens*, testimonian el comienzo de las diferencias sociales, la aparición al lado de las relaciones gentilicias, de relaciones sociales nuevas.

Era la fratría la que asumía la defensa de sus integrantes frente al «mundo exterior». La Grecia homérica no conoce órgano alguno capaz de llenar dicha función dentro de un ámbito cuya amplitud sobrepasa los límites de la organización de *gens*. Y por ello, el *métanastes* que acabamos de citar (así se llamaba en los poemas a los hombres que habían roto con su *gens* y con su fratría), resultaba privado de defensa social y cualquiera podía atentar impunemente contra su vida, su honor y sus bienes. Mas también la vida del hombre que había conservado sus vínculos con su *gens* era defendida en primer lugar no por los órganos sociales, sino por sus parientes más cercanos, que tomaban venganza del asesino de acuerdo con el principio de «sangre por sangre». En el último canto de la *Odisea*, los parientes de los pretendientes de Penélope muertos por Ulises, «tan pronto como tuvieron sus pechos revestidos por fuertes corazas de brillante cobre», se reunieron fuera de la ciudad, con el propósito de dar cuenta del asesino mediante la unificación de sus fuerzas. Uno de ellos, Eupites, se había dirigido a los habitantes de Itaca, conmovidos por el acontecimiento, y les había dicho llamándolos a tomar venganza en Ulises: «Hermanos, os suplico, salid conmigo en su busca, antes que fugue de Itaca a Pilos, o se salve en la divina Elida, la tierra donde reinan los epeos: salid conmigo contra el

asesino y castiguémosle, pues, si no, nos cubrirá el oprobio y la vergüenza que caerá sobre nuestra memoria no podrá borrarse jamás».

De este modo, la iniciativa de la venganza pertenecía a los parientes consanguíneos directos, y sólo después, a requerimiento de estos últimos, intervenían los otros congéneres del asesinado. Era natural que el asesino, temiendo la venganza por parte de los miembros de la *gens* o de la fratría, optara por abandonar su patria: «... el que mata a un hombre cualquiera, aunque su víctima no deje a muchos para vengarle, huye de su patria abandonando a sus deudos...»

Además de la venganza por sangre, Homero menciona el rescate pagado por el asesino como medio de compensar a los parientes de la víctima: «Hasta por la muerte de un hermano, incluso por la de un hijo, se acepta del asesino una compensación; de esta manera, uno permanece en su aldea, una vez satisfecho el pago, y el otro apacigua su alma y su soberbio corazón con la indemnización recibida.»

Una disputa en torno del rescate es descrita en una de las escenas grabadas en el escudo de Aquiles. Las menciones, tanto del rescate como de la venganza familiar, permiten suponer la coexistencia de ambas instituciones, lo cual pone al descubierto uno de los rasgos típicos del período homérico: su carácter de período de transición. Desde luego, en muchos casos las descripciones de relaciones sociales muy primitivas, junto a otras más complejas y desarrolladas, deben considerarse como consecuencia de la estratificación de ambos poemas, debida, como ya señalamos, a su prolongada formación; mas en otros casos estamos indudablemente frente a los reflejos de la realidad histórica de las épocas que se describen.

Diferenciación económico-social. Aparición de la aristocracia

Aunque en la época homérica los lazos de parentesco de la *gens* constituyan los cimientos de la estructura social, y en la vida de la sociedad continuaban en vigor y uso muchas antiguas instituciones, el período homérico en su integridad constituía ya, sin lugar a dudas, una época de intensa descomposición de las primitivas relaciones comunales. Al comparar la gens iroquesa con la griega, Engels anota que entre ambas «... se extiende cerca de dos períodos de desarrollo que los griegos de la época heroica llevan de delantera respecto a los iroqueses».

La igualdad social y la libertad de los miembros de la primitiva sociedad gentilicia se habían transformado considerablemente. Se había destacado y separado la aristocracia gentilicia, poseedora «de honroso lugar y cebadas ovejas y ánforas llenas de vino dulce y selecto...». Engels define ese proceso de la siguiente manera: «La cifra de la población aumentó con la extensión de la ganadería, de la agricultura y hasta de los oficios manuales; al mismo tiempo crecieron las diferencias sociales, y con éstas el elemento aristocrático en el seno de la antigua democracia primitiva.»

El poema trata de subrayar a cada paso la diferencia entre la nobleza gentilicia y el resto de la población. En las batallas que describe, los guerreros nobles, en carros tirados «por corceles de espesas crines», o bien a pie, combaten contra los enemigos al frente de sus hombres. Tienen el cuerpo protegido por coraza de cobre «adornada con oro», la cabeza con un yelmo con crin de caballo y blancos colmillos de jabalí. Las vainas de sus espadas son de plata pura. Y también en tiempo de paz un hombre noble difiere notablemente de los demás por su modo de vivir: lleva túnica de un tejido tan fino como la seca envoltura de la cebolla y sobre la misma una capa de alto costo hecha de lana púrpura, con una hebilla de oro exquisitamente trabajado.

El poeta no escatima colores al describir las mansiones de los nobles: «Paredes de bronce la rodeaban, coronadas por una brillante cornisa de acero azulado. Cerraban la entrada al soberbio palacio puertas de oro cuyas jambas, que arrancaban del broncíneo umbral, eran de plata, como de plata también era el dintel que en ellas se apoyaba, y de oro macizo una aldaba. A ambos lados, perros, áureo uno, argénteo el otro, fabricados sabiamente por Hefaistos... Detrás de la casa se hallaba el jardín «rodeado de tupido seto», y en él «crecían magníficos árboles frutales: perales, granados, manzanos de espléndidas formas, dulces higueras y verdes olivos...». Le seguían el viñedo y la huerta, en la cual «hortalizas y verduras de todas clases se cosechaban en abundancia todo el año» (ibíd., 128). Desde luego, la época homérica no conocía mansiones tan

lujosas. En el caso dado, al igual que en la descripción de las armas, con el deseo de subrayar el lujo, fabuloso desde el punto de vista de sus contemporáneos, que caracterizaba la vida de sus héroes, el poeta había aprovechado, al parecer, los ejemplos de la época pretérita conservados en la memoria popular.

Es lógico que el rapsoda subraye las diferentes situaciones sociales de los personajes y las peculiares relaciones entre ellos. Acerca de Ulises, por ejemplo, se narra en la *Ilíada*: «Cuando encontraba a un hombre del pueblo gritando, golpeábale con el cetro y le increpaba con palabras severas: —¡Detente, desdichado, y no alborotes, escucha a los que te aventajan en valor; tú, débil y cobarde, jamás tuviste importancia en el combate, ni en el Consejo!» (*Ilíada*, II, 198 y sig.). Pero, al encontrarse con nobles guerreros, Ulises se acerca a cada uno de ellos y les dice: «—Ilustre varón: ¿eres acaso presa del temor cual un cobarde? Detente, tranquilízate y tranquiliza a los otros».

Podríamos traer a colación muchas otras citas análogas, dispersas en el texto de ambos poemas, y que dan testimonio de la tendencia, propia del epos homérico, a idealizar la aristocracia de abolengo y promoverla al primer plano a todo lo largo del relato. Tal tendencia tiene su explicación en la vida económica de ese período.

La ganadería y la agricultura

La economía de la sociedad homérica se basaba fundamentalmente en la agricultura y en la ganadería.

En los poemas se encuentran frecuentes menciones de «gruesas» ovejas y cabras, de bueyes «de altos cuernos», de cerdas «brillosas de grasa», de potros y «gruesas yegüitas jóvenes orgullosas de sus potrillos juguetones». Son mencionados también los asnos y mulas que se usaban para tirar de los arados. Del importante papel de la ganadería en la economía de esta época da testimonio también el hecho de que el ganado era utilizado como medida de valor, sustituyendo el aún inexistente dinero. Así, una enorme caldera de cobre, junto con su trébode, valía doce bueyes; una «doncella prisionera» era apreciada en cuatro bueyes, una armadura de oro se valuaba en cien terneros y una de bronce en nueve.

No menor era la importancia de la agricultura. Como cultivos gramíneos básicos aparecen el trigo, la cebada y el mijo. Los trabajos de labranza en el campo se llevaban a cabo mediante la ayuda de bueyes y mulos. El arado, como siguió siéndolo en tiempos muy posteriores, era de madera, sumamente primitivo; levantaba apenas una delgada capa del suelo, en virtud de lo cual debía efectuarse una labranza triple. Se practicaba el abono con estiércol.

La cosecha, en la escena estampada en el escudo de Aquiles, es descrita en la *Ilíada* de la siguiente manera:

«Un campo de altas espigas iban cortando los segadores, relucientes en sus manos las afiladas hoces; a lo largo del surco quedaban los manojos, y con ellos iban formando gavillas tres hombres, que los recibían de manos de niños que se los alcanzaban sin cesar...»

La trilla se hacía en una era, usando bueyes para esta tarea. Luego se aventaba el grano y se molía en molinillos manuales.

Además del cultivo de cereales, estaban desarrolladas la vitivinicultura, la horticultura y la fruticultura. De la existencia de varias clases de uva hablan las denominaciones «blanco» y «tinto», aplicadas a la caracterización de diferentes vinos. Estos se conservaban en enormes toneles de barro y transportaba en botas o ánforas. En los jardines se cultivaba manzanos, perales, granados, higueras y olivos. La población estaba también familiarizada con la caza y la pesca. El conocimiento y la utilización, en cierta medida, por parte de la sociedad homérica, del hierro facultaba el posterior desarrollo de las fuerzas productivas. Como ya señalamos, el poeta era fiel a la modalidad de «arcaizar» la realidad que estaba describiendo y, al parecer, evitaba muy conscientemente mencionar ese metal, prefiriendo nombrar en su lugar el bronce. Así y todo, en el texto de la *Ilíada* se encuentran hasta veintitrés y en el de la *Odisea* veinticinco menciones del hierro, y, como hemos mencionado antes, en forma de imágenes («alma férrea», «paciencia de hierro», «cielo férreo».) La presencia permanente de tales imágenes testimonia,

indudablemente, una difusión ya bastante amplia de ese metal. Esto se ha visto confirmado en la actualidad por las investigaciones arqueológicas que permitieron hallar armas y varios instrumentos de trabajo de hierro en las sepulturas del período que estamos considerando. El más antiguo de los hallazgos era, según todos los indicios arqueológicos, un sable de hierro del siglo XI a. C., pero en la actualidad ya se han producido muchos otros hallazgos de objetos de hierro del siglo X, y más aún del IX, todos, sin lugar a dudas, obra de la artesanía local.

Así, pues, la economía del período homérico distaba mucho de mantenerse en el nivel característico del régimen del comunismo primitivo. El desarrollo de las fuerzas productivas había alcanzado un nivel que posibilitaba ya la acumulación de considerables riquezas en manos de unos pocos. Las denominaciones «noble» y «rico» aparecen en los poemas por lo general una junto a la otra. La dimensión de las riquezas es medida principalmente por las cantidades de cabezas de ganado, por las amplias despensas colmadas de toda clase de vituallas y de otros bienes, por el arreglo y mobiliario de las viviendas, por el número de sirvientes, por la calidad de las armas y de los vestidos, etc.; es interesante observar que en los poemas sólo rara vez se menciona la concentración de tierras en manos de una persona acaudalada. Así, por ejemplo, el porquero Eumeo, que habla a Ulises, tras su regreso, acerca de los ricos de Itaca, no hace referencia ninguna a los bienes raíces, limitándose a enumerar los rebaños que les pertenecen.

Aunque en los poemas homéricos se menciona repetidas veces la tendencia de tierras y se presentan escenas de la vida agrícola, su carácter no resulta completamente aclarado. Por una parte, las tierras que pertenecían a los basileus homéricos eran conocidas como temenos, es decir, el mismo término con que nos encontramos en las inscripciones de Pilos, en las que, como se recordará, se da esa denominación a las tierras recibidas de manos del pueblo por el rey (wanax) y por el jefe del ejército (lawgetas). Cabe pensar que también los basileus homéricos gozaban, respecto a la propiedad de la tierra, de derechos mucho mayores que los hombres del común. Las tierras labradas por estos últimos se designaban con la palabra cleros, cuya traducción literal es «suerte»; el cleros era una parcela que, como lo señala el propio término, se otorgaba por sorteo. En el texto de la *Odisea*, por ejemplo, se presenta un caso de tal división de la tierra: el jefe de los feacios, Nausítoo, «repartió los campos subdividiéndolos en parcelas». En la *Ilíada* se mencionan casos en que diferentes personas obtienen campos de labranza y viñedos, es decir, tierras que habían sido puestas con anterioridad en cultivo. Todos estos datos nos permiten suponer la existencia de comunidades rurales en las que se llevaba a cabo sistemáticamente nuevos repartos de la tierra. Mas, por otro lado, tal tipo de comunidad comienza ya a poner de manifiesto síntomas de descomposición.

Al parecer, las parcelas van tornándose desiguales, lo cual provoca altercados y riñas. En la *Ilíada*, por ejemplo, se lee: «... Como dos hombres altercan, con la medida en la mano, sobre las lindes de campos contiguos, y por un pequeño espacio luchan, cada uno por su derecho...».

Aparecen, por una parte, hombres que se han apropiado de varias parcelas y, por otra, hombres que no tienen ninguna (acleros). Al mismo tiempo, al tornarse hereditario el poder de los reyes, los basileus reciben los terrenos que les corresponden como propiedad privada y disponen, en consecuencia, libremente de los mismos.

Esto permite llegar a la conclusión de que, si bien en la sociedad homérica aún no se había afianzado en forma definitiva la institución de la propiedad privada sobre la tierra, sí se hallaban ya presentes las distintas posiciones a su respecto y la desigualdad de su distribución, y al llegar a finales de este período es posible hablar ya de la propiedad privada sobre la tierra. En este sentido interesa la descripción de la escena representada en el escudo de Aquiles, en la que la tierra labrantía comunal contrasta con el temenos. En el primer caso «... los labradores yendo y viniendo guían las yuntas de bueyes, y siempre al llegar a un extremo del campo, les sale al encuentro un hombre que les ofrece a cada uno una copa de dulce vino...». En el segundo caso, se describe la cosecha: los trabajadores siegan el cereal bajo la mirada del propio «amo» (basileus), quien está «en silencio parado entre los surcos, con el cetro en la mano y alegre el corazón».

Los hombres libres que por diversas circunstancias se veían privados de sus parcelas y, en consecuencia, obligados a abandonar las mismas, son conocidos en los poemas como *eritos* y

tetes. Este último término abarca en su significado, no sólo al trabajador libre, sino, en general, a todo el que ha sido desposeído de su parcela. Las condiciones de paga por el trabajo de tales mercenarios aparecen claras en el trecho de *La Odisea*, en que Ulises, quien había regresado a su casa disfrazado de mendigo, dialoga con uno de los pretendientes de Penélope: «¿No te agradaría acaso, peregrino, entrar a mi servicio? Te enviaría a trabajar, con gusto, al último rincón de mis campos enderezando setos y plantando árboles. A cambio recibirías de mí alimento abundante, la vestimenta necesaria y calzado para los pies».

Se ve así que en las grandes propiedades rurales era aplicado ya el trabajo asalariado. La paga por el trabajo se hacía con efectos naturales y se componía, en primer lugar, de la alimentación y de la provisión de vestido y calzado. Habiendo abandonado su patria en busca de trabajo, el asalariado se encontraba totalmente indefenso, lo cual era aprovechado con amplitud por quien lo tomaba a su servicio. En la *Ilíada*, en la disputa entre Poseidón y Apolo, se describe la arbitrariedad del amo que se ha apropiado del salario del trabajador, al que ha arrojado de su casa: «.... A las órdenes del altanero Laomedonte, por el salario estipulado, todo un año trabajamos, y nos trataba muy duramente... ... Más, cuando las deseadas Horas trajeron el día señalado para recibir la paga convenida, Laomedonte, por la fuerza, se apropió de ella y nos despidió con amenazas e injurias. Cruel y terrible, amenazó con atarte de pies y manos para venderte como esclavo en una isla lejana y se vanagloriaba jurando cortarnos las orejas».

Las condiciones efectivas de vida y trabajo del asalariado lo colocaban en una situación en la cual carecía de defensa y en la cual a veces en poco difería de la situación de un esclavo. Tal como dice el ejemplo que acabamos de citar, el amo podía aherrojarle impunemente manos y pies y, por medio de la venta como esclavo, privarlo para siempre de la libertad. En la *Odisea*, los esclavos y los *tetes* (trabajadores libres) son comparados con los hombres libres. Tal confrontación da testimonio no sólo de la situación social de los *tetes*, sino también de la ausencia de una estricta delimitación entre esclavos y hombres libres, como ocurrirá en períodos posteriores.

La esclavitud

La esclavitud del período homérico difiere esencialmente de la de los tiempos posteriores. A este respecto son sumamente significativos los términos que sirven para señalar a los esclavos. En los poemas, éstos se designan comúnmente con la palabra *dmóes*, frecuentemente con la voz *oíkies* (gente de la casa), y muy raramente con la palabra *doulos*, mientras que en la época clásica, con la esclavitud desarrollada, el término *doulos* adquiere mayor difusión. La denominación *oíkies* no es de ninguna manera casual, puesto que en el tiempo homérico los esclavos, de hecho, formaban parte de la familia de su amo y, al lado de los demás miembros de la misma, participaban en la actividad económica común. En otras palabras, la esclavitud mantenía aún un carácter patriarcal. Por lo demás, tal caracterización sería unilateral si no señalásemos los casos, mencionados en el epos homérico, en que se observan otras actitudes para con los esclavos. En la *Odisea*, por ejemplo, se describe detalladamente el feroz castigo infligido a las esclavas sorprendidas cuando favorecían a los pretendientes de Penélope: todas ellas fueron ahorcadas con una cuerda de navío. Un castigo no menos feroz le cupo al cabrero Melantios: «Con cobre cruel le cortaron las narices y las orejas; le amputaron pies y manos, y luego le arrancaron las partes pudendas y las arrojaron a los ávidos canes para que las devorasen».

En el mismo poema hay otra referencia interesante sobre la evaluación general del trabajo de los esclavos: «Indolente es el esclavo: si con severidad el amo no lo fuerza a cumplir su mandato, por sí solo no se pondría con gusto a trabajar. En cuanto el destino cruel marca a alguien con la amarga esclavitud, Zeus destruye en él la mejor mitad de las virtudes del hombre».

Esta referencia, más que con la primitiva esclavitud patriarcal, hay que relacionarla con la esclavitud de la Época Clásica, en la que la cruel explotación de la fuerza de trabajo del esclavo es dominante en el sistema económico. De esta manera, las referencias de los poemas homéricos a la situación de los esclavos descubren los rasgos característicos de las épocas de transición. En

su conjunto, el siglo de Homero ha de ser reconocido sólo como etapa inicial en aquel complicado proceso que habría de llevar a la antigua Grecia hasta su desarrollado sistema de explotación de la esclavitud.

La fuente principal de la esclavitud en la época homérica no residió en la diferenciación interna de la sociedad, sino en la guerra y el cautiverio. En este sentido, es muy característico el término mencionado ya, dmóes, derivado del verbo damadzo, que significa someter, domar. Las tiendas de campaña de Aquiles y otros jefes aqueos bajo las murallas de Troya estaban repletas de botín de guerra y, sobre todo, de mujeres cautivas, capturadas durante la marcha de las acciones bélicas. En las guerras, la conversión en esclavos de los enemigos sobrevivientes era una regla que, al parecer, no admitía excepciones. Andrómaca, al depollar la muerte de Héctor, exclama apesadumbrada: «.... Ha perecido el que era su defensor [de la ciudad], tú, que la salvabas, y amparabas a las fieles mujeres y a sus hijos. Pronto serán conducidas al cautiverio en cóncavas naves, y yo con ellas. ¡Y tú, hijo mío, acaso vengas conmigo y hayas de sufrir en trabajos oprobiosos, en provecho de un amo cruel; o quizás un aqueo te haga girar en torno de su cabeza cogido de las manos, para arrojarte desde lo alto de una torre...».

Evidentemente, el apoderarse de esclavos constituía uno de los objetivos principales de la guerra. Con el mismo fin se emprendían incursiones por mar contra los habitantes del litoral, corno, por ejemplo, en el caso de Ulises, cuando el mismo, con sus compañeros de viaje, arribó a las costas de Egipto, y «... de pronto, dejándose llevar por sus instintos de violencia y pillaje, empezaron a saquear los fértiles campos de los pacíficos egipcios, a raptar a sus mujeres e hijos y a asesinar brutalmente a los varones que se oponían a su furia». El prisionero de guerra era propiedad del vencedor, y en consecuencia podía ser regalado, cambiado o convertido en un trofeo para el vencedor de los torneos.

Según los datos contenidos en los poemas, la explotación de los esclavos se realiza, en primer lugar, mediante la utilización de su fuerza de trabajo en las tareas domésticas. Por ejemplo, en la casa de Alcino: «Había en el espléndido palacio cincuenta esclavas: unas molían el dorado centeno en los morteros, otras hilaban y tejían, sentadas, junto a los husos...».

Otras tantas esclavas trabajaban en la casa de Ulises. Una parte de las mismas estaba ocupada en la molienda del cereal, otras traían agua de los manantiales y se ocupaban en diversos quehaceres domésticos. Durante los festines, los esclavos servían a sus amos y a los invitados. Entraba en las costumbres poner a disposición del huésped varias esclavas, para el lavado y para impregnar al cuerpo con aceites perfumados y otras sustancias aromáticas. Por lo demás, tampoco las mujeres libres consideraban humillante tal trabajo. En más de una ocasión se menciona en los poemas casos en que las esclavas sirven de concubinas. Los hijos nacidos de estas uniones podían ser libres: «... Y yo nací de una extranjera que mi padre había comprado para hacerla su concubina», cuenta Ulises en un relato por él inventado, «pero mi noble padre me miraba y amaba igual que a sus demás hijos legítimos».

Los esclavos eran utilizados en la agricultura y en la ganadería. En la *Odisea* se les menciona con mayor frecuencia como pastores y porqueros, que en tareas propiamente agrícolas, debido a que en esta última eran empleados fundamentalmente trabajadores libres.

El establecimiento claro del peso específico del trabajo de los esclavos en la actividad social tropieza con insalvables dificultades. Nada definido se dice al respecto en los poemas, y cuando se cita una cantidad figura invariablemente la cifra de 50, y la misma se refiere tan sólo a los esclavos aprovechados en la propia mansión del amo. Tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*, los esclavos se mencionan relativamente poco. Sobre estos datos no es arriesgado pensar que en la Grecia homérica la esclavitud no había alcanzado un amplio desarrollo.

Este escaso desarrollo viene confirmado por el carácter fundamentalmente natural de la economía homérica. Cada Oikos es casi íntegramente autárquico y, en consecuencia, sin necesidad sistemática de intercambios. La producción en la época homérica no estaba dirigida hacia la fabricación de mercancías, sino que estaba orientada primordialmente a satisfacer las necesidades de cada unidad económica. En el Oikos de un basileus, que utiliza el trabajo de esclavos y trabajadores libres, los productos obtenidos en el campo se utilizan, en primer lugar,

para satisfacer las propias necesidades del amo, de sus huéspedes, de los miembros de la familia, de sus trabajadores y de la servidumbre de su casa.

Del trabajo que posteriormente sería considerado como el destino de los esclavos y de la plebe se ocupaban en la época de Homero todas las capas de la sociedad, comenzando por las más elevadas. Aquiles y Patroclo preparan ellos mismos la comida y bebida para sus huéspedes, aun cuando en otras oportunidades se ocupen de ello los esclavos y esclavas. Los jóvenes, hermanos de la princesa Nausícaa, «semejantes a los dioses inmortales», desenganchaban de su carroaje los mulos, que antes habían sido enganchados al mismo por los esclavos». «Parecida ella misma a una diosa», Nausícaa lava la ropa junto con sus esclavas, luego se baña y juega con ellas a la pelota. En las casas ricas, las que se ocupaban de hilar y tejer eran las esclavas, pero sorprendemos ocupada en esta misma labor a Penélope, esposa del rey Ulises. No es menos conocido el arte de tejer por la esposa de Héctor, Andrómaca. Dueño de una lujosa mansión, Laertes trabaja junto a sus esclavos en el jardín y en la huerta, y Ulises en persona va tras el arado. También son conocidas por este último otras clases de trabajo: él mismo construye una cama y expone su habilidad y experiencia en el armado de balsas.

Participando en el trabajo en común, hombro a hombro, con los libres, el esclavo del período homérico no podía ser, según la definición de Aristóteles, un ser «sólo con las condiciones para comprender lo racional, pero no para ser él mismo un ser racional». De tal concepto no hay en el epos homérico ni el menor rastro. Por el contrario: en la persona de un esclavo, el porquero Eumeo se halla representado en el poema un sabio consejero y amigo de Ulises. Goza de la confianza ilimitada de su amo; a su cuidado están confiados los rebaños y los bienes, de los cuales dispone hasta cierto punto con independencia. Así, por ejemplo, «sin preguntar ni a la reina ni al anciano Laertes», Eumeo edifica una casa y, también sin la anuencia de sus amos, adquiere un esclavo. Y cuando se le acerca un peregrino —disfraz bajo el cual se oculta Ulises— no tiene reparos en sacrificar para su visitante el mejor cerdo de la piara de su amo y comerlo deleitosamente en su compañía. Al reconocer a Ulises, Eumeo lo besa en la frente. De la misma manera proceden los otros esclavos al encontrar al amo junto al portón de la casa.

El papel del intercambio

La producción de mercancía está escasamente desarrollada en la época homérica. Aunque en los poemas se mencionan casos aislados de intercambio, por ejemplo, de esclavos por bueyes, armas o vino, el Oikos se proveía de objetos que necesitaba primordialmente a través del botín de guerra. En tales circunstancias, el intercambio es episódico. Es significativa en este sentido la inexistencia del dinero en la sociedad homérica como medida universal de valor de cambio.

Era igualmente muy débil el desarrollo del comercio exterior. Esto se ha visto confirmado por los datos obtenidos en las investigaciones arqueológicas, que hacen constar la ausencia casi total en el territorio de Grecia de objetos importados, hasta el mismo siglo VIII a. C. Y si algunos objetos provenían del exterior, los mismos eran preferentemente de lujo, destinados a la satisfacción de las necesidades de un estrecho círculo de la nobleza. En un trecho de la *Odisea* se describe la llegada de unos mercaderes de allende el mar: «Un día llegaron astutos visitantes del mar, unos varones fenicios, que traían en sus naves infinitad de cosas curiosas y raras». Entre esas cosas figuraban, por ejemplo, objetos tales como «un collar de oro engastado en ámbar». En la *Ilíada* se indican como objetos de importación «vestimentas de lujosos dibujos, trabajo de las mujeres de Sidón», «una bella ánfora de plata... obra espléndida de los hábiles sidonios», los que, «navegando por el brumoso mar, la trajeron a Lemnos para la venta desde Fenicia».

Dado que Creta ya no desempeñaba en aquel tiempo el papel de vínculo comercial, la importación se efectuaba principalmente a través de los negociantes fenicios. Estos no fundaban factorías comerciales permanentes y se limitaban a descargar las mercancías en la misma costa, o bien a su venta directa a borde de las naves. Los mercaderes fenicios no se detenían durante mucho tiempo en un lugar. En el caso mencionado en la *Odisea*, su estado se prolongó cerca de un año, durante el cual «cargaban diligentemente su nave y comerciaban con sus productos». No eran raros los casos en que, al abandonar puerto, los mercaderes fenicios saqueaban a la

población local llevándose consigo, para venderlos como esclavos, a mujeres y niños. En general, el comercio de aquellos tiempos se hallaba aún estrechamente vinculado con el bandidaje y la guerra, y los mercaderes fenicios no gozaban de las simpatías de las poblaciones. He aquí una cita de la *Odisea* que puede servir de ejemplo: «... presentóse [en Egipto] un fenicio muy trapacero y falaz, perverso intrigante que ya había causado muchos males a otros hombres, y persuadiéndome con su ingenio, llevóme a Fenicia, donde tenía casa y bienes. Un año estuve con él, y terminado que fue, urdiendo nuevo engaño me llevó a Libia en su nave, con el pretexto de que le ayudase a conducir sus mercancías, pero en realidad venderme allí por una crecida suma».

Víctima de la pérvida intención del fenicio resultó en ese caso un griego que había recibido como herencia una pequeña parcela, en virtud de lo cual había resuelto tentar fortuna en el comercio. Ocuparse en el comercio era, en general, cosa poco desarrollada entre los griegos de los tiempos homéricos, y algo que no gozaba de popularidad. Así, uno de los representantes de la nobleza feacia, Euríalo, se dirige a Ulises, con el deseo de ofenderlo, con la siguiente «burla hiriente», «punzante»: «Peregrino, veo que no eres hábil en ningún juego atlético de éstos en los que descuellan los hombres. En verdad, a mí me has parecido desde el primer momento un patrón de navío, un traficante que recorre los mares en nave de muchos remos, pensando sólo en vender sus mercancías y volver a cargar para obtener más lucro; pero en nada te pareces a los atletas o guerreros».

Los oficios

El predominio de la economía natural y el escaso desarrollo del intercambio en las relaciones económicas de la sociedad homérica están estrechamente relacionados con la situación de los oficios artesanales. En efecto, siendo una de las caracterizaciones propias del Oikos la autarquía, la actividad artesanal no podía encontrar condiciones favorables para su desarrollo.

La Grecia homérica, a diferencia de la época micénica, apenas conocía contados oficios de artesanía. En los poemas se mencionan los caldereros, los carpinteros de obra, los curtidores y los herreros a la vez que armeros. La división del trabajo en el seno de cada oficio está ausente casi por completo. Así, los herreros se ocupaban al mismo tiempo de la preparación de objetos de oro y plata, y los carpinteros de obra efectuaban todos los trabajos, comenzando por la preparación de la madera y terminando por la erección de la casa, incluso la confección de muebles y otros objetos de madera. La falta de una especialización detallada se veía también en la labor de los curtidores. Referencias a la existencia de talleres aparecen en la epopeya sólo por excepción. Por ejemplo, se habla de las fraguas del dios Hefaisto, protector de los herreros, el que había forjado las armas para Aquiles. Como regla general, los artesanos iban de casa en casa y efectuaban los trabajos utilizando el material de los propios clientes. En este aspecto aparecen alineados con los adivinos, médicos y aedos: «... ¿Cómo se te puede ocurrir que nadie vaya a llamar a su casa sin necesidad? Sólo se busca a los artistas cuando se los necesita, a los adivinos, a los médicos, a los hábiles carpinteros o a los divinos aedos que nos hacen felices con sus cantos» (*Odisea*, XVII, 382 y sig.).

Al confeccionar los objetos, lo normal es que el cliente aporte la materia prima y el artesano los instrumentos propios de su profesión. Por lo menos, en el relato de la *Odisea* acerca de la llegada de un orfebre a la casa de Néstor, se menciona que había traído consigo todas las herramientas de su oficio. Algunos artesanos muy hábiles gozaban de gran notoriedad en la Grecia homérica. En la *Ilíada*, por ejemplo, se habla de un artesano beocio de nombre Tiquio. Cuando el gobernante de Salamina, Ajax, tuvo necesidad de un escudo lo encargó especialmente a ese célebre artesano.

En general, el trabajo de los artesanos en la Grecia homérica estaba valorizado por debajo del de los agricultores, y los artesanos mismos, que, en su mayoría, procedían del número de los tetes y de los metanastes, estaban ubicados en las gradas inferiores de la escala social.

2. El Régimen Político de la Sociedad Homérica

Los reyes basileus

La sociedad homérica, surgida sobre las ruinas de la sociedad micénica, no había evolucionado económica y socialmente lo necesario para alcanzar el estadio de la organización política estatal. Incluso así, en cada una de las muchas comunidades de las que se habla en los poemas, se encontraban ya elementos de organización social que se remontan a la antigüedad más remota y representan al mismo tiempo embriones de órganos estatales. En cada comunidad hay un rey (basileus), un consejo de ancianos (gerentes) y una asamblea popular.

En el período homérico, los reyes eran los jefes de sus tribus, a las que conducían en las guerras y, en tanto durasen las operaciones bélicas, gozaban de máximo poder. La organización de los asuntos de guerra había alcanzado en aquel tiempo cierta elevación. Los guerreros nobles iban armados de sables y lanzas, y se protegían de los golpes del enemigo con yelmos, corazas, rodilleras y escudos. Salían al combate en carros a los que enganchaban corceles de raza. Los soldados de la milicia del pueblo, en cambio, estaban pobre e insuficientemente armados: sólo con armas arrojadizas (venablos) y hondas. En el primer combate junto a las murallas de Troya, cuya descripción figura en la *Ilíada*, los dos ejércitos enemigos se precipitan uno al encuentro del otro: los troyanos gritando y los aqueos en silencio, guardando el orden en sus filas. Ulteriormente, los aqueos instalan su campamento en la llanura, entre el mar y la ciudad sitiada, rodeándolo de fosas, vallas y torres, con portones que permitían las salidas de los ejércitos y de los carros de combate. Para todo ello se imponía la necesidad de cierta organización, lo cual justificaba la concentración del poder en las manos de los conductores de las milicias, que representaban a la nobleza rica y de abolengo. Dichos jefes podían exigir de los simples guerreros una obediencia incondicional bajo la amenaza de severos castigos por las faltas de disciplina.

También la táctica de combate de aquellos tiempos propiciaba el aumento del poder y de la autoridad de los reyes. Por lo general, las batallas comenzaban con un duelo entre los basileus, que salían al campo en sus carros de combate. Tras ellos entraban en batalla sus amigos, seguidos por los guerreros de infantería. Se entablaba un combate cuerpo a cuerpo, con empleo de lanzas, sables y pesadas piedras. A los enemigos muertos se les despojaba inmediatamente de las armaduras, en calidad de trofeos. A menudo se entablaban luchas a causa de los cuerpos de los caídos. Cada una de las partes trataba de apoderarse del cadáver: una para darle sepultura, y la otra para profanarlo o pedir por él un rescate. Los reyes, con demostraciones de su valor personal, tenían que dar el ejemplo a su séquito y a los guerreros de filas.

Se sobrentiende, empero, que la posesión de armas de alto precio y, especialmente, de corceles de combate, inaccesible para los guerreros de filas, estaba al alcance no sólo de los basileus, sino también de otros miembros de la nobleza, quienes desempeñaban un papel relevante en los combates. Los reyes homéricos se hallaban estrechamente vinculados con esa nobleza, en cuyo seno eran tan sólo primeros entre iguales.

En este sentido es elocuente el hecho de que dentro de los límites de los territorios mencionados en los poemas existieran en una serie de casos varios reyes. Así, en la isla Esqueria, se mencionan, además de Alcinoo, a doce basileus más; en Argos había tres; en la Elida cuatro. Incluso durante las operaciones bélicas, algunas tribus salían bajo el mando de varios reyes. De esta manera, el vocablo basileus tenía amplia aplicación. En algunos casos disponían efectivamente del poder de jefes de la tribu; en otros representaban, al parecer, sólo a consejeros del rey o miembros de su séquito en el campo de batalla. Esto, de por sí, hace ver que hasta el poder guerrero del rey distaba mucho de ser incondicional. En tal sentido es muy característica una reunión militar descrita en la *Ilíada*. En ella, cierto Tersistes («Desvergonzado»), según todas las señas un guerrero del común, injuria «con gritos desaforados» al rey Agamenón, reprochándole haber arrastrado a los aqueos a innumerables calamidades. Ciertamente, la mayoría de los basileus secundarios interceden en favor de Agamenón, «pastor de hombres»; en particular es Ulises quien refrena a Tersites, increpándole,

amenazándole y golpeándole. Empero, el solo hecho de registrarse una tal intervención de un simple guerrero de filas evidencia que los reyes homéricos no gozaban, ni con mucho, de una autoridad incondicional. Dadas tales condiciones, las palabras de Ulises a propósito del daño ocasionado por la división del poder entre muchos, y de la necesidad de concentrarlo en las manos de un solo cetro, suenan solamente como un anhelo que está lejos de la realidad de ese momento o, quizás, como una reminiscencia de la época micénica: «Que uno solo nos dirija, tengamos un solo rey: aquel a quien el sagaz Zeus concedió el cetro y las leyes, para que él reine sobre los demás.»

Es natural que la plenipotencia del rey en tiempos de paz fuera más modesta aún. Su función principal se reducía a la participación en los juicios. En la época homérica se atribuía gran importancia a la Justicia. Si un «soberano poderoso... hace florecer la justicia, bajo su cetro nace en sus campos abundancia de centeno, cebada y mijo, los árboles se cargan de frutos, se multiplican los rebaños y pululan los peces en las aguas».

Se sobrentiende que en los tiempos que nos ocupan el derecho estaba escasamente desarrollado. Crímenes tales como, por ejemplo, un asesinato, eran considerados sólo en el plano del perjuicio inferido por el autor del mismo a un individuo o al conjunto de sus parientes. En tales condiciones, el juicio tenía las características de un arbitraje entre los litigantes. En el escudo de Aquiles se da la imagen de tal litigio:

«... querellan dos hombres acerca de una multa que debe pagarse como indemnización por un asesinato...» «Gritan los ciudadanos en torno a ellos, favorece cada uno al que le es más cercano; los heraldos refrenan su criterio y los ancianos de la ciudad, sentados en silencio sobre piedras pulidas en medio del sagrado círculo, reciben a su turno uno de los cetros de manos de los heraldos, se levantan empuñándolo y, uno tras otro, emiten su juicio».

Como se desprende de esta descripción, los juicios en la época homérica se realizaban en presencia del pueblo y los veredictos eran pronunciados por los ancianos. Al lado de éstos, en el mencionado ejemplo, hay colocados dos talentos de oro, que eran la caución que depositaban tanto el demandante como el demandado el comenzar el proceso. Sorprende la desmedidamente grande suma de oro de esa caución. Evidentemente, en el caso dado se trata de una hipérbole, habitual en la poesía épica, porque se hace difícil admitir que tamañas cauciones pudieran darse a menudo en aquel tiempo.

En el caso de ganar el pleito, el demandante recibía de vuelta su caución, más la depositada por el demandado; en caso contrario, la perdía, y ambas sumas caían en manos del demandado. El papel del rey durante la ventilación del proceso era a todas luces tan insignificante, que en la escena descrita en el escudo de Aquiles ni siquiera es mencionado.

En lo que se refiere a la sucesión real, si nos basamos en los datos del epos, no queda esclarecida. Al parecer, después del fallecimiento de un rey, o en casos de incapacidad para dar cumplimiento a sus funciones, el poder pasaba a su hijo o a otros parientes; mas bien podía pasar a otra gens. En esto desempeñaban un papel esencial las virtudes personales del candidato. Es sabido que durante la prolongada ausencia de Ulises de Itaca, tanto su hijo Telémaco como su padre, el anciano Laertes, no eran considerados reyes, no obstante que Itaca estaba sin rey; y es evidente que los pretendientes a la mano de Penélope calculaban apoderarse a través de la boda no sólo de los bienes de Ulises, sino también del poder real. Al surgir la cuestión de la falta de rey, el hijo del ausente Ulises, Telémaco, dijo a los pretendientes: «... entre los aqueos de Itaca, la rodeada de olas, se encontrarán otros jóvenes y ancianos mucho más dignos de reinar; entre ellos podéis elegir, si Ulises, mi padre, en verdad ha muerto».

Estos datos nos permiten concluir que en los tiempos homéricos no se había establecido de forma definitiva el carácter hereditario del poder real. El privilegio más grande del rey consistía en el usufructo de temenos, la mejor parcela que se le otorgaba del total de las tierras de la comunidad. La explotación de dicha parcela cubría los gastos personales del rey y de los que se occasionaban al convidar a su mesa a los miembros del consejo. Las fuentes complementarias de ingresos de un basileus eran los variados regalos que le hacía el pueblo y la parte leonina del botín de guerra que se la adjudicaba.

El Consejo de ancianos

El Consejo de ancianos no representaba ya durante la época homérica un órgano compuesto por los hombres de más edad y respeto de la tribu. En realidad, lo integraban, en primer lugar, los representantes de las más ricas y nobles familias, sin tomar en consideración la edad. Como ya señalábamos, a menudo se los dominaba basileus, pero por lo general llevaban el nombre de gerentes. Cuando se trata de asuntos muy importantes, el rey consulta con el Consejo, sin cuya participación, al parecer, no da solución a ningún asunto de importancia. Dichas consultas tenían lugar habitualmente durante los festines, que se celebraban en la casa de un basileus o al aire libre, en presencia del pueblo. Es improbable que se pueda aclarar más detalladamente el carácter de las relaciones recíprocas entre el rey y el Consejo de ancianos.

La Asamblea popular

La Asamblea popular representaba en los tiempos homéricos al conjunto de los miembros libres de la comunidad. Por lo general era convocada por el rey con diversos motivos; por ejemplo, como se relata en la *Odisea*, a raíz de la queja de Telémaco contra la arbitrariedad de los pretendientes de Penélope en casa de ésta, y, como leemos en la *Iliada*, para resolver el problema de la continuación de la guerra, o debido a las causas de la peste que se había descargado sobre el ejército que sitiaba a Troya. En las asambleas populares podían también ser consideradas toda clase de proposiciones que fueran de interés para el pueblo. La convocatoria a Asamblea se efectuaba por heraldos, y en tiempos de paz las mismas tenían generalmente lugar en las cercanías de la casa del rey, en la plaza de la «ciudad» o en cualquier otro lugar muy frecuentado. Empero, en los tiempos homéricos ya faltaba la igualdad de derechos de todos sus participantes: de hecho, las resoluciones eran tomadas por el Consejo de ancianos y el rey. Inclusive en el caso en que Telémaco se había dirigido a la Asamblea popular en busca de ayuda contra la arbitrariedad de los pretendientes de Penélope, los reunidos no pudieron pronunciar una resolución definida y se disgregaron, intimidados por las amenazas de aquellos pretendientes. La Asamblea de los aqueos convocada junto a los muros de la sitiada Troya, tampoco tuvo el poder de hacer cesar la querella que había brotado entre los jefes del ejército sitiador. La supremacía la tenían en las asambleas los representantes de la nobleza, los que imponían al pueblo sus propias resoluciones. El pueblo exteriorizaba su posición respecto a las opiniones del rey y de los gerontes sólo por medio de gritos de aprobación o de repulsa. En los poemas no hay la menor mención acerca de alguna votación en las asambleas populares. Debido a la ausencia de Ulises, en Itaca no se convocó la Asamblea popular durante largos años. Todo ello sirve como índice de referencia para considerar el descenso del peso específico de tales asambleas, al mismo tiempo que se ampliaba la esfera de competencia del Consejo de ancianos. Por lo demás, la cuestión atingente a las relaciones mutuas entre los tres órganos de la Administración social, dada la ausencia de leyes escritas y de normas más o menos firmemente elaboradas con respecto al derecho jurídico, se resolvía de hecho en función de la correlación real de las fuerzas en cada caso concreto. Una cosa es indudable: tanto la Asamblea popular como el Consejo de ancianos y el rey permanecían aún, durante el tiempo homérico, vinculados mutuamente de manera muy estrecha. El rey no podía pasarse sin el consejo de los gerontes, y éstos sesionaban en presencia del pueblo cuando se trataba de cuestiones muy importantes. De esta manera, la Asamblea popular, a pesar del acrecentamiento de la fuerza de la nobleza, aún no había perdido su antigua autoridad; tenían que tomarla en cuenta tanto el rey como los gerontes.

La familia

El régimen familiar de la época homérica seguía siendo patriarcal. El número de miembros de esta clase de familias alcanzaba a veces cantidades bastante considerables; así, por ejemplo, la del rey Príamo contaba con cincuenta hijos varones con sus esposas, y doce hijas mujeres con sus esposos. En otros casos mencionados en los poemas, las familias eran bastante menos

numerosas. El paso de la supremacía al padre o al esposo no había alcanzado aún la esclavización de la mujer. Esta continuaba gozando del respeto de la familia y de la sociedad. La esfera de aplicación de la labor femenina estaba constituida por la economía doméstica, en la cual la esposa, en su condición de ama de casa, gozaba de plena independencia.

De Federico Engels, acerca del régimen social en la Grecia homérica

En su obra *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Engels suministra la siguiente definición, notable por su profundidad, de la estructura económico-social de la sociedad homérica: «Vemos, pues, en la constitución griega de los tiempos heroicos la antigua constitución de la gens en pleno vigor aún, pero también vemos en ella el comienzo de su ruina; derecho paterno con herencia de la fortuna por los hijos, lo cual facilita la acumulación de riquezas en la familia y hace de ésta un poder enfrente de la gens; reacción de las diferencias de fortuna constituida, haciendo que se forme el primer germen de una nobleza hereditaria y de una monarquía; esclavitud que al principio sólo comprendió a los prisioneros de guerra, pero que inició la perspectiva de esclavizamiento de los propios miembros de la tribu y hasta de los gentiles; la antigua guerra de tribu a tribu, transformándose ya en rapiñas sistemáticas por tierra y por mar para apoderarse de ganados, esclavos y tesoros, y llegando a ser un origen normal de riquezas; en resumen, la fortuna apreciada y consideraba como el sumo bien, y la antigua organización de la gens desnaturalizada para justificar el robo de las riquezas por medio de las violencias. No faltaba más que una cosa; una institución que no sólo asegurase las nuevas riquezas de los individuos contra la organización comunista de la organización de la gens, que no sólo consagrarse la propiedad individual tan poco estimada primitivamente e hiciese de esta santificación el fin más elevado de la sociedad humana, sino que además legitimase en nombre de la sociedad en general las nuevas formas de adquirir la propiedad que se desarrollasen unas detrás de otras, es decir, el crecimiento cada vez más acelerado de las riquezas; en una palabra, que no sólo perpetuase la naciente división de la sociedad en clases, sino también el derecho de las clases poseedoras de explorar a las que no poseyesen nada, y la preponderancia de la primera sobre la segunda. Y vino esa institución. Y se inventó el *Estado*».

En su integridad, el régimen económico-social de la Grecia homérica es el propio de una etapa de transición. Debido al desarrollo de las fuerzas productivas, las antiguas relaciones sociales que se remontan hasta el régimen comunal primitivo son reemplazadas gradualmente dentro de la sociedad homérica por otras nuevas. El triunfo definitivo, empero, y el afianzamiento de esas relaciones nuevas ya están ligados con el período subsiguiente en la vida histórica de la Grecia antigua.

CAPÍTULO V

**ESPARTA, CRETA, TESALIA Y BEOCIA
EN EL SIGLO IX Y COMIENZOS DEL V A. C.**

1. Esparta

Las fuentes para conocer el origen del Estado espartano son muy escasas y extraordinariamente inseguras. La historia de Esparta aparece expuesta tendenciosamente ya por los escritores de la antigua Grecia, por los ideólogos de la oligarquía que veían en Esparta la encarnación de sus ideales político-sociales. En las obras de esos escritores el régimen espartano era manifiestamente idealizado. En la literatura social y filosófica de la antigua Grecia se había creado toda una corriente que ya antiguamente cobró la denominación de «laconófila». Esta orientación laconófila había encontrado su expresión en las obras de Jenofonte, de Platón y en algunas de Aristóteles. Las obras de sus demás representantes no han llegado hasta nuestros tiempos, salvo pequeños fragmentos, generalmente de escaso contenido.

No obstante, disponemos de datos más objetivos sobre la antigua Esparta que se encuentran en las obras de Herodoto y Tucídides. Estos historiadores, los más grandes de la Grecia antigua, no eran laconófilos, por lo cual las nociones que nos suministran acerca de Esparta merecen mucha confianza. También resultan valiosas las expresiones de los poetas líricos de los siglos VII y VI a. C., que en sus versos, llegados parcialmente hasta nuestros tiempos, reflejaban la actualidad político-social de su época. Tales son los fragmentos de las obras de Tirteo y Alcman. Datos muy importantes, esenciales, encontramos también en la obra de Pausanias *Descripción de la Hélade* (siglo II de nuestra era). Finalmente, se hallan en estado de conservación unas cuantas inscripciones espartanas, sumamente antiguas.

Las condiciones geográficas de Esparta

El territorio sobre el cual había surgido el Estado espartano era el valle del río Eurotas, que había recibido el nombre de Laconia o Lacedemonia. En la parte occidental se eleva sobre ese valle, en terrazas abruptas, la cordillera del Taigeto, que alcanza una altura de 3.000 metros; en el lado oriental se extiende una cadena montañosa más baja y de más suave declive, el Parnón. Estas dos cordilleras terminan en dos largas penínsulas, no muy anchas, que limitan el golfo Lacónico; el Taigeto queda cortado por el mar en el promontorio Tenaro, y el Parnón en el cabo Maleo. Por el lado septentrional, el valle de la Laconia queda cerrado por las alturas del Peloponeso central. La cordillera del Parnón desciende suavemente, mediante sus estribaciones orientales, hacia el mar, formando en algunos sitios cómodas bahías y dejando una franja costanera apta para ser poblada. Los declives occidentales del Taigeto bajan abruptamente hacia una depresión amplia y fértil, la de Mesenia, la que, hacia el oeste, se transforma en una altura litoral de poca elevación, bañada al sur por el golfo Mesénico. Al noreste, la Mesenia está cerrada por las alturas de Arcadia.

Así, pues, el Estado espartano, dentro de sus fronteras, delimitadas de forma definitiva en la segunda mitad del siglo VII a. C., ocupa la parte meridional del Peloponeso, en el litoral del golfo, y sólo la frontera norte, que separaba a Laconia de Elide al noroeste y de Arcadia al noreste, era terrestre.

Las fronteras terrestres del territorio espartano pasaban por lugares montañosos de difícil acceso. El litoral tampoco favorecía las relaciones marítimas. Sólo en el sudeste y en el sur había puntos adecuados para servir de amarraderos. El aislamiento geográfico de la Laconia fue

en parte causa de demora y hasta de estancamiento en el desarrollo político-social, tan característico de la historia de Esparta.

El valle lacónico, igual que el mesénico, está regado por una serie de corrientes de agua y es sumamente fértil. Mas en la Laconia, el área de las tierras fértiles es limitada, consistiendo en una franja bastante angosta a lo largo del curso medio del Eurotas, y cuya anchura máxima alcanza a unos diez kilómetros. Precisamente en este lugar fue donde surgió el centro político-militar del Estado espartano: la ciudad de Esparta.

Laconia y Mesenia en las épocas micénica y homérica

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el valle de Laconia han permitido descubrir restos de edificios antiquísimos. Entre ellos merece citarse el denominado Menelaión (siglos XIV-XI a. C.), que representa los restos de una maciza construcción de piedras talladas, compuesto de cuatro o cinco locales, con un pasillo, siendo el área general de la excavación de unos 300 metros cuadrados. El Menelaión se hallaba no lejos del que luego habría de ser territorio de Esparta, en los declives hacia el valle, y no estaba fortificado.

A ese mismo período pertenece también otro centro de la Laconia predórica, descubierto en el sitio sobre el cual posteriormente estuvo la población espartana de Amiclea. El poblado anterior, del período micénico, fue, al parecer, un centro de culto. Las otras poblaciones del período micénico en el valle de Laconia casi no se han conservado.

Mesenia, el territorio de la antigua Pilos, en la época micénica, a juzgar por los datos arqueológicos, estaba poblada más densamente que la Laconia. A finales del siglo XIII y en el XII, Pilos, Micenas y otras poblaciones micénicas en Laconia y Mesenia quedaron destruidas y fueron abandonadas. Termina la época micénica. Sobreviene una época nueva, la homérica, vinculada ya en forma directa e inmediata con la ulterior historia general de la Hélade. El comienzo de esta época coincide con la última gran migración de las agrupaciones tribales en la península balcánica. La memoria de tales migraciones se ha conservado en la literatura griega posterior en forma de tradición sobre la lucha del héroe Heracles por la posesión del Peloponeso y de la ocupación violenta de la península por los descendientes de Heracles, los heráclidas, y éstos, como ya ha sido mencionado, se pusieron a la cabeza de las agrupaciones de tribus griegas que habían invadido el Peloponeso y que llevaban el nombre de dorios. En esa tradición aparece mencionada por vez primera la división del pueblo griego antiguo en agrupaciones lingüísticas y tribales, de dorios, jonios, eolios y otros, subdivisión que subsistió en tiempos posteriores.

Pero esta subdivisión posterior de las tribus helénicas casi no es mencionada en los poemas de Homero, lo mismo que la invasión de los dorios en el Peloponeso.

Los mismos nombres de Esparta y de Lacedemonia, si bien aparecen tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*, lo hacen como denominaciones no de la ciudad ni de la región, sino solamente del legendario palacio del rey Menelao, cuya descripción se encuentra en el canto IV de la *Odisea*. No hay en ella noción alguna acerca de poblaciones que circundaran tal palacio, aun cuando, por lo general, en los relatos referentes a otras residencias de *basileis* (por ejemplo de Pilos, de Itaca, del palacio de Alcinoo en Esqueria), las mismas son representadas como centros de tal o cual región. Resulta así que las menciones sobre Esparta que se hacen en la *Odisea* son irreales. Esta impresión cobra más vigor si se presta atención al viaje de Telémaco de Pilos a Esparta; tampoco su descripción acusa realidad: un camino llano y recto conduce a los viajeros hasta Esparta, sin la menor mención de los macizos montañosos del Taigeto y sus estribaciones, que la separaban de la «arenosa» Pilos; a la vez, no se advierte que el camino de Telémaco dé un rodeo por los pasos montañosos, a lo largo de la costa marítima; más incluso, en este último caso es harto difícil suponer que los grandiosos paisajes montañosos no atrajeran la atención del poeta. De esta manera, la Esparta de los poemas de Homero carece por completo de realidad y no tiene ninguna semejanza con la Esparta posterior, la históricamente conocida, acerca de la cual nos transmiten tradiciones Herodoto y otros historiadores de la antigua Grecia. ¿Querrá decir esto que en la época homérica no existió una Esparta? Las excavaciones realizadas en el

sitio de la Esparta posterior han hecho ver que las poblaciones habían surgido allí en el siglo IX a. C.; los objetos de cerámica encontrados durante las excavaciones (principalmente en fragmentos) y los adornos (especialmente las figurillas de marfil) son característicos de la época homérica también en otras regiones de la Hélade. Es de particular interés la gran afinidad de la llamada cerámica geométrica de Esparta con la vajilla hallada durante las excavaciones de Delfos, el más antiguo centro de culto panhelénico, que desempeñó gran papel en la vida religiosa y política de Grecia. Llama la atención el hecho de que Delfos estuviera más tarde muy vinculada con la Esparta posterior, la conocida históricamente. Así y todo, las excavaciones no han descubierto ningún rastro más o menos grande de edificios de características palaciegas, de manera que los datos arqueológicos, muy incompletos aún, no dan base para suponer que el mismo centro del Estado espartano hubiera surgido en la tardía época homérica, y que no tenía nada de común con la Esparta representada en los poemas de Homero.

La invasión doria y el surgimiento del Estado espartano

Como ya hemos dicho, el surgimiento del Estado espartano se halla estrechamente vinculado con la migración de las tribus dorias. Los datos referentes al desarrollo del idioma griego hacen ver que los aqueos eran los más antiguos y ampliamente difundidos pobladores entre las tribus griegas. En el Peloponeso, particularmente en el territorio sobre el que luego se asentaría el Estado espartano, se habla, antes de que éste surgiera, la lengua aquea, emparentada con la jónica. Las tribus dorias que se habían apoderado del Peloponeso exterminaron parcialmente a la población aquea local, sometieron otra parte de la misma y se asimilaron con la restante.

Las referencias de las que disponemos en las obras de los autores antiguos referentes al origen del Estado espartano, como ya se ha señalado, son muy pocas y, además, fragmentarias.

Los datos de más valor los suministra Herodoto, quien proporciona una larga lista nominal de reyes espartanos, a partir de su antepasado mitológico, el semidiós Heracles y su hijo Hilos, hasta sus contemporáneos (siglo V a. C.). Hay fundamentos para pensar que una parte de esta lista de reyes espartanos, desde el siglo IX-VIII hasta el V a. C., se basó en una tradición histórica más o menos fidedigna. La lista proporciona cierta posibilidad de establecer un ordenamiento de los acontecimientos en la historia espartana. Para ello es necesario echar mano también a los informes extraídos de otras fuentes, dadas por los posteriores historiadores griegos, por cuanto los mismos pueden transmitir algunas tradiciones históricas no incluidas por Herodoto en su obra. Así, por ejemplo, Eforo, de la segunda mitad del siglo IV a. C., que dio en su *Historia Universal* la primera historia coherente de la Esparta más antigua, legendaria desde luego, comunica que los dorios se habían fortificado inicialmente en la parte superior del valle del Eurotas, en el distrito que más tarde se llamó Aygitis. Fundándose en esta noción, es posible formarse una idea general acerca de la dirección tomada por los dorios en su migración, al invadir la Laconia; evidentemente, lo hicieron de Norte a Sur. Moviéndose en forma masiva, los dorios fueron ocupando gradualmente el valle del Eurotas: la Laconia y los territorios adyacentes a la misma por el Este. A juzgar por los datos diseminados en la literatura antigua, ese proceso migratorio no fue acompañado de una subyugación general de la población local. Es significativo en este sentido el hecho, confirmado por el material arqueológico, de que el propio centro político de Esparta surgió a comienzos del siglo IX a. C., mientras que la invasión doria en el Peloponeso había comenzado como mínimo en el siglo VIII. Herodoto y Tucídides, los que suministran datos más fehacientes sobre Esparta, escriben acerca de un prolongado período de lucha interior y exterior, que acompañó la ocupación violenta de la Laconia por los dorios. Según Tucídides, desde la invasión de los dorios en el Peloponeso, y hasta la formación de un sólido régimen estatal en Esparta, habían transcurrido no menos de cien años. Fue precisamente durante el desarrollo de esa prolongada lucha cuando se operó en la Laconia la transición hacia una sociedad clasista, formándose el aparato de la clase dominante, el Estado espartano.

En el siglo IX a. C., los conquistadores dorios, que ya controlaban todo el territorio laconio, se concentraron en un lugar estratégicamente adecuado del valle del Eurotas y se establecieron allí en cinco poblaciones. Estas aldeas fueron las que formaron precisamente el centro principal que tomó el nombre de Esparta.

La solidez de los pilares de la familia patriarcal en la vida político-social de los conquistadores dorios se manifiesta, con toda claridad, en este peculiar modo de formación de un centro político.

Una vez asentados en Esparta, los dorios, que ya estaban divididos en tres fileas —pánfilos, híleos y dímanos—, volvieron a subdividirse complementariamente en cinco grupos que recibieron estas denominaciones: Pitana, Mesoa, Dimna, Cinosura y Limnai. Estrechamente vinculada con esta subdivisión se hallaba la distribución del territorio de la Laconia según distritos (*obas*) cuya cantidad y organización no se conocen. Esta nueva subdivisión no estaba basada en las relaciones gentilicias, sino que estaba determinada por la organización político-militar, por la subyugación de la población agrícola aquea y por el surgimiento del Estado.

La invasión doria debió agudizar bruscamente el ulterior proceso de la diferenciación social en la sociedad aquea, cuya nobleza es muy probable que parcialmente entrara a formar parte de la clase dominante de los conquistadores dorios, que acababa de componerse. Herodoto, que conocía bien las tradiciones históricas, relata cómo el rey espartano Cleomenes I, al ser interrogado sobre quién era él, respondió a la sacerdotisa de la diosa Atenea que era aqueo, y no dorio. Por consiguiente, para Herodoto una de las dos dinastías de los reyes espartanos era de estirpe aquea. En otro lugar (IV, 145-150), Herodoto expone detalladamente la tradición sobre los minios, que se habían trasladado desde la isla de Lemnos a la Laconia entrando a formar parte de la ciudadanía espartana. Este acontecimiento provocaría posteriormente en Esparta una lucha político-social que habría de terminar con el desalojo de los vencidos a la isla de Tera. Confrontando el relato de Herodoto con los datos de Pausanias, es factible deducir que los acontecimientos considerados tuvieron lugar unas ocho generaciones antes de la guerra de Mesenia, es decir, a finales del siglo XI a. C. Cabe pensar que la tradición que se refiere a los minios caracteriza el antiquísimo período de la lucha de los dorios por la posesión de la Laconia. De esta manera, la procedencia mixta de la clase dominante en Esparta era reconocida aún en los tiempos de Herodoto. La certeza histórica de tal informe de Herodoto es confirmada en cierta medida por los mencionados datos de Pausanias, como también por dos arcaicas inscripciones de la isla de Tera.

No es menos esencial la cuestión de cuándo, en medio de qué circunstancias y en qué forma se había producido la subyugación de las amplias capas de la población laconia por la clase dominante. La situación especial de los ilotas interesaba ya a los historiadores de la antigüedad. A juzgar por sus datos, en particular por los de Eforo, los ilotas al comienzo no estaban esclavizados. La esclavización se consumó durante el reinado de Agis, correspondiente a la segunda generación de los que siguieron a la invasión de los dorios en la Laconia. Según las referencias de otros historiadores, los ilotas fueron esclavizados durante la tercera generación de los reyes.

Las tradiciones históricas vinculan la esclavización de los ilotas con el período de la agudización de la lucha social, que se había extendido a lo largo de cinco generaciones. De ahí se desprende con claridad que el sojuzgamiento de la población agrícola requirió a los subyugadores una tensión máxima de sus fuerzas. Cabe pensar que precisamente en tales condiciones se había producido el acercamiento de la nobleza aquea a los dorios. La parte sobreviviente de la nobleza aquea fue, al parecer, incluida en las filas dorianas: de esta manera los vencedores se habían unificado con una parte de la capa dominante de los vencidos, formando juntos una única organización político-militar. A juzgar por los datos obtenidos por las últimas investigaciones arqueológicas, Esparta, antes de la segunda guerra mesenia, difería muy poco de las otras comunidades griegas que eran sus contemporáneas. Las particularidades que le eran propias y la distinguían de las comunidades circundantes han de haber surgido más tarde. Al parecer, sólo posteriormente la unificación de la clase dominante habría tomado el nombre de «comunidades de iguales», o comunidades de espartanos. Fue precisamente esa colectividad organizada militarmente la que distribuyó las tierras del valle del Eurotas en parcelas iguales, cleros, que pasaron a ser explotadas hereditariamente por cada una de las familias a las que se adjudicaron. La propiedad jurídica de la tierra fue, sin embargo, conservada en manos de la comunidad de espartanos, que ejercía el control permanente y real sobre los propietarios de los cleros.

La población agrícola conquistada y subyugada por los espartanos, y que había tomado la denominación de ilotas, fue fijada a los cleros, cuyas tierras debían trabajar y hacer producir, bajo el control de personas especialmente designadas por el Estado. A los mismos espartanos les estaba prohibido permanecer largo tiempo en los cleros.

En cuanto a la situación inicial de los ilotas, conocemos muy poco. Al parecer, ya en el siglo VII la situación de los ilotas subyugados se había acercado a la de esclavos. Sin embargo, se pueden notar diferencias radicales con respecto a la esclavitud. Los ilotas no sólo no representaban una propiedad privada de los espartanos, sino que tampoco eran explotados por éstos en forma directa, por cuanto los espartanos no podían residir en sus cleros y, en consecuencia, no podían atender directa y personalmente la explotación y la hacienda de los mismos; de esta manera, los ilotas trabajaban en los cleros y tenían autonomía en su trabajo, teniendo la obligación de entregar a los espartanos una determinada parte de su cosecha. Sólo el Estado tenía derechos sobre la vida y la muerte de los ilotas. Esto tenía su expresión en la existencia de una costumbre del Estado, la de las criptias (ver más adelante), y también en el hecho de que los éforos, al asumir su cargo, ejecutaban el rito de «la declaración de guerra» a los ilotas. Tampoco se puede llamar a los ilotas esclavos del Estado en la acepción completa de la palabra, puesto que la venta de ilotas por el Estado era, de hecho, absolutamente imposible. Al mismo tiempo que los ilotas, existían en Esparta también esclavos en el sentido literal del término. Un escritor de la Grecia tardía, Pólux (Julio), autor de una especie de diccionario, define a los ilotas de la siguiente manera: «Una posición intermedia entre esclavos y ciudadanos libres ocupaban los ilotas lacedemonios, los penestas tesaliotas y los clarotes y miontes cretenses.»

El tercer elemento que completaba la estructura social espartana lo constituyan las comunidades autónomas de los periecos, que habitaban en grandes poblados, de carácter artesanal y comercial primordialmente, en el litoral marítimo, en las estribaciones occidentales del Parnón y en la región de la Escirítida, en la parte septentrional del valle lacónico. Las tierras de los periecos estaban marcadamente separadas de las ocupadas por los espartanos y pobladas por los ilotas. Eforo escribe que originariamente los periecos tenían igualdad de derechos con los espartanos y que el rey Agis les había convertido en tributarios de Esparta y los había privado de los derechos políticos. Cuenta más adelante Eforo que no eran los aqueos — desiguales en cuanto a derechos a los espartanos— los que se habían convertido en periecos, sino los forasteros que se habían instalado en los sitios abandonados por los aqueos. En base a tales datos, es lícito creer que los periecos no fueron incluidos de golpe en el Estado espartano, sino que, al comienzo, sus comunidades, especialmente las costeras, tenían la condición de aliadas de la comunidad militar espartana, la que más tarde las subyugó. Geógrafos e historiadores griegos posteriores comunican que en Esparta existían cien poblados de periecos, muchos de los cuales eran muy antiguos. Resulta así que la región ocupada por los periecos estaba densamente poblada y tuvo significado importante en el desarrollo ulterior del Estado espartano.

El Estado espartano de los siglos IX-VIII a. C. representaba en primer lugar, como ya hemos dicho, una organización militar. La misma era encabezada por dos reyes, *basileis* de las dinastías de los Agíadas y los Euripontidas. Estos dos *basileis* se hallaban a la cabeza de la comunidad espartana en calidad de jefes militares supremos. Su poder, empero, era real sólo durante las campañas béticas contra un enemigo exterior. En la vida interna del Estado, el papel que desempeñaban era de muy poca importancia. Los dos formaban parte de la gerusía, o sea, del consejo de los ancianos (*gerontes*). A la vez, eran sacerdotes de los diferentes cultos rendidos a Zeus.

Entraba también en las obligaciones del *basileus* la inspección de la justa distribución y utilización de las parcelas dentro de la colectividad espartana. Esta función fluía naturalmente de la situación de los *basileis*, que encabezaban esa colectividad organizada militarmente. En tiempos algo posteriores, como lo informa Herodoto, los *basileis* espartanos ordenaban también los matrimonios de las doncellas herederas de los cleros familiares.

Como ya hemos anotado, el poder de los *basileis* estaba estrechamente ligado a la gerusía, compuesta de 28 ancianos no menores de sesenta años y que, en los tiempos históricamente

conocidos, eran elegibles. En conjunto con los *basileis* que formaban parte de ella, la gerusía entendía en los asuntos de la comunidad espartana. Constituía el juzgado supremo y el consejo militar. En este último papel, la gerusía era sólo un órgano de consulta. Según el concepto de los historiadores griegos posteriores, la gerusía era una parte integrante e inseparable del régimen espartano creado por el legendario Licurgo, lo cual indica la antigüedad de su procedencia.

El órgano supremo del Estado espartano era la asamblea popular, apela, que se componía de todos los espartanos que gozaban de plenos derechos y eran mayores de edad. El papel efectivo de la apela en la vida política de Esparta no era grande, puesto que la misma no gozaba del derecho de iniciativa para legislar. Intervenían en sus sesiones tan sólo los *basileis* y los funcionarios más altos. La reunión reaccionaba frente a esas intervenciones con gritos, y la mayoría se reconocía para la parte cuyos gritos eran más altos y más fuertes. Inclusive Aristóteles, gran simpatizante del régimen estatal de Esparta, calificaba de «pueril» esta manera de conducir las reuniones. Hay que considerar que la apela en los siglos IX-VIII a. C. apenas era un órgano más perfecto y desarrollado que en los tiempos de Aristóteles. Es muy probable, empero, que durante el período en que iba formándose en Estado espartano, la apela desempeñara un papel mucho más significativo que en tiempos posteriores.

Una de las particularidades del régimen estatal espartano consistía en la existencia del colegio de los cinco éforos. Los historiadores griegos titubearon muchísimo en la apreciación de dicho órgano y en la determinación de su origen. Algunos lo consideraban como pilar del régimen espartano; otros, por el contrario, consideraban la introducción del colegio de los éforos como un agregado posterior a la organización estatal formada inicialmente. Dentro de esta posición, en opinión de algunos autores, dicho colegio era un órgano salvador del Estado, mientras otros lo consideraron como una institución dañina e inadecuada para los principios fundamentales del régimen. Esta polémica entablada en la antigua literatura histórica y política estuvo muy lejos de acusar índole académica; fue originada por la encarnizada lucha entre los partidarios de la oligarquía y los de la democracia en la Grecia de los siglos IV-III a. C.

De por sí, esta misma postura respecto al eforado permite pensar que el mismo desempeñaba un papel esencial en la vida política de Esparta. Sin embargo, al parecer, fue progresivamente cuando esta institución adquirió influencia en el Estado espartano. En las más antiguas tradiciones históricas espartanas, figuran en el primer plano no los éforos, sino los *basileis*. Evidentemente, el eforado había surgido en calidad de órgano de representantes de las cinco aldeas en las cuales se hallaba dividida Esparta.

Ulteriormente, el colegio de los éforos fue independiente, tanto de la gerusía como de los *basileis*. Más aún: los éforos estaban incluso contrapuestos a esos poderes; al asumir el cargo, firmaban una especie de tratado con los *basileis* garantizándoles el poder, siempre que los nombrados observasen las leyes. Ya Aristóteles había llamado la atención sobre la particularidad de la organización estatal espartana, que se caracterizaba, según él, por una cierta dualidad. En su *Política*, dice Aristóteles: «... el poder de los reyes estaba allí repartido entre dos personas... Teopompo, a su vez, había reducido las prerrogativas del poder real recurriendo a diferentes medidas, entre ellas, la instalación del eforado».

El colegio de los éforos constituía así uno de los fundamentales órganos del Estado espartano. Al lado de las funciones de control, el problema principal del eforado residía en mantener en obediencia para con la comunidad espartana a la masa sujeta a ella y a los periecos que no gozaban de plenos derechos. Con este fin, se practicaban en Esparta medidas tales como la proclamación regular de criptias, durante las cuales los guerreros espartanos se dispersaban por las regiones rurales para atacar por la noche los villorrios de los ilotas. En los mismos, según un autor antiguo, «mataban a los más fuertes entre los últimos». Con estos métodos bestiales el Estado espartano trataba de prevenir las sublevaciones de los ilotas. A pesar de todo, las sublevaciones no dejaban de estallar, adquiriendo a veces dimensiones tales que la comunidad espartana no estaba en condiciones de aplastarlas sin la ayuda de otras ciudades peloponesíacas, aliadas suyas.

La reducida comunidad de espartanos resolvía el problema de la dominación sobre la aplastante mayoría de la población laconia (sobre los ilotas privados de derechos y sobre los

periecos que no gozaban de la plenitud de los mismos), al precio de una constante tensión bélica, de un permanente estado de preparación militar y disposición para el combate. Esta circunstancia había impuesto su cuño y sello sobre todo el modo de vida de la comunidad espartana, completamente apartada de la actividad económica y transformada, también por completo, en una dominante clase militar.

De esta manera, en el siglo VIII a. C. se había formado el Estado esclavista espartano sobre la base de formas muy primitivas de explotación de la sojuzgada población agrícola. El régimen político, como vemos, era en muchos sentidos bastante primitivo. En su base se hallaba el aprovechamiento, con fines de dominio clasista, de toda una serie de instituciones surgidas todavía en la época de la descomposición del régimen comunal. Los órganos aparecidos más tarde, por ejemplo el eforado, habían constituido ya un engendro de condiciones nuevas que no se hallaban ligadas al régimen de *gens*.

Para su tiempo, el régimen estatal espartano constituyó un definido paso hacia adelante en el nacimiento del Estado en la antigua Grecia como aparato de opresión de la clase dominante. El lugar principal en tal organización lo ocupaba la educación político-militar de los ciudadanos. Tal rasgo del régimen espartano atraía la atención de los ideólogos de la nobleza esclavista. La vida de todo espartano, desde el momento mismo en que nacía, se hallaba bajo la constante e incansable observación del Estado. Hasta la edad de los ocho años, los varones vivían con sus familias. Luego, eran reunidos en grupos —agelas (literalmente rebaños)— que estaban a cargo de altos funcionarios del Estado —*paidónomos*, o sea, educadores fiscales—, los que, mediante un rigurosísimo adiestramiento, trataban de hacer de los niños buenos guerreros. Además del entrenamiento gimnástico-militar, los niños eran sometidos a privaciones e inclemencias (hambre, frío), estimulando que intentaran proveerse de alimentos recurriendo a cualquier medio, sin que con ello se violara la disciplina formal. A partir de los doce años, el rigor en la educación era reforzado: se desarrollaba la habilidad de expresar los pensamientos de la forma más breve posible (se iba creando así la oración «lacónica», término que se ha convertido en adjetivo genérico); se sometía a los niños a diferentes clases de torturas para acostumbrarlos a soportar fácilmente los sufrimientos físicos. A los dieciocho años, la educación de los espartanos se daba por terminada. A los veintiuno, el adolescente era nombrado guerrero espartano, a partir de lo cual ya él mismo debía participar en el entrenamiento de las generaciones más jóvenes. En este sistema educacional, la instrucción común ocupaba un lugar insignificante; los espartanos no sólo ignoraban las conquistas de la antigua cultura griega, sino que, en general, eran semianalfabetos. En este punto coinciden todos los escritores de la antigua Grecia. Sin embargo, según los laconófilos, la preparación militar de los espartanos y de su ejército era preferible a todos estos logros de la civilización.

El descrito régimen del Estado espartano fue creado, de acuerdo con tradiciones bastante contradictorias, por un gran legislador, el sabio Licurgo. El habría sido quien apaciguara a una Esparta desgarrada por luchas intestinas, introduciendo un régimen «ideal» para el Estado que se conservó posteriormente durante toda la existencia de Esparta. ¿Hasta qué punto es verídica tal tradición referente a Licurgo? Plutarco, que ha escrito una biografía muy amplia de Licurgo, reconoce empero, no obstante su poquíssima inclinación a la crítica histórica, que la tradición de Licurgo es sumamente enrevesada y oscura. Para la ciencia historiográfica actual, queda fuera de duda que la efigie de Licurgo es algo legendaria, carente de realidad histórica. Así y todo, no está excluido que medidas tales como la repartición en cleros del territorio conquistado por los espartanos, la reorganización del antiguo Consejo de Ancianos, transformándolo en gerusía, la institución del eforado, fueron introducidos simultáneamente. Todas estas leyes fundamentales del Estado espartano pueden haber sido el resultado de la actividad de un gran organizador, posteriormente deificado: existía en Esparta un culto especial de Licurgo, como deidad de la luz.

En la vida cotidiana de los espartanos se conservaban muchos hábitos que databan de la más remota antigüedad, por ejemplo, las agrupaciones según las edades que, probablemente, representaban un tipo de destacamentos *sui géneris*. Estas agrupaciones tenían lugares para reunirse (lesquias), en los que se realizaban ágapes comunes y se organizaban diversiones, y donde la juventud y los guerreros adultos pasaban la mayor parte de su tiempo, no sólo de día, sino también de noche. Las mujeres no eran admitidas en esas organizaciones, pero, al mismo

tiempo, eran ellas dueñas absolutas en la vida de familia, la que, en contraposición a la forma de vida de los varones, organizada sobre principios comunales, era sumamente cerrada.

De las supervivencias preclasistas hablan también muchas costumbres de la vida familiar de los espartanos: el rito con que se celebraba el matrimonio consistía en el rapto de la doncella novia; la familia era monógama, pero al mismo tiempo era admitida la libertad de la relación sexual extramatrimonial, tanto para el marido como para la mujer.

Como ya hemos señalado, fue el período de tensa lucha por el dominio del territorio ocupado, cuando se formó el régimen militar espartano. Todos los espartanos, en la edad comprendida entre los veinte y los sesenta años, eran guerreros. El ejército estaba subdividido en cinco agrupaciones combativas —lochas—, una por cada una de las cinco aldeas en que se hallaba dividido el centro del Estado espartano. Cada locha se componía de "destacamentos unidos por un juramento", los llamados enomotias, cuyos participantes llevaban, incluso en tiempos de paz, un modo de vida en común, formando una especie de «fraternidad» llamada sisitias. Este régimen militar distaba mucho aún de esa esbeltez y perfección de la cual escribe Tucídides a finales del siglo V. Las supervivencias de las relaciones tribales y de gens, que hemos anotado, repercutieron sobre el carácter de la organización militar espartana. Las enomotias podía manifestar una excesiva independencia dentro de las circunstancias de combate, lo cual amenazaba la unidad de la disciplina. Un caso es el mencionado por Herodoto en la descripción de la batalla de Platea en el año 749 a. C. Es debido a ello que en las luchas contra sus vecinos, entre los siglos IX y VII, Esparta sufría descalabros con cierta frecuencia.

Apoyado en una base económica-social primitiva, desgarrado por una permanente lucha interna, el Estado espartano se vio obligado desde muy temprano a enviar colonos al exterior. En la tradición que transmite Herodoto acerca de los minios y de la colonización de la isla de Tera por los espartanos, aparece nítidamente pintada la configuración de circunstancias que acompañaban a esos sucesos. Las nociones traídas por Herodoto han encontrado en la actualidad nuevas confirmaciones arqueológicas y epigráficas.

Tucídides da nociones de la colonización de Citera por los espartanos, al igual que de los choques entre Esparta y otras ciudades. En este sentido, ofrece muchísimo interés el relato de Herodoto sobre la prolongada guerra perdida por Esparta contra Tegea, una de las ciudades de la Arcadia.

Otro adversario, más peligroso aún, de Esparta, era Argos, principal centro político de la Argólida, que había conservado en forma más completa la herencia cultural de la época micénica. Argos había alcanzado el céñit de su poderío durante el reinado del tirano Fidón, el que, según la tradición, había sometido a su influencia y poder toda la parte noreste del Peloponeso.

El tercer y principal adversario de Esparta era Mesenia, en cuyas regiones costeras, durante la época micénica, especialmente en la costa occidental —según lo establecido por los descubrimientos arqueológicos—, se hallaban situados muchos centros estrechamente vinculados con Creta. Las regiones interiores, las de la llanura de Mesenia, estaban en este sentido mucho menos desarrolladas.

De acuerdo con las tradiciones históricas ampliamente aprovechadas por la literatura griega, la Mesenia, al igual que la Laconia, fueron invadidas por los dorios; Cresonte, un descendiente directo de Heracles, consanguíneo de los reyes espartanos, había fundado en Mesenia la dinastía de los reyes que fue denominada según el nombre de su hijo Epites: la de los Epítidas. Al echar mano, para la interpretación de estas tradiciones, al material arqueológico, como también a los datos de la historia y la dialectología de la lengua griega, se puede llegar a la deducción de que la invasión doria había también llegado a Mesenia, donde si bien fueron destruidos grandes centros de la cultura micénica, la población aquea al parecer no fue sojuzgada. Es cierto también que en el territorio mesenio, célebre por su fertilidad, se fusionaron parcialmente los aqueos y los dorios, y se deslindaron las tierras con mojones. Los poemas homéricos hacen mención de la Mesenia como de un territorio unificado políticamente. Lo mismo se dice de Mesenia en las tradiciones históricas utilizadas y transformadas por Pausanias. Las listas de los vencedores en los juegos olímpicos, conservadas en los fragmentos de Hipías de Elis, contienen nombres de

mesenios hasta la mitad misma del siglo VIII a. C., lo cual da testimonio no sólo de la independencia política de Mesenia, sino también del nivel relativamente elevado del desarrollo de su cultura. Finalmente Eurípides, en su tragedia *Cresonte*, que nos ha llegado sólo fragmentariamente, escribe sobre Mesenia como de un país libre e independiente.

Pero en Mesenia no había surgido ninguna formación estatal, ni aquea ni doria, que fuera capaz de defender su ulterior existencia independiente. Sus posibilidades eran inferiores a las de Esparta, del mismo modo que ocurría en las restantes regiones del Peloponeso.

En la segunda mitad del siglo VIII, Esparta emprendió la conquista de Mesenia. Pausanias suministra nociones detalladas pero legendarias de esa guerra. Material más fidedigno, reminiscencias de encarnizadas batallas durante la guerra de los veinte años, halló su reflejo en los versos del poeta griego Tirteo (de los cuales se han conservado sólo unos fragmentos), del siglo VII a. C., quien vivió dos generaciones más tarde. Como informa otra fuente, al finalizar esa guerra entre Mesenia y Esparta, se sublevaron los llamados partenios —hijos ilegítimos—, pertenecientes al sector de la población privado de derechos civiles. La sublevación fue aplastada y los sublevados se vieron obligados a abandonar Esparta y emigrar hacia el litoral meridional de Italia, donde fundaron la colonia de Tarento.

Tras una serie de derrotas, la resistencia de los mesenios se había concentrado en la región montañosa limítrofe con la Arcadia; allí fueron derrotados y Mesenia se sometió a Esparta con la condición de pagar un tributo consistente en la mitad de cada cosecha anual. Al parecer, los mesenios quedaron en una situación similar a la que entonces tenían en Esparta los ilotas. La victoria sobre Mesenia, empero, no mejoró esencialmente la situación de Esparta. Los espartanos tenían que emplear enormes fuerzas para mantener a Mesenia en la obediencia. Al mismo tiempo, las relaciones entre Esparta y Argos, en la que en ese tiempo se había afianzado la tiranía de Fidón, habían empeorado bruscamente, e iba creándose también la amenaza de un serio choque militar con Tegea y otras ciudades peloponesías.

En medio de tales condiciones se compuso definitivamente el régimen político-social espartano. Al parecer, fue precisamente entonces cuando se promulgó la reforma que consolidaba la igualdad de bienes de los espartanos. Para ello, el Estado espartano tuvo que librarse dentro de lo posible de la influencia de las relaciones mercantiles y monetarias que iban desarrollándose rápidamente, recurriendo a varias medidas: la prohibición de guardar metales preciosos; la prohibición a los forasteros de aparecer en el territorio de la ciudad de Esparta, y quizás en el de todo el Estado espartano. Es probable que fuera entonces cuando se legitimara el uso exclusivo de la arcaica moneda de hierro, acerca de lo cual Plutarco transmite un relato anecdotico a su célebre biografía de Licurgo. Es curioso que el sistema de pesas y medidas de Fidón de Argos, difundido en todo el Peloponeso, no fuera aceptado en Esparta. Las tierras de los periecos fueron consideradas como tierras estatales y divididas en cleros entre los ciudadanos. Tales medidas tenían por objeto detener el desarrollo de la producción, acerca de la cual dan testimonio millares de hallazgos arqueológicos en el antiquísimo territorio del santuario de Esparta —el templo de Artemisa Ortia— y en otras partes de la ciudad.

Muy pronto, el Estado espartano se vio en la necesidad de sostener otra pesada guerra contra Mesenia, que se sublevó en la segunda mitad del siglo VII a. C. La sublevación estalló en la parte nómada de la llanura mesénica, en la región de Andania. Los sublevados, encabezados por el rey Aristómenes, de la estirpe de los epítidas, estaban aliados con Arcadia, Elida y Argos.

Durante los primeros años de la guerra, los espartanos sufrieron una derrota tras otra. Los versos de Tirteo, que tomó parte en dicha guerra, hablan de la extrema tensión de fuerzas por parte de Esparta. El conflicto repercutió también sobre la creación de los mesenios, que precisamente en ese tiempo compusieron unas canciones épicas, aprovechadas posteriormente por los autores que imitaban a Homero. Los mesenios se sostuvieron heroicamente, mas sus aliados, especialmente el rey arcadio Aristócrates, los traicionaron, y los espartanos comenzaron a superarlos. En una batalla decisiva, junto al «gran foso», al décimo año de la guerra, los mesenios fueron derrotados. Pero su resistencia continuaba; se habían fortificado en el monte Ira, en los límites de la Arcadia, donde se sostuvieron a lo largo de once años. Capitularon bajo la condición de poder trasladarse libremente a Arcadia y otras regiones de la Hélade. Los que se

quedaron fueron convertidos en ilotas y, junto con sus respectivas parcelas, distribuidos entre los espartanos. Resulta así que a finales del siglo VII a. C., el sistema de explotación de los ilotas ya estaba formado en lo fundamental. Evidentemente, entonces fue cuando se introdujo la ya mencionada costumbre bestial de las criptias. Tal como escribe Tucídides, toda la atención de los poderes espartanos estaba dirigida ahora al aplastamiento de los ilotas. De vez en cuando las rebeliones de los ilotas estallaban con tanta violencia y fuerza, que el Estado espartano no estaba en condiciones de reprimirlas por sus propios medios. En tales ocasiones, Esparta pedía ayuda en las comunidades vecinas del Peloponeso, surgiendo sobre esta base la tendencia a estrechar relaciones con una serie de ciudades de alrededor. A su vez, estas mismas ciudades también estaban interesadas en un acercamiento con Esparta, por cuanto en aquel tiempo ésta gozaba ya de la fama de ser uno de los Estados militarmente más poderosos de toda la Hélade. Como resultado, a mediados del siglo VI a. C., se forjaba en el Peloponeso una unión que entró en la historia con el nombre de Liga o Confederación del Peloponeso. Aun cuando Esparta la encabezaba, los demás miembros continuaron conservando su independencia; Esparta se inmiscuía muy poco en los asuntos internos de los mismos.

2. Creta

Cuenta la leyenda que, antes de formular y publicar las leyes que han quedado vinculadas a su nombre, Licurgo habría visitado también a Creta durante los viajes que hiciera con el fin de estudiar las constituciones de otros países. Sin duda, esta leyenda se apoya en el hecho histórico de que entre las organizaciones estatales de Esparta y de Creta se observan muchos rasgos similares. Dichos rasgos se explican históricamente por el hecho de que, tanto en Esparta como en Creta, en el primer milenio anterior a nuestra era, la población dominante fue la doria, que sometió a los pobladores de la isla; entre ellos a los aqueos, eteocretes (cretenses autóctonos) y otros.

Sin embargo, la similitud entre Esparta y Creta se observa más bien en sus instituciones sociales que en las estatales. Para conocer a unas y otras es especialmente importante, aparte de una reducida cantidad de fuentes literarias, una gran inscripción encontrada en una ciudad de la costa meridional de Creta: Gortis, la que, junto a Cnosos, desempeñó gran papel en la historia de esa isla. Aun cuando esta inscripción, a la que a veces se denomina «la verdad gortinense», fue grabada en la pared de un edificio público ya a mediados del siglo V a. C., ella representa la codificación de la legislación cretense perteneciente a una época muy anterior.

Las fuentes mencionadas permiten formarse cierta idea acerca del régimen social de la sociedad cretense. La población de esta isla estaba formada por dos grupos fundamentales: libres y dependientes. Los tributos eran los ciudadanos, pertenecientes a las tribus dorias, que gozaban de plenos derechos; los llamados «súbditos», equivalentes a los periecos espartanos, que conservaban la libertad personal, pero carecían de la plenitud de los derechos civiles; los manumitidos, a los que de acuerdo con las leyes nadie podía privar de la libertad; y los extranjeros que moraban en la isla. Los ciudadanos era reunidos en hetairías (sociedades). Además de esto, junto a las tres filai en que se dividía la población doria, en algunas ciudades cretenses en las que la población estaba mezclada, había otras filai más (por ejemplo, la de los aitaleos). Cada una de ellas no era más que una gens o una familia ampliada. Semejantes filai existían también en el seno de la sociedad de los «súbditos». Las hetairías estaban formadas por compañías de jóvenes amigos (agelas) pertenecientes a la clase dominante (en consecuencia, no podían ingresar a las mismas los «súbditos», los manumitidos y los extranjeros, todos los cuales se consideraban como «fuera de las hetairías»). A la cabeza de cada hetairía había un arconte. Para la vista de las causas o procesos que surgían entre los que se hallaban «fuera de las hetairías» (athetairíos) y los miembros de las mismas, se nombraban jueces especiales. Y dado que los miembros de las familias nobles, al ser distribuidos según las hetairías, trataban de conservar los vínculos con su gens, las hetairías coincidían mayormente con las filai. Una subdivisión de la filai era el claros. Del seno de la file emanaba el claros militar que soportaba obligaciones especiales; entre sus miembros se elegía los cosmos (estrategas), que tenían en sus

manos el supremo poder militar del Estado. Los "súbditos", agrupados en comunidades rurales, también estaban divididos en filai. Junto con la agricultura estaban desarrollados los oficios y el comercio. Para los manumitidos, o libertos, se destinaban en las ciudades cretenses barrios especiales. Finalmente, para la administración y para la vigilancia de los extranjeros que moraban en la isla existía un funcionario *ad hoc*.

A semejanza de las comidas en común de Esparta ("Syssitia"), en Creta se efectuaban también banquetes públicos, conocidos como "comidas de varones" (andreiai). Según algunas fuentes, estas comidas eran organizadas por los aportes efectuados por los miembros del claros. Según otras fuentes, era el propio Estado quien destinaba a las mismas una parte de los ingresos del fisco. Cada una de estas andreias estaba bajo la vigilancia de un llamado paidónomo. En las andreias se hallan presentes los niños varones, que recibían la mitad de la ración. Al cumplir los diecisiete años, el joven era registrado y anotado en una agela, teniendo que frecuentar los gimnasios, en los que se prestaba principal atención al entrenamiento físico y una atención mucho menor a la instrucción intelectual; un lugar esencial era destinado al aprendizaje de memoria de las leyes, redactadas en verso. Al terminar la agela, en la que probablemente permanecían unos diez años, los jóvenes ingresaban en la hetairías. Los miembros de cada promoción estaban obligados a contraer simultáneamente matrimonio, pero la esposa entraba en la casa del marido sólo cuando estaba en condiciones de manejar la economía de la misma. El matrimonio era considerado sagrado, y toda violación del mismo era severamente castigada.

La población no libre, o dependiente, de Creta se componía de mnoitas y de esclavos. Los mnoitas eran agricultores, cargados de gravosas obligaciones, que habitaban las tierras del Estado. Quizás en éstos ha de verse a los descendientes de la antigua población de la Creta minoica. En cuanto a los esclavos, pertenecientes a particulares, se los puede subdividir en dos categorías. Unos, cuya situación correspondía a la de los ilotas espartanos, labraban las parcelas (cleros) de sus amos, a los que debían entregar una parte de los productos que obtenían; estaban fijados inseparablemente a los cleros, y recibían la denominación de afamiotas o clerotes. Podían formar familias e inclusive contraer matrimonio con mujeres libres; tenían su hacienda doméstica y podían adquirir bienes domésticos también. Otros, utilizados para los trabajos y quehaceres de las casas, eran esclavos comprados.

Las particularidades de la sociedad en Creta habían condicionado la singularidad del régimen estatal de las cuarenta y seis polis cretenses. Las constituciones de las mismas tenían un rasgo común: cada una de ellas era regida por los ya mencionados cosmos. Aristóteles desaprueba este orden estatal considerándolo la peor clase de oligarquía: el caso es que dichos cosmos estaban investidos entre los cretenses del supremo poder tan sólo formalmente, pues en la realidad se encontraban supeditados a la tiranía de los representantes de las familias nobles, que tenían el derecho de reemplazarlos durante el ejercicio del poder. Escribe Aristóteles: "Tal preponderancia de la nobleza y, en general, de los hombres del poder que no desean someterse a un veredicto de los cosmos, lleva a la anarquía, a constantes disensiones y a una lucha intestina, de manera que el régimen cretense tiene tan sólo alguna que otra similitud con un régimen estatal". Al colegio o senado de los cosmos estaban adscriptos un secretario y otros funcionarios, entre ellos los que entendían de las finanzas.

El poder judicial también se hallaba bajo la jurisdicción de los cosmos, a los cuales estaban sometidos los jueces. Debajo de los cosmos se encontraba el Consejo de ancianos; eran sus miembros los mismos cosmos una vez que habían cumplido el término reglamentario de su función; eran integrantes vitalicios de este Consejo, que representaba la suprema instancia gubernamental y judicial, poseía plenipotencias casi ilimitadas y gobernaba el demos a su albedrío (al decir de Aristóteles, "arbitriamente, y no sobre la base de las leyes escritas"). El número de miembros de este Consejo llegaba a veintiocho o treinta.

La asamblea popular ocupaba un lugar secundario, puesto que sólo poseía el derecho formal de confirmar las resoluciones tomadas por el Consejo o por el Cosmos. Hacia mediados del siglo III a. C., la Asamblea popular adquirió gran significado y valor. Dada la democratización del régimen estatal realizada entonces en Creta, al lado del Consejo de ancianos se formó incluso un consejo de «jóvenes», investidos de poderes especiales, y que también cumplía funciones judiciales.

Las sesiones de la Asamblea popular tenían lugar en la plaza pública (ágora), donde había una piedra especial desde la cual los oradores pronunciaban sus discursos y arengas. La Asamblea popular estaba autorizada para tomar resoluciones sólo con la presencia de no menos de quinientos miembros.

La «verdad gortinense» contiene también una serie de artículos vinculados con asuntos de herencia, deudas, violaciones de reglas sociales, etc. Los procesos en Creta eran orales, en presencia de testigos, los que hacían sus declaraciones bajo juramento.

En cuanto a la historia de Creta durante el período prehelénico, de la misma se han conservado tan sólo hechos aislados carentes de valor para la historia griega general. Así, se sabe que durante las guerras greco-persas, los ciudadanos cretenses despacharon una embajada a Delfos, pero no tomaron parte alguna en dichas guerras. Tampoco tomaron parte alguna las ciudades cretenses en la primera Liga marítima ateniense, aparecida en el siglo V a. C.

3. Tesalia

Las relaciones sociales y el régimen estatal de Tesalia ofrecen un interés particular debido a que allí se conservó sin mayores variantes un régimen social que hace recordar, hasta cierto grado, a la Grecia homérica.

Tesalia representa una llanura baja, la más grande de toda la Hélade, limitada por todos los lados por colinas y cordilleras: al norte, por el Olimpo; al oeste, por la cordillera de Pindo; al este, por las de Osa y Pelión, y al sur, por la cordillera de Acaya y, tras ésta, el monte Eta, paralelo a la anterior. La llanura tesalia es regada por el río más grande de la Hélade, el Peneo. Dicha llanura es muy feraz, apta tanto para la agricultura como para la ganadería (hasta el mismo período helénico, Tesalia poseía la mejor caballería de Grecia).

Desde Tesalia se exportaban en gran cantidad carnes y cereales. Una parte de la llanura tesalia estaba cubierta, en tiempos más remotos, de espesos bosques; es característico que, aún en el siglo V, los antiguos funcionarios, que ya habían perdido el poder y se habían convertido en epónimos (los años se denominaban con los apelativos de dichos funcionarios), eran apodados «inspectores silvestres». Entre la cordillera de Acaya y el monte Eta se extendía otra llanura, no muy grande ni tan feraz, regada por el río Esperquio. En el sur del país, en el golfo de Pagaso, estaban, bien ubicados y protegidos contra los vientos, los puertos de Iolcos y de Pagaso.

La lengua de los tesalios, al igual que la de los beocios, era, en la época clásica, una mezcla de dos elementos dialectales: el dórico y el eólico. La naturaleza mixta del idioma confirma la tradición histórica según la cual Tesalia, durante la época micénica, se hallaba poblada de tribus eolias. Era, en aquel entonces, uno de los países cultos, guías de la Grecia europea, como lo hacen ver tanto los datos obtenidos en las excavaciones, como el papel que desempeña el héroe tesalio Aquiles en la *Ilíada*.

En la época de las invasiones dorias, los emigrados se apoderaron, como en todas partes, de las llanuras más fértiles. La anterior población eolia —"los penestai"—, aun cuando conservaron parcialmente sus territorios y sus regímenes tribales, se vieron privados de la libertad, pasando a depender del vencedor, proveyendo a éste de guerreros y pagando un tributo.

Los pobladores de Tesalia propiamente dichos se dividían en cuatro grupos. El primero lo componían los dinastas, miembros de las pocas gens nobles, poseedores de grandes latifundios, los cuales, de hecho, habían concentrado en sus manos todo el poder. Al segundo grupo pertenecían los medianos y pequeños agricultores libres, algo así como arrendatarios de los dinastas, a los cuales también prestaban servicio en el ejército en función de escuderos y guerreros, ecuestres e infantes. Este grupo no debía ocuparse en oficios artesanales y de comercio, bajo la amenaza de ser despojado de sus derechos civiles. Inclusive, para asistir a la Asamblea popular, no se reunían en la plaza del mercado, como en las otras polis griegas, reservada en este caso a los nobles tesaliotas, sino en una plaza especial, el ágora «libre», en la que estaba prohibido toda clase de comercio. El tercer grupo lo componían los artesanos y los

mercaderes, personalmente libres pero carentes de derechos políticos. La situación de la masa fundamental de los productores, "los penestai", que formaban el cuarto grupo, difería poco de la de los ilotas espartanos en los siglos VII-VI a. C. Los "penestai", al igual que los ilotas, estaban vinculados a la parcela que se les había adjudicado y entregado, y poseían casas y bienes muebles; no podían abandonar su parcela y estaban obligados a entregar una parte determinada de la cosecha a su dinasta terrateniente y a obedecer sus órdenes, pero el dinasta no podía matar a los "penestai". Las rebeliones de los "penestai", al igual que las de los ilotas, eran un fenómeno ordinario.

Todas estas particularidades de la estructura social de Tesalia recuerdan a la estructura social de la Grecia homérica. La tierra estaba subdividida en parcelas (cleros). Sin embargo, estos cleros no tenían nada de común con las pequeñas parcelas de los campesinos que recibían la misma denominación en el Ática y en Beocia. En caso de guerra, todo clero debía proveer cuarenta guerreros ecuestres y ochenta hoplitas. Para suministrar semejante milicia, un clero tenía que ocupar un área de más o menos unas 1.600 a 1.800 hectáreas; es lógico suponer que tales cleros pertenecían sólo a los grandes terratenientes, de los cuales en toda la Tesalia podría haber cerca de doscientos. Con respecto a los terratenientes, todo el resto de la población libre se encontraba en situación de dependencia, recibiendo de aquéllos parcelas para ser labradas. En los tiempos de paz, cada familia noble (las más poderosas eran la de los Aléuadas en Larisa y la de los Escópadas en Farsalia), junto con sus «arrendatarios», constituía una aislada unidad política.

La nobleza tesaliota erigía fortificaciones para defender sus posesiones. Sin embargo, el peligro de rebeliones de las tribus sojuzgadas, y también el de invasiones enemigas, habían forzado a los dinastas tesaliotas a crear, ya en tiempos muy tempranos, una organización militar pantesalia. Así como los basileus griegos durante la campaña contra Troya habían formado un ejército común bajo el mando del basileus micenio Agamenón, así también los tagos (equivalentes al basileus en el lenguaje de los tesaliotas) elegían, en caso de guerra, un tago pantesalio. En tales oportunidades entraba en funciones (tanto para la elección de un tago, como también para otras necesidades), la Asamblea popular pantesalia, compuesta por todos los tesaliotas libres; mas en tiempos de paz dicha asamblea casi no se reunía y el país se disgregaba en uniones separadas entre sí, de gens o grandes familias.

La unión de tres o cuatro filai representaba en los Estados griegos primitivos, no sólo una agrupación gentilicia, sino también territorial: todos los ciudadanos de una filé, y la filé misma, se establecían juntos, tenían su basileus y en el ejército constituían un destacamento autónomo propio. Así ocurría en el Ática y, a juzgar por las palabras de Néstor, uno de los héroes de la *Iliada*, también en el ejército homérico. Así era en Tesalia. Aparte de ello, Tesalia estaba dividida en tetrarquías; los nombres de las cuatro eran: Tesaliótida, Pelasgiótida, Hestiótida y Ftiótida. A la cabeza de cada una de estas tetrarquías se hallaba un polemarca (jefe militar), lo cual indica que las tetrarquías eran unidades no sólo administrativas, sino también militares.

La historia de Tesalia de comienzos del primer milenio anterior a nuestra era no es conocida. Entre las tradiciones griegas se ha conservado una leyenda según la cual los tesaliotas habían intentado apoderarse de las tierras situadas al sur de su propio territorio; pero los focidios obstruyeron con un muro de piedra el paso de las Termópilas, impidiendo así el ulterior avance de los tesaliotas. Los restos que de dicho muro se han conservado corresponden, a criterio de los hombres de ciencia, a tiempos posteriores (a los siglos VII-VI a. C.).

En el siglo VI, los tesaliotas constituyan una de las tribus más poderosas y desempeñaban gran papel en la política panhelénica. Ello se había manifestado en la guerra por el santuario de Apolo en Delfos, que en aquel entonces pertenecía a la Fócida. Los focidios habían resuelto cobrar derechos de entrada a los peregrinos que arribaban a Crisa, puerto de Delfos. El hecho provocó una protesta de los Estados griegos; dio comienzo la llamada «guerra sagrada», en la que tomaron parte los sicionios, los atenienses y otros, correspondiendo el papel conductor a los tesaliotas. Como resultado de esa guerra, el santuario de Delfos fue arrebatado a los focidios, Crisa fue arrasada y los tesaliotas, junto con las tribus bajo su mando, obtuvieron la mayoría de votos en el Consejo de la aficiónía de Delfos.

De la misma manera, los tesaliotas desempeñaron el papel decisivo en la guerra llamada de Lelante, entablada entre dos coaliciones mercantiles: de un lado se hallaban Samos y Calcis, y de otro Mileo y Eretria. Los tesaliotas se plegaron a Calcis, que, gracias a la caballería tesaliota, obtuvo la victoria sobre el enemigo. Muy pronto, empero, los tesaliotas fueron derrotados por los beocios y los focios. A comienzos del siglo V los tesaliotas combatieron al lado de los persas. Debido a ello no tuvieron durante todo ese siglo influencia política considerable. El nuevo ascenso de Tesalia comenzó a principios del siglo IV a. C.

4. Beocia

En el curso de las investigaciones arqueológicas en el territorio de Beocia, especialmente en la región del lago Copais y en el sitio de la antigua ciudad de Orcómeno, se descubrió una gran cantidad de monumentos de la cultura micénica, y debajo de los mismos apareció una capa neolítica, perteneciente al tercer milenio a. C. Los mitos vinculados con Beocia mencionan, entre las antiquísimas tribus que la poblaban, a los minios. En el siglo VIII aparecen ya los beocios en calidad de un solo pueblo que hablaba el dialecto beocio.

Entre los poblados, los más importantes en los primeros tiempos fueron Orcómeno, en el cual la tradición ubica a los mencionados minios, y Tebas, del cual se habla en los poemas homéricos como de un considerable centro que posteriormente sometió a Orcómeno.

Según el testimonio de Tucídides, la población de Beocia había llegado desde Tesalia; empero, el mismo autor hace la salvedad de que una parte de los beocios ya habitaba anteriormente en esta región. Evidentemente, la migración desde Tesalia, si es que tuvo lugar en la realidad histórica, repercutió muy poco sobre el desarrollo interno de Beocia.

El Régimen económico-social de Beocia

En Beocia no hubo revueltas sociales, tan características de las ciudades griegas desarrolladas de los siglos VII-VI a. C. La causa, desde luego, no fue «la estupidez de los cerdos beocios», como decían despectivamente sus vecinos, los atenienses, sino las características particulares del desarrollo económico de la región. En la fértil Beocia, incluso en la época en la que la producción de la mayor parte del mundo griego ha sufrido grandes cambios, la economía siguió siendo fundamentalmente agraria, con predominio de los cultivos gramíneos. En Beocia, un agricultor que poseyera aunque fuera una pequeña parcela, con una forma relativamente intensiva de efectuar su labor, podía subsistir. También estaba desarrollada en Beocia la ganadería, especialmente la cría de caballos. Sobre el lago Copais y en el litoral marítimo estaba desarrollada bastante considerablemente la pesca. Puesto que la producción artesanal estaba escasamente desarrollada, sólo los excedentes agrícolas estaban comercializados.

Pero cierto que también en Beocia repercutieron gravemente sobre la economía de los campesinos la estratificación en el interior de la comunidad y el crecimiento de la desigualdad de recursos y bienes. Para la conservación de las parcelas de los campesinos, las legislaciones antiguas prevenían y anticipaban medidas extraordinarias. Como informa Aristóteles, un legislador tebano de comienzos del siglo VII, Filolao, había establecido que si en una familia nacían más hijos que cantidad de tierra tenía la misma a su disposición, el padre estaba obligado, bajo amenaza de pena de muerte, a no educar él mismo a la criatura, sino a entregarla a otros, al que diera por ella una paga, por pequeña que fuese; esta paga simbólica era un resabio de la venta (para la esclavitud) que otrora existiera.

Conocemos, por Tucídides, que anteriormente a las guerras greco-persas, el poder en las ciudades beocias se hallaba en manos de un pequeño grupo de aristócratas pertenecientes a cinco estirpes: los antepasados de cuatro de ellas se llamaban Espartos (literalmente, «sembrados»), porque, de acuerdo con la tradición referente al mitológico fundador de Tebas, el héroe semidiós Cadmo, aquellos crecieron de los dientes de un dragón sembrados por Cadmo; el antepasado de la quinta estirpe era considerado pariente por afinidad con los Espartos. A consecuencia del desarrollo gradual, aun cuando tardío, del intercambio de productos, en el

Estado beocio comenzaron a adquirir valor y significación los hombres adinerados aun cuando no pertenecieran a la aristocracia de abolengo. Además, al lado de los aristócratas terratenientes aparecieron también campesinos acaudalados, que habían pasado por una severa escuela de la vida y habían sabido enriquecerse merced a la manera más intensiva de conducir sus haciendas. El desarrollo del comercio marítimo, característico para toda la Grecia de los siglos VIII-VII a. C., no pudo dejar de ejercer cierto efecto sobre la economía de Beocia.

El poeta beocio Hesíodo, cuyo poema "los trabajos y los días" se puede datar entre los siglos VIII-VII a. C., condena la ocupación en el comercio marítimo, cuyo entusiasmo, dice, se había apoderado de todos. No obstante, aconseja sobre las condiciones en que sería lícito y conveniente ocuparse del mismo, sin someterse a gran riesgo. Todo esto se halla expuesto en forma de consejos que Hesíodo da a su hermano Perses; allí mismo, el poeta hace conocer interesantes hechos de la vida de su padre, quien había intentado enriquecerse ocupándose del comercio en cuestión. El padre de Hesíodo había vivido anteriormente en la ciudad eolia de Cumé y trasladado luego a Beocia. Aquí, "habiendo huido de la perversa miseria", sólo pudo adquirir una pequeña parcela "en el mísero poblado de Ascra". No obstante, se convenció muy pronto de que, aun esta pequeña parcela en la fértil Beocia le proporcionaba una existencia más segura que el comercio marítimo. Para aumentar la rentabilidad de una economía campesina, Hesíodo recomienda los siguientes medios: labrar la tierra con las manos de los miembros de la familia, disminuir la procreación de hijos, trabajar sin descanso desde la mañana hasta la noche, etc.

El poema de Hesíodo constituye así una fuente muy importante que refleja la vida social y económica de la Beocia de su tiempo. La masa básica de pobladores de esa región se componía de agricultores que, en parte considerable, dependían de la aristocracia terrateniente de abolengo. Hesíodo representa simbólicamente esa dependencia de la arbitrariedad de los aristócratas, en una fábula en la cual un gavilán dice al ruiseñor que tiene entre sus garras:

«*Por qué, infeliz, estás piando? ¡Yo soy más fuerte que tú!
Por más que cantes, he de llevarte adonde yo quiera.
Puedo comerte o dejarte en libertad.
No tiene juicio aquel que quiere medirse con el más fuerte:
No lo vencerá, ¡y sólo agregará humillación a sus penas!»*

La aristocracia terrateniente conservó en Beocia su predominio durante mucho más tiempo que en otras regiones de Grecia, por ejemplo, en la vecina Ática. Los rasgos del atraso se exteriorizaron en las leyes beocias. En este sentido son muy características las que tratan de los deudores: cuando el deudor no pagaba su deuda era llevado a la plaza del mercado y sentado en un lugar preestablecido para ello, colocándose ante él un canasto, y el hombre tenía que permanecer en esta posición hasta que las limosnas que se arrojaban al interior del canasto resultaran suficientes para amansar la ira de los acreedores. Los ciudadanos que sufrían semejante castigo perdían sus derechos civiles. No podemos determinar, por falta de datos fehacientes, si en Beocia el endeudamiento moroso llevaba hacia la servidumbre o hacia la esclavitud.

La alianza beoda

La vida política de Beocia se caracterizaba por la existencia de una alianza entre sus polis, en la cual el papel predominante lo desempeñaba Tebas, la ciudad más grande de Beocia. Tucídides caracteriza por boca de los tebanos el régimen estatal de Tebas al comienzo de las guerras médicas, de la siguiente manera: «En aquel entonces nuestro régimen de Estado no era oligárquico, apoyado en leyes iguales para todos, ni tampoco democrático. El poder, en el Estado, se hallaba en las manos de unas pocas personas, lo cual es adverso a las leyes y más que a un régimen estatal racional se acerca a una tiranía». Por lo demás, y tal como hace constar Herodoto, ese poder chocaba ya con una resistencia organizada cuando comenzaron las guerras

greco-persas. Esto se explica no tanto con las contradicciones político-sociales, como mediante los fracasos exteriores de la alianza beocia.

La existencia esta alianza, ya en el siglo VI a. C., constituye un factor importante en la historia de Grecia, en general. Existía allí una anfictionía, es decir, una unión de polis vecinas para la protección y defensa de los santuarios comunes que se agrupó en torno al templo de Poseidón primero y del de Atenea Itonia después. Las funciones fundamentales de tal anfictionía era la preocupación y cuidado respecto de los santuarios, de los festejos que tenían lugar en los mismos, de las ferias que estos festejos representaban en aquel tiempo y en las que podían tener cita, sin temor alguno, los mercaderes de las más diversas partes de Beocia, y donde, finalmente, se llevaba a cabo la solución de las disputas (especialmente las concernientes a las fronteras) entre las polis beocias. Los órganos de las anfictionías poseían funciones punitivas sobre los miembros que se apropiaban de tierras del templo, que violaban y perturbaban la seguridad de los oficios religiosos y, con ello, la libertad del comercio, o los que, en general, no se sometían a las resoluciones del consejo de la anfictionía. Todas estas funciones fueron durante largo tiempo funciones principales de la alianza de Beocia y de sus órganos, los que, además, tenían aún otras obligaciones más. El fértil suelo de Beocia fue constantemente codiciado por sus vecinos y objetó de constantes ataques desde todos los costados. Probablemente, ya a mediados del siglo VI a. C. los vecinos septentrionales de Beocia, los tesaliotas, intentaron someterla y la invadieron, mas fueron derrotados cabalmente en la batalla entablada. En el mismo tiempo, la alianza beocia tuvo que sostener una lucha difícil y prolongada contra Orcómeno, que en aquel entonces era uno de los más poderosos Estados de la Grecia central y poseía también un suelo fértil y un fuerte ejército. La alianza beocia logró quitarle a Orcómeno, una tras otra, las ciudades que poseía, y a comienzos del siglo VI la forzó a adherirse a ella, habiéndose asegurado ciertos privilegios. Menos feliz fue la prolongada lucha contra el vecino del sur, Atenas. Los beocios perdieron, al comienzo, la ciudad de Eleusis con el antiguo santuario de Dionisos, y luego toda la región del sur del río Asopos, incluyendo la ciudad de Platea y la de Oropos en la costa.

Conducir todas estas guerras sólo era posible disponiendo de un ejército unificado, de un fuerte comando y de la posibilidad de exigir de modo coercitivo a los aliados que enviasen contingentes de guerreros al ejército aliado. Problemas y plenipotencias de tal amplitud, ajenos a las anfictionías comunes, habían condicionado la transformación de la alianza beocia en el más antiguo Estado aliado, ya centralizado en grado bastante considerable. El miembro más fuerte de esa alianza era Tebas, que, como es natural, desempeñaba el papel dirigente en las guerras. Esta circunstancia, que la había convertido también en dirigente político de la alianza, dio a Tebas la hegemonía financiera y, al mismo tiempo, fue en detrimento de la independencia de las polis pequeñas. De todos modos, en Beocia no se había dado el sinoicismo del caso ateniense ni había surgido ningún Estado tebano centralizado. Esto se explica en parte por el hecho de que la anfictionía impedía a Tebas establecer su hegemonía sobre las demás ciudades que formaban la alianza beocia, y en parte por el estado de atraso de Beocia.

Todos los miembros de la alianza beocia estaban obligados a proveer contingentes de guerreros para el ejército aliado. La importancia de estos contingentes solía ser establecida por los órganos de la alianza según una distribución especial, en correspondencia con las fuerzas de cada polis. Pertener a la alianza no era ya cuestión voluntaria de cada uno de sus miembros: por la violación de la obligación guerrera y, con más razón, por la defección o por el abandono de la alianza, los órganos de ésta dictaban severos castigos, quitando territorios, desalojando a los habitantes, etc. Dado que no existían propiedades pertenecientes a la alianza en general, las tierras quitadas se adjudicaban al territorio tebano, en virtud de lo cual Tebas llegó a ser cada vez más poderosa.

También fue quitado a los distintos Estados beocios el derecho a mantener relaciones con los países no beocios, y toda la política internacional se concentró en las manos de la alianza. El derecho a acuñar monedas fue conservado por cada Estado beocio por separado hasta el tiempo de las guerras médicas, pero con la obligación de hacer figurar en el dorso de sus monedas el blasón panbeocio: el escudo de la diosa Atenea Itonia; solamente Orcómeno conservó el derecho a acuñar monedas con el blasón propio: una espiga de cereal.

Hasta las guerras greco-persas, cada Estado beocio conservó sus instituciones; en la mayoría de ellos se hallaba a la cabeza un arconte; a la cabeza de Tespias se encontraba un antiguo colegio aristocrático formado por siete demucos, o basileus, elegidos del seno de unas cuantas familias nobles; a la cabeza de Oropos había un sacerdote del dios Anfiaraos. Sólo después del año 446, los regímenes estatales de las aisladas polis beocias fueron sometidos coercitivamente a una nivelación.

La organización de las instituciones sociales es bastante conocida merced al fragmento del tratado de un autor desconocido, que ha pasado a la historia bajo la denominación *de papiro de Oxirrinco*. En este fragmento aparece descrito el régimen que existió en Beocia a partir del año 446 a. C. Existen todas las bases para suponer que la constitución del año 446 a. C. consistió, en lo fundamental, en el restablecimiento de la constitución vigente antes de las guerras médicas. La esencia de la misma es la siguiente: a la cabeza se hallaban los beotarcas, esto es, los miembros del gobierno de la alianza. Eran (al menos, desde el año 446) once; los miembros más considerables de la alianza elegían a dos de ellos; las elecciones tenían lugar cada tres años. Al lado de los beotarcas funcionaba un consejo aliado; cada Estado beocio elegía sesenta diputados por cada beotarca y pagaba el mantenimiento de los mismos. De acuerdo con el mismo principio, se integraba también el juzgado de la alianza, así como el ejército (mil hoplitas y mil jinetes por cada beotarca).

La nobleza que a finales del siglo VI se hallaba a la cabeza de Tebas, no sólo oprimía a las masas populares de su Estado, sino también vejaba a las demás polis beocias. Esto provocó la defeción de Eleusis y de Platea, que se pasaron a Atenas. El tribunal espartano de arbitraje que juzgó este conflicto reconoció la independencia de Platea, debido a que Esparta trataba de impedir toda unificación. La política de Tebas provocaba en Beocia una fuerte oposición al dominio de la nobleza tebana, lo cual excitaba a ésta a buscar el apoyo incluso de los persas. Tal era la situación de Beocia hacia comienzos del siglo V a. C.

CAPITULO VI

LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN LOS SIGLOS VIII-VI A. C.

El siglo VIII y VII constituyó un período de grandes transformaciones en la historia de Grecia. Como resultado del desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad griega, tienen lugar precisamente en ese tiempo considerables desplazamientos progresivos en las diferentes ramas de la producción: adquieren importancia la minería, las actividades artesanales, la navegación, la agricultura y la economía rural en general. En la época que estamos considerando, las ciudades se convierten en verdaderos centros de producción mercantil y de actividades comerciales. La creciente diferenciación social agudiza la lucha entre la aristocracia terrateniente de abolengo y los amplios círculos de la población libre y dependiente. Dentro de la situación configurada por esta tensa lucha social tiene lugar la formación del régimen clasista esclavista. En medio de estas circunstancias cobra peculiar significado la colonización: una parte de los habitantes de las ciudades de Grecia la dejan y se encamina a los litorales de otros países, donde van surgiendo nuevas polis independientes.

El vocablo «colonia» admitido en nuestra historiografía deriva del término latino *colonia* (*colo*: labrar la tierra) y denota un establecimiento de ciudadanos latinos o romanos. A lo largo de mucho tiempo se trató de poblaciones agrícolas militares que, de acuerdo con una resolución del gobierno romano, se establecían en las regiones sometidas a su férula. En este sentido, al concepto romano de colonia le corresponde más bien el concepto griego de clerusquia, pero los clérigos van apareciendo principalmente en la época clásica, durante los siglos V y IV a. C. Para designar la colonia de las épocas tempranas, entre los griegos estaba en uso la palabra *apoikía*, vinculada al verbo *apoikein* (vivir lejos; en sentido figurado, mudarse), y significa el establecimiento de griegos en un país ajeno. La ciudad desde la cual habían emigrado los colonos seguía siendo para éstos la metrópolis, esto es, la ciudad madre.

Si las nociones llegadas a nosotros sobre el período más temprano de la colonización griega se caracterizan por ser extremadamente escasas, en cambio, las relativas al movimiento colonizador de los griegos durante los siglos VIII-VI, llamado de la gran colonización, son considerablemente más amplias.

Acerca de la colonización de Sicilia, por ejemplo, se tienen valiosas noticias de Tucídides (en el comienzo del libro VI de su obra). Sobre la base de las obras perdidas de los historiadores del siglo IV (Eforo, Timeo y otros) aparecen citadas informaciones sobre las colonias en Diodoro de Sicilia, en la *Geografía*, de Estrabón; en el llamado *Periplo*, de Escimnos de Quios (de mediados del siglo II a. C.); en la *Periegesis o Descripción de la Hélade*, de Pausanias; en la *Historia Natural*, de Plinio el Antiguo, etc. Mas no hay que sobreestimar el valor de los testimonios literarios referentes a la colonización. No se contaba con anotaciones ni memorias que se refieran al tiempo de la formación de las colonias, especialmente de las tempranas, y los datos introducidos en la literatura posterior representan, en su mayoría, la exposición de toda clase de tradiciones e invenciones. En lo que concierne a los datos sobre la fundación de las colonias, traídos por diferentes autores, también están arbitrariamente establecidos en muchos casos. Los autores antiguos utilizan a menudo como base para sus cálculos cronológicos, el lapso de vida de una generación, determinado por ellos, muy condicionalmente, como de treinta y cinco años. Así, la Megera Hiblea (en Sicilia), según los datos de Tucídides, fue fundada unas siete generaciones antes de que Gelón la destruyera, es decir, unos 245 años antes de Gelón.

En relación con esto adquiere gran valor el material arqueológico, pero los datos proporcionados por la arqueología se refieren principalmente a la época del florecimiento de las colonias, y no siempre ni mucho menos proporcionan el material necesario para establecer el momento en que surgiera esta o aquella colonia.

1. Causas y carácter de la colonización. Siglos VIII-VI a. C.

El desarrollo de las colonizaciones corresponde al período comprendido entre mediados del siglo VIII hasta finales del siglo VI a. C. Tanto la orientación de ese movimiento como las causas que lo provocaron y sus consecuencias históricas fueron distintas a las que corresponden al período de la colonización temprana de las islas y del litoral del Asia Menor, que habían tenido lugar unos tres siglos antes. El movimiento colonizador del período temprano, tal como ya lo hemos señalado, estuvo estrechamente ligado a los procesos migratorios que se habían apoderado de Grecia en aquel tiempo. La colonización de los siglos VIII-VI se desarrolló en circunstancias distintas.

Escribe C. Marx: «En los antiguos Estados, en Grecia y Roma la emigración coercitiva que tomaba la forma del establecimiento periódico de colonias constituía un permanente eslabón en la cadena social. Todo el sistema de esos Estados se hallaba edificado sobre la determinada limitación numérica de la población, que no se podía superar sin someter a un peligro la existencia misma de la civilización antigua. Mas ¿cuál era la causa de ello? Pues que a esos Estados les era completamente desconocida la aplicación de las ciencias naturales a la producción material. Sólo manteniéndose en exigua cantidad podían conservar su civilización. En caso contrario, se hubieran convertido en víctimas del pesado trabajo físico que en aquel entonces transformaba en esclavo a un ciudadano libre. El deficiente desarrollo de las fuerzas productivas colocaba a los ciudadanos en dependencia de una determinada correlación cuantitativa que era imposible violar. Y debido a ello, la única salida era la emigración coercitiva».

Originariamente, la emigración coercitiva está relacionada con la falta de tierras aptas para el cultivo, cuya mejor y mayor parte había quedado concentrada en las manos de la aristocracia terrateniente de abolengo.

Los pequeños productores, al arruinarse, a menudo no encontraban en su patria aplicación alguna para sus fuerzas y se veían forzados a trasladarse a otras partes. Debido a ello, las colonias de ese tiempo tenían preferentemente carácter agrícola. Posteriormente, y en relación directa con el desarrollo de la producción mercantil y del comercio marítimo, el tipo primitivo de colonias se transformó, adquiriendo un carácter agrícola-comercial. Una parte de su población seguía ocupándose de la agricultura, pero ya con vista a la vena de la producción, mientras otra parte se dedicaba a las actividades artesanales; finalmente se destacaban grupos dedicados principalmente al comercio. Es sumamente significativo que durante los primeros tiempos tomaran parte en la colonización no sólo las ciudades que posteriormente se convirtieron en grandes centros comerciales, sino también la población de las regiones agrícolas, pasando más adelante la iniciativa de la formación de nuevas colonias a las ciudades comerciales.

A los factores económico-sociales que estimulaban el desarrollo de la colonización se agregaron también los factores políticos. El proceso formativo de polis se cumplía en Grecia en las condiciones de una aguda lucha político-social.

Los que iban siendo derrotados en tal lucha se dirigían generalmente en busca del refugio a países extraños. Con frecuencia, a los emigrados que fundaban una colonia se les agregaban todos aquellos que deseaban trasladarse a lugares nuevos, sin que se tratara obligatoriamente de ciudadanos de la metrópoli, sino también de otras polis y ciudades. Empero, en los casos en que la colonia no era fundada por iniciativa de unos ciudadanos aislados, sino por la del Estado, se reclutaban sólo colonos pertenecientes a determinadas clases de la población de la polis fundadora; a veces se echaba a suertes entre toda la ciudadanía.

Al principio, las fundaciones de colonias eran esporádicas, adquiriendo posteriormente un carácter sistemático, destacándose en la fundación de gran cantidad de ellas, por ejemplo, las ciudades de Mileto, del Asia Menor, Calcis, de la isla de Eubea, y Corinto. Las colonias eran probablemente autónomas, pues no dependían de sus metrópolis, ni en el sentido político ni en el económico. Cada una de ellas, por regla general, tenía su propio régimen estatal, con frecuencia similar, pero no siempre, ni mucho menos, al de su metrópoli. Cada colonia tenía su

legislación y su jurisdicción. Eran considerados ciudadanos de la misma sus pobladores y no los de la metrópoli. La colonia tenía sus propios funcionarios y acuñaba su propia moneda. En caso de necesidad se dirigía, a veces, en busca de la ayuda de la metrópoli y, recíprocamente, ésta requería en ocasiones el apoyo de la colonia, sin que en todo ello estuviera implícito de manera alguna un carácter coercitivo. Los malentendidos que a veces surgían entre la colonia y la metrópoli solían solucionarse por vías pacíficas, aun cuando se producían también conflictos armados.

La fundación de una colonia estaba sujeta a determinadas costumbres y formalidades. Por lo general, antes de tal fundación, se interrogaba al oráculo de Delfos o a otro. Después de haber recibido una respuesta favorable, la metrópoli organizadora de la empresa designaba de entre sus ciudadanos a un dirigente organizador de la colonia: oikistes; o bien eran los ciudadanos fundadores de la colonia los que lo elegían. Las obligaciones del oikistes incluían, en primer lugar, la distribución entre los colonos de las parcelas en el nuevo poblado. A menudo, los oikistes tomaban parte en la tarea de elaborar la constitución de la colonia: cuando ésta era fundada por iniciativa del Estado se preparaban y establecían reglamentos especiales que quedaban fijados en documentos que recibían el nombre de «leyes» de la colonia.

Solamente en casos excepcionales las relaciones entre la colonia y la metrópoli asumían la forma de dependencia política. Así, Corinto enviaba anualmente, antes de la guerra del Peloponeso, a su colonia Potidea (en la Calcídica) un epidemiurgo, que era allí el funcionario principal. También Mesalia (la actual Marsella), colonia de Fócea, pero a su vez fundadora de una serie de pequeñas colonias a lo largo de las costas de Galia y de España, retenía en sus manos el poder sobre las mismas. Pero, por lo general, los vínculos entre la metrópoli y la colonia se limitaban al ámbito de los intereses económicos, aparte de lo cual las unía la comunidad de culto y de calendario, la costumbre de enviar feorías, solemnes embajadas en ocasión de los festejos que solía haber en la metrópoli, etc.

De las colonias propiamente dichas hay que distinguir las cleruquías. Eran éstas una especie de colonias cuyos habitantes seguían siendo ciudadanos de la metrópoli fundadora. Conocemos solamente las cleruquías atenienses, fundadas con la finalidad de afianzar la influencia ateniense. La cleruquía ateniense más antigua fue fundada en el siglo VI a. C. en la isla de Salamina. Los clerucos salaminianos (cleruco era el poseedor de una parcela de tierra) debían, al igual que los ciudadanos atenienses, pagar los tributos y prestar el servicio militar en la milicia ateniense, pero tenían la obligación de vivir en la isla, careciendo del derecho a ceder en arriendo las parcelas que les habían sido otorgadas al fundarse la cleruquía. La cleruquía era administrada y gobernada por un arconte enviado desde Atenas.

Existían también cleruquías atenienses en algunas islas del mar Egeo y en el Queroneso de Tracia. Para vigilarlas, los atenienses enviaban veedores vestidos de los más amplios poderes; pero, por lo general, las cleruquías gozaban de cierta autonomía y tenían sus propios órganos de gobierno y administración. Las tierras para fundar cleruquías eran principalmente obtenidas por conquistas; sus habitantes naturales eran expulsados de ellas, o bien tenían que ceder cierta parte de las mismas y pagar impuestos. A veces, las tierras se obtenían pacíficamente.

La tierra, dividida en parcelas, se distribuía entre los ciudadanos pobres de la metrópoli que deseaban emigrar, pero sin pasar a ser propiedad completa de ellos (los clerucos), sino que se les entregaba para su usufructo, permaneciendo en calidad de propiedad de la metrópoli.

2. Las orientaciones básicas de la colonización griega

El movimiento colonizador griego siguió durante los siglos VIII-VI tres direcciones: hacia el Oeste, a las costas de Sicilia e Italia; hacia el Norte y Noroeste, a lo largo de las costas del Helesponto y la Propontide, hasta el Ponto Euxino (mar Negro), y finalmente hacia el Sur, al África, donde, ciertamente, no fueron fundadas más que dos colonias.

La colonización de la cuenca occidental del mar Mediterráneo

La parte occidental del mar Mediterráneo atraía a los griegos desde hacía mucho tiempo, debido a la fertilidad de su suelo y a la relativa facilidad para adaptarse a él. Italia se halla separada del Epiro y de Corcira por un estrecho cuyo ancho es en total de unos 75 kilómetros. Algunos trechos de la *Odisea* dan testimonio de que los griegos conocían a Sicilia e Italia ya en la época heroica. En toda una serie de regiones de Italia se han encontrado restos de edificios y otras construcciones de la época micénica y los vínculos entre Sicilia y Creta son confirmados por gran número de monumentos históricos.

El litoral meridional de la península apenina y de Sicilia estaba poblado desde hacía mucho tiempo y muy densamente. En la Italia meridional habitaban los mesapios en Mesapia y los brutios en Brutia, ambos en la actual Calabria. La Italia media, hacia donde también habían empezado a penetrar los griegos, estaba poblada por muchas tribus de la rama italiota. En Sicilia moraban tribus cercanas a las italiotas: las de los sículos, sicanos y elimios. Al parecer, los sicanos habían vivido al principio en Hispania, de donde fueron desalojados por los ligures. Ocuparon primeramente toda la península apenina, pero fueron empujados hacia el Oeste y hacia el Sur por los sículos, originarios de la propia Italia. La mayoría de los hombres de ciencia ven en ellos a los ítalicos, emparentados con los latinos, los oscos y los umbros. Las tribus de elimios procedían probablemente del Asia Menor. Habitaban la pequeña región montañosa en la parte occidental de Sicilia.

Los griegos se afirmaron en el sur y centro de Italia, y en la isla de Sicilia. En esta última debieron de encontrarse con los fenicios, que habían fundado allí una serie de factorías, de las cuales Motia, Panormos y Selinus fueron las primeras; estas colonias se mantuvieron bajo la soberanía fenicia aún en la época del florecimiento de las ciudades helénicas en la isla. Así, pues, los fenicios se habían establecido firme y sólidamente en Sicilia, al menos en su extremo occidental.

En Italia, simultáneamente con el afianzamiento de los griegos, comenzaron a elevarse y destacarse las ciudades etruscas, cuya unión había constituido la formidable potencia de Etruria, que, durante un tiempo, había sometido a su influencia a Italia media y septentrional, y que se hallaba casi siempre en hostilidad con los griegos. La lucha entre éstos y los fenicios, que colaboraban con los etruscos, representa uno de los acontecimientos más importantes en la historia de la cuenca occidental del mar Mediterráneo. El resto de la población de Italia y Sicilia vivía aún en aquel tiempo dentro del régimen gentilicio, sin haber alcanzado formaciones sociales más desarrolladas.

La colonización planificada de la cuenca occidental del Mediterráneo ha de haber comenzado no antes de la segunda mitad del siglo VIII a. C. La tradición nombra como colonia griega más antigua en Italia a Cumé o Cumas, en el litoral occidental (en la Campania). Los datos arqueológicos, empero, testimonian que esta colonia apareció simultáneamente con las demás colonias griegas en Italia y Sicilia. En la fundación de Cumé habían tomado parte las ciudades de Calcis, Eretria y la homónima Cumé, las tres de Eubea.

La costa oriental de Sicilia se hallaba poblada durante los decenios cuarto y tercero del siglo VII por los colonos griegos oriundos de Calcis, Naxos, Megara y Corinto. En el año 737, las dos primeras fundaron en Sicilia una colonia con el nombre de Naxos, y de ésta se desprendieron otras dos colonias más: Catania (al pie de Etna) y Leontini. Al comienzo del siglo VIII, en la costa del angosto estrecho que separa a Sicilia de Italia surgió una colonia bajo el nombre de Zancle o Mesina, fundada por los piratas de Cumas, y posteriormente poblada por los calcidios. A su vez, Zancle fundó en la orilla opuesta de Italia la colonia de Región, cuya población fue completada más tarde por mesenios que habían abandonado el Peloponeso tras la conquista de Mesenia por Esparta.

A lo largo de la costa septentrional y oriental de Sicilia, los colonos de Zancle y los calcidios fundaron una serie de menudas colonias, de las cuales las más considerables eran: Himera y Tauromenia (Taormina). Los megarienses que habían tomado parte en la expedición calcidia fundaron la colonia de Megara Hiblea. Ochenta años más tarde, Megara fundó una

nueva colonia en estos lugares, Selinunte, que desempeñó posteriormente un importante papel como puesto avanzado en la lucha de los griegos con los cartagineses.

En el año 734, la expedición corintia llegada a Sicilia se apoderó de la isla Ortigia, situada junto a la entrada al mejor puerto natural de Sicilia, cruzaron a la orilla siciliana y allí fundaron Siracusa, que ulteriormente se convertiría en una de las más grandes y opulentas ciudades-colonias de la isla. Los fundadores de Siracusa se preocuparon en primer lugar de la ocupación del fértil territorio adyacente a la ciudad. Al igual que otras colonias griegas de Sicilia fundadas simultáneamente, Siracusa representó al comienzo una población agrícola. El comercio y los oficios de artesanía se desarrollaron en ella sólo más tarde.

De las ciudades del Asia Menor, en la colonización de Sicilia sólo tomó parte la de Lindos (de la isla de Rodas), cuyos ciudadanos fundaron junto con los cretenses la ciudad de Gela, en el siglo VII, en la costa meridional siciliana. Posteriormente, al oeste de aquélla, fue fundada la de Acragas (la actual Agrigento).

La Italia meridional ya había sido poblada por los griegos a finales del siglo VIII a. C. En su colonización tomaron parte una serie de ciudades, así como también los aqueos, fugitivos del Peloponeso. Más o menos al mismo tiempo, los espartanos fundaron Tarento.

Las colonias del sur de Italia, al igual que las de Sicilia, aparecieron casi a un mismo tiempo. La población de las costas del golfo de Tarento había tomado no más de unos diez a quince años. El estímulo esencial para esta colonización fue la conquista de Mesenia por los espartanos, que provocó una ola emigratoria similar a la que unos cuatro siglos antes provocara la conquista de los dorios.

Las colonias aqueas más antiguas en Italia meridional fueron las Síbaris y Crotona. Para protegerse contra la hostil Tarento y detener su ulterior expansión, los habitantes de Síbaris fundaron Metaponte, cuya población fue completada por aqueos nuevos, es decir, recién llegados del Peloponeso. Un poco más tarde sometieron también a su poder a la ciudad de Siris, al sur de Metaponte. Esto proporcionó a Síbaris el predominio sobre todo el litoral del golfo de Tarento.

A su vez, Crotona propagó su influencia hacia el sur. Síbaris y Crotona, situadas en una región muy fértil, fueron primeramente colonias agrícolas, carácter que conservan incluso tras haber adquirido cierto valor en el comercio. Ambas lograron ampliar sus posesiones no sólo a lo largo de la costa, sino también hacia el interior del país, hasta las mismas costas del mar Tirreno. En ellas, Síbaris, entre otras cosas, fundó la colonia Posidonia (Paestum entre los romanos). Las posesiones de Síbaris comprendían, según algunas fuentes, cien mil, y según otras, trescientos mil habitantes. También Crotona disponía de un territorio en el interior del país. Estas dos ciudades aqueas —Síbaris y Crotona—, junto con las colonias, también aqueas, que de ellas dependían, formaron la confederación aquea, con un santuario de la diosa Hera en el monte Lacinio, cerca de Crotona, santuario éste que se erigió en centro de su culto. Dicha confederación desempeñó cierto papel político al no admitir en su territorio ninguna otra fundación de colonias griegas e impedir con éxito el avance de Tarento hacia el sur.

Según la tradición, la colonia espartana de Tarento fue fundada por un grupo de pobladores de Laconia, carente de derechos y de parcelas. Los habitantes de Tarento conservaron en su régimen estatal, hasta el mismo siglo V a. C., muchas características espartanas. A poco de su fundación, Tarento se convirtió en un gran centro económico. Poseía el mejor puerto de la Italia meridional, y la región adyacente brillaba por su fertilidad. Mas, encontrando al norte residencia por parte de los mesapios y de los yapigas, y en el ocaso por parte de los aqueos, Tarento pudo propagar y ampliar sus posesiones sólo hacia el este y hacia el sur, en donde fundó unas cuantas colonias.

En la novena década del siglo VII a. C., en el extremo meridional de la península apenina, los locrios de la región de Locrida Ozola fundaron la localidad de Locres Epicefiria. A semejanza de Síbaris y Crotona, Locres extendió sus posesiones a todo el territorio circundante hasta el mar Tirreno.

Es característico del movimiento colonizador del siglo VIII el hecho de que los colonos griegos, al dirigirse, en cierto modo precipitadamente, hacia las fértiles tierras de Italia y Sicilia,

dejaron sin atención el más cercano litoral montañoso de Acarnania y Epiro. En el período subsiguiente, cuando el desarrollo de la colonización comenzó a ser crecientemente estimulado por los intereses del comercio marítimo, que iba en rápido aumento, también esos territorios quedaron cubiertos por una serie de colonias, principalmente corintias.

La colonización de las costas del Helesponto y del Ponto

Al mismo tiempo, o quizá algo más tarde que la colonización del oeste, comenzó a poblarse el litoral de Tracia y del Helesponto. También allí hay que mencionar a los calcidios como pioneros. Ellos ocuparon las islas próximas a la Calcídica y una de sus tres penínsulas: la de Sitonia, con la mayor de sus colonias: Torona. La península calcídica, situada más al oeste, la de Palena, fue poblada por eretrios. Aparte de las ciudades de Eubea (como Calcis y Eretria), en la colonización de la Calcídica a finales del siglo VII y comienzos del VI tomó parte Corinto, que fundó la colonia de Potidea. El litoral oriental de la Calcídica fue ocupado a mediados del siglo VII por los habitantes de la isla Andros. Las colonias que iban surgiendo en la Calcídica asumían un carácter puramente agrícola. La mayoría de las mismas se encontraba lejos del mar, y de las que se hallaban cerca sólo muy pocas tenían puertos cómodos. A finales del siglo V a. C. fue destacándose entre las ciudades calcídicas la de Olinto como un gran centro comercial y artesanal.

A finales del siglo VIII o comienzos del VII a. C. los habitantes de la isla de Paros ocuparon la de Tasos. El poeta Arquíloco se queja de la aridez de sus tierras, mas no hace mención alguna a sus ricas minas de oro. Esto indica que, en un principio, la isla fue colonizada por agricultores. Posteriormente, los de Paros comenzaron a ir de Tasos hacia el litoral adyacente de Tracia, donde fundaron algunas insignificantes poblaciones. Más tarde, en ese mismo litoral, fue fundada, a mediados del siglo VII, por los habitantes de Clazómenes, la colonia de Abdera, posteriormente destruida por los tracios y vuelta a ser poblada por los habitantes de Teos, ciudad griega del Asia Menor, que en busca de salvación huían de los persas. Más o menos en ese mismo tiempo la isla de Quios trasladó a ese lugar su colonia Maronea. Probablemente, esta había sido fundada ya antes de la ocupación de Tasos por los de Paros, puesto que éstos tuvieron que sostener una lucha tenaz con los de Maronea. Más hacia el norte seguía la franja de poblaciones agrícolas fundadas por los lesbios y los eolios, de las cuales hay que mencionar a Sestos y Perinto, colonia instalada por los samios.

Las costas de la Propontide y del Bósforo tracio fueron pobladas por oriundos de Megara, quienes sobre la costa asiática fundaron, posiblemente todavía a finales del siglo VII, Astacos y Calcedonia, y en la costa europea Selimbria y Bizancio (año 659).

La actividad colonizadora de los megarenses en la Propontide fue reanudada sólo cien años más tarde, al parecer en combinación directa con la encarnizada lucha de clases que tenía lugar en Megara.

El litoral asiático del Helesponto y de la Propontide era poblado preferentemente por colonos de Mileto. Salvo Lámpsacos (colonia de los focenses), las demás colonias fueron fundadas allí directamente por Mileto o bien con su participación y bajo su dirección.

Las colonias más antiguas de los milesios eran Sínope, en la costa meridional del Ponto, y Cícica, en la costa de la Propontide, fundadas aún en el siglo VIII. Ambas fueron destruidas a comienzos del siglo VII, durante la invasión de los cimerios, pero restablecidas posteriormente. La actividad colonizadora más energética de Mileto corresponde a la segunda mitad del siglo VII. En particular en la costa de la Propontide los milesios fundaron entonces Abidos y una serie de colonias menos importantes. Junto a la entrada al mar de la Propontide se hallaba la ya mencionada Cícica, poblada por segunda vez por colonos milesios entre los años 675 y 674, y había otra población milesia en la isla Proconesos, célebre por sus mármoles labrados.

La colonización del litoral meridional y occidental del mar Negro

Los primeros entre los pueblos de la cuenca del Mediterráneo que penetraron en la del mar Negro fueron los carios, quienes sólo dejaron débiles vestigios de su permanencia en las costas del Ponto.

Las tempranas campañas emprendidas por los griegos hacia el misterioso Ponto que en aquel entonces les infundía temor se conservaron en la memoria de los helenos y en la leyenda de los Argonautas. Los peligros corridos por Jasón y sus compañeros de viaje reflejan las reales dificultades que se presentaban a los marinos griegos durante sus travesías por las aguas del Ponto: los torbellinos y las fuertes correntadas en los estrechos, la navegación en la vasta llanura marina carente de islas. En el siglo VIII a. C., la navegación marítima de los griegos por el Peloponeso fueron mucho más regulares.

Al principio, la expansión griega se orientaba a lo largo de las costas del Asia Menor. La más antigua de las colonias allí fundadas fue, como ya se ha anotado más arriba, Sínope, la cual, según una antigua tradición, había aparecido en el año 812 a. C. en el sitio de una población indígena anterior, a orillas de la mejor bahía de la costa meridional. Desde allí arrancaba una antigua vía hacia el interior del país, hacia Sardes y Babilonia. La población local —una tribu de calibes— era célebre desde tiempos muy anteriores por su metalurgia, que confería al hierro cualidades parecidas a las del acero.

Alrededor del año 750 a. C., los de Sínope fundaron su propia colonia, Trapezonte. Es dable pensar que en la fundación de la misma contaron con la ayuda de su metrópoli, Mileto.

A finales del siglo VIII llegaron en una ola devastadora, procedentes del litoral septentrional del mar Negro, tras haber atravesado el Cáucaso y el Asia Menor, tribus invasoras cimerias. Ocuparon Trapezonte y Sínope y, probablemente, las asolaron. Las leyendas acerca de las guerreras amazonas que fundaron su propia ciudad, Temiscira, cerca de la desembocadura del río Termodonte, reflejan, al parecer, el hecho históricamente verídico de la invasión de los cimerios. Sólo después de haber aplastado a éstos, Mileto restableció sus colonias. La tradición antigua ubica el establecimiento de Sínope en el año 630 a. C.

En la centuria siguiente, los milesios fundaron allí nuevas colonias, por cierto menos importantes que Sínope: se trata de las de Sésamo y Cromnas, surgidas en los sitios de poblaciones que se remontan a la época que precediera a la colonización griega. Luego fundaron Teos, que desempeñaba un pequeño papel, y Citoris. La propia Sínope también fundó una serie de poblados: Ceras, Cotiora y otros más, menores por su valor y dimensiones.

Es interesante la historia de la fundación de Amisos, situada en el camino que unía Trapezonte con Sínope, en el punto del litoral desde el cual arrancaban caminos hacia el interior del país, hacia la Capadocia. Al parecer, en aquel punto existía una población aun desde los tiempos de los quetas. A finales del siglo VII se habían establecido allí los focenses, que realizaban muy distantes viajes en sus navios semicomerciales, semipiratas. Mas no pudieron retener Amisos por mucho tiempo: la ciudad se había llenado de emigrados milesios, cuyo papel fue tan grande que algunos autores, como, por ejemplo, Estrabón, consideraban a Amisos como una colonia de Mileto.

De esta manera, hacia la séptima década del siglo VI a. C., a lo largo de toda la costa meridional del Ponto se había extendido una densa red de colonias griegas. Sus pobladores pertenecían todos a la rama jonia. Sólo alrededor del año 560 a. C. surgió allí la única colonia dórica: Heráclea.

Estaba situada ésta en una región fértil, cerca de la desembocadura del río Lico, en las orillas de un puerto natural relativamente cómodo, defendido desde el lado del mar por un promontorio. La región estaba poblada, mucho antes de la llegada de los griegos, por mariandinos, que se ocupaban activamente de la agricultura. Habían recibido con hostilidad las tentativas griegas de echar pie en su territorio, de modo que los jonios no pudieron fundar allí población alguna. Posteriormente lograron hacerlo los oriundos de la doria Megara, sometiendo a los mariandinos por las armas, privándolos de su independencia y colocándolos en una

situación similar a la de los ilotas en Esparta: pagaban tributo a los herácleos y estaban fijados a las tierras que cultivaban.

El núcleo principal de la población de Heráclea lo componían los emigrados de Megara.

El asentamiento de los griegos en la cuenca occidental del mar Negro empezó considerablemente más tarde que la de la meridional, a partir de mediados del siglo VII a. C. Los pobladores locales, los tracios, eran conocidos desde hacía mucho por los griegos, en cuya mitología figuraban ya. Con la cuenca occidental del Ponto estaba vinculada una serie de mitos helenos, como, por ejemplo, el de la isla Leuce, situada frente a la desembocadura del Danubio, sitio en que se encontraba la morada del deificado Aquiles, el héroe de la guerra troyana, después de su muerte. Ulteriormente, entre los colonos de la cuenca occidental cobró difusión el culto de Aquiles, a quien se adoraba como amo y señor del mar, nombrándolo Aquiles-Pontarca.

Cuando los griegos penetran en el litoral tracio del mar Negro, las tribus locales se hallaban en la etapa de descomposición del régimen gentilicio primitivo. Se ocupaban fundamentalmente de la agricultura y de la ganadería y habían obtenido cierto desarrollo de las actividades artesanales, en especial de las metalúrgicas.

Como primeros colonos en el litoral occidental son conocidos también los originarios de Mileto, los que primeramente fundaron Istros en una pequeña isla del sur del delta del Danubio. Había allí un buen puerto natural y el Danubio ofrecía una excelente vía hacia el interior del país. La tradición ubica la fundación en la década del año 650 a. C., lo cual es confirmado por las investigaciones arqueológicas.

A este respecto hay que anotar que, a diferencia de lo ocurrido con las colonias griegas de la cuenca meridional del mar Negro, que casi no han experimentado excavaciones, las ciudades de la cuenca occidental del mismo mar han sido investigadas por los arqueólogos bastante meticulosamente.

Alrededor del año 609 a. C., los milesios fundaron en el litoral occidental del Ponto la segunda ciudad, Apolonia, en un islote situado en la parte meridional del golfo hoy llamado Burgas, a orillas de un muy buen puerto natural. Apolonia, a su vez, fundó el villorio de nombre Anquialos. Luego, en el período comprendido entre los años 590 y 560 a. C., fue también Mileto la que fundó Odesos en la orilla del mejor puerto de todo el litoral, en el lugar del actual puerto Stalin. Además de buen puerto, Odesos tenía el privilegio de hallarse en la desembocadura del río Paniza, que lo vinculaba con el interior del país.

Al parecer, aproximadamente al mismo tiempo, en las orillas de una bahía bastante cómoda surgió la ciudad de Tomis. Con ésta llegó a su final la actividad colonizadora de Mileto en la cuenca occidental del mar Negro, de modo que puede concluirse que la misma se desarrolló hasta mediados del siglo VI a. C.

Existían en ese litoral occidental otras pocas pequeñas poblaciones fundadas por los jonios. Entre ellas podemos mencionar a Cruni, cuyo nombre fue cambiado por el de Dionisópolis, debido al desarrollo excepcional en la misma de la vitivinicultura.

Al igual que en el litoral meridional, la aparición de los colonos dorios en la cuenca occidental del mar Negro tuvo lugar unas décadas más tarde, después de terminada la actividad colonizadora de Mileto. También aquí los dorios cedían considerablemente a los jonios. Alrededor del año 530 a. C., los emigrados de Heráclea fundaron Calatia, condicionando la elección del lugar a la fertilidad de la llanura circundante y a la vecindad de un lago de agua dulce rico en peces. Calatis carecía de puerto natural.

Casi al mismo tiempo, cerca del año 520 a. C., Megara ayudó a su colonia Calcedonia a fundar la ciudad de Mesembria, en una península sobre la orilla septentrional del golfo Burgas, con un buen fondeadero. En la población de Mesembria tomó parte también Bizancio. A su vez, Mesembria fundó unos cuantos poblados pequeños.

En la economía de algunas ciudades del Ponto occidental (por ejemplo, Calatis), predominaba la agricultura; en otras (Istros, Apolonia, Odesos y Mesembria) habían cobrado considerable desarrollo los oficios artesanales y el comercio.

Resulta así que la colonización de los litorales meridional y occidental de la cuenca del mar Negro se extendió, en apenas trescientos años, desde finales del siglo IX hasta la primera mitad del VI a. C. La tenacidad con la que los jonios de Mileto y los dorios de Megara trataron de apoderarse del Ponto hace ver cuán alto apreciaban los griegos al litoral del mar Negro. La historia posterior justificó sus anhelos.

En el transcurso del siglo VI a. C., las colonias del mar Negro fueron creciendo rápidamente. En el litoral meridional se destacó especialmente, como gran centro mercantil, Sínope. Exportaba hierro que elaboraban los calibes, madera para construcciones, nueces, almendras. Aprovechando la benignidad del clima, los sinopianos comenzaron a cultivar en gran cantidad el olivo, lo cual les aportaría luego, en el siglo VI, tal nivel, que la ciudad comenzó a acuñar moneda propia. Heráclea, explotando el trabajo de los mariandinos, exportaba cereales y maderas.

Conocemos más detalladamente el comercio de las ciudades del Ponto occidental. Los hallazgos de la cerámica griega muy arriba en el curso del Danubio y de sus afluentes, indican que en aquel tiempo Istros sostenía un activo intercambio comercial con las más distantes tribus tracias. Muy intensos eran también los vínculos de las ciudades del Ponto occidental, no sólo con sus respectivas metrópolis, sino también con los más grandes centros mercantiles de aquel tiempo. A finales del siglo VII y comienzos del VI a. C., Istros y Apolonia comerciaban con Rodas y Paros, y posteriormente también con Samos. La ciudad de Odesos había entablado relaciones comerciales con Corinto inmediatamente después de haber sido fundada.

A mediados del siglo VI a. C., la actividad comercial de Atenas con las ciudades occidentales y meridionales del Ponto ocupaba un lugar bastante considerable. Entre los años 580 y 560 a. C., en todas partes de Grecia fue en aumento la exportación ática y disminuyó el volumen del comercio con Corinto.

Al mismo tiempo cobraron gran significación las relaciones de las ciudades de las costas meridional y occidental del Ponto, con la ciudad de Cícica, en la Propónide, cuya moneda, el electrón, fue convirtiéndose gradualmente en unidad pecuniaria básica en todo el litoral del mar Negro. La historia posterior de las ciudades de esas dos castas del Ponto nos es relativamente poco conocida.

A mediados del siglo VII a. C., las regiones septentrionales del Asia Menor fueron conquistadas por Creso, rey de Lidia. Este mantenía relaciones amistosas con el mundo heleno, aun cuando las ciudades del Asia Menor estaban bajo su égida. Posiblemente, Sínope y otras ciudades del Ponto meridional hayan debido reconocer el poder de Creso sobre ellas. Pero su gobierno fue breve. Muy pronto su reino fue engullido por la potencia persa.

El testimonio de Herodoto en el sentido de que los mariandinos pagaban tributo a Darío, permite suponer la dependencia de Heráclea del reino persa. Es posible que también Amisos se hallara en igual situación. Según Estrabón, esta ciudad estuvo durante algún tiempo sometida al poder de cierta persona que gobernaba a los capadocios. Evidentemente, esa tal persona identifica a uno de los sátrapas.

Al parecer, también las ciudades del Ponto occidental tuvieron que reconocer el poder del rey persa. Herodoto, por lo menos, comunica que a finales del siglo VI a. C., durante la campaña de Darío contra los escitas, su flota había visitado los puertos del mar Negro occidental. Esta sumisión, por otra parte, no se prolongó por mucho tiempo. Ya en los años 499-493 a. C., Mesembria sirvió de refugio a los bizantinos y los calcedonios, que se habían sublevado contra los persas y que huían de la flota enviada para reprimirlos. Por lo pronto, se ignora si las ciudades del Ponto meridional tomaron parte en la mencionada sublevación.

La historia interna de las ciudades de la orilla occidental del Ponto en el siglo VI a. C., es desconocida. Merced a una breve nota de Aristóteles tenemos algunas ideas acerca de la marcha general de los acontecimientos en Heráclea. Al principio, en la misma se había apoderado del gobierno el partido democrático. Luego éste fue derrocado, estableciéndose en la ciudad un gobierno oligárquico. Es posible que la fundación de Calatis fuera emprendida por los aristócratas, con el fin de alejar de la ciudad a los demócratas más activos, y poder así afianzarse

ellos en Heráclea. Sugiere tal suposición el hecho de que Calatis, polis democrática al comienzo, retuvo este régimen ulteriormente.

Tales son los datos de que disponemos acerca de la historia del Ponto meridional y occidental durante la época de la colonización.

La colonización de la cuenca septentrional del mar Negro

La colonización del litoral septentrional del mar Negro comenzó después de que los pobladores griegos se habían establecido sólidamente en sus costas meridional y occidental. A juzgar por las excavaciones efectuadas, las colonias griegas más antiguas en la cuenca septentrional del Ponto Euxino habrían aparecido no antes del siglo V a. C. La única excepción en este sentido la ofrece una pequeña población en la isla de Berezán, que, por lo demás, muy pronto dejó de existir. La colonización relativamente más tardía por los griegos del litoral septentrional se explica por la mayor distancia que separaba esos lugares de su patria. Se sobrentiende que aislados navegantes griegos ya visitaban antes esas playas episódicamente. Aparte de los mitos y sagas, dan testimonio del conocimiento que tenían los griegos de esta región, incluso en tiempos anteriores, los hallazgos efectuados en el litoral septentrional del mar Negro de varios objetos de confección griega.

El principal papel colonizador en esta región correspondió a los jonios originarios de las ciudades costeras del Asia Menor y, en primer lugar, Mileto. En el siglo VI fueron fundadas por ellos, en la boca del estuario de los ríos Hipanis y Boristenes (Bug y Dniéper), Olbia, y una serie de colonias en la costa oriental de Crimea, a ambos lados del estrecho de Kertch, que en la antigüedad tenía la denominación de Bósforo Cimeriano. Las mayores de dichas colonias fueron Panticápea (en el sitio de la actual Kertch), Ninfeón, Teodosia (en el sitio de la actual Teodosia), Fanagoria, Hermonasa y Cepi, en la región litoral de la península de Taman, que en aquel tiempo era un grupo aluvional de los islotes depositados por el delta del río Kuban. La más septentrional de las poblaciones del Bósforo era Tanais, situada en las cercanías de la desembocadura del Don, pero que ciertamente apareció más tarde. A través de ella, las colonias del Bósforo mantenían activas relaciones con las tribus que moraban sobre el Don. La única colonia doria en el litoral septentrional del mar Negro fue Quersoneso, fundada en el siglo V a. C. por los emigrados de la Heráclea Pontina, a tres kilómetros de la actual Sebastopol. No está descartada la posibilidad de que antes de ubicarse allí los colonos de Heráclea hubiera existido en ese lugar una pequeña jonia.

En el desarrollo ulterior de todas esas colonias griegas, junto a la agricultura comenzó a desempeñar un papel bastante visible el comercio.

En el siglo VI a. C., muchas ciudades griegas sentían la necesidad de materias primas, especialmente cereales, de las que podían proveerse en la cuenca del mar Negro. Los oficios de la artesanía griega también necesitaban un mercado para colocar sus productos. En primer lugar sintieron interés en ello las ciudades griegas costeras del Asia Menor, las más adelantadas y económicamente más desarrolladas en aquel tiempo.

Las colonias griegas de las regiones costeras del mar Negro y, en particular, las septentrionales, fueron adquiriendo en el siglo VI a. C. un significado exclusivo en la vida económica de Grecia, al tornarse en proveedoras de materias primas, cereales y fuerza de trabajo esclavo. De esta manera, de su actividad comenzó a depender el bienestar de muchas ciudades de Grecia.

Entre los colonos griegos y las tribus locales se habían establecido relaciones comerciales muy activas. Los artículos de Grecia, como los productos artesanales y los objetos de arte, así como los vinos y el aceite de oliva, eran intercambiados por los mercaderes griegos por productos agropecuarios. La nobleza de las tribus locales era la más interesada en ese intercambio, pues poseía grandes rebaños y vastas extensiones de tierras fértils. A las relaciones comerciales con los griegos fueron igualmente atraídas las masas más amplias de la población local, que, según el testimonio de Herodoto, cultivaban los cereales con vistas a su venta. La gran cantidad de objetos de origen griegos descubiertos en las excavaciones

practicadas en las poblaciones locales y en los túmulos ilustran palpablemente sobre la intensidad de tales vinculaciones.

Las condiciones favorables para el desarrollo de las colonias griegas en la cuenca septentrional del mar Negro residían en el hecho de que la sociedad local sentía la necesidad, al comienzo de la colonización, del intercambio recíproco con los griegos. A su vez, el comercio con los griegos facilitó en el seno de la sociedad local la formación de clases, dando lugar de este modo a la transición del primitivo régimen comunal a un escalón superior del desarrollo histórico. La estrecha comunión de los griegos con las tribus locales propiciaba también el desarrollo de los procesos asimilatorios, que se realizaban con intensidad especial en las costas del Bósforo Cimeriano. La anchura que allí se había formado adquirió, en función de ello, rasgos griego-locales.

Los habitantes más antiguos que los griegos llegaron a conocer en la cuenca septentrional del mar Negro fueron los cimerios. Bajo el nombre de himirayas aparecen mencionados en las escrituras cuneiformes de los textos sirios de finales del siglo VIII a. C., que informan acerca de las invasiones cimerias en el Asia Menor y Anterior y hasta en Egipto.

Hacia los tiempos de Herodoto, que visitó la cuenca septentrional del mar Negro a mediados del siglo V a. C. y dejó las nociones más valiosas que se tienen sobre los habitantes de ese país, el período ligado al nombre de los cimerios era ya un pasado remoto, grabado en la toponimia local. Así, el actual estrecho de Kertch, como se ha dicho, era llamado Bósforo Cimeriano; en la región del nombrado estrecho había un fortín cimeriano, una travesía (por mar) cimeriana, una Región Cimeriana.

Va creándose la impresión de que la morada principal de los cimerios era la península de Kertch. Sin embargo, Herodoto informa que le habían hecho ver la tumba de «un rey cimerio» en la región del río hoy denominado Dniéster. Los otros escritores de la antigüedad están menos informados aún. No está descartada la posibilidad de que para los griegos el término «cimerios» tuviese un valor colectivo en el cual quedaban comprendidas varias tribus que en la antigüedad poblaban la amplia superficie esteparia que va desde el río Bug meridional hasta el mar de Azov, incluyendo a Crimea. Hasta la actualidad, la cultura de los cimerios es muy poco conocida. Con la expresión «cultura cimeria» se suele designar en la literatura arqueológica a los monumentos de la época de transición entre la del bronce y la del hierro, hallados en el territorio de la cuenca septentrional del mar Negro como resultado de excavaciones aisladas, en los tesoros ocultos y como hallazgos fortuitos. Momentáneamente resulta difícil destacar, de entre ese material, los monumentos propiamente cimerios. Según Herodoto, los cimerios fueron expulsados fuera de la cuenca septentrional del mar Negro por los escitas, dirigiéndose a la costa meridional, a las proximidades de Sínope. Algunos hombres de ciencia suponen que, aun cuando tal migración haya tenido lugar en la realidad histórica, la misma no fue general, y una buena parte de los cimerios debe haber quedado en la zona montañosa de Crimea; las tribus que habitaban esta región aparecen mencionadas posteriormente por los antiguos escritores bajo la denominación de tauros.

Según el testimonio de Herodoto, en sus tiempos eran los escitas los que representaban la población básica de la cuenca septentrional del mar Negro; de ellos, Herodoto suministra nociones bastante circunstanciadas. Según todos los indicios, Herodoto realizaba sus observaciones sobre el mundo de las tribus de la mencionada comarca encontrándose él en Olbia, situada en la costa del estuario en que desembocan los ríos Bug y Dniéper. Siendo así, resulta lógico que nombrara en primer lugar a las tribus escitas que vivían en las cercanías de esa ciudad. En las descripciones de este autor, dichas tribus son enumeradas y nombradas una por una. Cita primeramente a los calípides, los que figuran en su obra bajo otro nombre característico: el de heleno-escitas. Eran los vecinos más cercanos de Olbia y, antes que los demás, se habían asimilado con los colonos griegos, experimentando un fuerte influjo de la cultura griega. Acerca de los alasonienses, que vivían al lado de los calípides, dice Herodoto que sembraban y se alimentaban de cereales, cebolla, ajo, habas y mijo. Más allá de los alasonienses, sobre el territorio adyacente de ambas orillas del río Bug, vivían los llamados escitas-labriegos que, según Herodoto, cultivaban cereales no sólo para satisfacer las propias

necesidades, sino también para la venta. Evidentemente, el territorio por ellos poblado entraba en la esfera de la actividad comercial de los mercaderes de Olbia.

En cuanto a la población de las regiones más distantes de Olbia, Herodoto las determina sobre la base de indicios más generales. Así, toda la población del gran territorio que se extiende hacia el este del Dniéper la denomina escitas-agricultores, contraponiéndolas al grupo mucho más numeroso de los escitas-nómadas que, según dice, «ni siembran ni aran». Más lejos todavía, hacia el este, vivían los escitas reales, llamados así por Herodoto por el predominio que ejercían sobre el resto de la población.

Así, pues, los escitas representaban, evidentemente, una cantidad de tribus emparentadas entre sí, parcialmente nómadas, parcialmente sedentarias. Fluye del material de las investigaciones arqueológicas que la cultura propiamente escita había cobrado difusión, en primer lugar, en la región del Bug inferior y del Dniéper inferior, como también en el área comprendida entre éste y el mar de Azov, incluyendo el territorio de la Crimea esteparia. Aun habiendo algunas particularidades locales en cada una de las regiones, se observan rasgos de comunidad tipológica en la cultura material: las mismas formas de la cerámica, armas y arneses del mismo estilo, tipos similares de las sepulturas, etc. La cultura material de la zona silvestre-esteparia, que difería esencial y naturalmente de la cultura escita, experimenta a partir de mediados del siglo V a. C. una fuerte influencia de esta última, influencia que atenuó en parte los rasgos diferenciales entre ambas. La proximidad étnica de las tribus escitas encontraba su expresión, en primer lugar, en su lenguaje. Lamentablemente disponemos, en cuanto al mismo, sólo de datos muy limitados extraídos principalmente de los escritos griegos. Las tentativas de resolver el problema referente al idioma de los escitas, hechas por la ciencia burguesa, han dado pie a una serie de hipótesis contradictorias, que se excluyen mutua y recíprocamente. Las estructuras no-marxistas de N. Ia. Marr y de sus discípulos y continuadores estorbaban a la correcta ilustración del problema etnogenésico escita en nuestra literatura. En la actualidad, entre los lingüistas y escitólogos soviéticos predomina el punto de vista que ubica la lengua de los escitas en el llamado grupo lingüístico nordirano.

Más allá del Don, según los datos de Herodoto, ya no vivían escitas, sino tribus de sármatas, afines a aquellos tanto por la lengua como por el modo de vida. Lo mismo puede decirse de las tribus de los maitas que habitaban en las regiones costeras del mar de Azov, y en la del río Kubán. El territorio poblado por los citados grupos tribales estaba totalmente rodeado por tribus no consanguíneas con los escitas, de los cuales diferían por su manera de vivir como por el nivel del desarrollo social. Los griegos estaban muy mal informados acerca de las mismas, a cuyo respecto circulaban los más fantásticos rumores. Herodoto, por ejemplo, al hablar de los neuros, que poblaban el territorio situado al oeste del Dniéper medio y que, quizás, representaban la población protoeslava de Europa, dice que todos ellos eran unos brujos que poseían la facultad de convertirse en lobos. Aproximadamente las mismas confusas ideas tenía Herodoto sobre los melanclos, pobladores de la región del Don superior y las estepas adyacentes.

Se sobrentiende que el desarrollo histórico de las tribus diseminadas sobre un espacio tan vasto se cumplía en condiciones bien disímiles, con ritmos igualmente distintos. Esenciales diferencias en el desarrollo se observan inclusive en los casos en que tales o cuales grupos tribales se hallaban cerca unos de otros. Así, todos los escritores de la antigüedad subrayan unánimemente, por ejemplo, la tosquedad y el atraso de los tauros que poblaban la parte montañosa de Crimea. Las investigaciones arqueológicas de esa parte de Crimea han hecho ver que, efectivamente, en la antigüedad no había allí condiciones favorables para el desarrollo de la agricultura ni de la ganadería, y que la ocupación principal de sus habitantes eran la caza y la pesca. No obstante, la vida económica de la mayor parte de las tribus de la cuenca septentrional del mar Negro, precisamente de aquellas con las cuales entraron en contacto los griegos, hacia el tiempo de la colonización ya habían alcanzado un nivel relativamente elevado. Se refiere esto especialmente a la manera de vivir de la población agrícola sedentaria, que conocemos merced a las excavaciones de muchos vestigios de ciudades, en particular las efectuadas en las ruinas Cámmenni, sobre el Dniéper, en las cercanías de la actual Nicópol. La labranza en aquel tiempo se realizaba, por regla general, con bueyes uncidos al arado; en el levantamiento de la cosecha se empleaban hoces; el grano era molido en molinillos especiales. La gran cantidad de restos

óseos atestiguan la cría de ganado grande y pequeño, de aves y de caballos. Los restos de viviendas y de la cerámica encontrada en las mismas, de las más variadas formas y usos, hablan del relativo bienestar material de sus moradores.

En cuanto al grado de desarrollo de la ganadería entre los nómadas, hallamos testimonios en monumentos de la antigüedad tales como los túmulos de Ulski, Vorónezh, Costromá y otros. Sólo en uno de los túmulos de Ulski, cuyo origen se remonta al siglo VI a. C., fueron hallados más de cuatrocientos esqueletos equinos dispuestos en filas regulares junto a los palenques. La costumbre de la ritual matanza en masa de los caballos da una idea acerca de las dimensiones de las caballadas que pertenecían a los nómadas. La plenitud de los inventarios sepulcrales en los grandes túmulos, en cuanto a objetos de origen griego, es prueba palpable de los estrechos vínculos de la nobleza tribal con las ciudades-colonias griegas.

Los grandes túmulos en los que se puede hacer ricos inventarios y hallar vestigios de holocaustos rituales están en contraposición con la gran cantidad de tumbas de gente pobre, casi carentes de inventario sepulcral, lo cual pone en evidencia un intenso desarrollo local de los procesos de estratificación económico-social. Los constantes choques armados entre las tribus, que proporcionaban a los vencedores botín de guerra y prisioneros, y el comercio con los griegos, a los que, evidentemente, se vendía una parte de aquéllos, forzaban un mayor crecimiento de la desigualdad social. Sin embargo, la sociedad de la cuenca septentrional del mar Negro en aquellos tiempos, y a juzgar por muchos indicios, aún no se había desprendido del régimen primitivo del clan comunal; en ese ambiente no había comenzado todavía el proceso de la formación de clases ni el de la formación de un Estado.

Herodoto menciona más de una vez a reyes escitas. Los mismos, aun en los casos en que encabezaban la unión de varias tribus, seguían siendo, en esencia, sólo jefes de su tribu. Aun sin dudar de la existencia, generalmente breve, de uniones de tribus locales que sumaban sus fuerzas para emprender acciones bélicas conjuntas en gran escala, como, por ejemplo, durante las invasiones escitas en el Asia Anterior y en el Asia Menor, hay que rechazar decididamente los puntos de vista de algunos científicos burgueses que sostienen que entre los escitas de los siglos VII-V a. C. ya existían Estados organizados. Los primeros síntomas de un régimen estatal entre los escitas aparecen no antes de la segunda mitad del siglo IV a. C., cuando en el territorio de la cuenca occidental del mar Negro surge una grande y fuerte unificación encabezada por el rey escita Ateas, que, por otra parte, tuvo muy corta existencia. Entre los sármatas tampoco puede hallarse el menor síntoma de Estado. Según el testimonio de toda una serie de antiguos escritores, en el ámbito sármata la mujer desempeñaba un papel muy especial. Ello da pie para pensar que entre los mismos se habían conservado más tiempo que entre los escitas las supervivencias del matriarcado. Cabe suponer, con certidumbre, que en el ámbito de la cuenca que estamos considerando no existía una esclavitud más o menos desarrollada. Todo lo que sabemos acerca de los esclavos escitas, por la obra de Herodoto y por las breves menciones de otros autores, crea la impresión de una esclavitud de formas patriarcales, en la cual la labor de los hombres no-libres apenas habrá podido encontrar una aplicación extensa en la economía de la población sedentaria, que era extraña aún, según todas las apariencias, al concepto de propiedad privada sobre la tierra. Hay que pensar que, en los casos en que la pérdida de la libertad se debiera a la condición de prisioneros de guerra, éstos no eran retenidos por mucho tiempo por la tribu vencedora, sino que eran vendidos, evidentemente, con la mediación de los mercaderes griegos, fuera de las fronteras del país.

Nuestras ideas acerca de la vida habitual de las poblaciones nómada y sedentaria de la cuenca septentrional del mar Negro están fundadas tanto en los testimonios de Herodoto y otros autores de la antigüedad, como en el material proporcionado por las investigaciones arqueológicas. Escribe Herodoto acerca de los nómadas: «Los escitas se procuran los medios de subsistencia no mediante la agricultura, sino recurriendo a la ganadería, y sus viviendas se hallan instaladas en carros». Una idea palpable de tales carros la proporciona un modelo de barro encontrado entre juguetes de niños durante las excavaciones practicadas en la región de Kertch. Esta especie de vivienda móvil habrá surgido, evidentemente, ya en la edad del bronce, anterior a la de los escitas, porque en las sepulturas de aquel tiempo, en el norte del Caucaso, fueron hallados modelos similares, y en uno de los túmulos se han encontrado grandes ruedas

macizas de maderas, esto es, sin radios. Durante las paradas, los nómadas vivían en carpas de fieltro, con el fogón en su centro. Una yurta de esta especie, de forma cónica, provista de un orificio para la salida del humo, está representada en uno de los frescos de Panticápea.

Nos es desconocida la estructura detallada de las viviendas de los escitas sedentarios. Ciertas ideas las suministran los restos de algunas chozas semisubterráneas y de unas construcciones de barro que se van descubriendo en las excavaciones que se efectúan en los villorrios escitas, así como las observaciones que se hacen sobre las particularidad de la construcción de las grandes sepulturas en los túmulos de las regiones de Kiev, Drivoirog, Poltava, Járkov, Vorónezh y la parte esteparia de Crimea.

Como lo atestiguan los muchos hallazgos de vajilla local, muy variada por sus formas y usos, la cerámica ocupaba un lugar muy visible en la vida cotidiana de la población. Cuenta Herodoto que los escitas preparaban la comida en calderos de bronce (los cuales son conocidos también por las excavaciones arqueológicas) y usaban vajilla de madera. A juzgar por los restos óseos, para su alimentación se valían principalmente de productos de la ganadería.

Conocemos la vestimenta de los escitas sobre todo por los dibujos en las vajillas de oro y plata y otras joyas, principalmente de fabricación griega, de los túmulos de Chertomlitzki, Culjolski, Soloja y otros. Se componía la misma de un corto caftán, un pantalón de cuero, ya angosto, y ancho y con pliegues, y botas, también de cuero. En las cabezas, a juzgar por los dibujos de las ánforas, llevaban unos capuchones, aunque, por lo general, no se las cubrían. Las mujeres llevaban largos vestidos, con mangas angostas y cinturón, o largos batones, con mangas igualmente angostas.

Las armas de los escitas han llegado hasta nosotros en los dibujos de las ánforas y corno hallazgos arqueológicos (gran número de flechas escitas, lanzas y cortas espadas llamadas aquinacos). Como arma defensiva, los guerreros escitas se servían de escudos livianos. Combatían preferentemente montados en sus caballos, aun cuando, con el desarrollo de la vida sedentaria, debido a la agricultura que había sido introducida entre ellos, en el ejército escita hubo también combatientes de infantería. La descripción de sus hábitos ocupa notable lugar en la obra de Herodoto, aun cuando éste exagera algo sobre su belicosidad.

Es característico de la religión de los escitas la ausencia de templos y de una casta especial de sacerdotes. Uno de los dioses más venerados, según Herodoto, era el de la guerra, personificado en un sable de hierro clavado en el suelo ante el que se hacían holocaustos. Herodoto nombra deidades escitas, tratando de designarlas según el idioma del panteón helénico, pero lo logra de manera deficiente; al parecer, las ideas religiosas de los escitas estaban muy lejos de las de los griegos.

Como expresión palpable de la cultura local pueden servir los objetos con representación de animales, confeccionados en el estilo escita. Es característico de este estilo el dinamismo en el tratamiento de las efigies de las bestias: sus figuras se dan con mayor frecuencia no en forma estática, sino expresando una extrema tensión. Estos objetos salían no sólo de las manos de los artesanos locales, los que, en estos casos, trabajaban con el cálculo bien manifiesto de dar satisfacción a los gustos de los consumidores de la parte nórdica de la cuenca del mar Negro. Sin duda alguna, también la influencia de los griegos se había manifestado en la cultura local, pero no debe exagerarse a este respecto: dicha influencia había tocado preferentemente sólo a una capa bien reducida de la sociedad local, la nobleza de abolengo de la tribu, involucrada en el comercio con las ciudades griegas. La influencia griega, desde luego, se había extendido también sobre algunas de las tribus locales que moraban en las inmediaciones de las ciudades-colonias. Pero a su vez, como ya hemos anotado, el ambiente local influyó sobre los propios colonos griegos. Esto se manifiesta de manera especial en las artes plásticas. Sobre muchos monumentos conocidos por nosotros, fruto de los oficios pictóricos de las ciudades-colonias de la cuenca septentrional del mar Negro, se advierte el sello de la singularidad local, que difiere esencialmente de los monumentos análogos de la Grecia central. Tal singularidad aparece tanto en la elección, por los artistas de aquella cuenca, de temas de la vida local para sus obras, como en las particularidades estilísticas de las mismas. En tal sentido son significativas las ánforas de los túmulos Culjolski y Cjertomlitzki, realizados por maestros griegos, pero dentro del géneros

escita, imágenes de las deidades locales en las monedas de las ciudades y muchos otros productos del arte pictórico local.

La colonización del litoral sudeste del mar Mediterráneo

Si el movimiento colonizador de las ciudades jónicas, encabezado por Mileto, se desarrolló hacia el norte, hacia la región de la Propontide y del Ponto Euxino, Rodas, en cambio, que había desempeñado idéntico papel a la cabeza de las polis dorias, dirigió a sus emigrantes a lo largo de la antigua vía del litoral meridional del Asia Menor. A comienzos del siglo VII a. C., en Licia, en las mismas fronteras con Panfilia, fue restablecida o vuelta a fundar la colonia Fasélida. A pesar de que la tentativa de establecerse firmemente en las costas de Cilicia en el siglo VII fuera rechazada decididamente por el rey asirio Senaquerib, los griegos habían logrado fundar allí varias poblaciones, ciertamente insignificantes, que se encontraban al final de la vía que atravesaba el Asia Menor, de norte a sur, comenzando junto a las costas del Ponto, cerca de Sínope.

A partir de mediados del siglo VII a. C., los griegos penetraron en Egipto; al principio como mercenarios, cuyo poblado en una de las bocas del Nilo fue abandonado posteriormente. Más tarde, los griegos se establecieron más sólidamente en Egipto, fundando allí la colonia Náucratis. Esto se hizo con el consentimiento del faraón Psamético, quien intentó un renacimiento del poder y el valor de su país, y que aprovechaba gustoso los servicios de los mercenarios y mercaderes griegos. Mas los fundadores de Náucratis no fueron dorios de Rodas, sino, una vez más, los energéticos milesios. Se habían establecido primeramente en una de las bocas occidentales del delta del Nilo, y más tarde en otra vecina (la de Cápone), donde fundaron una nueva ciudad.

Más adelante, cuando Egipto comenzó a recibir a los mercaderes de otras ciudades griegas, Náucratis pasó a convertirse en un centro común griego, lo cual era propiciado por la política del rey egipcio Amasis, al limitar la permanencia de los extranjeros, particularmente de los griegos, a este solo punto. Al hacerlo, Amasis destinó la superficie necesaria, tanto para el santuario panhelénico (Helinión), como también para los templos erigidos por las ciudades griegas.

Durante las excavaciones realizadas en la parte meridional de Náucratis se descubrió una población egipcia que colindaba por el norte con una griega, que iba en aumento gradual. Los vestigios de la última se remontan hacia mediados del siglo VII a. C. Finalmente, en la parte septentrional de Náucratis fueron descubiertos restos del mencionado Helenión y de los templos erigidos por Mileto, Samos y Egina; las capas culturales más antiguas en esas poblaciones se remontan hacia tiempos no anteriores a los mediados del siglo VI a. C. Las dimensiones, relativamente pequeñas, de esa población dan una base para ubicarla como una factoría.

A comienzos de la cuarta década del siglo VII a. C., durante el período en que se agudizó la lucha social en la isla Tera, y tal como es dable deducir de las distintas versiones recogidas por la tradición, sus colonos, encabezados por el oikiste que asumió la dignidad de rey con el nombre de Batos, ocuparon una isla ribereña, Plateia, y luego se trasladaron al continente, donde en el año 631 a. C. fundaron la colonia Cirene. Esta tenía carácter agrario. A mediados del siglo VI llegó a Cirene un nuevo grupo de colonos para los cuales se necesitaban nuevas tierras. Esta circunstancia acarreó el hecho de que los litios, con los cuales los griegos al parecer habían mantenido hasta ese momento relaciones pacíficas, fueran desalojados de una parte de su territorio.

La posterior colonización del Occidente

Durante los primeros tiempos de la colonización de Italia y Sicilia, la costa occidental de la península balcánica no estaba poblada. A comienzos de la segunda mitad del siglo VII a. C., dado el desarrollo del comercio corintio, surgió allí una serie de colonias, fundadas por esta última ciudad: Léucade, en el golfo de Ambracia, Anactorión y Ambracia; y más al norte en las

costas de Iliria y Epidamne (Dirraquion entre los romanos), fundadas conjuntamente con los corcirusios.

A la misma época corresponde la penetración en un más alejado occidente, de los oriundos de Fócea, del Asia Menor, quienes fundaron en las cercanías de la desembocadura del río Ródano la colonia Masalia. Había precedido a esta fundación un logrado viaje del samio Colos, arrojado por los vientos del este hacia Tartesos (una ciudad ubicada junto a la desembocadura del río Tartesos, actualmente Guadalquivir). Llegado por vez primera a este país rico en minas de plata, habiendo entrado en relaciones comerciales con la población local, Colos obtuvo una fabulosa ganancia, según la tradición, de hasta sesenta talentos. Los rumores sobre el feliz viaje de Colos incitaron también a los navegantes focidios a tentar suerte. Al llegar a Tartesos, de acuerdo con la tradición, fueron cordialmente acogidos por el rey Argantonio, cuyo país fuera visitado, aun antes que por los griegos, por los fenicios (cartagineses). El éxito del primer viaje animó a los focidios a equipar una expedición de más amplias dimensiones, de resultas de la cual apareció precisamente, en los primeros años del siglo VI a. C., la fundación de Masalia. Es característico el hecho de que, entre los colonos y la población local se establecieran, de buenas a primeras, relaciones amistosas, si bien éstas fueron ulteriormente echadas a perder. Una vez establecidos en la nueva colonia, los focidios extendieron muy pronto su influencia por medio de la fundación de una serie de poblaciones dependientes, a lo largo de todo el litoral oriental de Iberia (España) y el país de los ligures (Francia meridional), desde Mainaca (Málaga) hasta (Monaco). Apoyados en sus colonias, fundadas en el transcurso de los siglos VI y V a. C., los masaliotas tuvieron en sus manos la totalidad del comercio con el Norte, a lo largo del río Ródano. Con menor felicidad terminó la tentativa de los focidios de hacer pie en la isla de Córcega, en la que, durante la séptima década del siglo VI a. C., habían fundado la colonia Alalia. Después de la caída de Fócea, conquistada por Hárпago, llegaron a Atalia muchos fugitivos. Los cartagineses y los etruscos, viendo en los focidios a peligrosos competidores, se unieron contra los mismos. En una batalla naval junto a la mencionada Alalia (año 535 a. C.), la flota militar de los focidios fue completamente batida. Después de esta derrota, se vieron forzados a abandonar Córcega. En la costa occidental de Italia fundaron una nueva colonia, Hielé, más conocida bajo los nombres de Elea o Hielea.

3. Significación y consecuencias de la colonización de los siglos VIII al VI a. C.

La colonización de los siglos VIII al VI a. C. tuvo significación excepcional para el ulterior desarrollo histórico de Grecia. A diferencia de la colonización de tiempos anteriores, condicionada por una serie de migraciones de varias tribus, el movimiento colonizador de los siglos VIII al VI está orgánicamente vinculado con la aparición de la sociedad clasista en Grecia, con la formación del Estado griego. El carácter irregular del reparto de la tierra que engendraba la lucha de clases, como también el desarrollo de los oficios artesanales y del comercio, habían estimulado la colonización. Esta última, a su vez, propició el desarrollo del comercio griego. Los griegos, según la expresión metafórica de Platón, habían rodeado el mar Mediterráneo como las ranas sentadas en torno a un pantano. Y los fenicios debieron cederles la primacía. Para la Grecia central, árida y pobre en materias primas y cereales, tal ampliación de los vínculos comerciales tuvo un gran valor. No fueron los intereses políticos, sino precisamente los económicos, los comerciales, los que ligaron a las colonias, mediante estrechos lazos, con sus respectivas metrópolis. Como resultado, fueron creándose condiciones excepcionalmente favorables para el desarrollo de la producción de mercancías y para el comercio de importación y exportación, que, a su vez, forzó el crecimiento de las fuerzas productivas de la sociedad griega, es decir, el desarrollo de la economía esclavista en una forma integral. Tal desarrollo, empero, se cumplía en las diversas regiones de Grecia de manera heterogénea: las poblaciones de las comunidades que se liberaron antes que otras de las supervivencias del régimen de gens familiar iban desarrollando con mayor rapidez los oficios artesanales, el comercio marítimo y la actividad colonizadora; en otras comunidades, las supervivencias gentilicias perduraron más tiempo e impusieron un sello sobre la estructura económico-social. De esta manera, el estudio de las líneas comunes de desarrollo en la antigua Grecia ha de combinarse también con el

História de la antigua Grecia I

estudio de las particularidades locales de este proceso. Desde este punto de vista, la historia de las distintas comunidades griegas asume un considerable interés.

CAPÍTULO VII

EL ÁTICA EN LOS SIGLOS VII Y VI A. C.**1. La antigua Ática**

El período más antiguo en la vida histórica del Ática, que luego se convirtió en territorio básico de uno de los Estados más poderosos y florecientes de Grecia, se ha visto reflejado muy débilmente en las fuentes literarias e históricas. Las investigaciones arqueológicas de Atenas y su región circundante han mostrado vestigios de la vida cotidiana que se remontan al Neolítico. Al III milenio a. C. corresponde la sepultura más antigua allí descubierta. Los recipientes encontrados al lado de un esqueleto encogido, de barro gris y factura manual, son aún muy primitivos.

Durante las excavaciones practicadas en la acrópolis ateniense se descubrieron monumentos de la cultura incomparablemente más elevada: restos de un palacio de tipo micénico; y en varios otros lugares (Acarnés, Erquia, Cerámico y otros) fueron halladas sepulturas pertenecientes a la misma época, con gran cantidad de variados objetos, principalmente cerámica, que no eran de fabricación local. Todos estos monumentos de finales de la edad del bronce permiten pensar que sobre el territorio del Ática había existido un foco de cultura micénica, coetáneos con otros centros de la misma.

El período subsiguiente, el posmicénico, se caracterizó en el Ática por la aparición de la cerámica de los estilos denominados protogeométrico y geométrico. Algunos de los hallazgos de cerámica de esta época, como los de Dipilón, que habían logrado una gran notoriedad y gloria, llegaron hasta nuestros tiempos magníficamente conservados. Abundantes hallazgos de cerámica protogeométrica y geométrica fueron proporcionados también por excavaciones más recientes de las laderas norte y noroeste del Areópago. Llama la atención que en las estratificaciones culturales acumuladas, caracterizadas por esta clase de hallazgos de cerámica, casi no se encuentran objetos importados. Esto demuestra que el debilitamiento de las relaciones con otros países, típico para toda la Grecia del período posmicénico, incluyó también a Atenas.

Para la caracterización de la edad del hierro en el Ática, ofrece interés una sepultura descubierta en 1949 sobre el territorio de Atenas, que al parecer es de un artesano; en la misma fueron descubiertos cerca de diez objetos de hierro y una piedra de afilar.

En la tradición literaria de la antigüedad referente al Ática se han conservado sólo nociones fragmentarias de la época más antigua. Tucídides, Herodoto y Platón en uno de sus diálogos subrayan que los habitantes del Ática no eran advenedizos, sino autóctonos; la tierra ática no era para ellos una madrastra, sino una madre carnal, propia. Esta región, merced a su suelo infértil, no atraía a los conquistadores, según afirma Tucídides, y la invasión doria no la había tocado. Pero, posteriormente, cuando llegó a su florecimiento el Estado ateniense, comenzaron a afluir al Ática gentes de otros sitios, acrecentando su población y favoreciendo con su trabajo la elevación de su bienestar.

Las siguientes generaciones atenienses —mejor conocidas por nosotros— consideraban que las instituciones sociales más antiguas, de las que se conservaban supervivencias, eran el resultado de la actividad de una serie de reyes legendarios. Así, por ejemplo, el mitológico rey Ión fue el que dividió, según la tradición, a toda la población del Ática en cuatro filai, o tribus emparentadas, cada una de las cuales comprendía tres fratrías o hermandades, que, a su vez, reunían —cada una de ellas— treinta gens (o linaje, grupo consanguíneo), y cada gens a treinta familias, de modo que en todo el Ática había 10.800 familias. C. Marx, al polemizar a propósito de estas divisiones con el científico burgués Grot, anotó que «aun cuando los griegos hacían

descender sus gens de la mitología, eran mucho más antiguos que los mitos *creados por ellos mismos*, con sus dioses y semidioses».

Como testimonio del aislamiento en que anteriormente había vivido la población, pueden servir las muchas ruinas de las fortificaciones con las que en otro tiempo estaban circundados los villorrios de las filai, siempre hostiles entre sí. Vestigios de esta clase de fortificaciones van descubriendose hasta hoy día en el curso de las excavaciones que se realizan en diferentes puntos del Ática.

Así es cómo nos encontramos con la estructura social típica del régimen gentilicio, engendrado regularmente por el conjunto de las condiciones históricas de aquel tiempo. Para la antigua Ática es también característico otro rasgo típico de las relaciones que acabamos de mencionar: el desmembramiento familiar-tribal. De acuerdo con las tradiciones atenienses, sobre el territorio del Ática existieron, en los tiempos más antiguos, doce comunidades separadas, aisladas e independientes una de la otra, todas con el carácter de gens más o menos externas. Según las tradición, quien puso fin a tal desmembramiento fue el mítico rey Teseo, quien unificó a los pobladores de toda esa región en torno de Atenas e instaló un único consejo común para todos y una sola pritanía. Escribe Tucídides: «A partir de entonces y hasta ahora los atenienses efectúan, en honor de la diosa [de Atenea] los festejos populares generales del sinoicismo [unificación].»

Al parecer, el proceso unificador del Ática, dentro de la realidad histórica, ocupó un lapso no menor de dos a tres centurias. Es dable pensar que durante los siglos IX y VIII, y como resultado de una encarnizada lucha, se unió a Atenas la Paralia, la costa oriental del Ática. Tras esto, el culto local del dios Poseidón fue trasladado a la acrópolis ateniense. Inmediatamente después fue anexada también la Diacria, región montañosa situada en el norte del país, desde la cual fue trasladado a Atenas el culto de Teseo. Durante mayor tiempo que las otras regiones, Eleusis, en el sudoeste del Ática, con su célebre templo dedicado al culto de la diosa Demeter, conservó su independencia, y, defendiéndola, sostenía una encarnizada lucha contra Atenas. Resulta así que el sinoicismo ateniense fue un proceso prolongado, condicionado por las esenciales variaciones operadas en las relaciones sociales anteriores. El desarrollo de las fuerzas productivas y la transformación, en consecuencia de las relaciones sociales, engendró la necesidad de una unificación más amplia, que desbordara las fronteras de las anteriores organizaciones gentilicias.

Hacia el siglo VIII a. C. fueron surgiendo en el Ática las premisas para el establecimiento de un régimen clasista y de un Estado político.

En la admirable obra de F. Engels *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado* se hallan delineados y marcados los fundamentales jalones de este proceso, para cuyo estudio disponemos ya de un acervo de fuentes incomparablemente más amplias. Sin duda alguna, el primer lugar entre las mismas pertenece a la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, que se consideró definitivamente perdida durante mucho tiempo, y que se recuperó inesperadamente, en forma de manuscrito, en cuatro hojas de papiro halladas entre otros traídos de Egipto al Museo Británico, en 1890.

La *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, es la única obra llegada hasta nuestros días que proporciona un cuadro íntegro de la historia política de Atenas, a partir del siglo VII a. C. Aristóteles completa en ella los testimonios que sobre los acontecimientos de la historia ateniense de los tiempos anteriores proporcionan por separado Herodoto, Tucídides, Diodoro de Sicilia, Plutarco y otros autores de la antigüedad, y también algunos, aunque ciertamente pocos, epígrafes, monedas y materiales arqueológicos.

De todos estos datos se puede extraer la conclusión de que la comunidad ateniense del período considerado era, en lo fundamental, de carácter agrícola. Los oficios y el comercio estaban relativamente poco desarrollados. No obstante, la estratificación económico-social había alcanzado una profundidad bastante considerable. La poderosa aristocracia tribal —los eupátridas («descendientes de padres nobles»)— había concentrado en sus manos las mejores tierras. Una gran parte del resto de la población quedó bajo su dependencia. Escribe Aristóteles: «Los pobres se hallaban esclavizados no sólo ellos en persona, sino también sus hijos y sus

mujeres. Recibían la denominación de pelates y hectemorioi ("los de la sexta parte"), pues precisamente bajo tales condiciones labraban las tierras de los ricos. Y, en general, la tierra estaba en manos de unos pocos. Y si los indigentes no abonaban el precio del arriendo, se los podía llevar esclavizados, a ellos y a su prole. También los préstamos se aseguraban mediante la esclavización personal, hasta los primeros tiempos de Solón.»

En otras palabras, entre los atenienses del siglo VII existía el severísimo Derecho de adeudamiento, bien conocido en la antigüedad, según el cual el deudor se responsabiliza ante su acreedor no sólo con la totalidad de sus haberes, sino con la libertad personal y con la de los miembros de su familia; los deudores insolventes eran convertidos en esclavos de sus acreedores. La necesidad de fuerza de trabajo en las propiedades de la aristocracia terrateniente se satisfacía, así, con preferencia, por medio de los indigentes que de ellos dependían y mediante los deudores insolventes, antiguos miembros libres de la comunidad, ahora convertidos en esclavos.

Las posesiones territoriales de la aristocracia ateniense estaban principalmente concentradas dentro de los límites del llamado Pedión, «llanura» en su traducción literal, colindante con la propia ciudad de Atenas por el norte y el noroeste, y que constituía la parte más fértil de la región.

La capa intermedia entre la aristocracia abolengo y los indigentes que de ella dependían y los esclavos estaba representada en el Ática por dos grupos: por los geomoros, agricultores que habían conservado sus parcelas, particularmente en el pedregoso y poco fértil territorio de Diacris, en el que costaban grandes esfuerzos obtener alguna cosecha, y los demíurgos, artesanos, que ya habían parcialmente perdido sus vínculos con la tierra. La división en eupátridas, geomoros y demíurgos, que fue el resultado regular de la estratificación económico-social, fue también atribuida por las tradiciones atenienses a la acción del mítico rey Teseo.

Más adelante, cuando en Atenas se desarrolló la producción de mercancías, las actividades artesanales y el comercio marítimo, la población, que había perdido en mayor o menor grado los vínculos con la tierra (en las polis griegas, tales vínculos jamás se perdieron por completo), se encontró principalmente en la misma ciudad de Atenas, en su puerto —el Pireo—, y en parte en la zona costera —la Paralia—. Por causas perfectamente comprensibles, estos grupos de la población poseían algunos intereses específicos comunes.

Al lado de la población aborigen del Atina se había formado y destacado gradualmente, al igual que en las otras polis griegas, un grupo de población inmigrante, los llamados metecos. Estos no podían ingresar en las filai atenienses, de origen familiar, ni en las fratrías, puesto que el pertenecer a las mismas seguía determinado por la consanguinidad en el seno de la comunidad ateniense. Al quedar de esta manera fuera de las fronteras de la organización familiar-tribal, los metecos no obtuvieron los derechos políticos ni algunos de los derechos económicos de que gozaban los atenienses aborígenes. Por ejemplo, los metecos no podían tener propiedades territoriales sobre el suelo del Ática ni casa propia en Atenas; debían pagar un impuesto especial, etc. Pero, a la vez, conservaban su libertad individual.

La antigua organización tribal de cuatro filai, con sus fratrías y gens, seguía manteniéndose en la época que ahora consideramos, aun cuando la estructura política con ella vinculada había sufrido grandes cambios.

En Atenas había dejado de existir el poder real. Como ya se ha anotado, los reyes atenienses no son conocidos sólo por las tradiciones, sin que se los pueda considerar figuras de real actuación histórica. Según la tradición, el último rey ateniense fue Codro, que sacrificó su vida en aras de la salvación de la patria, durante el ataque de los dorios al Ática. En la época que estudiamos, el poder de los reyes había cedido lugar al gobierno de los nueve arcontes, funcionarios elegibles anualmente sólo entre los eupátridas. Entre éstos también estaban distribuidas las funciones fundamentales en las manos del basileus. El colegio de los arcontes estaba encabezado por el arconte epónimo, primer arconte o arconte mayor, que daba su nombre al año: los atenienses llevaron la cuenta de los años por los nombres de los primeros arcontes.

Al arconte epónimo seguían el arconte polemarca, que entendía en los asuntos militares y mandaba la milicia ateniense, y el arconte que había heredado esencialmente las obligaciones

del culto inherentes al basileus, en virtud de lo cual recibía tradicionalmente la denominación de arconte basileus. Los seis arcontes restantes eran los llamados arcontes tesmotetes, guardianes del antiguo derecho consuetudinario que se transmitía oralmente de generación en generación. Todos los funcionarios enumerados disponían de jurisdicción independiente y sesionaban en edificios especiales: el arconte epónimo en el Pritáneo, el arconte basileus en el llamado bucolea, el polemarca y los tesmotetes en otros edificios especiales.

Tras un año de permanencia en el puesto, los arcontes entregaban sus poderes a los magistrados elegidos para suplantarlos y se convertían automáticamente en miembros vitalicios del areópago. Así era denominado en Atenas el antiguo consejo o tribunal, por el nombre de la colina del Dios Ares, donde solía sesionar. Había representado antaño al consejo de los ancianos. Y ahora, integrándose con los exarcontes que, como ya se ha señalado, eran elegidos sólo entre los eupátridas, el areópago se había convertido en uno de los órganos del poder de los aristócratas, el más influyente de ellos. En la vida política de la comunidad ateniense, durante todo el período temprano de su historia, el areópago desempeñó un papel exclusivo: representaba la instancia superior para la mayoría de los asuntos, poseía el voto decisivo durante la elección de los arcontes y su autoridad era indiscutible. Resulta así que el régimen político-social de la antigua Atenas se caracterizaba por el predominio de la aristocracia abolengo. Teniendo de su propiedad las mejores tierras del Ática, la aristocracia ateniense había concentrado también en sus manos el poder político. La asamblea popular había perdido el valor de otrora y ya no desempeñaba papel notable alguno en la vida social de los atenienses. El pueblo de Atenas—el demos—se vio constreñido a someterse al poder de los aristócratas, hasta el momento de encontrar en sí mismo suficientes fuerzas para iniciar una encarnizada lucha contra ellos.

La historia de Atenas y del Ática de los siglos VII y VI a. C. está llena de acontecimientos de dicha lucha. En el afán de conservar y afianzar su predominio, la aristocracia defendía el régimen gentilicio, ya decadente, que impedía el ulterior desarrollo de las fuerzas productivas de la comunidad. Al defender su libertad y sus derechos contra los atentados de la aristocracia, y al pasar luego a la resuelta ofensiva contra la misma, el demos ateniense resultó ser portador de un nuevo sistema, más progresista para aquella época, en lo que concierne a las relaciones sociales. El triunfo final del demos sobre la aristocracia significaba, entonces, el establecimiento de un régimen más progresista, un régimen clasista, y de un Estado, como aparato del dominio de una nueva clase de esclavistas.

En cuanto al sentido social, el demos no era homogéneo. Bajo el concepto demos hay que comprender a toda la población aborigen libre del Ática, contrapuesta a la aristocracia de abolengo. Al lado de los pobres, de los trabajadores rurales dependientes y de los artesanos, formaban también parte del demos los agricultores relativamente acomodados que habían conservado sus parcelas y los dueños de talleres, así como los mercaderes y los propietarios de barcos. A medida que iba desarrollándose en Atenas la vida económica, iban apareciendo en creciente cantidad hombres pudientes de procedencia no aristocrática. Por otra parte, el proceso de la diferenciación económico-social había tocado no sólo al demos, sino también a la propia aristocracia. Dentro de las familias aristocráticas, unas se empobrecían y otras se dedicaban al comercio, con lo que adquirían intereses nuevos, que ya no coincidían con los de la aristocracia terrateniente del Pedión.

Las capas más indigentes de la población libre trataban, en primer lugar, de conseguir un nuevo reparto de las tierras, para dar satisfacción a su «hambre de tierra»; procuraban obtener la anulación de las deudas que los abrumaban y la abolición del derecho vigente sobre el endeudamiento. Las capas del demos más estables y pudientes, que ya sentían bajo sus pies un suelo económico firme, anteponían en primer lugar el problema de conseguir el poder y el predominio político. Para ello era necesario quitarles a los eupátridas atenienses sus privilegios de familia, en favor de aquellos que, si bien no pertenecían al número de los nobles por su cuna, no les cedían en cuanto a posibilidades económicas y en fuerza.

La conjuración de Cilón

El más antiguo de los acontecimientos que conocemos, que dan testimonio de la exacerbada situación en Atenas, es la llamada conjuración de Cilón, que se desarrolló alrededor del año 640 a. C.

Cilón procedía del ámbito de los eupátridas atenienses y estaba casado con la hija de Teággenes, tirano de Megara. Había adquirido popularidad en Atenas como vencedor en los torneos olímpicos.

Habiendo recibido consejo del oráculo de Delfos en el sentido de apoderarse de la acrópolis «en la fiesta máxima en honor de Zeus», Cilón se aseguró el apoyo de su suegro, quien envió en su ayuda un destacamento armado, y emprendió la tarea a la cabeza del conjunto de sus partidarios. Logró apoderarse de la acrópolis, mas no supo retenerla, pues los atenienses le opusieron una resistencia muy resuelta. Tucídides informa que se reunieron unánimemente para aplastar la conjuración, y acampados en torno de la acrópolis, emprendieron su asedio. De su dirección se hicieron cargo nueve arcontes encabezados por Megacles, que pertenecía a la antigua e influyente familia aristocrática de los Alcmeónidas. Los sitiados se vieron en un callejón sin salida, debido a la falta de alimentos y de agua. Cilón logró huir y los demás sitiados debieron rendirse, entregándose a merced de los sitiadores. De acuerdo con la antigua costumbre, buscaron salvación junto al altar de la diosa Atenea. Aun cuando el homicidio en el interior de un templo era considerado como la más grande interdicción religiosa, como el mayor sacrilegio, los Alcmeónidas no lo tomaron en consideración y todos los partidarios de Cilón fueron pasados por las armas.

El aplastamiento de la conjuración de Cilón demostró que en Atenas no habían madurado aún las condiciones para un cambio político. En la intentona de Cilón debe verse más bien un episodio de las luchas entre diferentes agrupamientos o partidos en el seno de la aristocracia gobernante. Pero, sea como fuere, es sumamente significativo el hecho de que el demos ateniense no prestara apoyo a Cilón, ni aprovechara la oportunidad para aprovecharse enérgicamente contra el poder de la aristocracia abolengo.

Una de las consecuencias de la perturbación del equilibrio anterior y de los consecuentes disturbios internos fue, al parecer, el debilitamiento exterior de Atenas. Es probable que fuera precisamente en esa época cuando el tirano de Megara, Teággenes, arrebatara a los atenienses la isla de Salamina, que cubría la salida de la bahía ateniense y que era por ello de suma importancia. Este fracaso militar hizo vacilar la posición del partido aristocrático encabezado por los Alcmeónidas. Sus adversarios, también pertenecientes a la esfera de la aristocracia gobernante, habían logrado, a lo largo de una serie de años después de la conjura de Cilón, establecer la organización de un tribunal compuesto de trescientos ciudadanos de procedencia aristocrática. Los Alcmeónidas fueron acusados de haber cometido homicidio en el interior del templo, profanando así un santuario. El veredicto dispuso que los participantes directos de tal sacrilegio, ya fallecidos para este entonces, fueran desenterrados de sus tumbas y sus cadáveres arrojados fuera de las fronteras del Ática, y que aquellos de sus descendientes que se hallaran con vida, todos miembros de la familia de los Alcmeónidas, fueran desterrados de Atenas. Casi dos siglos más tarde, los adversarios políticos de los Alcmeónidas, habiendo conseguido desterrarlos nuevamente, rememoraban esos acontecimientos. Gracias a esto, precisamente, sabemos acerca de la conjuración de Cilón, único acontecimiento que conocemos de la historia de Atenas del siglo VII a. C. El hallazgo de la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, permitió dar mayor precisión a los datos, pues anteriormente la conjuración era localizada en tiempos posteriores a la codificación de Dracón.

Las leyes de Dracón

Es muy poco lo que conocemos acerca de la legislación de Dracón. El capítulo de la *Constitución de Atenas*, dedicado a la exposición de las transformaciones estatales de Dracón, representa, al parecer, una inserción posterior, posiblemente debida a los afanes de los partidarios del régimen oligárquico de tiempos posteriores, por afianzar su programa político

mediante el testimonio histórico. El propio Aristóteles escribe en otra de sus obras, *Política*, que las leyes de Dracón representaban tan sólo una simple compilación de las antiguas normas conservadas hasta aquel tiempo por la tradición oral, normas del llamado derecho consuetudinario. Una de las inscripciones atenienses de finales del siglo V a. C., que reproduce una parte del texto de esas leyes, confirma por completo tal testimonio. En particular, se citan en la misma las reglas procesales relativas a la responsabilidad de los parientes cercanos de un homicida por el crimen perpetrado por éste, lo cual, sin duda, se remonta a tiempos sumamente antiguos. De esta manera, las leyes de Dracón, según todos los indicios, constituyeron la primera redacción escrita del derecho consuetudinario ateniense. Es muy característico en este sentido el hecho de que los escritores de la antigüedad nombren las leyes de Dracón no con el término de *nómoi* —leyes—, sino con el de *thésmoi*, cuya traducción literal es «costumbres» o «hábitos». Es evidente que tal redacción de las costumbres legislativas estaba llamada a poner coto a la arbitrariedad de los jueces aristócratas, que interpretaban el derecho consuetudinario según sus propios intereses, estrechamente egoístas. Desde este punto de vista, la redacción por escrito de las leyes respondía indudablemente a los intereses del *demos* y es factible pensar que fue realizada no sin lucha y considerable presión ejercida sobre la aristocracia por el *demos*. Hasta cuento es posible juzgar acerca del contenido de esas leyes, basándose en la mencionada inscripción ateniense de finales del siglo V y en los testimonios de los autores de la antigüedad algo posteriores, en dichas leyes se trataba principalmente de delitos de índole criminal, de diferentes especies de asesinatos, robos y hurtos, de la manera y orden de llevar los procesos judiciales, y de los castigos que se debían imponer en los distintos casos. Las leyes de Dracón eran célebres por su severidad y rigor, e inclusive por su残酷 (decíase que estaban escritas con sangre). Por cualquier hurto, por insignificante que fuera, correspondía la pena capital. Las leyes draconianas referentes al castigo por un asesinato estaban destinadas a suplantar la institución de la venganza familiar. La persecución del asesino, empero, seguía siendo asunto de la familia de la víctima. Para hacer las paces con el homicida se requería la conformidad de los parientes más cercanos: del hijo, el hermano, el primo hermano, el yerno, el suegro; en caso de no haber parientes cercanos, la reconciliación podía tener lugar con la conformidad de una cantidad no menor de diez miembros de la fratría. La responsabilidad por el homicidio recaía sólo sobre el autor del mismo, y no sobre su familia. Se hacía responsable también la persona que instigaba al homicida, y era, en consecuencia, partícipe indirecto del asesinato.

Las leyes de Dracón hacían distinción también entre los asesinatos premeditados y los que no lo eran, cometidos en defensa propia. Ocupaban lugar especial los asesinatos del seductor de la madre, de la cónyuge, de la hija o de la hermana, categoría a la que pertenecían también los homicidios ocasionados por desgracias eventuales, por ejemplo, durante los torneos.

Los asesinatos premeditados incumbían al juicio del areópago y eran penados a muerte; la comisión de heridas se castigaba con la expulsión; en ambos casos, la pena era acompañada con la confiscación de los bienes.

La vista de los procesos por homicidios no premeditados estaba encomendada a un colegio especial compuesto de treinta y un miembros pertenecientes a la aristocracia de abolengo, mayores de cincuenta años de edad. La pena que correspondía por tal homicidio era el destierro (sin la confiscación de los bienes). En caso de reconciliación con los parientes de la víctima o, a falta de tales, con los miembros de su fratría, el autor del homicidio podía regresar del destierro, retorno por el cual se prohibía a los parientes del muerto recabar cualquier rescate. Un homicidio cometido en defensa propia, concepto en que se comprendía también la defensa de la propiedad, no era susceptible de penalidad alguna.

En cada especie de homicidio se designaba un lugar especial para la vista del proceso: para los homicidios no premeditados, el Paladión, y para los premeditados el areópago. En un lugar especial se veía el proceso incoado contra aquellos que, hallándose en el destierro, cometían allí un nuevo homicidio; en tales casos, el proceso no podía pisar la tierra del Ática, debiendo encontrarse en un bote, mientras el proceso se ventilaba a orillas del mar, cerca del Pireo.

Carácter arcaico tenía la audiencia en el edificio del pritáneo, en el que realizaban las sesiones los fileobasileus, es decir, los que encabezaban las filai. Allí se veían los procesos referentes a las muertes violentas de seres humanos producidas por animales o por objetos

inanimados. Si el juzgado los consideraba culpables, eran arrojados fuera de las fronteras del Ática o hundidos en el mar.

Con el nombre de Dracón están vinculadas también las leyes referentes al comportamiento de los ciudadanos. Una de esas leyes imponía castigos por la «inactividad» y por la vida ociosa.

Así, pues, las leyes de Dracón constituyeron la primera legislación escrita en Atenas. Es sumamente sintomática en las mismas la tendencia a defender los intereses de la propiedad privada, lo cual se manifiesta, por ejemplo, en los artículos que penan severamente los robos y hurtos. El mismo hecho de asentar por escrito las antiguas costumbres legales, que en cierta medida ponían coto a la arbitrariedad de los jueces eupátridas, tiene que ser valorado como uno de los triunfos del demos en su lucha contra el dominio de la aristocracia de abolengo.

Las naucrarías

Aproximadamente al mismo tiempo aparecieron en el Ática las llamadas naucrarías, las primeras unidades administrativas basadas en el principio de la subdivisión territorial.

Respecto a la época en la que aparecieron las naucrarías, no hubo, durante mucho tiempo, opiniones unificadas. Incluso en la antigüedad hubo distintos criterios acerca de esta cuestión. Según Herodoto, las naucrarías existían anteriormente a las reformas de Solón, y atribuye a sus prítanos el papel principal en el aplastamiento de la conjuración de Cilón. Tucídides, en cambio, al relatar dicho episodio, no las menciona. Algunos de los autores antiguos creían que las naucrarías habían sido establecidas por Solón.

La opinión, aceptada hace más de cien años por nuestro compatriota M. S. Kutorga, acerca de la existencia de naucrarías antes de Solón, fue posteriormente confirmada por los datos de la *Politeia Ateniense*. Su aparición se vincula probablemente con el comienzo del desarrollo del comercio, y la navegación marítima en el Ática. Esto aparece confirmado por el destino mismo de las naucrarías y por la etimología del término (de la voz *naus*, barco). Cada naucraria debía proporcionar un buque para la flota ateniense, a lo que posteriormente se agregó el suministro de dos caballeros. Los náucratos que las encabezaban obedecían, al parecer, al arconte polemarca y estaban al mando de la nave equipada por su naucraria. En total, había en el Ática cuarenta y ocho naucrarías, en correspondencia con las antiguas cuatro filai tribales (a razón de doce por cada una de éstas). La única denominación de una naucraria que ha llegado hasta nuestros tiempos es la de Coliada, que tiene carácter topográfico, lo cual prueba también el principio territorial tomado en cuenta para tales divisiones. De esta manera, en la aparición de las naucrarías (las que según la expresión de Engels «por primera vez dividía al pueblo, en los negocios públicos, no con arreglo a los grupos consanguíneos, sino con arreglo a la residencia local») hay que ver uno de los más importantes síntomas de la descomposición del régimen tribal-familiar y de la aparición del Estado.

Hacia la época que estamos considerando, ya se habían manifestado sobre el régimen general de la vida económica del Ática, las consecuencias del desarrollo de la navegación marítima del comercio y de los oficios artesanales. En el extremo sudeste del Ática, en las minas de Laurión, había cobrado amplitud la extracción de plata. Hacia finales del siglo VII se tornaban visibles las tendencias y afanes de Atenas dirigidos hacia el Helesponto. Fue precisamente por esto que los atenienses entablaron una lucha contra Mitilene, en la cual alcanzaron señalados éxitos. Al mismo tiempo, continuaron la guerra contra la vecina Megara, por la posesión de Salamina.

En el ámbito comercial, la Atenas de aquel tiempo había experimentado sobre sí la influencia de la rica Egina, que había recorrido antes la vía del desarrollo del comercio marítimo. El sistema monetario de Egina, al lado del de Eubea, había cobrado amplia difusión entre las ciudades de la cuenca del mar Egeo. Los atenienses habían imitado y copiado de Egina tanto el sistema monetario como el de pesos y medidas.

2. La legislación de Solón

Hacia comienzos del siglo VI, la lucha entre el demos ateniense y los eupátridas habían alcanzado extraordinaria agudeza. Escribe Aristóteles en la *Constitución de Atenas*: «La mayoría del pueblo se hallaba subyugado por unos pocos, y el pueblo se había sublevado contra los nobles. El alboroto era muy fuerte, y durante largo tiempo unos lucharon contra otros.» Fue entonces que en el escenario político de Atenas apareció Solón, con cuyo nombre se vinculan la realización y promulgación de muy importantes reformas. A diferencia de Dracón, acerca de quien casi nada conocemos, Solón dejó tras de sí vestigios notorios en la historiografía antigua. Se le conoció en la antigüedad no sólo como gran militante político, sino también como poeta. Las elegías de Solón, con su finalidad de destacar temas de actualidad política, gozaron de gran popularidad y aparecen citadas por muchos autores antiguos.

En el año 594 a. C. Solón fue elegido arconte e investido con los plenos poderes de los aísumnetes. La promoción de Solón, dentro de un período tan complicado y agudo de la historia ateniense, no fue obra de la casualidad. Según las palabras textuales de Aristóteles, las dos partes veían en él, de manera idéntica, a un posible defensor de sus intereses y al candidato indicado para fijar una nueva legislación. «Por su origen y por su notoriedad, Solón se contaba entre las primeras personalidades en el país, y por sus condiciones económicas, en la clase media», dice Aristóteles. Una tradición posterior hizo figurar a la genealogía de Solón en la estirpe regia de los Códridas, y al propio Solón entre los siete sabios del mundo antiguo.

Nuestras principales fuentes informativas sobre la actuación de Solón son sus propias elegías y los testimonios de Aristóteles y de Plutarco. Las referencias romanas no agregan casi nada: Cicerón, Tito Livio, Séneca, Aulo Helio, Diógenes Laercio y otros autores romanos son extremadamente parcos a este respecto, y cuando se refieren a la obra de Solón, lo hacen fortuitamente y lo describen principalmente como un filósofo. Las elegías de Solón, saturadas de ecos de la lucha política, ofrecen un vivo cuadro de las penurias del pueblo ateniense y de la arbitrariedad de su aristocracia. Acerca de los eupátridas, Solón escribe:

«La hartura es madre de la arrogancia, si viene una gran riqueza.
Aquí no se respeta nada, ni de los sagrados tesoros,
Ni de las riquezas populares; saquean de todas partes,
Sin temer para nada, en verdad, a los sagrados preceptos.»

En otra parte, Solón habla de la penosa situación de los campesinos del Ática:

«Por las manos del enemigo es atormentada la querida ciudad
En combates sangrientos, caros sólo a los facinerosos;
Estas calamidades se cometan en la patria; y de la gente pobre
Muchos van a países extraños, involuntariamente.
Vendidos a pesada esclavitud, con oprobiosas cadenas,
Sufren, a pesar suyo, el amargo destino de los esclavos.»

Fue así como Solón, eupátrida por su origen, se compenetró con los intereses de otras capas de la sociedad ateniense, subyugadas por la aristocracia. Con mayor claridad aún se desprende esto del siguiente fragmento de una de sus elegías:

«Y vosotros, tranquilizad en vuestro pecho el poderoso corazón:
Muchos bienes os han caído, y estáis ahitos de ellos;
Poned, pues, medida al arrogante espíritu; de lo contrario,
Dejaremos de someternos, para vuestro mayor disgusto.»

La aparición de semejantes puntos de vista en un representante de la aristocracia cual era Solón, es difícil de explicar sin conocer algunos aislados detalles biográficos del legislador. Plutarco comunica que, nacido en la riqueza, Solón se había arruinado más tarde y, para mejorar su posición, se había dedicado al comercio. Debido a esta actividad comercial, visitó muchas ciudades, ampliando sus horizontes mentales. La noticia proporcionada por Plutarco hace ver que las nuevas actividades se habían propagado también entre una gran parte de los eupátridas, la que se encontraba bajo el influjo del rápido proceso de estratificación económico-social que tenía lugar en Atenas. Las personas como Solón tenían sobrados motivos para estar también ellas descontentas por la política exterior de la aristocracia gobernante. En este sentido, es muy característico un relato transmitido por el mismo Plutarco acerca de las circunstancias en que se había producido la aparición de Solón en la arena política. De acuerdo con este relato, no pudiendo el gobierno ateniense recuperar Salamina, que estaba en poder de Megara, resolvió renunciar a esa isla para siempre, a cuyos efectos promulgó una ley especial para la asamblea popular. Según la misma, todo aquel que tratara de renovar la lucha por Salamina era reo de pena de muerte. No obstante ello, Solón resolvió dar ese paso y llamó a los ciudadanos a iniciar la guerra contra Megara con el objeto de reconquistar la isla. Formuló su llamada en forma de elegía, pronunciándola desde la piedra destinada a los heraldos. Y fue tan grande la impresión producida sobre sus conciudadanos, que éstos consiguieron derogar aquella ley y eligieron a Solón como arconte, otorgándole plenos poderes para encabezar las fuerzas atenienses en la lucha por Salamina. La guerra fue coronada por el éxito, siendo reconquistada la isla, que desde entonces quedó en poder de los atenienses. Esto elevó aún más el prestigio de Solón y le permitió presentar un programa de amplias reformas, maduras desde hacía mucho tiempo, y que tenía por objeto sanear la vida social de la comunidad ateniense. Las más importantes fueron la «seisachteia» («la supresión de las cargas»), esto es, la suspensión de las obligaciones del endeudamiento; la abolición de la esclavización por las deudas impagadas; la introducción del censo de bienes inmuebles como criterio básico para la determinación de los derechos políticos y obligaciones de los ciudadanos; la ley de los testamentos y una serie de otras medidas legislativas que estimulan el derecho de la vida económica de la población del Ática y de Atenas.

La primera de las medidas enumeradas —la «seisachteia»— no fue, durante mucho tiempo, uniformemente apreciada por los historiadores. Como se sabe, aun en la antigüedad esta medida era diversamente interpretada por los distintos autores. La mayoría, y entre ellos Plutarco y Diógenes Laercio, creía que tal medida anulaba todas las obligaciones pecuniarias de los campesinos. Dionisio de Halicarnaso había extendido sus efectos únicamente sobre los deudores más indigentes, y Androtion consideraba que la «seisachteia» consistía solamente en la disminución de los intereses por las deudas contraídas y del valor del dinero, vinculándola así con la reforma monetaria de Solón.

«Habiendo tomado los asuntos en sus manos —dice la principal de nuestras fuentes, Aristóteles—, Solón liberó al pueblo, tanto para ese momento como para el futuro, al prohibir garantizar los empréstitos con la esclavización personal. Luego abolió las deudas, tanto las privadas como las del Estado, lo cual se denominó sisactía, porque era como si la gente se hubiera sacudido, quitándose de encima una pesada carga.» Al igual que el aditógrafo Filocoros, Aristóteles reconoce, en consecuencia, la completa abolición de las condiciones de endeudamiento existentes hasta el momento de dictarse la seisachteia.

En realidad, históricamente, tal medida legislativa no pudo ser tan radical. De serlo, hubiera estado en contradicción con la tendencia dominante que recorre todas las medidas legislativas de Solón: contraponer la propiedad individual a la del clan y propender por todos los medios accesibles a un legislador, al desarrollo y defensa de los intereses de esa propiedad individual. Al parecer, la seisachteia representó en la realidad histórica una abolición simultánea de las deudas contraídas evidentemente por las hipotecas de la tierra, lo cual sólo pesaba sobre el campesino ático. En cuanto a la institución que establecía el sojuzgamiento por deudas, fue realmente abolida para siempre. Más adelante, ya después de Solón, el deudor respondía a su acreedor con sus bienes, pero no con su libertad personal ni con la de los miembros de su familia. Más aún: los atenienses insolventes vendidos como esclavos fueron rescatados por

cuenta de la sociedad y devueltos a Atenas. Con este motivo, Solón decía lleno de orgullo: «He hecho regresar a Atenas, a su patria divina, a muchos vendidos como esclavos, o que, debido a la indigencia, han vagado durante mucho tiempo y olvidaron la lengua ática.»

La ejecución, como suponemos, de la abolición parcial de las deudas y total de la esclavización por endeudamiento saneó, sin duda, la situación imperante en Atenas, pero no detuvo, de manera alguna, el incremento de las contradicciones internas en las capas de ciudadanos libres. Es muy característico, en este sentido, el hecho de que el requerimiento fundamental de los campesinos —el de una nueva repartición de las tierras— no hubiera sido ya no sólo no cumplido, sino ni siquiera propuesto como problema por Solón. Esto se desprende fácilmente de sus versos:

«El que había venido para saquear, lleno de esperanzas,
Creyendo hallar aquí grandes riquezas,
Esperaba que yo, acariciando suavemente, seria fiero en mi manera de ser.
Mas entonces se equivocaron, y ahora, enojados por ello,
Me miran de soslayo como a un enemigo.
No importa: lo que prometí, cumplí con la ayuda de los dioses,
No en balde trabajé. Tanto me desagrada
Gobernar por la fuerza tiránica, *como en las campiñas,*
Dar a los malos y a los nobles parcelas iguales.»

Como consecuencia de tal política, cuya indecisión e indeterminación eran evidentes para el propio Solón, se creó la posibilidad de una subsiguiente concentración de tierras en manos de los grandes terratenientes. No obstante, la abolición de las deudas y de la esclavitud por insolvencia constituyó, indudablemente, un punto de viraje en la historia ateniense. El desarrollo ulterior de la esclavitud en Atenas tiene lugar en adelante ya no a costa de los miembros de la propia comunidad, sino principalmente de los de otras naciones o tribus. Al mismo tiempo, el peso de ambas reformas, si cabe emplear esta expresión, cayó sobre la vieja aristocracia de abolengo. La antigua propiedad gentilicia, que se hallaba en la base de la propiedad agraria aristocrática, tuvo que ceder gradualmente lugar a la propiedad individual. A este respecto, es muy elocuente la variante introducida por las leyes de Solón en el orden de herencia que había existido hasta entonces.

Hasta las reformas de Solón, los bienes en litigio pasaban a la gens o a la fratría a que pertenecía el fallecido. A partir de las reformas introducidas por Solón, se estableció el derecho a testar libremente, de manera que los bienes del testador podían pasar a cualquiera, aun cuando no fuera miembro de su familia, de su gens o su fratría.

Allanando el camino para el desarrollo económico más libre de la comunidad civil, las leyes de Solón previeron una serie de medidas orientadas a estimular la actividad económica de los atenienses. Así, por ejemplo, se siguió manteniendo en vigor una ley de Dracón que reprimía la ociosidad, pero se fue suavizando el castigo por la violación de la misma: la pena capital fue reemplazada por la atimia (privación de los derechos civiles) y por una multa. Era el areópago el que debía vigilar el cumplimiento de dicha ley.

Las leyes de Solón prohibían también la exportación de cereales fuera de las fronteras del Ática, pero estimulaban, en cambio, la exportación del aceite de oliva. Legislativamente, se daban disposiciones detalladas acerca del orden y métodos a emplear en la plantación de olivos, y también acerca de cómo cavar pozos y de la manera de hacer uso de los mismos. Esta medida tenía gran valor debido a la aridez del Ática. En la legislación de Solón aparece también una tendencia a estimular los oficios artesanales. Por ejemplo, una ley especial eximía al hijo de la obligación de mantener a un padre, anciano, si éste no le había hecho aprender ningún oficio.

En interés del desarrollo del comercio ateniense y con el fin de liberar a Atenas de la influencia mercantil de Egina, se promulgó una reforma monetaria y se estableció un nuevo sistema de pesas y medidas. Hasta aquel momento, Atenas utilizaba el sistema de pesas de Fidón y el sistema monetario de Egina. Entre tanto, durante el siglo VI habían cobrado una más

amplia difusión, especialmente en las ciudades periféricas, los sistemas monetario y de pesas y medias de Eubea. En virtud de esto, Atenas adoptó con Solón sistemas cercanos a los de Eubea. La nueva moneda ateniense era algo más liviana que la de Egina: cien dracmas de Solón eran iguales a sólo setenta y tres de las anteriores. Esta reforma determinó condiciones favorables a una ulterior ampliación del comercio ateniense.

Simultáneamente con la estimulación de la actividad productora, la legislación había emprendido una campaña contra toda clase de excesos y gastos improductivos. Una ley especial exigía la reducción de los gastos de sepelio y prohibía funerales suntuosos y caros y la inmolación de bueyes en holocausto, en honor del fallecido. Se prohibió también erigir sepulcros cuyo costo fuera mayor del de uno que pudieran construir diez personas en el curso de tres días. Esta medida se consideraba generalmente como dirigida a poner coto a la tendencia a un lujo excesivo que apuntaba entre los mercaderes y empresarios atenienses; pero también puede ser interpretada como un golpe asestado a la antigua nobleza de abolengo que trataba de mantener su prestigio mediante el cumplimiento del antiguo suntuoso culto de los difuntos. Una de las reformas más importantes ligadas al nombre de Solón fue la del censo, denominada también reforma timocrática. En función de la misma, toda la población ateniense libre, con excepción de los metecos, fue dividida en cuatro categorías, según la cantidad de sus ingresos y sin tomar en consideración la procedencia del censado:

1) los pentacosiomédimos, que obtenían de sus campos, chacras y huertas, 500 medimnos o medidas de productos, entre sólidos (cereales) y líquidos (vino, aceite de oliva); 2) los caballeros, que obtenían 300 medidas; 3) los zeugitas, que obtenían 200 medidas, y 4) los tetes, que tenían ingresos menores a las 200 medidas, o que, en general, carecían de ingresos. Tales categorías censales, al parecer, habían sido formadas ya anteriormente, con motivo de gravar a la población según las naucrariás; pero sólo en los tiempos de Solón habían recibido su sanción política fundamental, en calidad de división.

En correspondencia con el valor de la propiedad agraria, predominante aún, y con las fuertes supervivencias de las relaciones económicas de la economía natural, esa división tenía que basarse en los ingresos naturales de la tierra. Es posible que ya el propio Solón, al determinar los límites entre las clases censatarias, guiándose por los ingresos proporcionados por la tierra, colocara dentro de esas categorías también a los hombres pudientes que carecían de propiedades agrarias, porque en caso contrario una considerable cantidad de representantes de la población comerciante y artesana se vería privada de la posibilidad de tomar parte activa en la vida política.

Se conoce, por ejemplo, que Solón había establecido una tasa determinada para los holocaustos, equiparando, dicho sea de paso, un medimno de cereales al precio de un dracma. El dinero tenía muy alto valor en el Ática del siglo VI, y según las tarifas introducidas por Solón, una oveja, por ejemplo, valía un dracma y un buey cinco. Mas no se conoce con exactitud si tal valuación era aplicada también para los cálculos de ingresos.

La subdivisión de la población en clases de acuerdo con sus bienes (subdivisión junto a la cual siguió conservándose la división básica en cuatro filai, de a tres tribus y de a doce naucrariás cada file) fundamentaba también la distribución de las cargas militares. Los ciudadanos de la primera categoría daban cumplimiento en los tiempos de guerra, y por cuenta propia, a toda clase de suministros; los de la segunda categoría prestaban servicio en la caballería; los zeugitas constituían la infantería provista, por cuenta propia, de armas pesadas (hoplitas); los tetes eran guerreros de armas livianas (himnetes) y también prestaban servicio en la flota. La misma subdivisión de los ciudadanos según sus bienes sirvió de base para la determinación de sus derechos políticos. Los ciudadanos que pertenecían a las dos primeras categorías disponían de la plenitud de los derechos políticos activos y pasivos, esto es, podían elegir y ser electos para cualquier órgano gubernamental del Estado ateniense. Los derechos de los ciudadanos de la tercera categoría eran limitados: no podían ser elector para el cargo de arcontes y, en consecuencia, entrar a formar parte del areópago. Los ciudadanos de la cuarta categoría, los tetes, gozaban solamente del derecho a elegir, pero no al de ser electos.

La organización política de Atenas, durante la vida de Solón, se reducía, en sus rasgos fundamentales, a lo siguiente: el areópago conservaba el valor de tribunal superior en lo tocante a los asuntos criminales y ejercía el control general sobre todos los demás órganos atenienses. Hay que anotar que esa institución que se integraba con los exarcontes había modificado en grado considerable su composición y carácter anteriores al introducirse la elección de arcontes en base del censo. Entonces el areópago no tomaba participación directa en los asuntos administrativos; sus funciones habían pasado en parte a la asamblea popular (*ekklesia*) y en parte al consejo de los cuatrocientos (*bulé*) establecido por Solón. La formación de este último conservaba aún rasgos del antiguo orden gentilicio familiar. Para su composición se elegían cien hombres de cada una de las cuatro filai. «Pero también este fue el único punto en el que la constitución antigua se introdujo en el nuevo cuerpo del Estado», observa Engels. En el nuevo sistema administrativo introducido por Solón se incluían, además de la asamblea popular y del consejo de los cuatrocientos, ciertos funcionarios. Aristóteles menciona a arcontes, tesoreros, poletes (que posteriormente entendieron en el arriendo de los bienes del Estado); colacretes (función financiera que existía aún antes de Solón; al comienzo, sirvientes auxiliares al hacerse los holocaustos), y el colegio de once carceleros. Los náucratos, ya conocidos por nosotros, conservaron sus funciones anteriores.

Al parecer, las naucrarías se convierten, en el tiempo de Solón, en principales órganos financieros. Perciben diferentes aportes e impuestos y corren con todos los gastos corrientes. Dice Aristóteles que, inclusive en su tiempo, cuando ya las leyes de Solón habían quedado fuera de uso, sobrevivían expresiones tales como: «Cabe a los náucratos recabar», «efectuar el gasto de las sumas de náucratos». Además de los órganos enumerados, existía en Atenas un tribunal popular, tribunal de jurados: la heliaía. No es conocido el número de sus miembros durante el tiempo de Solón, pero nos consta que en el mismo, al igual que en la asamblea popular, podían tomar parte todos los ciudadanos (incluso los tetes), que tuvieran treinta años cumplidos. Al parecer, la elección de los jurados era realizada por sorteo. Entraban en la competencia del tribunal, por una parte la recepción de los informes que presentaban los funcionarios al vencer el término de sus servicios, y por otra parte la investigación judicial (según las apelaciones) de los veredictos ya pronunciados por funcionarios en asuntos referentes tanto a violencias físicas y daños materiales como a obligaciones de la más diversa índole. A la heliaía le fue otorgado el derecho de anulación (ruptura) de tratados estatales y privados. Sólo el juzgado en lo criminal que se mantenía en la jurisdicción del areópago, no entraba en la competencia de la heliaía. En resumen, todo este sistema estaba calculado de manera que, oponiendo los elementos oligárquicos a los democráticos, se aseguraran la situación dominante y los intereses de las capas mercantiles-industriales de la población urbana. Y, en virtud de ello, los cargos superiores se otorgaban solamente a las personas pudientes; las elecciones que tenían lugar en la asamblea popular debían afianzar a aquéllos en los correspondientes cargos. De esta manera, el nuevo orden era estructurado ya sobre los principios de la propiedad privada. «Los derechos y los deberes de los ciudadanos del Estado determináronse con arreglo a la importancia de sus bienes territoriales; y quedaron suplantadas las antiguas corporaciones consanguíneas. La gens había sufrido otra nueva derrota.»

Las antiguas organizaciones de las gens perdieron su significación política. El valor decisivo lo fue adquiriendo en cambio el censo de bienes y el principio territorial puesto en la base de la organización de las naucrarías. Por otra parte, para llegar al afianzamiento definitivo de este último principio, debió transcurrir aún mucho tiempo.

Haciendo disminuir los intereses de la nobleza terrateniente, las leyes de Solón abrían camino a las relaciones esclavistas de producción. La introducción del censo de bienes reducía a cero los privilegios políticos de los eupátridas. El papel principal para llenar los cargos sociales ya no lo desempeñaba la nobleza del origen, sino la situación económica. El acceso a la administración, celosamente custodiado hasta entonces por las prerrogativas creadas por el régimen gentilicio, quedó despejado y abierto a las personas pudientes que habían salido de las filas del demos. De esta manera, los eupátridas se vieron constreñidos a repartir el poder político con los esclavistas promovidos por las capas artesano-mercantiles de la población ateniense. Como resultado lógico de todo ello, en la vieja aristocracia surgió la oposición a Solón. Por eso

mismo, las leyes de Solón significaron una revolución en las relaciones de propiedad. Habían propiciado el desarrollo de las relaciones esclavistas y de un nuevo régimen social que venía a reemplazar el ordenamiento de clan familiar, que ya sólo era un freno para el desarrollo del Ática.

Engels, al valorar el significado de las reformas de Solón, subraya que éste «inicia la serie de lo que se llama "revoluciones políticas" y lo hizo con un ataque a la propiedad».

Se sobreentiende que, a consecuencia de esa revolución, no fue abolida la explotación de los esclavos, campesinos y artesanos, ni fueron destruidos los opresores. Sólo cambiaron las formas de la opresión. Como es natural, se intensificó la explotación de los esclavos, y la situación de los campesinos, aun liberados de sus deudas, siguió siendo penosa, igual que antes.

La lucha social después de la muerte de Solón

Después de haber sido promulgadas las reformas de Solón, la lucha social en el Ática se enardeció con renovado vigor. No obstante todo su valor, dichas reformas no estaban en condiciones de satisfacer a ninguna de las capas sociales que componían entonces la sociedad ateniense. Los eupátridas no podían hacer las paces aceptando la pérdida de sus privilegios, y soñaban con el retorno al orden imperante antes de Solón. El campesinado ático, habiendo recibido cierto alivio en las cargas por endeudamiento que gravitaban sobre él, apetecía algo más sustancial, puesto que las reformas de Solón no solucionaban la cuestión principal, la cuestión de la posesión territorial. El «hambre de tierra» engendraba una necesidad, una sed diríase, de una reforma de naturaleza más radical. Finalmente, tampoco se sentían satisfechos con las leyes de Solón las capas intermedias, comprendidas entre el campesinado y la vieja aristocracia de abolengo: la capa indigente que ya había perdido el vínculo con la tierra, y también todos aquellos cuyo bienestar dependía de los oficios en vías de desarrollo y del comercio marítimo. Tanto unos como otros no podían resignarse al hecho de que, dentro de los marcos de la constitución censal de Solón, la aristocracia seguía conservando aún una considerable influencia política. De ahí que la lucha entre todos estos sectores siguiera desarrollándose con vigor creciente después de Solón.

En la tradición antigua se ha conservado un relato que, sin pretender ser históricamente veraz, es sumamente característico. De acuerdo con él, el propio Solón habría advertido la fragilidad del orden vinculado a su nombre y, no queriendo ser testigo del desmoronamiento de sus instituciones, había abandonado el Ática tras exigir a sus conciudadanos un juramento de fidelidad por diez años a las nuevas leyes.

Escribe Aristóteles en la *Constitución de Atenas* que, durante los primeros cuatro años que siguieron a la partida de Solón, los atenienses vivieron en relativo sosiego; pero al quinto año la confusión y los disturbios habían alcanzado tal fuerza, que en Atenas no pudieron tener lugar los comicios para la elección de arcontes. Transcurrieron cuatro años más y, precisamente en el año 583-582, el arconte Damasias, al concluir el período de su arcontado, se negó a entregar el mando y aprovechó del mismo ilegalmente usurpándolo, durante dos años y dos meses más, hasta ser derribado por la fuerza. Después surgió en Atenas un gobierno extraordinario compuesto no de nueve, sino de diez arcontes. Para caracterizar la correlación de las fuerzas en colisión, es interesante anotar cómo se habían distribuido las plazas en ese gobierno: cinco cayeron en las manos de los eupátridas, tres en las de los representantes del campesinado, los llamados geomoros, y dos fueron ocupadas por los artesanos demiurgo.

Hacia aquel tiempo, ya se habían definido en Atenas con suficiente nitidez tres corrientes políticas: la de los pedieos, la de los diacrios y la de los paralios. Estas denominaciones las habían tomado de los nombres de sus correspondientes regiones áticas. Los pedieos moraban en el Pedión, donde estaban concentradas las mejores tierras del Ática, propiedad de la aristocracia ateniense. De ahí que ésa fuera la agrupación reaccionaria aristocrática. Tenía por dirigente a Licurgo, quien pertenecía a la noble familia de los Eteobutadas. Los diacrios eran los pequeños agricultores que labraban el suelo pedregoso y escasamente fértil de la parte del Ática que llevaba el mismo nombre: Diacría. Se afanaban por conseguir una reforma territorial radical, la

redistribución de las tierras y la democratización del régimen político ateniense. Según las palabras de Aristóteles, a los diacrios «habían adherido... también... aquellos que habían perdido su dinero entregado en préstamos... y los hombres de origen impuro», es decir, los elementos arruinados y los metecos que pretendían igualarse en derechos a los atenienses nativos. Los autores de la antigüedad mencionan como dirigente de esta agrupación a Pisístrato, quien, por su nacimiento, pertenecía a la aristocracia de abolengo, pero que, según la expresión de Aristóteles, «parecía el más fervoroso adherente de la democracia». La familia de los Pisistrátidas había empobrecido en aquel tiempo, lo cual, evidentemente, explica el ardiente odio de Pisístrato hacia los pedieos. A diferencia de éstos y de los diacrios, los paralios, moradores de la zona costera de la misma ciudad de Atenas y del Pireo, comprendían a elementos heterogéneos. Entre ellos puede incluirse, evidentemente, tanto a los cargadores del puerto y a los marineros como a los propietarios de los barcos y a los mercaderes, a los pequeños artesanos y a los propietarios de establecimientos de artesanía. Lo común a todos los paralios era el hecho de que todos ellos habían perdido en grado considerable el vínculo directo con la tierra y habían ligado sólidamente sus intereses al desarrollo de los oficios de la artesanía ateniense y del comercio marítimo. Desde este punto de vista, los paralios podían tener intereses comunes. Por ejemplo, todos se hallaban interesados en el crecimiento del poderío marítimo y del comercio. Su dirigente, en la época que estamos considerando, era Megacles, quien pertenecía a la antigua e influyente familia de los Alcmeónidas.

Sería incorrecto denominar a los pedieos, diacrios y paralios como «partidos políticos», tal como hacen algunos científicos burgueses al tratar de modernizar lo antiguo. Ninguno de aquellos tenía programa político más o menos definido, ni, menos aún, síntoma alguno de organización partidaria. Eran precisamente corrientes políticas nacidas de una determinada comunidad de intereses, en diversas capas de la población. A pesar de ello, dichas corrientes desempeñaron un definido papel en la vida política de Atenas, puesto que la situación de esa época fue determinada en considerable medida por la coexistencia de esas tres agrupaciones.

3. La tiranía de Pisístrato. Los pisistrátidas

El acontecimiento más importante de la historia ateniense en las décadas que siguieron a las reformas de Solón fue la revuelta política que impuso y afianzó el poder personal, la tiranía de Pisístrato.

Pisístrato había adquirido popularidad entre los atenienses por la valentía militar que pusiera de manifiesto durante la guerra contra Megara por la isla de Salamina. Puesto a la cabeza del destacamento armado que Atenas envió a Salamina, Pisístrato no sólo se apoderó de la isla, sino que arrebató a Megara el puerto de Nicea. A Salamina fueron enviados pobladores atenienses, los clerucos, que recibieron allí parcelas de tierra en propiedad. Fue esta medida especialmente la que aumentó la autoridad de Pisístrato entre los diacrios que necesitaban tierra, al punto de convertirse en su dirigente reconocido. Por causas bien comprensibles, los aristócratas no podían permanecer tranquilos e indiferentes ante el crecimiento de la influencia política de Pisístrato y de los diacrios por él encabezados. Organizaron un atentado contra su vida, el cual fracasó rotundamente. Pisístrato logró ponerse a salvo, y la asamblea popular, a propuesta de un tal Aristón, resolvió permitir a Pisístrato organizar un destacamento destinado especialmente a proteger su vida contra el peligro de nuevos atentados.

Según la antigua tradición, Pisístrato formó ese destacamento con los denominados «garroteros», esto es, hombres provistos de mazas, arma característica de los campesinos más pobres, que no estaban en condiciones de adquirir armas más caras. Valiéndose de esta guardia personal de «garroteros», Pisístrato se apoderó en el año 560 a. C. de la acrópolis ateniense y afirmó así su poder unipersonal. De esta manera se estableció en Atenas la forma tiránica de gobierno, cuyo apoyo social fueron los diacrios. En deuda con el campesinado ático por su ascenso al poder, Pisístrato tenía que tomar en consideración antes que nada los intereses del mismo. Esto se expresó en una serie de medidas. Al perseguir a sus principales adversarios, a la aristocracia terrateniente, Pisístrato utilizó, al parecer, las tierras que les confiscaba para

distribuirlas entre los campesinos. Simultáneamente organizó para ellos un crédito para la adquisición de semillas y herramientas agrícolas. «En cuanto a los pobres —dice Aristóteles—, les proveía por adelantado de dinero para los trabajos rurales, con el fin de que pudieran alimentarse mientras se ocupaban de la agricultura.»

Empero, la posición de Pisístrato no era muy estable. Su actividad política estaba dirigida contra la aristocracia de abolengo, que le oponía la más encarnizada resistencia. Por otra parte, su política, orientada a favorecer a los diacrios provocaba la oposición no sólo de los pedieos, sino también de los paralios, predispuestos contra la tiranía. En consecuencia, al sexto año de su permanencia en el poder, sus adversarios Magaces y Licurgo consiguieron expulsarlo de Atenas.

Sin embargo, el triunfo obtenido sobre la tiranía por los pedieos y los paralios no acarreó tampoco resultados sólidos. Ambas agrupaciones estaban divididas por inconciliables contradicciones económicas y políticas. Una alianza entre ellas, pues, no podía subsistir durante mucho tiempo. A poco de caer la tiranía, la relaciones entre pedieos y paralios habían empeorado hasta tal punto, que el dirigente de los últimos, Megacles, volvió a acercarse al expulsado Pisístrato y entabló con él negociaciones que culminaron en un acuerdo político afianzado mediante relaciones de parentesco: Pisístrato contrajo enlace con la hija de Megacles. Poco después, Pisístrato regresó a Atenas. Según las tradiciones atenienses, ese regreso estuvo rodeado de una extraordinaria solemnidad. Entre los saludos de su partidarios hizo su entrada en la ciudad en un carro. A su lado se hallaba de pie una hermosísima mujer de elevada estatura ataviada con la indumentaria de la diosa Atenea. Los amigos de Pisístrato decían: «Atenienses, aceptad con buenos sentimientos a Pisístrato. La misma diosa Atenea lo ha honrado más que a todos los hombres, y ahora él regresa a su acrópolis.»

Una vez restablecida su posición en Atenas, Pisístrato volvió a separarse de Megacles. Evidentemente, éste contaba con que su yerno compartiera con él el poder; pero, en vista de que tal cosa no ocurría, la enemistad entre ellos volvió a enardecerse. La cuestión terminó para Pisístrato con una nueva expulsión de Atenas. A partir de entonces, los Alcmeónidas se convirtieron en consecuentes enemigos de la tiranía. En adelante pusieron en juego no pocos esfuerzos para su definitiva aniquilación. Un enemigo no menos ardoroso del tirano resultó ser el eupátrida Calías, hijo de Fenipo, quien, según el testimonio de Herodoto, acaparó todos los bienes de Pisístrato en cada una de sus expulsiones.

La segunda expulsión, que se prolongó durante diez años, más o menos, la pasó Pisístrato en el litoral macedonio, en el Pangeo de Tracia, donde poseía ricos yacimientos minerales en la desembocadura del río Estrimón, en la región en que posteriormente fue fundada la ciudad de Anfípolis.

La experiencia de la repetida expulsión no pasó para Pisístrato sin haber dejado vestigios. En adelante, su política se tornó más flexible y cautelosa. Procuró por todos los medios ensanchar la base social de su poder, y en parte lo logró.

Después de su tercera, y armada, ocupación del poder, Pisístrato, como es sabido, lo retuvo hasta su misma muerte. La aristocracia ateniense, debilitada por la prolongada vigencia de las leyes de Solón, no pudo ya ofrecerle la resistencia activa. Los éxitos políticos de Pisístrato en el exterior habían obligado a hacer las paces con el régimen tiránico incluso a muchos paralios.

La política social y económica de Pisístrato

Pisístrato no se propuso promulgar nuevas reformas ni abolir el orden establecido por Solón. Intentando dar solidez a su poder personal, recurrió a las más diversas medidas para ganar popularidad en los más amplios círculos de la sociedad ateniense. Según la afirmación unánime de los antiguos, lo logró en grado bastante considerable. Aristóteles lo caracteriza como gobernante de la siguiente manera: «El [Pisístrato] era, en general, un personaje humanitario y bondadoso, condescendiente con los que caían en una falta; inclusive proveía por adelantado de dinero a los pobres que iban a los trabajos rurales, para que pudieran alimentarse mientras se ocupaban de la agricultura. Lo hacía por dos razones: por un lado, para que no estuvieran en la

ciudad, sino diseminados por todo el país, y por otro lado, para que, teniendo a su disposición una mediana abundancia, y ocupados de sus asuntos personales, no tuvieran ni deseos ni tiempo disponible para los asuntos sociales. Y, junto con ello, también se multiplicaban los ingresos a condición de que se labrara la tierra, debido a que Pisístrato cobraba el diezmo de las ganancias que se obtenían. Por las mismas consideraciones estableció "tribunales en los demos", y él mismo hacía frecuentes viajes por el país vigilando la marcha de los asuntos, restableciendo la armonía entre los litigantes, con el fin de que no abandonasen sus tareas.» Los tribunales en los demos, esto es, en las distintas localidades, respondían, en efecto, a los intereses de la población rural, pues eximían a los litigantes de la necesidad de trasladarse a Atenas para la vista de los correspondientes procesos. En cuanto a cómo apreciaba Aristóteles las otras medidas políticas de Pisístrato, él, sin duda alguna, tiene razón al afirmar que el crecimiento del bienestar de la población agrícola significaba la ampliación y el afianzamiento de la base material del Estado. La intensa actividad edificadora de Pisístrato proporcionaba trabajo a la indigente población urbana. Hay que agregar aún que los adversarios más poderosos de Pisístrato, especialmente los Alcmeónidas, fueron expulsados de Atenas, y sus bienes fueron confiscados y distribuidos entre los partidarios del tirano. La otra parte de la aristocracia ateniense, la que no sin motivos veía en el régimen tiránico cierta especie de garantía contra los constantes disturbios y agitaciones, evidentemente también se había reconciliado con el mismo. A todo ello hay que añadir aún que, al menos exteriormente, Pisístrato trataba de no violar las tradiciones de la vida política de los atenienses. Durante su gobierno se efectuaron anualmente las elecciones de los funcionarios, sin excluir el cargo más elevado, el de arconte epónimo. Pero esta función, desde luego, había perdido su valor anterior, siendo ocupada, al igual que las demás, por los partidarios del régimen existente. En general, y fuera de la postura negativa asumida por los demócratas atenienses de tiempos posteriores respecto de la tiranía, en la tradición de Atenas se conservó el recuerdo de los años de gobierno de Pisístrato como de «*la dorada edad de Cronos*». Esto en parte se explica también mediante razones económicas, pues durante el gobierno que estamos considerando, Atenas se convirtió en un gran centro mercantil y artesanal de Grecia.

El propio Pisístrato, y después de él sus hijos, trataron de comunicar a la ciudad un gran brillo. Atenas se llenó rápidamente de construcciones (especialmente Cerámico, el barrio de los artesanos) y sumptuosos templos la ornaron con sus edificios monumentales, como el templo de Apolo en la acrópolis, el santuario de Zeus Olímpico (que quedó inconcluso) y el de Apolo Pitio. Se trazó una red de acueductos y todo el territorio del Ática se cubrió con una red de caminos.

El mismo objetivo —el de elevar la importancia de Atenas— perseguían también las medidas de Pisístrato en el ámbito del culto religioso. Con suntuosidad especial se celebraron en su tiempo las fiestas panateneas en honor de la diosa Atenea. Esta antigua fiesta ateniense cobró significación en toda el Ática y se prolongaba por varios días. Con no menor suntuosidad se desarrollaban en Atenas las celebraciones dionisiacas. Anteriormente, el culto de Dionisos tenía un carácter puramente campesino. Ahora, el mismo se transformó en un culto general, un culto del Estado, en lo cual no puede dejar de verse también la orientación hacia el campesinado en la política de Pisístrato. Durante los años de su gobierno fueron también echadas las bases culturales de los atenienses de esa época, en particular las de la literatura. De los festejos corales que se celebran durante las dionisiacas urbanas, surgió la tragedia ática. El trágico más destacado de aquel tiempo fue Tesis. El mismo objetivo de engrandecer a Atenas en calidad de centro cultural es el que debió propiciar la redacción del texto de los poemas homéricos, efectuada por orden de Pisístrato.

La política exterior de Pisístrato

En el ámbito de la política exterior, Pisístrato logró éxitos excepcionalmente grandes. En el litoral del Asia Menor, al lado del mismo Helesponto, se apoderó de Sigeión, que fue gobernada por su hijo. En Tracia, Pisístrato poseía las minas del Pangeo. Al mismo tiempo, el ateniense Milcíades (de la familia de los Filaidas) ocupó la península del Quersoneso de Tracia. Aun cuando Milcíades fundó allí su propia dinastía, tanto él mismo como sus sucesores mantuvieron

estrechos vínculos con Atenas. Poseyendo Sigeión en la costa asiática y Quersoneso en la europea, Atenas tenía en sus manos los accesos al Ponto. Esto, en aquel tiempo, era de un enorme valor para los atenienses, por cuanto ya habían establecido sólidas relaciones comerciales con las costas del mar Negro, especialmente con su cuenca septentrional. De ello dan palpable testimonio los muy frecuentes hallazgos en dicho lugar de piezas de cerámica ateniense de los tiempos de Pisístrato.

La posición de Atenas se afianzó aún más cuando Milcíades el Menor ocupó las islas Lemnos e Imbros, que, desde entonces, fueron permanente posesión de Atenas.

Después de haberse instalado definitivamente en Atenas, Pisístrato se apoderó de la isla de Naxos y puso allí como gobernante a su protegido, el naxiota Lígdamis. Para dar mayor apoyo a la autoridad de Atenas y a sus pretensiones de superioridad entre los jonios, Pisístrato hizo purificar el santuario de Delos, eliminando todas las tumbas de los alrededores del templo de Apolo.

Desarrollando una política exterior bastante activa, Pisístrato procuraba al mismo tiempo mantener relaciones amistosas con los demás Estados griegos. Mantenía alianza con la dinastía de los Aléuadas, que poseía a Larisa, en Tesalia: como ya se ha señalado, los tesaliotas habían ayudado a Pisístrato, y posteriormente trataron de cortar el camino al rey espartano Cleómenes, durante la campaña de éste contra el hijo de Pisístrato Hipías. Las mismas relaciones amistosas mantenía Atenas con Macedonia. Los vínculos con Argos fueron estrechados mediante el matrimonio de Pisístrato con una doncella argiva. El acercamiento con Corinto se apoyaba en las relaciones hostiles de ésta con Egina. Menos sólidas eran las relaciones con los tebanos, los que también habían prestado colaboración a Pisístrato durante su expulsión de Atenas, y con los lacedemonios, los adversarios más tenaces de la tiranía; sin embargo, los Pisistrátidas también se hallaban ligados con Esparta por vínculos de proxenia (hospitalidad).

La posición política interna de Pisístrato y su enérgica política exterior engendraron la necesidad de mantener un ejército permanente. Evidentemente, en Atenas, por primera vez durante el gobierno de Pisístrato, el ejército comenzó a formarse con mercenarios. Los medios para la manutención de los mismos, al igual que para la realización de otras medidas de Pisístrato, se extraían de diversas fuentes, entre ellas la introducción de varios impuestos. Durante el tiempo de Pisístrato, los campesinos fueron gravados por el diezmo, lo cual provocó el descontento de los mismos. Esta medida presentaba una cierta contradicción con la línea general de su política, pero la misma se puso de manifiesto ya durante el período de gobierno de sus hijos. La significación progresista de la tiranía de Pisístrato residió en que su gobierno estaba dirigido contra la vieja aristocracia ateniense de abolengo y contra todos los anacronismos del régimen gentilicio, vinculados a la aristocracia, todo lo cual frenaba el desarrollo de Atenas.

El gobierno de los pisistrátidas

En el año 527 Pisístrato murió, transfiriendo el poder a sus hijos Hipías e Hiparco. Lo ejerció Hipías por ser el mayor, siendo Hiparco su segundo. Al principio, ambos continuaron la política del padre, ateniéndose a las leyes y contentándose con moderados impuestos; prosiguieron la actividad edificadora y protegieron el desarrollo de la literatura y de las artes, etc. Sin embargo, y no obstante un visible florecimiento, la tiranía de los pisistrátidas resultó ser menos sólida que la de su padre. Su posición exterior fue tornándose cada vez menos favorable. Después de haber sido anexada Platea al Ática, las relaciones con Tebas se tornaron hostiles. Con el debilitamiento de Argos, los vínculos con ésta perdieron valor para Atenas. De hecho, los atenienses habían perdido sus posesiones junto al Helesponto, por cuanto Sigeión y el Quersoneso de Tracia habían tenido que reconocer, en una u otra medida, su dependencia de Persia.

De resultados de todo esto, la tiranía en Atenas, después de la muerte de Pisístrato, estaba próxima a caer, y sólo se necesitaba un pretexto para que se iniciara un movimiento opositor. Tal pretexto fue dado por la conjuración surgida en el año 514. A la cabeza de la misma se

encontraban Harmodio y Aristogitón. Lo que se sabe respecto a su amplitud es contradictorio. Según algunos datos fidedignos, el número de conjurados era pequeño, y según otros, en la conjuración tomaron parte muchas personas. El proyecto era dar muerte a los tiranos durante la celebración de las panateneas, en que Hipías e Hiparco participaban personalmente en la procesión, y el pueblo, con cuyo apoyo contaban los conjurados, llevaba armas. La conjuración tuvo un éxito sólo parcial. Hiparco fue muerto, pero Hipías quedó con vida. Harmodio fue muerto allí mismo por la guardia personal. Aristogitón fue preso y, tras torturarlo, se le ejecutó. Después del asesinato de Hiparco, el carácter de la tiranía cambió bruscamente. Hipías se volvió sumamente receloso, reforzó su guardia personal, desarmó a la población, comenzó a fortificar la colina Muniquia (la fortaleza en el Pireo) y, a semejanza de otros tiranos, empezó a dirigir sus miradas hacia Persia. En consecuencia, la cantidad de descontentos aumentó, se hizo más pronunciado el movimiento contra la tiranía y la posición de Hipías se hizo más vacilante aún.

La caída de la tiranía en Atenas

Los proscritos atenienses (con preferencia, los miembros de las familias aristocráticas), encabezados por Clístenes, hijo de Megacles, fugaz aliado de Pisístrato, hicieron una tentativa de invadir el Ática desde Beocia y se fortificaron en el Leipsidrión. Allí se les unieron sus partidarios de la ciudad. Mas al no encontrar apoyo entre las masas de la población rural, el poco numeroso destacamento de los proscritos fue batido. Se vieron forzados a volver a alejarse más allá de las fronteras del país y buscar ayuda en el exterior. Cuando fue reconstruido el templo de Delfos (en lugar del que había sido destruido por un incendio en el año 548), los Alcmeónidas colaboraron, revistiéndolo de mármol en lugar de las tobas utilizadas anteriormente, y se ganaron la buena disposición de los sacerdotes déficos, los cuales, en muchos oráculos de la Pitia, indujeron a Esparta a que expulsara a Hipías de Atenas, lo cual se hizo esperar mucho. A fines del lapso 511-510 Esparta envió contra Hipías, por vía marítima, un pequeño destacamento bajo el mando de Anquimolios, que desembarcó en el puerto ateniense de Falero. Con el apoyo de la caballería de sus aliados tesaliotas, Hipías batió fácilmente a Anquimolios, quien cayó en el combate. Entonces fue enviada una nueva expedición, esta vez por tierra firme, mucho más numerosa, encabezada por el rey espartano Cleómenes. Los aliados tesaliotas de Hipías fueron derrotados y debieron retirarse del Ática, en tanto Hipías se encerró en la acrópolis. El asedio se extendió por largo tiempo y Cleómenes ya se disponía a retirarse del Ática, cuando un hecho completamente fortuito —la caída, como prisioneros, de los hijos de Hipías, cuando se intentaba salvarlos huyendo del país— alteró de pronto toda la situación. Por salvar a sus hijos, Hipías se apresuró a rendirse y se retiró a Sigeión.

Significación y valor de la tiranía

«... La usurpación de Pisístrato no dejó en pos de sí la menor huella de su paso», escribía F. Engels en 1884, cuando la cantidad de fuentes para el estudio de este período era sumamente limitada, y cuando aún no era conocida la principal de ellas, la *Constitución de Atenas*. No obstante, el hallazgo de una fuente tan notable, cual la constituida por esta obra de Aristóteles, como así también el hecho de que la ciencia se vio enriquecida por una gran cantidad de datos arqueológicos, no sólo no han hecho vacilas las deducciones de Marx y Engels, relativas al período inicial de la historia griega, sino que, por el contrario, les dieron una hermosa confirmación. Todo lo cual es válido para la citada valoración de la tiranía de Pisístrato.

Los datos de la *Constitución de Atenas* han confirmado y ampliado los hechos conocidos anteriormente por la obra de Herodoto, Plutarco y Tucídides. Actualmente no hay dudas de que Pisístrato no hizo variar la estructura del Estado ateniense en formación. Toda su actividad, según el testimonio unánime de nuestras fuentes, transcurrió dentro de los marcos de la estructura política ya existente. No emprendía nada que pudiera modificarla, tendiendo, empero, a que todos los cargos oficiales, los del Estado, estuviesen ocupados por sus parientes, por sus amigos más allegados y por sus partidarios. En este sentido es sumamente característico uno de

los relatos de Aristóteles: «Pisístrato, citado a un proceso en el areópago por acusársele de haber cometido un homicidio, se presentó, no así su acusador, quien por miedo abandonó la causa.»

La expresión, no muy clara, de Aristóteles, de que «las leyes de Solón fueron abolidas por la tiranía, al haberlas dejado sin aplicación», puede ser referida principalmente al gobierno de los pisistrátidas, puesto que Aristóteles lo dice sólo en la exposición de las reformas de Clístenes.

4. Legislación de Clístenes

Lucha social después de la expulsión de Hipías. Intervención de Clístenes

Después de caer la tiranía, la lucha social en Atenas se desencadenó con fuerza renovadora. Los Alcmeónidas encabezaron la parte más revolucionaria del demos ático, en oposición a la nobleza reaccionaria que intentaba el renacimiento de sus perdidos privilegios, ansiosa del regreso al orden previo a Solón. Nuestras fuentes omiten el lugar y el papel desempeñado por los esclavos en esta lucha. Pero no se puede dudar de que también ellos tomaron parte en el movimiento. En este período precoz de la existencia del Estado ateniense no encontramos aún intervenciones independientes de los esclavos, como las que tuvieron lugar más adelante, y sólo podemos suponer que su protesta contra la esclavitud se fundía con la lucha del demos del Ática por sus derechos. En esto consistía la peculiaridad de la lucha de clases en Atenas en el período inicial.

El partido de los Alcmeónidas lo encabezó Clístenes. Los aristócratas tuvieron a su frente a Iságoras, hijo de Tisandro, elegido en Atenas como arconte para el período de los años 508-507. La tentativa de la aristocracia de restablecer su dominio indujo a Clístenes a presentar el proyecto de una nueva organización estatal que liquidaría para siempre las supervivencias gentilicias arrancando los cimientos del poder de la nobleza.

La correlación de las fuerzas sociales había cambiado radicalmente desde los tiempos de Solón. La población rural no tenía ya sus antiguos motivos de descontento y se mantenía pasiva. Al mismo tiempo había crecido el número y el peso específico de la población urbana artesanal y comercial. He aquí por qué Clístenes, en su calidad de representante de los intereses del demos, era la cabeza de la democracia. Correspondiendo a la nueva correlación de las fuerzas, las reformas de Clístenes, a diferencia de las de Solón, tenían por fin dar predominio en la vida política a la población urbana. Con el apoyo de éstas, Clístenes triunfó fácilmente sobre su rival Iságoras, quien se vio obligado a buscar la ayuda de Esparta.

No sé conoce con exactitud si la intervención de Esparta se produjo antes o después de las reformas. Pero es evidente que Clístenes presentó su proyecto, y tal vez lo realizó en parte, antes de que Iságoras recurriera a Esparta, ya que fue precisamente la promesa de las reformas lo que produjo que el demos revolucionario apoyara a Clístenes.

Naturalmente, sólo eliminando la intervención espartana podrían llevarse a cabo las reformas. El pretexto para la intervención fue el requerimiento de Esparta de que se expulsara a Clístenes, porque su gens llevaba la mancha de un antiguo crimen (durante la conspiración de Cílon). Clístenes voluntariamente se ausentó del país, pero, a pesar de eso, el rey espartano Cleómenes entró en el Ática con un destacamento armado en el año 508-507. Merced a ello fueron expulsadas de Atenas setecientas familias y se intentó eliminar el Consejo de los Cuatrocientos y establecer en cambio el gobierno oligárquico de los Trescientos, encabezado por Iságoras. Esto provocó la rebelión del demos ateniense. Cleómenes e Iságoras fueron sitiados en la acrópolis y forzados a irse del Ática, después de lo cual muchos de sus partidarios fueron ejecutados. Clístenes, junto con otros exiliados, regresó a Atenas y tuvo la posibilidad de llevar a cabo las reformas iniciadas.

«La nobleza trataba de reconquistar sus privilegios y volvió a tener otra vez, por lo tanto, vara alta; hasta que la revolución de Clístenes la derribó definitivamente, pero también con ella el último vestigio de la gens.»

Establecimiento de fileas territoriales

Clístenes tenía un doble objetivo: por un lado, quebrantar definitivamente la importancia de las gens y con este fin «mezclar» a toda la población. Y por el otro, elevar el papel y significado de la población urbana del Ática en la vida política. Para conseguir su primer objetivo, Clístenes sustituyó la división anterior en cuatro filai subdivididos en fratrías y gens, por diez nuevas filai, territoriales y no gentilicias, que tuvieron por epónimos a héroes míticos del Ática. Cada una de las nuevas filai se subdividía en tritias, y éstas, en demos. A diferencia de la gens, que unía a todos sus miembros independientemente de su ubicación, el demos era una unidad puramente territorial. Todos los ciudadanos fueron inscritos en su lugar de nacimiento y no según la gens, sino según el nuevo demos. De este modo se rompían los vínculos entre los miembros de la gens. Una vez roto el vínculo gentilicio, los ciudadanos que antes estaban fuera de las gens tuvieron por primera vez acceso a la administración, por cuanto cada uno de los demos era una unidad, además del territorial, también autónoma. El demos elegía a su demarca, poseía tierras comunales, tenía sus ingresos locales y su tesoro y promulgaba sus disposiciones. También tenía la obligación de llevar registros de sus ciudadanos.

Según el testimonio de Herodoto, el numero total de los demos alcanzaba a cien (diez por file); más adelante esta cifra llegó paulatinamente hasta ciento setenta y cuatro. Las pequeñas poblaciones se fundían en un sólo demos; por lo contrario, en la ciudad de Atenas hubo varios demos. Los nombres de los demos coincidían en parte con los de las gens y en parte eran nuevos.

Aunque la nueva división se basaba fundamentalmente en el principio territorial, las filai y tritias instituidas por Clístenes no ocupaban territorios continuos. Esto fue hecho intencionalmente para evitar la proximidad territorial de la población de la Diacria, que prestaba su apoyo a la tiranía, y la reaccionaria Pediea. Las tritias pertenecían a una misma file, no estaban situadas una al lado de la otra, sino de a una en cada una de las tres regiones del Ática: en la ciudad con sus alrededores, en el litoral y en la Mesogeia, que ocupaba el territorio restante del Ática. Las antiguas filai, fratrías y gens no fueron anuladas, pero perdieron toda su importancia política. Esto debía asegurar en cada file el predominio del elemento urbano (la exparalia). Al parecer, con el mismo objetivo fue instituida la análoga proporcionalidad en la elección de los miembros del consejo: el número de miembros del consejo del demos debía corresponder al número de sus ciudadanos. En esto, por lo visto, se tomaba en cuenta tanto la mayor población como el crecimiento de los demos urbanos por cuenta de los rurales.

El crecimiento del peso político de la población urbana

La segunda tarea reformadora de Clístenes, como ya se ha dicho, fue elevar el peso político de la población urbana. Desde la época de Solón, la correlación entre las fuerzas de la población rural y de la urbana había cambiado en favor de esta última. La población urbana crecía rápidamente, en gran parte con los extranjeros, metecos, libertos, sin hablar de los privados de derechos, los esclavos. Ampliando la composición del demos ateniense, Clístenes otorgó derecho de ciudadanía a muchos metecos y tal vez a unos cuantos esclavos. Acrecentando de este modo el número de la población urbana, Clístenes elevó al mismo tiempo, gracias a su distribución de las tritias, el peso específico de la misma en la vida política.

Es de gran importancia en la economía ateniense el paso del censo territorial al monetario, puesto que mediante ello la economía mercantil y monetaria desplazaba a la economía natural.

Instituciones políticas en la época de Clístenes

Importantes cambios se hicieron también en la estructura de las principales instituciones, y, en primer término, en el senado ateniense. Fue abolido el Consejo de los Cuatrocientos. En su lugar fue instituido el nuevo Consejo de los Quinientos, para el cual se elegían cincuenta representantes de cada una de las filai y demos, de forma proporcional al número de sus ciudadanos. Las naucrarías sustituidas por los demos no fueron abolidas, pero perdieron su

importancia, quedándoles exclusivamente el papel de unidades pagadoras de impuestos. Aumentó considerablemente el número de funcionarios. Con el fin de regular las finanzas, se creó un colegio de diez apodectos (según el número de filai); a partir de los años 501-500 a. C. se eligen ya diez estrategas (también por el número de las filai), que formaban un colegio militar encabezado por el arconte polemarca.

En la distribución de funciones entre todos estos órganos, viejos y nuevos, se hicieron cambios en un sentido democratizador. El areópago conservó su función judicial en asuntos criminales, pero los asuntos de alta traición pasaron a la asamblea popular. Esta se convocó con mayor frecuencia y comenzó a jugar un papel destacado en Atenas. Las funciones del Consejo de los Quinientos fueron considerablemente ampliadas: se transformó en el órgano administrativo superior, que desplazó al colegio de arcontes. Las elecciones a este Consejo se hacían echando suertes, mas ningún ciudadano podía ser su miembro más de dos veces en su vida. El año se dividía en diez períodos de 35 y 36 días, denominados pritanías, y cada file ejercía la presidencia del Consejo durante una pritanía. Creció mucho también el papel de la heliea (tribunales).

De este modo se acrecentó considerablemente el peso específico de las instituciones democráticas, lo que debía servir de garantía tanto contra la reacción de la aristocracia gentilicia, como contra la tiranía.

Para eliminar el peligro de una nueva tiranía, Clístenes instituyó una medida especial: el ostracismo, destierro, decidido por votación popular, de las personas sospechosas. Cada sexta pritanía (que coincidía con el comienzo de nuestro año), a la asamblea popular se le planteaba la pregunta de si habría que recurrir al ostracismo en el año en curso. En caso de respuesta afirmativa se hacía una votación en la octava pritanía para resolver quiénes serían los sometidos a la medida; para la validez de la votación se requería no menos de seis mil votos. La persona cuyo nombre estaba en el mayor número de los tejuelos empleados para votar debía abandonar los límites del Ática en un plazo de diez días, por el término de diez años, sin perder, empero, los derechos a sus bienes.

De modo que la reforma política del Ática, comenzada por Solón, fue coronada por la legislación de Clístenes. Los pilares de la organización gentilicia fueron casi destruidos en la vida social y liquidado el régimen aristocrático de gobierno, pasando éste a los poseedores de esclavos.

Toda la población del Ática fue dividida según el principio territorial, alterados los viejos vínculos gentilicios y creadas nuevas instituciones desconocidas para la sociedad de estructura gentilicia.

Así formuló F. Engels los rasgos fundamentales del Estado que llegó a sustituir a la vieja estructura gentilicia.

En Atenas surgió un Estado, órgano de explotación, instrumento en las manos de los esclavistas para la opresión de los esclavos. «El Estado surgió sobre la base de la escisión de la sociedad en clases antagónicas, surgió para tener bajo su freno a la mayoría explotada en interés de la minoría explotadora.»

En lo sucesivo, el ejército ateniense y su flota servirían ya no sólo para la defensa contra los enemigos extranjeros, sino también como protección contra los esclavos. Hasta un apologista tal de la esclavitud como Platón tuvo que reconocer que, si no existiera el Estado, los esclavistas se encontrarían bajo un constante y enorme terror por su propia vida, la de su mujer y la de sus hijos.

5. La situación política exterior de Atenas a finales del siglo VI a. C.

La revolución ateniense alarmó a las regiones vecinas, dominadas aún por la oligarquía terrateniente. Además, los beocios, desde la pérdida de Platea, tenían motivos de enemistad con Atenas. De modo que se formó una potente coalición contra los atenienses: Esparta a la cabeza de la confederación del Peloponeso, los beocios, Calcis y, algo más tarde, también Egina.

Clístenes se dirigió al sátrapa Artafernes, en Sardes, con lo cual los Alcmeónidas mantenían antiguos vínculos, proponiéndole alianza y solicitando su ayuda. Artafernes exigió «tierra y agua», lo que significa el sometimiento de Atenas a Persia. Los embajadores se arriesgaron a aceptarlo, mas en Atenas las exigencias de los persas fueron rechazadas y los embajadores condenados.

A comienzos del año 506, el Ática fue agredida simultáneamente desde tres puntos. Desde el Sur irrumpieron las milicias del Peloponeso, que ocuparon Eleusis; desde el Oeste los beocios y desde el Norte los calcidios. Atenas se enfrentó a la liga del Peloponeso, pero la batalla no se llevó a cabo. Los corintios, amigos de Atenas, abandonaron las milicias del Peloponeso. Tras ellos siguió el segundo rey espartano, Demarato, enemigo de Cléomenes, y finalmente se dispersó todo el ejército. Libres de la amenaza de la confederación del Peloponeso, los atenienses se dirigieron sin tardanza contra los beocios, que trataban de unirse con los calcidios y, habiéndolos derrotado, el mismo día atravesaron el estrecho de Euripo. Después de triunfar también sobre los calcidios, los atenienses se apoderaron de su ciudad, Calcis. En las tierras quitadas a los nobles terratenientes de Calcis instalaron cuatro mil clérucos atenienses.

Sin embargo, con esto no había terminado aún la guerra. Los tebanos continuaron la lucha; se les unieron los eginetas, fuertes competidores comerciales de Atenas. Los tebanos fueron derrotados por segunda vez, pero simultáneamente los eginetas destruyeron el puerto ateniense de Falero y una serie de poblaciones costeras. Los atenienses comenzaron a prepararse para la guerra contra Egina, pero surgió una nueva amenaza desde el Peloponeso. Cleómenes hizo venir de Sigeión a Hipías para restablecerlo en Atenas. Pero como los aliados de Esparta en el Peloponeso, los corintios en primer término, estaban contra una nueva intervención, Hipías tuvo que regresar a Sigeión.

Al fin de cuentas, Atenas no sólo había triunfado sobre la coalición enemiga, sino que había ensanchado y fortalecido sus clérquias en Salamina, Lemnos e Imbros. Entre tanto, Hipías no perdía esperanza de poder retornar y se dirigió a Sardes en busca de cooperación. La embajada ateniense mandada a Artafernes, con el fin de neutralizar las intrigas de Hipías, obtuvo en respuesta la exigencia de que se admitiera a Hipías en Atenas. Esta exigencia y la negativa de Atenas fueron el comienzo de la enemistad de ésta con Persia.

El desarrollo económico-social del Ática, causa de la aparición de la desigualdad económica entre los miembros de la comunidad, del desarrollo de la propiedad privada sobre los medios de producción, del nacimiento de clases antagónicas, condujo finalmente a la desaparición de la propiedad comunal y a la creación del Estado esclavista ateniense, llamado a convertirse en el guardián de los intereses de la propiedad individual.

Sin embargo, el pleno desarrollo de la economía mercantil monetaria resultó imposible en la época de la democracia esclavista. Las obligaciones o impuestos naturales eran la base de la vida económica de los atenienses y la economía monetaria no abarcaba el proceso del trabajo en su totalidad. En eso consistía la contradicción del procedimiento esclavista de producción.

La ciencia histórica burguesa, sólo debido a la extrema modernización de los fenómenos históricos, encuentra en la Grecia antigua la producción capitalista desarrollada según el modelo actual, identificando arbitrariamente el trabajo de los esclavos con el de los proletarios de la época capitalista.

La escasez de fuentes de información niega la posibilidad de seguir detalladamente en todo su curso el desarrollo económico-social del Ática durante el período preestatal; proveen de materiales mucho más abundantes sobre la historia política de Atenas. Pero los cambios en las formas de administración social en el transcurso de varios siglos, las reformas políticas de Solón y de Clístenes culminadas con la afirmación en el poder de los esclavistas reflejan el proceso del desarrollo de la economía ateniense, el establecimiento de las clases antagónicas, la lucha de clases y el triunfo del método esclavista de producción hacia el siglo V a. C.

«Con las premisas históricas del mundo antiguo y especialmente las del griego, el paso a la sociedad basada en los contrastes clasistas pudo haberse realizado únicamente en forma de esclavitud», escribe F. Engels. El establecimiento de la esclavitud, que conservaba la vida de los prisioneros de guerra y daba la posibilidad de emplear su trabajo en la creación y acumulación

de los bienes materiales, era un progreso considerable en el desarrollo de la sociedad. Sólo más adelante, cuando la esclavitud desplazó el trabajo de la población libre y creó un concepto despectivo hacia el trabajo productor, las esclavitud se convirtió en un freno para el ulterior desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

Muchos aspectos de la historia de la aparición del Estado ateniense no están totalmente claros ni plenamente estudiados; todavía hay mucho en discusión, sin establecer, considerando de diferentes modos; sin embargo, la historiografía marxista, armada con el método de la concepción materialista del proceso histórico, encuentra reglas fundamentales en el desarrollo del Ática del período inicial y establece los principales jalones en el camino del surgimiento de la sociedad clasista precoz.

En las obras de los historiadores soviéticos (Serguéiv, Mishulin, Kovaliov, y otros), la temprana historia de Atenas dejó de ser la de personajes públicos destacados, Dracón, Solón, Pisístrato y Clístenes, y se explica partiendo de la correcta compresión de las reglas generales del establecimiento de la sociedad clasista que sustituyó las relaciones primitivas gentilicias. En el curso de este proceso inevitablemente se destacaban políticos que contribuían con su actividad a la realización de las reformas necesarias, frecuentemente revolucionarias.

CAPÍTULO VIII

**EL DESARROLLO ECONÓMICO DE GRECIA
EN LOS SIGLOS VII Y VI A. C.**

Los siglos VII y VI a. C. fueron, y no solamente en Grecia, sino en gran medida también en la historia de toda la época antigua, un período de desarrollo excepcionalmente impetuoso e intenso de las fuerzas productivas. Precisamente en esta época se observan grandes adelantos en todas las ramas de producción. Glaukos, de Quíos, inventó el procedimiento de soldadura del hierro, y Recos y Teodoros, maestros de Samos, introdujeron en Grecia el arte de la fundición, ya conocido en aquel tiempo en el Oriente. El tratamiento caliente del metal, su fundición y templanza, eran conocidos también en la época anterior, pero entonces la fundición se realizaba vertiendo el metal líquido en pequeños moldes; las piezas de pequeñas dimensiones se fundían íntegras. Con semejante procedimiento era imposible fabricar objetos de gran tamaño; éstos se hacían remachándolos con martillo sobre un patrón de madera, es decir, con un procedimiento aún muy imperfecto.

La época anterior tampoco había conocido la explotación regular de minas. En la época homérica, en Grecia, no había minas de hierro o cobre y los pedazos de metal se adquirían, por trueque, a los comerciantes orientales. En la época a que nos referimos, las minas de hierro aparecieron en muchos lugares de Grecia. El cobre se extraía principalmente de Chipre, Eubea y la Argólida. Comenzó también una intensa extracción en otros yacimientos. El oro se extraía en cantidad considerable de las islas de Sifnos y Tasos, de Tracia y también de algunos lugares del Asia Menor; la plata se obtenía en el Ática de las minas de Laurión y también de Sifnos, Tracia, Macedonia, Epiro y Lidia. Antes se suponía que el estaño llegaba a Grecia importado desde España y el lejano norte de Europa. Actualmente se han encontrado yacimientos y antiguas minas de estaño en el mismo territorio griego, en las cercanías de Delfos, donde todavía seguía extrayéndose, aunque en cantidades insignificantes, durante la época bizantina. Por lo visto el estaño era obtenido también en Tracia. Para el tratamiento del mineral fueron inventados pequeños hornos. Samos, Cnosos, Corinto, Calcis, Laconia, Egina y Lesbos se erigieron en centros principales de la metalurgia griega.

Se observó también un considerable progreso en la producción de tejidos. El hilado y el tejido en la Grecia temprana habían sido predominantemente una producción doméstica, en la cual el trabajo fundamental era realizado por las esclavas bajo la supervisión del ama de casa. Sin embargo, ya en la Grecia homérica eran apreciados los tejidos finos, obra de artífices fenicias (de Sidón). La difusión del lujo en la vida de la aristocracia de Jonia, que imitaba las costumbres de Lidia, originó la demanda de ricos tejidos purpúreos y de otros colores, lo que a su vez contribuyó a la aparición de talleres textiles que trabajaban para el mercado.

La población del litoral griego del Asia Menor, igual que Frigia y Lidia, se ocupaba de la ganadería ovina. Tenían fama especial las ovejas de Mileto por la suavidad de su lana. En la época a que nos referimos se desarrolló mucho el arte de batanar. El teñido de los tejidos se hacía con diferentes procedimientos. En la isla de Creta se empleaba el zumo de una planta local. Los moluscos purpuríferos que abundan en las cercanías de las costas del Asia Menor eran empleados en gran escala para teñir tejidos. Los tejidos de color para la vestimenta y las alfombras de Mileto tenían salida en todo el litoral mediterráneo, hasta sus confines occidentales. La producción textil que se desarrolló en Samos competía exitosamente con Mileto en la fabricación de telas de color. El tirano de Samos, Polícrates, invitó con este fin a los artesanos de Mileto y del Ática e importó ovejas famosas por su lana. Entre otros centros de la producción textil, más tarde se destacó Megara. Pero allí se fabricaban telas y ropas groseras que eran vendidas a la parte menos acomodada de la población de las ciudades griegas.

La fabricación de tejido de lino no tuvo en esta época gran difusión en Grecia. Se prefería importarlos de Egipto. La isla de Amorgos, famosa por sus finos tejidos de lino, era un excepción.

Alcanzó un particular desarrollo en muchas ciudades, ante todo en Atenas y Corinto, la producción de cerámica. Servía para satisfacer la demanda más variada. Se empleaba tanto como recipiente para el transporte y conservación de vinos y aceite de oliva, como para toda clase de vajilla, vasijas de tocador, estatuillas de terracota, tejas, cráteras artísticamente pintadas, en las cuales a veces se representaban escenas que describían las condiciones de trabajo en los talleres de cerámica. Una curiosa escena aparece representada en una vasija de figuras negras. El dueño del taller está sentado, en una mano sostiene una copa y con la otra amenaza a un esclavo que escapa con tres copas. Otro esclavo examina una vasija recién cubierta con laca; a su lado hay un pote con laca y pincel. No presta ninguna atención a una escena que, por lo visto, le es familiar: un hombre, quizás también un esclavo, castiga con un látigo a otro esclavo, colgado del techo de una pierna y un brazo. Esta escena reproduce muy elocuentemente las condiciones de trabajo de los esclavos en un taller de cerámica.

Corresponde señalar que el desarrollo de la producción de cerámica seguía no tanto la vía de la aplicación de nuevos procedimientos técnicos o de creación de nuevas formas en las vajillas, cuanto la vía del crecimiento cuantitativo de la producción en muchos talleres y de la elevación de la calidad artística de los dibujos. También otros oficios artesanales se desarrollaron ampliamente.

Con el desarrollo de las ciudades como centros artesanales, comerciales y políticos, surgieron nuevas necesidades edilicias que las murallas ciclópeas ya no satisfacían. Aunque en la construcción de viviendas particulares las formas cambiaron relativamente poco y el material empleado —madera y adobe— era el mismo de antes, en la construcción de los templos y edificios públicos se crearon no solamente nuevos tipos arquitectónicos, sino también una nueva técnica.

Antiguamente, la madera era el material básico en la construcción de los templos y edificios públicos. En el siglo VII los templos ya se construían con adobe, aunque las columnas se hacían de madera. En los primeros templos de piedra se utilizó la caliza. Sólo a finales del siglo VI comenzó a emplearse el mármol, mas no en calidad de material básico, sino para la ornamentación.

La forma poligonal característica de la época micénica se conservó en la construcción de las murallas alrededor de las ciudades y de los muros de sustentación de las terrazas. Para los templos, la piedra se tallaba en forma de paralelepípedo rectangular. En el siglo VI la construcción se hizo más racional, ya que las muescas entre las piedras no se colocaron una sobre otra, gracias a lo cual se consiguió mayor resistencia y estabilidad. Las paredes de los templos se revistieron con estuco y se pintaron. Las columnas se componían de varios cilindros y con frecuencia se hacían monolíticas. El proceso de la construcción se dividía en una serie de operaciones: se extraía la piedra de las canteras, se la sometía a un tratamiento previo, se la transportaba al lugar de la construcción y allí se tallaba definitivamente con el escoplo, la escofina de escultor, muchas clases de cinceles y una sierra sin dientes para piedras duras. Jercifronte, el constructor del templo de Artemisa en Efeso, inventó un dispositivo especial en forma de marco biciclo para el transporte de bloques y columnas.

Mucho menos notable fue el progreso técnico en la agricultura. Esta se consideraba entre los griegos como una ocupación honrosa en los siglos VII-VI a. C., producía ingresos seguros y las personas vinculadas con la tierra, especialmente los grandes terratenientes, en muchos lugares conservaban una posición dirigente en la vida política. No obstante, la técnica de la agricultura quedó en un estado relativamente primitivo. En todos los lugares, los campos se subdividían en dos partes: una estaba sembrada y la otra quedaba en barbecho; esta parte se abonaba, se araba tres veces y en otoño se hacía la siembra, dejando la primera parte en barbecho; es decir, la rotación era bienal. El arado era de estructura muy sencilla, sin reja metálica. La tracción la efectuaban bueyes, o con menor frecuencia, mulas. Los terrones eran desmenuzados con azadas, se segaba con una hoz curva y trillaba en la era, utilizando a los vacunos como fuerza de

tracción. Se cultivaba mayormente cebada y escanda. En los terrenos más fértiles, especialmente en las colonias, se cultivaba trigo. En las grandes propiedades, el grano no se trituraba ya con molinos de mano, sino en grandes molinos cuyas muelas eran accionadas por burros, mulas o esclavos que trabajaban bajo el látigo de los guardianes.

Entre los cultivos especiales, el del olivo, muy poco desarrollado en la Grecia homérica, en los siglos VII-VI adquiere una creciente difusión, particularmente en el Ática, donde el aceite de oliva era un importante artículo de exportación. El cultivo del olivo en Atenas era fomentado con medidas legislativas. Sin embargo, el nombre griego pentacosiomeditinos (medimno era una medida de cuerpos áridos) demuestra que también en el Ática la agricultura ocupaba un lugar mucho más importante que la olivicultura, ya que esa denominación correspondía a la primera clase, según el censo de su fortuna.

La ganadería estaba menos desarrollada que la agricultura. El consumo de carne por la mayoría de la población disminuyó en las ciudades griegas. La carne se comía principalmente en los banquetes que eran acompañados de sacrificios. De ahí proviene que el acto de matar animales domésticos se llame «sacrificarlos». La carne se sustituía por el pescado. El lago Copais, en Beocia, era famoso por sus anguilas. Además de carne y pescado, los griegos, especialmente los atenienses, consumían gran cantidad de hortalizas y verduras que se cultivaban en las afueras de las ciudades. Mas en la fuentes de información nada se dice acerca de una horticultura metódica.

Paralelamente con el desarrollo de la técnica en los medios de producción aumentó la división del trabajo. El trabajo rural (agropecuario) se separa del trabajo urbano (artesanía); se especializan los trabajos artesanales. Así en la metalurgia se diferencian las especialidades del herrero y del fundidor; en la cerámica, las de los alfareros y de los artistas pintores de las vasijas, etc. Al mismo tiempo, se observa la especialización de las ciudades en diferentes industrias. En Mileto, por ejemplo, se concentró la industria textil, en Corinto la de corazas y cerámica, en Calcis la de armamentos, etc. Los artesanos en estas ciudades trabajaban contando con amplia demanda para su producción.

La aparición en todas partes de monedas y sistemas generales de pesas y medidas demuestra el desarrollo de la producción mercantil y del comercio en los siglos VII-VI a. C. En esta época, en la Grecia continental, se difundieron dos sistemas de pesas y medidas: el euboico y el egineta. El sistema euboico tomaba por unidad el peso de un pie cúbico de agua, correspondiente a 26,2 kilogramos; una vez y media el volumen de estos cubos constituía la unidad de medida de los líquidos, el metrete, igual a 39,3 litros; el volumen de los cubos era la medida de los áridos, el medimno, igual a 52,4 litros. La base del sistema de pesas era el talento. El talento era también la base del sistema monetario. El talento euboico pesaba 26 kilogramos, el egineta 37. Tanto uno como otro se dividían en sesenta minas, la mina en cien dracmas o cincuenta estáteras y el dracma en seis óbolos. En la reforma monetaria de Solón, que hizo adaptar a Atenas el sistema euboico, se nota la tendencia al aumento del peso del dracma ático, que a mediados del siglo VI a. C. alcanzó a 4,36 gramos. De otros sistemas monetarios merece mención el de Corinto: la estátera corintia se dividía no en dos, como la euboica-ática, sino en tres dracmas (de 2,78 a 2,91 gramos). El sistema corintio estaba difundido en todas las regiones vinculadas económicamente con Corinto: Italia, Sicilia, la Calcídica. (Corcira, por rivalidad con Corinto, estableció su propio sistema monetario.) El sistema egineta conservó su posición en el Peloponeso, la Grecia central y muchas islas (Rodas entre ellas), hasta mediados del siglo V a. C.

Con la aparición de la moneda como medida de valor, la circulación monetaria se hizo cada vez más amplia en la vida económica. Es muy ilustrativo, en este sentido, el hecho de que al mismo tiempo fue desapareciendo la costumbre de colocar en los sepulcros el oro y las alhajas. No obstante, grandes cantidades de oro y plata, en forma de donaciones, continuaron afluviendo a los tesoros de los templos, desapareciendo de este modo de la circulación.

En los siglos VII-VI a. C., las ciudades griegas de las costas del Asia Menor fueron las ciudades comerciales más prósperas de Grecia. Mileto ocupaba indiscutiblemente el primer lugar. Entre otras ciudades, desde mediados del siglo VII se destacó Egina, cuyos habitantes,

debido a la poca fertilidad de su isla, tuvieron que dedicarse al comercio. En manos de los comerciantes eginetas se concentró un amplio comercio intermediario. Después de Egina se destacó Corinto, gracias a su favorable ubicación en el cruce de los caminos que iban del Peloponeso a la Grecia Central y de las vías marítimas del Oriente al Occidente. Hacia comienzos del siglo VII Corinto entabló relaciones comerciales con el Occidente y con las regiones centrales de Iliria. A mediados del mismo siglo, los comerciantes corintios chocaron con la competencia de los habitantes de su propia colonia Corcira, y en el año 664, entre las flotas de ambos Estados, se produjo el primer combate naval en la historia de Grecia. Hacia el siglo VI, en el Occidente, adquirieron importancia como grandes centros de producción artesanal y de comercio varias de las que primitivamente habían sido colonias puramente agrícolas, tales como Siracusa, Tarento, Síbaris. En el transcurso del siglo VI fue creciendo gradualmente la importancia de Atenas. Sin embargo, hasta finales del siglo VI y principios del V Corinto no había sufrido aún la competencia de Atenas y mantenía con ésta relaciones amistosas.

Debido al crecimiento del comercio y de las relaciones comerciales, se desarrollaron rápidamente la navegación y el arte naval. Una serie de innovaciones técnicas permitió alargar considerablemente la temporada de navegación. En el siglo VIII a. C. los marinos navegaban poco más de dos meses en el transcurso de todo el año, y en el siglo VI la temporada se alargó hasta siete y ocho meses por año. En esta época comenzaron a realizarse construcciones portuarias especiales. Se atribuye a los habitantes de la isla de Samos la construcción del muelle más grande, aunque no del primero. Los corintios hicieron un canal a través del istmo de Léucade (mejor dicho, limpiaron de arenas el estrecho que separa a la isla de Léucade del continente), para permitir el paso de naves. El tirano corintio Periandro tuvo la intención de unir con un canal las aguas del golfo Sarónico con las del de Corinto, pero se limitó a la construcción en el istmo del dioicos, una vía de madera por la cual pasaban las naves sobre ruedas de un golfo al otro.

En comparación con las vías marítimas, las terrestres tenían una importancia secundaria y, además, limitada. Eran una excepción los magníficos caminos del Asia Menor que unían las ciudades griegas del litoral con Sardes y los mercados orientales más lejanos. En la Grecia europea, dividida por cadenas y estribaciones montañosas que corren en varias direcciones, las regiones estaban frecuentemente unidas nada más que por estrechos senderos, por los cuales el transporte de mercancías era sólo posible a lomo de burro y de mula.

Para apreciar el cuadro de la economía de Grecia en su conjunto, debe tenerse presente que sus diferentes regiones se desarrollaban de forma desigual, tanto en la época que describimos como en las posteriores. Simultáneamente con las ciudades donde tempranamente comenzaron a desarrollarse la artesanía y el comercio, un número considerable de regiones griegas continuaron manteniendo su carácter predominantemente agrícola. En tal estado se encontraban la mayor parte del Peloponeso, la Grecia central y la septentrional. Estas regiones habían experimentado muy poco la influencia de la circulación monetaria, y en ellas la economía natural se veía desplazada muy lentamente por las reformas más modernas de la vida económica.

Es esencial anotar una circunstancia más en la descripción del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción surgida de las mismas en este período de la historia griega. Los nuevos instrumentos de trabajo que aparecieron en esta época continuaron existiendo sin cambios perceptibles hasta el fin de la época antigua. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a las herramientas de herrería o al surtido mucho más amplio del instrumental de carpintería, que conocemos por las pinturas de las vasijas. Ni el período helénico, ni el romano, introdujeron en principio nada nuevo en esta materia. En la única imagen conocida por nosotros, en una vasija llamada «de Megara», del período helénico, que se encuentra en el museo de Louvre y que representa una herrería, no aparece ningún instrumento que no fuera ya conocido en la época arcaica.

Casi lo mismo se observa en el desarrollo de una rama de la técnica de tan excepcional importancia para los griegos antiguos como la del arte naval. Los pequeños navíos de fondo plano, que no eran más que botes, en los siglos VII-VI a. C. fueron sustituidos por barcos más grandes y más rápidos, construidos con maderas especiales. Se estableció la diferencia técnica

entre los buques de guerra y los cargueros o mercantes. Los primeros, llamados penteconteres (es decir, barcos con cinco filas superpuestas de remeros), se construían más angostos, con proas revestidas de metal, y su marcha dependía menos de las velas que de los cincuenta remeros; los barcos mercantes se hacían más anchos y se movían especialmente a velas. A finales del período arcaico se inventaron costosas trieres o trirremes, con doscientos remeros distribuidos en tres pisos. En esto, propiamente dicho, se detuvo el desarrollo de la técnica naval antigua, por cuanto los períodos helénico y romano, según la opinión de los especialistas, no trajeron en principio ninguna innovación esencial.

La historia de la técnica antigua proporciona ejemplos aún más patentes. Algunos procedimientos técnicos inventados en los siglos VII-VI fueron luego olvidados durante lapsos prolongados, renaciendo sólo mucho más tarde. Tal, por ejemplo, fue el destino de los moldes de piedra para estampado y fundición de piezas de metal, bien conocidos en el período arcaico. En los siglos V y IV quedaron fuera de uso. Se llega a esta conclusión, en primer término, por la total ausencia de hallazgos correspondientes, y en segundo término, porque aun en las piezas de a pares, como los aros y pendientes, de épocas posteriores, siempre volvieron a aparecer y se difundieron ampliamente en la época helénica.

El desarrollo de las fuerzas productivas en la Grecia de los siglos VII y VI a. C. adquirió ritmos tan acelerados, que se creó un cuadro de brusca crisis, como no se observa igual ni siquiera en el período helenístico, señalado por toda una serie de innovaciones técnicas.

Los cambios de las técnicas de la producción no pudieron dejar de conducir a los cambios correspondientes en las relaciones de producción, por cuanto «el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general». De este modo los grandes cambios en los métodos de producción debieron inevitablemente provocar una reestructuración social y política total.

Precisamente la reestructuración de esta índole, debida al desarrollo de las fuerzas productivas y a las nuevas relaciones de producción, se produjo en la vida social y política de todas las ciudades progresistas de Grecia en los siglos VII y VI a. C. En esta época, las instituciones gentilicias arcaicas se habían erigido en armas del dominio de la aristocracia gentilicia; siendo ésta un fenómeno manifiestamente caduco, se alzaba como un obstáculo en el camino del ulterior desarrollado libre de las fuerzas de producción y de las nuevas relaciones; frenaba este proceso. Pero aun siendo la representante de las fuerzas caducas de la sociedad griega, se resistía desesperadamente al advenimiento de las nuevas fuerzas sociales, engendradas por las relaciones esclavistas en desarrollo. En el curso de la lucha se produjo el paso de las viejas formas de la organización económico-social a las nuevas, desde la sociedad todavía vinculada a muchos resabios de la estructura gentilicia, hacia la sociedad clasista esclavista y el Estado; un paso de indiscutible progreso, por cuanto la estructura esclavista era un paso adelante en comparación con la sociedad gentilicia primitiva. Las relaciones de producción esclavista determinaron el desarrollo ulterior de las fuerzas de producción, crearon mayores posibilidades para el desarrollo de la técnica en muchas ramas de la economía de la antigua Grecia.

Indice

V. V. Struve	3
«Historia de la antigua Grecia».....	3
La antigua Grecia.....	4
Los Antecedentes	4
Los Hechos.....	4
Las Consecuencias	5
Fechas clave.....	7
Bibliografía.....	12
De Struve.....	12
Sobre la antigua Grecia	12
EL MEDIO GRIEGO	14
Macedonia, Calcídica y Tracia	15
Tesalia	16
Epiro	17
Etolia	17
Acarnania.....	17
Fócida	18
Beocia.....	18
Ática	19
Megara, Corinto y Sícion	20
Acaya.....	21
Arcadia	22
Argólida.....	22
Elida.....	23
Mesenia	23
Laconia	24
Eubea y Las Esporadas.....	24
Las Cícladas.....	25
Dodecaneso.....	25
Islas del Egeo oriental	26
Creta	26
EL MUNDO EGEO DEL III AL II MILENIO A. C.....	28
1. La Grecia continental desde el siglo XXV hasta el siglo XVII a. C.....	30
2. Las islas del mar Egeo en el III y comienzos del II milenio a. C	32
3. Creta desde el siglo XXX hasta el XII a. C.....	33
Creta en el III milenio a. C	34
Origen y desarrollo del Estado en Creta.....	35
Creta del siglo XIV al XIII a.C.....	44
La escritura cretense	45
El arte cretense	45
La religión cretense	47

História de la antigua Grecia I

4. Troya	49
Antiguas poblaciones en el lugar de Troya.....	49
La Troya homérica	50
5. Micenas	51
Las construcciones funerarias en Micenas.....	52
Arquitectura de fortalezas y palacios.....	57
Pilos	59
Escritura en la época micénica	61
Los portadores de la cultura micénica	62
El régimen social de la sociedad micénica. El Estado.....	64
La cultura micénica	65
La religión micénica	66
LAS ANTIGUAS POBLACIONES GRIEGAS EN LA PENÍNSULA BALCÁNICA Y EN EL ASIA MENOR	67
1. Migraciones de las tribus en el último tercio del II milenio a. C.....	67
2. La antigua tradición sobre las migraciones de las tribus en el último tercio del II milenio a. C	67
3. La cuestión de las primeras poblaciones dorias	69
4. Dirección y etapas básicas de las migraciones dorias	69
5. Los griegos y los pueblos del Asia Menor	71
LA GRECIA HOMÉRICA	73
1. Vida económica y régimen social de la sociedad homérica	74
El desmembramiento de Grecia.....	74
El papel de la organización en forma de «gens».....	75
Diferenciación económico-social. Aparición de la aristocracia.....	76
La ganadería y la agricultura	77
La esclavitud.....	79
El papel del intercambio	81
Los oficios	82
2. El Régimen Político de la Sociedad Homérica.....	83
Los reyes basileus.....	83
El Consejo de ancianos.....	85
La Asamblea popular.....	85
La familia	85
De Federico Engels, acerca del régimen social en la Grecia homérica	86
ESPARTA, CRETA, TESALIA Y BEOCIA EN EL SIGLO IX Y COMIENZOS DEL V a. C	87
1. Esparta.....	87
Las condiciones geográficas de Esparta	87
Laconia y Mesenia en las épocas micénica y homérica.....	88
La invasión doria y el surgimiento del Estado espartano	89
2. Creta	96
3. Tesalia	98
4. Beocia.....	100
El Régimen económico-social de Beocia	100
La alianza beoda	101

LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN LOS SIGLOS VIII-VI a. C.	104
1. Causas y carácter de la colonización. Siglos VIII-VI a. C.	105
2. Las orientaciones básicas de la colonización griega	106
La colonización de la cuenca occidental del mar Mediterráneo	107
La colonización de las costas del Helesponto y del Ponto.....	109
La colonización del litoral meridional y occidental del mar Negro.....	110
La colonización de la cuenca septentrional del mar Negro	113
La colonización del litoral sudeste del mar Mediterráneo	118
La posterior colonización del Occidente	118
3. Significación y consecuencias de la colonización de los siglos VIII al VI a. C.	119
EL ÁTICA EN LOS SIGLOS VII Y VI A. C.	121
1. La antigua Ática	121
La conjuración de Cílón	125
Las leyes de Dracón.....	125
Las naucrariás.....	127
2. La legislación de Solón	128
La lucha social después de la muerte de Solón.....	133
3. La tiranía de Pisístrato. Los pisistrátidas.....	134
La política social y económica de Pisístrato	135
La política exterior de Pisístrato	136
El gobierno de los pisistrátidas	137
La caída de la tiranía en Atenas	138
Significación y valor de la tiranía.....	138
4. Legislación de Clístenes	139
Lucha social después de la expulsión de Hipías. Intervención de Clístenes	139
Establecimiento de fíleas territoriales.....	140
El crecimiento del peso político de la población urbana	140
Instituciones políticas en la época de Clístenes	140
5. La situación política exterior de Atenas a finales del siglo VI a. C.	141
EL DESARROLLO ECONÓMICO DE GRECIA EN LOS SIGLOS VII Y VI A. C.	144